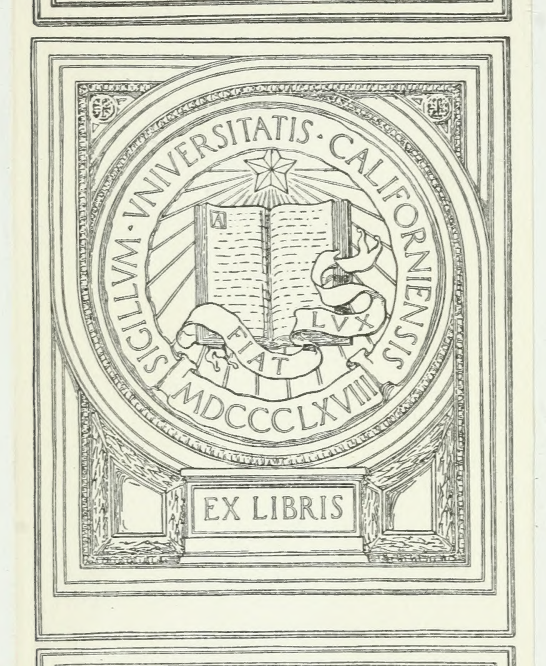

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 189 911 1


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

Herrn Professor Dr. Eduard von Zeller

zur freundlichen Erinnerung

vom Verfasser

LA WALHALLA.

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA.

NOTICIAS DE TODOS LOS PERSONAJES
QUE ALCANZARON HONROSA CELEBRIDAD É IMPERECEDERA FAMA,
ASÍ EN LA GUERRA COMO EN LA POLÍTICA,
ASÍ EN LAS CIENCIAS COMO EN LAS ARTES Y EN LAS LETRAS:
EL EMPERADOR GUILLERMO,
LOS PRÍNCIPES FEDERICO CARLOS Y FEDERICO GUILLERMO DE PRUSIA,
BISMARCK, MOLTKE, ROON, LA REINA LUISA DE PRUSIA,
BLÜCHER, SCHARNHORST, GNEISENAU,
STEIN, CORNELIUS, HUMBOLDT, ARNDT, KOERNER,
RÜCKERT, UHLAND, ETC., ETC.,

POR

D. JUAN FASTENRATH,
natural de Colonia, é hijo adoptivo de Sevilla,

y un prólogo por Don Manuel Juan Diana.

TOMO QUINTO.

MADRID,
IMPRENTA, ESTEREOTIPIA Y GALVANOP.ª DE ARIBAU Y C.ª
(SUCESORES DE RIVADENEYRA),
impresores de Cámara de S. M.
Duque de Osuna, 3.

1879.

Á LA MEMORIA

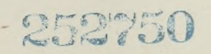
DE

MIS AMADOS PADRES.

Cual nave por las olas combatida,
Cruzo del mundo el áspero camino:
Sin vosotros ¡oh Padres! es mi vida
Lo que el desierto á errante peregrino.

Sólo me resta en mi constante duelo
Evocar vuestra plácida memoria;
Del huérfano infeliz triste consuelo,
Del humilde cantor única gloria.

Vuestros nombres así, Padres queridos,
En prueba de dolor y eterno luto,
A mis obras irán por siempre unidos,
Cual de perenne amor digno tributo.



Hoy de nuevo las glorias de Alemania
Evocaré con entusiasmo ardiente...
¡ Sombras gigantes de la gran Germania,
Sublime inspiracion dad á mi mente !

Y vosotros tambien los que á la ciencia,
En pasadas edades, el desvelo
Consagrasteis de altiva inteligencia,
Mostraos á mí sin misterioso velo.

Por vosotros Teutonia muestra al mundo
Del humano saber pruebas brillantes :
Dadme ensalzarlas con ardor profundo
En la sonora lengua de Cervántes.

De Copérnico audaz, que á la alta esfera
Alzó su mente en atrevido vuelo;
Del inmortal Kepler, que nueva era
Abrió á la ciencia en la extension del cielo;

De Gutenberg insigne, que fijando
La palabra mental, dió eterna vida
Del hombre al pensamiento, elaborando
De un progreso sin fin luz sin medida;

De los modestos bardos populares,
Que, haciendo del honor firme bandera,
Elogiaban tan sólo en sus cantares
El casto amor y la virtud sincera;

De vosotras tambien, musas preciadas
Del Parnaso aleman, que en dulce coro
Dabais al són de liras acordadas
De Patria y Dios el cántico sonoro;

Y de vosotros, cuya augusta alteza,
Sabios monarcas, de las patrias glorias
Supisteis iniciar la actual grandeza,
Del valor y la ciencia las victorias;

Dadme aclamar con vigoroso aliento
Vuestro renombre, que la edad no empaña,
Y que llevado por el raudo viento
Feliz resuene en mi querida España.

¡ España!... ¡ Noble España! Tú que lloras
De una reina sin par el bien perdido;
Tú que consuelo en tu pesar imploras,
Une á tu voz mi acento dolorido.

¡Yo la amaba tambien!. . Yo en la ribera
Del Rhin su dicha con placer veia,
Y al llegar de su fin la hora postrera,
Llanto tambien del corazon vertia.

Así en estas humildes creaciones
Que á España ofrece el pensamiento mio,
De su pena en las tristes sensaciones,
Lágrimas puras de dolor le envio.

¡ Feliz si aquéllas acogida grata
De mi patria adoptiva consiguieran !
¡ Feliz si á fe de su bondad innata
Débil aplauso merecer pudieran !

Si así se cumple mi ferviente anhelo,
Si mi constancia al fin miro premiada,
¡ Oh, Padres, concededme desde el cielo
De vuestro santo amor dulce mirada!

JUAN FASTENRATH

Colonia, 22 de Noviembre de 1878.

LA WALHALLA

Y

LAS GLORIAS DE ALEMANIA.

I.

Federico Díez y Cárlos Simrock.

La pintoresca y poética ciudad de Bonn encierra una joya, una celebridad de la inteligencia, su Universidad, que debe su prestigio á la sábia dinastía de sus profesores, á la tradicion emuladora de sus alumnos. Pero ¿dónde están aquellos cuyos gloriosos nombres hirieron las fibras de mi entendimiento en la niñez y me infundieron veneracion en la edad madura? ¿Dónde está mi maestro *Federico Díez*, que se consagraba á ser fiel sacerdote de la

ciencia? ¿Dónde está el que fué mi maestro tambien, *Cárlos Simrock*, que ocupaba todos los dias, todas las horas, su clarísimo ingenio, su trabajo incesante en darnos á conocer los tesoros de nuestro pasado, en trasladar á la literatura del siglo y en popularizar lo que el genio de la poesía alemana produjo hace quinientos años? ¡Ay! Yo no los encuentro en las aulas que han ilustrado. ¿Dónde están, pues? En el cementerio. Ya han pasado á la vida de ultratumba; ya ha caido la losa eterna del sepulcro sobre sus inanimados restos. Pero los muertos no han acabado nunca para los vivos; continuamos sintiéndonos unidos á ellos por la veneracion, el afecto y la piedad, y la muerte les da un prestigio más.

Si vamos por la Puerta de Estrellas, en breves minutos alcanzarémos el lugar tranquilo que sirve de depósito sagrado á los restos mortales de los que ayer eran gloria del Rhin y hoy guardan el silencio del sepulcro. Vaguemos entre las sombras de los árboles que al cementerio le dan un aspecto tan poético; miremos las tumbas que medio ocultas entre el ramaje nos dan aromas y frescor; contemplemos los monumentos elevados que dan testimonio de la elevacion espiritual y de la fecunda idealidad artística de nuestro pueblo.

¡Qué de glorias encierra el campo santo de Bonn!

Parece el Panteon de Alemania por los hombres insignes que en él reposan, y un jardin encantado por los dones de la naturaleza, por los dones del cielo y por la hermosa alfombra de césped y de flores que cubre las tumbas. En medio de éstas se encuentra una capilla cubierta de verdura, símbolo de esperanza y de primavera eterna.

En ese depósito de la muerte te encuentro á tí, padre queridísimo, *Ernesto Mauricio Arndt*, hoy plectro destrozado y cítara enronquecida, y ayer profeta de la unidad alemana, caudillo del pueblo durante más de cuarenta años por las sendas del desierto. Tú nos hablas aún desde la tumba diciendo: « ¡ No lloreis por mí, amigos mios! » Entre los habitantes de la sombra que tienen derecho inalienable al amor de la patria, á la gratitud de la historia, te veo tambien á tí, *Bertoldo Jorge Niebuhr*: si hermoso es el monumento con que te honraba tu rey honrándose á sí mismo, es más hermoso todavía el que tú te erigiste á tí propio en los libros de tu *Historia Romana.* Deposito una corona de laurel sobre tu sepulcro, maestro mio, *Federico Cristóbal Dahlmann*, que me introdujiste en el espíritu de la historia y que contribuiste á dar sangre y carne á la Germania unida. En tan estrecho recinto te hallo á tí, *Federico Amadeo Welcker*, que viviste en la vasta é ilimitada esfera de la ciencia y nos conser-

vaste los tesoros de la antigüedad; á tí, *Augusto Guillermo de Schlegel*, que formaste nuestra lengua, ostentando las gracias de su artificio y la majestad de sus tonos, que hiciste germánica á la musa de Shakspeare, germánicos á los tesoros indios, y que nos hiciste admirar en Calderon los aromas de la poesía española, ese concierto suave y esa maravilla indecible del espíritu de piedad esforzando el vuelo de los ingenios. Aquí te encuentro tambien á tí, *Cristian Cárlos Josías de Bunsen*, que siendo hijo del trabajo y de la sabiduría pasaste al trato de los reyes, y desde el modesto rincon del sabio al mar de la vida pública levantando la bandera de Prusia, y desde el ruido del mundo volviste al aposento tranquilo para conducir tu pueblo á la luz. A la mansion eterna de Jehová, á las regiones donde suena la música de las esferas, te refugiaste tambien tú, *Roberto Schumann*, maestro en el reino de los sonidos, y aquella Bonn que daba cuna á Beethoven, te dió sepultura. Aquí, en la morada de eterno descanso, reposais vosotros, hermanos *Sulpicio* y *Melchor Boiserée*, cuya vida toda se consagraba á fines á la par ideales y nacionales: vuestros corazones parecian dos altares en que se confundieron dos llamas, vuestro ídolo era el arte germánico, y trayendo á la luz los tesoros del antiguo arte aleman, erais, permítasenos la comparacion, dos buzos que descubriais

perlas escondidas largo tiempo en la profundidad del mar.

No os olvidaré á vosotros, catedráticos insignes de la Universidad de Bonn, *Juan Loebell*, profesor de Historia; *Federico Guillermo Argelander*, de Astronomía; *Federico Bluhme*, de Jurisprudencia; *Cristian Augusto Brandis*, de Filosofía. Ya reposan vuestros huesos á la sombra de los cipreses de este recinto destinado *Dormientium quieti*, *superstitum incolumitati* (1). Pero ¿qué nombre tan querido para el pueblo aleman leo allí en una piedra levantada próxima al muro del cementerio, á la derecha de la entrada? El nombre de *Carlota de Schiller*, esposa de nuestro gran poeta. El sol con sus vívidos fulgores ilumina tu tumba, Carlota, miéntras dura el dia, y de noche la luna cariñosa la envia sus rayos apacibles. Tu lápida sepulcral adornan las palabras de tu esposo sacadas de su poesía *El Genio*: «¿Debo caminar el camino sombrío? Tiemblo, lo confieso, pero quiero caminarlo de buen grado, puesto que conduce á la verdad y al derecho.» Ya gozas alegre de celeste bien; ya tus ojos que aquí

(1) No tengo que decir al lector español que aquella sencilla y sublime inscripcion la puso el Sr. Posada, obispo de Cartagena, sobre la puerta del primer cementerio de Murcia.

abajo estaban medio ciegos, han vuelto á ver á aquel que fué el orgullo de tu vida. La nacion alemana adornará tu sepulcro con flores como en el aniversario del dia de tu muerte hasta el año último lo hizo la viuda de Sulpicio Boisserée, cuya mano se ha hecho ya hoja marchita en el seno de la tierra.

Y aquí ¡Dios mio! reposan tus fúnebres despojos, queridísimo tio *Fernando Fastenrath*, á quien anhelaria colocar en sepulcro de nácar y de oro. Tú inspiraste amoroso mis primeros cantos, y por tí celebré al Rey San Fernando de los españoles. Despues de tu muerte ya no habia placer en mi alma, ya no habia sonrisa en mis labios. Mis padres te llamaban santo ya en vida; ¿cómo he de llamarte yo cuando ya te divinizó la muerte? Tio queridísimo, que me ves desde tu morada tranquila; tú, que alcanzaste las delicias de otro mundo como premio de tus virtudes, oye estas palabras envueltas en el ardor de la oracion, en la espiral del incienso y en el llanto de los ojos. Tu memoria es para mí una fuente de bendiciones. Y aunque sumergido en la tierra fria, vivirás miéntras un corazon en el mundo te dedique un recuerdo. Te agradezco mil veces las semillas de fe que depositaste en mi jóven corazon; te amaré y te agradeceré hasta mi último suspiro. Bendigo las flores, el sol y la luna hermosa que prestan galas á tu tumba.

El triste tañido de la campana ha anunciado al mundo que todo el terreno acabó tambien para tí, *Federico Díez*, y para tí, *Cárlos Simrock*. Ya el campo santo de Bonn os ha acogido en su seno. Dejadme rezar una oracion al pié de vuestra sepultura. Sobre tu tumba, príncipe de los germanistas, veo aún la corona de laurel con que el príncipe heredero de Alemania, Federico Guillermo, te honraba dirigiendo desde Scheveningen el 24 de Julio de 1876 un expresivo telégrama al rector de la Universidad de Bonn, diciéndole: «Ruégoos que en mi nombre depositeis una corona de laurel sobre el sepulcro de *Cárlos Simrock.*» Así honrado el profesorado en Alemania, es un verdadero sacerdocio. ¡Qué empresa tan grata para mí es la de encomiar á los que merecieron tales distinciones, á los que trabajaron para vivir la vida sublime del espíritu! Hablaré primero de *Federico Díez*, y despues del que le siguió á la tumba, *Cárlos Simrock.*

Federico Díez es el patriarca de los filólogos, el fundador de la filología del romance, un gramático por la gracia de Dios, cuyo mérito extraordinario aleja los competidores; y no obstante estos títulos gloriosos fué el más modesto de los hombres. Era aficionado á la lengua de Cervántes, tan rica, tan grave, tan sonora, majestuosa sin hinchazon, elegante sin afecto, delicada sin fastidio, y sabia ser

soldado como Cervántes tambien. Ya en tres lenguas, la francesa, la italiana y la alemana, se proclamaron sus glorias, escribiendo sobre él el frances Gaston París en 1863, en su traduccion de la *Introduccion en la gramática del romance*, por *Díez*, y el italiano Hugo Angel Canello en su opúsculo *Il profesore Federigo Díez é la filología romanza nel nostro secolo*, que salió en 1872 en Florencia, y Mussafia en el *periódico hebdomadario de Austria* de 1872.

Compatriota del que fué todo un capitan general en la ciencia en que yo no me creo ningun recluta, no puedo enviarle el insignificante testimonio de mi admiracion, sino á la tumba, y sobre ella pondré una flor cogida en el huerto de las Hespérides de la lengua castellana, del cual la mano diligente de *Díez* sacó tantos y tan sazonados frutos.

Federico Díez nació en 15 de Marzo de 1794 en Giessen (1). Tuvo la fortuna de tener por director de su juventud, por maestro en el gimnasio, por colega en la Universidad y por amigo por toda la

(1) El nombre de *Díez* es simpático á los españoles, recordándoles el nombre de Matilde, la que merece no diez, sino mil elogios como perla de la escena española, pero el héroe de este artículo no es oriundo de España, sino que por una coincidencia singular los españoles y alemanes poseemos el mismo apellido, que se pronuncia de distinto modo por ambos pueblos.

vida, al ingenioso arqueólogo y filólogo Welcker, que contaba sólo diez años más que él. Ya se consagraba el jóven Federico al estudio de la filología clásica cuando el año de 1813 le llamó á las filas de los voluntarios alemanes que hicieron la guerra á la Francia. De regreso de aquella campaña, en que daba millares de pruebas de valor, empezó á dedicarse á la jurisprudencia; pero poco despues la dejó para consagrarse con toda su alma á la literatura, á la filología, al estudio de las lenguas castellana y portuguesa. En 1817 publicó una esmerada traduccion métrica de romances españoles, que en la primavera de 1818 le sirvio de carta de recomendacion al visitar á Goethe en Jena. Y al estímulo del autor de *Fausto* se debe que *Díez* se haya casado para siempre con la filología del romance. ¡Qué maravillas tan grandes hizo un sencillo suelto del príncipe de nuestros ingenios en que éste habia escrito el título de una publicacion de Raynouard, relativa á los trovadores provenzales! Pues aquel suelto que Goethe entregó á su jóven visitante, evocó esta serie de preciosos tomos que fundaron la ciencia del romance, esta copia de trabajos lingüísticos y literarios, de comentarios y críticas, y, sobre todo, las dos mejores obras que existen sobre la literatura provenzal, á saber: *La poesía de los trovadores*, que salió en 1826, y la *Vida y obras*

de los trovadores, que vió la luz en 1829, asegurando la fama de su autor. ¡Qué vida tan rica se encuentra retratada con vivos colores en la última de las obras citadas! Las biografías de los trovadores ostentan una escala entera de amores y aventuras amorosas: el amor se presenta en las figuras más várias, desde el culto tributado á la dama sólo por la mente, hasta la ternura más entrañable del corazon, en los celos y en los grados más altos de pasion meridional. En las descripciones de *Díez* todo es sencillez y moderacion: no se ve sino un espejo claro y puro de los objetos, y para él deja de tener sentido aquel dicho vulgar italiano que dice *traduttore, traditore.* El que nos contaba los amores de los trovadores quedó soltero, gozando de los cuidados de su hermana, que tampoco llevó su corona de azahar á los altares de Himeneo. En 1822 entró en el claustro de la Universidad de Bonn, siendo profesor en 1830 y lumbrera de la Universidad hasta su muerte, acaecida en 19 de Mayo de 1876. Su vida exterior no nos presenta datos dignos de mencion especial; pero, en cambio, ¡qué rica fué su actividad científica! Lo que fué *Díez* lo demuestran los centenares de estudiantes que, atraidos por su inefable benevolencia, por la pureza infantil de su naturaleza, por su manera casta de traducir y su modo discreto de interpretar, llegaron allende de

los Alpes y del Rhin para trabajar á su sombra.

Su obra principal es su *Gramática de los idiomas romances*, que salió en Bonn desde 1836 á 1842 y forma tres tomos. Si esta obra carece del mérito de la originalidad, pues el mismo *Díez* confiesa haber trasladado á las lenguas romances el método empleado por *Jacobo Grimm* en la Gramática alemana, y ademas los notables trabajos de *Bopp* y de *Guillermo de Humboldt* habian ejercido sobre él un gran influjo, no puede negarse que su Gramática es una obra magistral, así por la solidez de sus investigaciones y la sutileza de sus combinaciones, como por la claridad y tersura de su diccion. *Grimm*, el fundador de la filología germánica, el autor de la Gramática teutónica, era la cabeza divinatoria; pero su naturaleza poética le llevó á veces á regiones adonde la mente no se atreve á seguirle, miéntras *Díez*, el maestro de la filología romance, el autor de la Gramática romance, huia siempre del escollo que esteriliza la ciencia, á saber, la exuberancia de imaginacion, enfrenando ésta por la mente fria, y se contentaba con lo poco, firme y seguro, en vez de hacer caso de muchas hipótesis, por seductoras que fuesen. Por eso renunció tambien á explicar de qué modo las lenguas romances se formaron del idioma latino. La Gramática de *Díez* encontró por do quiera la acogida más entusiasta, no ménos en

Francia, cuyos hijos no tenian inconveniente en hacerse sus discípulos, porque él, cuando jóven, habia entrado en su país con las armas en la mano.

Si fuera lícito hablar de mi humilde persona, diria que conservaré siempre un gratísimo recuerdo de aquellas hermosas horas en que leí, bajo su direccion en 1856, la primer obra en castellano que cayó en mis manos, *La vida es sueño*, de Calderon, cuyo sólo nombre bastaria para probar la verdad de lo que el inolvidable Valdegamas decia á la ilustre Academia Española: «Suprimid la Biblia con la imaginacion, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, ó la habréis despojado al ménos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.»

Lo mismo que en 1865 tenía el honor de ofrecer á mi maestro las primeras flores de mi pobre musa, un ramillete de romances escritos en aleman, é inspirados por la literatura española, le ofrezco hoy el tributo postrero de cariño.

La Gramática de *Díez* tuvo por complemento el *Diccionario etimológico de las lenguas romances*, que salió en Bonn en 1853. En la etimología, que se presta tanto á fantasías y genialidades, el gran gramático demostró aquella discrecion y prevision que le distinguió siempre.

Sería incompleta esa ligera reseña de sus publicaciones si no mencionase tambien sus *Monumentos del viejo romance*, publicados en 1846, á quienes siguieron en 1852 las poesías viejo romances *Pasion de Cristo* y *El Poema de San Leger*, y por fin *El primer arte portugues y la poesía áulica*, refiriéndose sobre todo al *Cancionero del rey Dionis*. Miramos al ilustrado maestro en la plenitud de sus fuerzas aún en su obra *Glosarios viejo romances corregidos y explicados*, que salió en 1865, honrando á su autor como á las letras germanas. Es verdad que en su obra última *Formacion de palabras en el romance* (Romanische Wortschöpfung) (1), que salió en 1875, se hace sentir á veces el peso de los años, que concluyó enervando un tanto sus poderosas dotes intelectuales; pero ¿quién despreciaria la flor tardía é inesperada, la flor postrera de un árbol poderoso á cuya sombra están trabajando todos los romanistas?

Al maestro vivo le han tejido una corona de obsequios en 30 de Setiembre de 1871 con motivo del quincuagésimo aniversario de su promocion, y al maestro muerto no han de faltarle los respetos de la posteridad.

---

(1) Cual digna sucesora de Diez se ha mostrado una jóven y doctísima señora alemana, Carolina Michaelis, en su obra *Studien zur romanischen Wortschöpfung*, que salió en Leipzic en 1876.

Me cumple hacer tambien las exequias biográficas de un ilustre veterano de la ciencia y de las letras, de un vástago robusto y sano de la hermosa tierra que el Rhin baña, de un genuino hijo del pueblo aleman, de un maestro de la filología germana, *Cárlos Simrock.* Germánico, germánico por su índole, su esencia, su tono, era todo lo que produjo hasta la última hora de su vida laboriosa. Sus poesías épicas, sus baladas y sus traducciones inimitables de nuestras grandiosas epopeyas resuenan y resonarán siempre en todos los corazones alemanes, porque son el oro puro de nuestra propia esencia, y en ellas, como en los romances de Uhland, la juventud alemana beberá incesantemente vigor y fuerza. Y la corona de laurel que el príncipe heredero del imperio aleman mandó depositasen sobre su tumba, simboliza la gratitud de la patria germánica y el duelo de nuestro pueblo de ver inerte y fria aquella mano tan diligente. Germano era en sus obras, germano en su carácter, y germano tambien en la hospitalidad con que acogió á sus numerosos amigos en su viña de Menzenberg, cerca de Bonn.

A esta ciudad debió su cuna en 28 de Agosto de 1802, y tumba en 18 de Julio de 1876. Su aficion á los cuentos y leyendas, á la poesía del pueblo y á los libros populares, no la tenía desde que en Diciembre de 1818 visitó la Universidad de Bonn para

dedicarse al estudio del Derecho, sino que la tenía ya desde su infancia, la tenía en el hogar paterno cuando un amigo de su juventud dirigia la atencion del niño hácia aquellas ediciones de los libros populares alemanes impresos en papel casi de estraza que se venden en las ferias. Desde aquel tiempo continuó deleitándose con asuntos populares, que le tenian ocupado tambien cuando henchido de esperanzas y de ambiciones salió al mundo, y cuando partió para Berlin, donde entró en relaciones íntimas con Chamisso, y donde en 1826 fué referendario. Ya en 1825 acompañó al *Divan Occidente-Oriental* de Goethe con las explicaciones tituladas: *Extractos del libro de Kabo.* El ilustre Niebuhr, que regresando de Roma en 1823 ocupaba una cátedra en la Universidad literaria de Bonn, le alentó á ensayar su talento en traducir al aleman moderno el poema viejo aleman de los *Nibelungos*, aquella fábula del Norte, pagana en sus motivos principales, aquella epopeya en que la Germania del Norte y del Sur, la del Oriente y del Occidente se encuentra ligada en un gran destino comun. Desde el alto Norte se levantan las sombras sublimes de los Nibelungos, y caminando hácia el Sur tropiezan en el bajo Rhin con figuras semejantes: descendiendo desde las nubes y nieblas del cielo de los dioses, pisan la tierra donde alcanzan una figura más fir-

me: en el suelo germano penetra sus huesos el meollo de la historia, y sus venas, en que ya se habrá agotado el zumo divino, llénanse con la sangre ardiente de las tradiciones de los héroes alemanes. Así Siegfredo, siendo una figura áun medio mítica, cabalgaba desde el suelo mítico al país de los burgundos, y encontrando en Worms sobre el Rhin en la córte del rey Guntero á la hermana de éste, Chriemhilde, vuelve á alcanzar la verdadera y bellísima figura de hombre que, amando y pugnando, victorioso así en los juegos del amor como en la pelea de las espadas, recorre una carrera tan brillante como breve, hasta que sucumbe en el bosque llamado Wasgenwald á la lanza del asesino. Entónces la poesía toma su vuelo más elevado, y el paso gigante del destino penetra desde el Rhin hasta el Danubio y los castillos del rey de los hunnos. Todos los nombres de las grandes estirpes del pueblo germano, los francos y los burgundos, los sajones, turingios y bávaros se juntan cual nubes tempestuosas, y hasta del olvido lejano del Sur vuelven á la vida las antiguas figuras del reino de los godos, las sombras de la tradicion se hacen caballeros armados y toman parte en las batallas de la posteridad bajo el nombre de Hildebrando y de Diterico de Berna. En aquella pelea de los hunnos y burgundos pugnan dos mundos distintos; el ejército de los

espíritus míticos, y á su lado los héroes reales de la historia. Es como aquella tradicion tan terrible como poética, segun la cual en la tierra están peleando las huestes de los hombres, perdiéndose en la batalla más sangrienta, miéntras arriba en los aires los Walkirias con caballos y lanzas, continúan la lucha. Con un estrago general, con una perdicion universal y con un duelo inmenso, concluye la batalla y el poema, y nada queda sino un sonido eterno de tristeza y de luto que conmueve aún nuestros corazones.

Desde 1757 habian salido várias ediciones del texto primitivo de los Nibelungos. Siguiéronse desde 1807 á 1816 las traducciones de von der Hagen, Zeune y Büsching. Pero sólo cuando en 1827 salió á luz la traduccion de *Simrock*, despues de haberse publicado en 1826, por el Sr. Lachmann una edicion crítica, el viejo canto de los Nibelungos halló en Alemania un eco poderoso, y el nombre de *Simrock* queda indisolublemente unido á los Nibelungos, no sólo como traductor, sino tambien como crítico, que en 1858 escribió acerca de *La estrofa de los Nibelungos y su orígen*. El mismo Goethe, á quien en 1807 los Bodmer y Cristóbal Müller habian dado á conocer el poema de los Nibelungos, escribió acerca de la version de *Simrock:* «Hé aquí los viejos cuadros, sí, pero iluminados.

Es como si hubiesen quitado del lienzo el barniz que le empañaba, y como si los colores apareciesen en su frescor primitivo.»

Pero los jefes del referendario no vieron con ojos tan favorables la gloria del jóven poeta, y cuando éste despues de la revolucion de Julio se atrevió á publicar una poesía en honor de la bandera tricolor, fué separado de la carrera jurídica y abandonado á su suerte. Pero destino gloriosísimo se preparaba el poeta, que desde aquel tiempo vivió en Bonn, haciéndose el intérprete de los tesoros de la Edad Media, y que en 1850 ocupó, cual profesor de número, la cátedra de la filología teutónica en la Universidad de su ciudad natal.

En 1830 modernizó al *Pobre Enrique* de Hartmann von der Aue; en 1833 siguió su traduccion del gran lírico de la Edad Media, *Walter von der Vogelweide*, y en 1835 salió su *Wieland el Herrero*, como complemento del círculo de héroes alemanes que empieza con Siegfredo. Desde aquel tiempo los campos y bosques de Alemania resonaron con los martillazos con que *Simrock el Herrero* forzó el metal rudo de la vieja lengua germánica á acomodarse á las formas más suaves del tiempo moderno. En 1842 salió su traduccion del *Parcival y Titurel*, poema del profundo Wolfram de Eschenbach, y en 1843 vió la luz la *Gudrun*, esa peregrina parelia de

los Nibelungos. Siguió el canto *Los Amelungos*, que no es una traduccion de Simrock, como los Nibelungos y la Gudrun, sino una poesía original formada por el poeta y el sabio de numerosos átomos de tradiciones. En 1855 salió *Tristan é Isolde* por Godofredo de Strasburgo; en 1857 las canciones de los *Minnesinger;* y en 1867, *La Guerra de Wartburgo* y *La Modestia de Fridank.*

Con estas traducciones se agotaron las producciones más notables de nuestro primer período clásico de literatura; pero no se agotó con ellas la fuerza del maestro y su anhelo de blandir de nuevo su martillo. Viviendo desde hace años en las bóvedas de la literatura viejo-alemana, publicó en 1851 una eleccion de sus tesoros en su *Altdeutsches Lesebuch.* Sumergióse tambien en el Niederdeutsch (bajo aleman), publicando en 1856 el *Heliand;* y sabiendo que en los siglos pasados los pensamientos de muchos alemanes se habian refugiado en las formas de la majestuosa lengua del Lacio, tradujo una eleccion de himnos latinos en que se confunde la piedad cristiana con la delicadeza poética, y que bajo el título de *Lauda Sion*, publicó en 1850.

Penetrando en una periferia más ancha que la vida germánica, publicó en 1851 *La Edda*, traducida é interpretada por él. En relacion íntima con

ella está su *Manual de la mitología germánica*, publicado en 1853.

El, á quien la poesía popular debe la traduccion de *Los Nibelungos*, de *La Gudrun* y de *El Heliand*, persiguió siempre la senda de las tradiciones populares; así, publicó en 1836 *Las Leyendas del Rhin*, y en 1835, bajo el título de *Malerisches und romantisches Rheinland*, una descripcion cumplida del Rhin en todo lo que se refiere á su naturaleza, á sus costumbres y tradiciones: publicó ademas en 1844 el *Kerlingisches Heldenbuch*; en 1848, el *Deutsches Kinderbuch* (el libro de los niños alemanes); en el mismo año, *Cantos de Martin*; en 1850, el *Libro de los enigmas alemanes*; en 1855, *Leyendas*; en 1859, *Cantos alemanes de Noche-Buena*; y en 1864, *Cuentos alemanes*.

Desde 1831 á 32 publicó *Las Fuentes de Shakspeare*, y en 1867 una traduccion de los dramas y poesías del mismo poeta, el príncipe de los vates ingleses. En 1863 dió á la estampa su traduccion de *La Frithiofssaga*, por el célebre poeta sueco Esaías Tegnér; y en 1859 la de *Beowulf*, la epopeya más antigua de los alemanes. ¡ Qué serie tan inmensa de trabajos creados por la fuerza de voluntad y el espíritu de un solo hombre! La benéfica naturaleza debia imponer una pausa á tan infatigable poeta. La calma y la holganza le hicieron bien,

y restituyeron por completo la armonía de su espíritu. Y con ánimo sereno, y con aquel humor que no le abandonó hasta su muerte, volvió á sus queridas tareas literarias. Publicó en 1872 su traduccion de *La Nave de los Locos*, por Sebastian Brand; dió á luz una coleccion de los *Epigramas* de Logau, é hizo resonar en acordes modernos las dulcísimas melodías que en el siglo XVII cantó en su *Trutznachtigall* el piadoso y profundo Federico de Spee.

No omitimos hablar de las poesías originales de *Simrock*, cuya primera edicion salió en 1844, ni de sus cantos patrióticos en memoria de la batalla de Leipzic, ni de las victorias alemanas alcanzadas en 1870 y 71.

Simrock, como traductor, no lisonjea ni á su original, ni á sus contemporáneos, ni á la lengua moderna, y demanda á su lector abnegacion y severidad, requiriendo estudio ya la manera de que debe leerse la estrofa de los Nibelungos. *Simrock*, como traductor, es en la esfera germánica lo que Voss es en el suelo clásico de Homero, lo que Schlegel es en el mundo shakspeariano, lo que Rückert es en el Oriente. El idioma teutónico se parece al hierro duro de que el artífice *Simrock* fabricó yelmos y lanzas, espadas brillantes y poderosos escudos; y gracias á él brilla en nueva corona nupcial la bellísima

Chriemhilde y fulgura en nuevo esplendor el valeroso Siegfredo.

Lloraremos siempre que la tumba haya tragado á aquel hombre tan bueno, tan sereno, tan amable; á aquel vate tan incansable, que hace ya medio siglo merecia su primera corona de poeta; á aquel aleman tan inspirado, el primero en conciliar la ciencia con la vida nacional, en presentarnos de nuevo en su totalidad y magnificencia nuestra epopeya, la época de mil años del pueblo germano, en evocar las figuras sublimes de los héroes de nuestros patrios cantos; á aquel rhiniano tan entusiasta que cantaba la gloria de nuestro bellísimo rio y de nuestra patria rhiniana.

Así como el nombre de *Simrock* está enlazado con los *Nibelungos*, está unido tambien al *Rhin*, y celebrar á éste equivale á honrar á *Simrock*.

Como hijo del Rhin, dedicaré esta apoteósis al rio favorito de los alemanes, al hijo predilecto de los Alpes que lleva las aguas del San Gottardo al mar del Norte, al que no tiene rival en nuestro amor, miéntras las claras olas que arrastra el Bétis de cristal sereno comparten la veneracion de los españoles con el Tajo y el Ebro, con el Tormes y con el Genil y el Darro. Amamos al Rhin, el más noble de los rios alemanes, porque le hemos salvado del extranjero; le amamos como la madre que ha sal-

vado á su hijo de la muerte amenazadora; le amamos, porque poseerlo era para Alemania cuestion de honra nacional, y más aún, de existencia nacional; le amamos, porque ya le tenemos entero, con su corona de Strasburgo, la ciudad de Godofredo y de Tauler, de Sebastian Brand y de Geiler de Kaisersberg, la ciudad donde Guttenberg, el conquistador de la tipografía, fabricó la primera prensa, y donde Goethe dirigió los cantos de su juventud á la encantadora Federica. Amamos al Rhin, porque ya corre libre en el mar de Dios, como viene libre de las rocas, y porque ya se cumplieron los deseos ardientes de los Ernesto Mauricio Arndt y Maximiliano de Schenkendorf, que encendieron en los corazones alemanes el culto del Rhin. Le amamos, porque su suelo es la cuna del Imperio aleman, porque en su valle se levantan las más magníficas catedrales del arte gótico, las de Friburgo y de Strasburgo, las de Oppenheim y de Colonia, y porque las ciudades más viejas de su territorio, Espiria y Worms, Maguncia y Bamberg, tienen los duomos más hermosos del estilo romano. Le amamos, porque su suelo participaba como el que más del movimiento espiritual en la Edad Media; le amamos, porque en el nuevo tiempo fué cuna de aquella pléyada de hombres ilustres, entre los cuales llamarémos los hijos de la Helvecia alemana Zwingli y

Haller, Lavater y Pestalozzi, los hijos del valle del Neckar Keplero, Wieland y Schiller, Schubart y Uhland, Hegel y Schelling, el hijo de Francfort, el coloso Goethe, el de Bonn Beethoven, y los hijos del Bajo Rhin, Pedro de Cornelius y Enrique Heine. Amamos al Rhin, porque tiene el tesoro más rico de tradiciones y leyendas, conocidas por todos los hombres cultos y embellecidas por la poesía, las tradiciones universales de los Nibelungos y de la Loreley; le amamos, porque posee en sus recuerdos históricos una belleza espiritual que aumenta el encanto pintoresco de sus montes y rocas, de sus viñas y de sus ciudades, de sus castillos é iglesias. Le amamos, porque en sus orillas nos saludan los escombros de lo pasado, los espíritus de los caballeros, y la vida alegre de la Edad presente. Le amamos, porque su vino de oro es sol fundido y una fuente de poesía y de piedad, de patriotismo y de humanidad bella. Y bebiendo el vino del Rhin pensamos en dias llenos de sol, en castillos y almendros, en las bellezas del patrio rio, en su historia y sus tradiciones, en Siegfredo y el tesoro de los Nibelungos, en la Loreley y en Orlando, en Carlo-Magno, el amigo de la vid, y en *Cárlos Simrock*, el cantor de la gloria, de las tradiciones y del vino del Rhin.

II.

El pintor noruego-aleman Adolfo Tidemand.

¡Noruega! ¡Vírgen de Europa, que resides apartada y sola en el altísimo Norte! He visto el poder tan grandioso, tan severo de tu naturaleza sin igual, aquella misma naturaleza cuyos austeros acentos suenan por la Edda y las Sagas, por los antiguos cantos épicos, por las canciones populares y por las poesías de los vates del Norte. He visto las cumbres majestuosas de tus montes nevados; he oido el rumor atrevido y atronador de tus cascadas; me he perdido en los misterios de tus bosques vírgenes, de tus bancos de hielo más elevados, que parecen, cual diadema brillante, coronar la frente de la montaña, y en los encantos de tus lagos negros, aquellos golfos, aquellos lagos que han de llevarlo todo: los cortejos nupciales como los fúnebres, y que siendo los amigos indispensables de los ribereños, los conducen así á las fiestas como al trabajo; les prestan pan, pero les privan á veces de vidas queridas; sonrien en los rayos del sol, pero rabian tambien con el trueno de los aludes de nieve que caen con estrépito de los montes. Tú no has abierto todavía tu seno, como la Suiza, á las in-

mensas caravanas de la Europa y del mundo; tus vías pintorescas las reservaste aún para el caballo y para aquel vehículo extraño que se llama *carriola*, y que llamaré yo el ave ligera, el rayo de las montañas; y tienes lagos misteriosos, por los cuales surcan sólo barcas. Escasos son los afortunados que han hecho la ascension á tu Gausta y á tu Snehatta, miéntras el Pilatos y el Rigi se han puesto en Lucerna al alcance de todo el mundo, y el Oberland se recorre ya como los boulevares de París. Tus hijos respetan aún la altiva majestad del bosque: el oso, que, segun ellos dicen, tiene la fuerza de doce hombres y la mente de diez. No tienes por huéspedes á alados trovadores; no te alegra el ruiseñor con su dulce gorjeo; pero en cambio ves cruzar el firmamento al águila, la única en su especie que se atreve á tender sus alas hácia el sol y mirarle cara á cara, y estás llena de sublimes melodías para el oido de un artista. ¡Qué de paisajes tan varios nos presentas desde la naturaleza casi meridional del amenísimo valle de Cristiania hasta los desiertos de Hardangervidda; desde los campos feraces que rodean al Mjösen hasta los escarpados de Jotunfjelde; desde una tierra de Titanes hasta un ángulo del paraíso terrestre; desde las altas rocas que encierran las verdes olas del Hardangerfjordo hasta las lenguas de tierra que se encuen

tran al pié de las rocas formando encantados oásis; desde los émulos del Niágara, el Skjäggedalsfoss, el Rjukanfoss, el Vöringfoss y el Tvindefoss, hasta los Tyssestrengene, estas dos cascadas hermanas, que, en su caida, se encuentran breves instantes suspendidas en el aire, para unirse despues, formando una sola columna de espuma brillante, y desde el Gudbrandsdal hasta el Romsdal, que, segun dicen los mismos noruegos, es, en comparacion con los otros valles, lo que es el sol comparado con las estrellas, y que tiene tantas cascadas como estrellas la Vía Láctea! Todo en tí es grandioso, desmesurado, colosal: los torrentes son rios, las cascadas son cataratas, y desde tus montes, los pasmados ojos vagan sobre las alturas como si viesen el mismo cielo. ¿En qué parte de la tierra es el comercio del hombre con la naturaleza más íntimo que en tus Alpes, donde en el verano todos viven juntos, abandonando el valle y dejando la llave de la casa bajo el umbral? ¿Qué alegría puede compararse entónces á la de los animales que disfrutan de las hierbas olorosas, despues de haberse alimentado durante el invierno sólo de musgo y pinochas? ¿Dónde hay noches tan lúcidas, que, comparadas con el dia, son lo que la perla es comparada con el diamante, teniendo ménos esplendor y más encanto? ¿Dónde se ve un brío semejante al de los no-

ruegos cuando en el invierno pasan por las montañas, usando aquellas abarcas con que, no diré que van, sino que vuelan sobre la nieve?

¡Noruega! Germanos son tus habitantes, germanos por su figura, por sus costumbres, por su fuerza desmesurada, por su sentimiento entrañable, y por su carácter altivo han merecido el envidiable título de *castellanos del Norte*, de modo que entre los noruegos me creia á veces como en medio de los compatriotas del Cid. Y á corta distancia de la ciudad de Bergen, en Lysö, isla rica de grandes pinos, una sala de la casa de campo del célebre violinista Ole Bull, vestida con un traje de gloria y magnificencia, me recordaba hasta el estilo de la Alhambra, aquel hermoso sueño de Oriente, aquella maravilla española, aquella joya, aquel monumento histórico que es á la vez fortaleza, palacio, parque y monton de escombros artísticos, y de que dice la propia inscripcion de sus muros como justo desahogo de una conciencia artística satisfecha: «En estas mansiones se presentan tantas amenidades á la vista, que cautivan la mirada y suspenden la inteligencia. Las artes han contribuido á embellecerme, y me han dado su esplendor y sus perfecciones. He reunido toda clase de bellezas en tan alto grado, que de mí quisieran tomarla las estrellas en su alta esfera.»

¡Noruega! Aunque no se les ocurrirá á los poetas que entre las ondas de tus cataratas pueden habitar tiernas ninfas ni delicadas musas; y aunque en tus cascadas y entre tus bosques los vates griegos y del Lacio no hubieran colocado sus Céfiros y Faunos, sus Sílfides y Ondinas, sus Sirenas y Nereidas, á Danae visitada por Júpiter trasformado en lluvia de oro, y á Juno, precedida de la ninfa Iris, concibiendo á Marte al contacto de una flor, te llamaré una Arcadia bella por la sencillez, la honradez y la piedad de tus hijos, entre los cuales el hurto es desconocido, y tienen tal aficion á los perfumes y las flores, que detras de cada ventana se ven los encantos de rosas gentiles y gallardos claveles. He observado á tus hijos en la grandiosidad de tu naturaleza y en la tranquilidad del hogar, donde habitan el pío deber y la casta pureza, demostrándome la mirada pensativa y la sonrisa soñadora de la doncella que hasta en las solitarias montañas el dios arquero puede herir los corazones. He oido al pastorcillo en la cumbre del monte evocando con sus breves manos monótonos acentos del caramillo, miéntras su compañera infantil, ángel sin alas bello, la niña de los blondos cabellos, la de la tez de rosa, hace media y suenan las esquilas del ganado. He visto la encantadora y púdica novia noruega llevando una corona de oro, como si

fuese una princesa: su alma era búcaro que encierra primaverales rosas; en su límpida mirada llena de dulzura habia un mundo de sensibilidad y de amor, y su espesa y rubia cabellera era tan copiosa que parecia fatigar con su peso su cuello de cisne y su frente de nácar. He visto al altivo novio noruego contemplando con gozo á la que habia saludado veinte veces los renuevos de la primavera, la que es alma de su vida, luz hermosa de su alma, única flor que perfuma su existencia, y aquel cortejo nupcial pasaba por el camposanto, como si quisiera decir: «Soy símbolo de la fresca y lozana vida; la existencia sobrevive á la muerte.»

¡Noruega! ¡Cuánto amo á tus hijos, cuánto amo á tus fiestas, sobre todo á la de Jul, esa fiesta verdaderamente nacional consagrada á la Noche-buena, pero que dura trece dias, reuniéndolos á todos en torno de la mesa, al anciano grave, ó más bien austero de cabellos blancos como la nieve que cubre casi todo el año las elevadas crestas de los Alpes, á los padres, á los niños, á los criados y á los extraños! Todo ha de gozar de la cerveza de Jul, y hasta los pájaros del cielo han de participar de lá alegría en la tierra; por eso cerca de los trojes erigen perchas con espigas, para que las cojan las aves.

¡Noruega! ¡Cuánto amo á tus prestes, cuya

vida es vida de abnegacion, y que en los nebulosos dias de otoño y en los hielos del nevado invierno tantas veces exponen su existencia para llegar á su parroquia, para cumplir su sagrada mision, para predicar en la iglesia, para derramar el bálsamo de consuelo sobre un moribundo!

Si es cierto que algunos espíritus privilegiados, desembarazados de las pesadas ligaduras de la materia, se adelantan al comun de los mortales y tienen comunicacion con los espíritus divinos, será indudablemente en el Nordland, que tiene un sol rutilante, dias y noches durante tres meses contínuos, y despues una noche terrible que dura nueve meses. Aquel sol cuyos besos son tanto más ardientes, cuanto que sabe cuán larga ha de ser su ausencia, imprime al carácter de los habitantes no sé qué dulzura, y en aquellas noches tan largas su fantasía colosal, como la naturaleza que los rodea, crea gigantes de las montañas y monstruos de los mares.

¡Noruega! Me he sumergido con entusiasmo en las tradiciones de tu Haraldo Haarfager, de tu rey tan caballeresco como cristiano Olaf Fryggvason, de tu San Olaf, de tu rey Sverre y de tu héroe Tordenskiold. He visto en Ringerike, reino de tu rey Ring, el túmulo de uno de tus viejos reyes, Halfdan Svarte (Halfdan el Negro), padre de Ha-

raldo Haarfager, y en Gudbrandsdal, en el pueblecito de Kringen, á las orillas del Glommen, he visto el monumento de tus valientes y patrióticos aldeanos, que en 1612 se precipitaron cual alanos sobre los invasores escoceses capitaneados por el coronel Sinclair, esparciendo sus miembros por la tierra. En el teatro de aquella hazaña, en el Gudbrandsdal, ufano con su gloria, en aquel valle donde Céfiro alegre cantaba la victoria, he visto una familia de campesinos residente en Bjolstad, que se cree descendiente de reyes, que dió hospitalidad á dos soberanos, Cárlos Juan XIV y Oscar I, y que desdeña contraer matrimonio con otras familias, así como la altanera águila blanca de Dovrefjeldo (Noruega), última de su raza, preferia morir solitaria en su roca á unirse con una águila morena de raza inferior á la suya. He visto tambien el *Miramar* de Cristianía, el lindísimo castillo de Oscarshall, situado en la pintoresca península Ladegaardsöen; en esa perla que nada en el mar, la vista abarcaba todo el fjordo y descubria en lontananza el pico de Gausta, y en Bergen, la ciudad de Olaf Kyrre, el emporio del Norte, la ciudad del despacho anseático, la patria del poeta Luis Holberg, del lírico Welhaven, del pintor Dale y del violinista Ole Bull, en aquella poblacion donde, segun dicen, los niños nacen con paraguas para defenderse

contra las lluvias propias de la ciudad, he visto la famosa pescadería y á las criadas que se inclinan hácia la baranda que las separa de la barca donde se encuentran los pescadores y las frutas del mar, hablando, gritando y gesticulando más y más.

¡Noruega! ¿quién no saludaria tus hospitalarios moradores con simpatía, y quién se despediria de ellos sin un suspiro? ¿Quién no se entusiasmaria con las poesías del ilustrado Juan Sebastian Welhaven y del patriota Enrique Wergeland, con los dramas nacionales de Enrique Ybbsen, con las comedias de Björnstjerne Björnson, con los cuentos de Pedro Cristian Asbjörnsen y de Jorge Moe? ¡Noruega! Cristianos son tus hijos; hasta en las camas en que duermen léense versos bíblicos, y de su cristianismo habla tambien la célebre catedral de Throndjem, ciudad de Olaf Tryggvason y de San Olaf, y aquellas iglesias de madera llamadas Stavekirken, aunque éstas se parecen más á pagodas indias que á templos cristianos. Pero en tus desiertos viven aún los viejos dioses germánicos Odin y Thor; en la memoria de tus escaldas vive todavía el recuerdo de las áureas salas de la Walhalla, donde Odin se hace el anfitrion de los héroes, y se me figura oir aún voces desde la profundidad de los valles y desde el rumor de los torrentes clamando: *¡Walhalla, Walhalla!*

¡ Noruega ! Yo te he visto gozándote con la gloria de uno de tus hijos más célebres, el pintor *Adolfo Tidemand*, y ahora, desde las torres de la iglesia de Oslo, la más vieja de la Cristianía, resuenan las campanas fúnebres, cuyos acentos acompañan á la mansion de la muerte al gran hijo de Escandinavia, que, como el que más, fué pintor de su pueblo, perpetuando en la memoria las costumbres de sus paisanos, su vida, sus figuras, los tipos de los hombres, de las mujeres y de los niños escandinavos, ántes de que el tiempo haya pasado con su faz prosaica sobre los montes de Noruega, haciendo nacer bajo sus plantas otras figuras y otras costumbres. Morir en el cenit de la gloria es una muerte bienaventurada para cada artista, y morir en los brazos del amor es el último consuelo para cada mortal. *Adolfo Tidemand* alcanzó un dulce término de la vida en la noche del 24 al 25 de Agosto de 1876 en Cristianía en los brazos de los suyos y en la aureola de la gloria. Sobre la tumba que encierra sus restos, las lágrimas del agradecimiento y del afecto reverdecerán constantemente las flores que guardarán su memoria entre los que le vieron abrazar con el ardor de su fe el arte, y honrar por sus producciones á su patria. La losa que cubre su féretro levántase al aura de su posteridad. Para quien ha trabajado como él al frio de la muerte no

sigue el frio del olvido: quedarán por recuerdo indeleble sus obras y sus hechos de hermosa humanidad. Y si el honor del trabajo es laurel que no se seca sobre el sepulcro del hombre laborioso, ha de ser inmortal *Adolfo Tidemand*, cuya hábil paleta dibujó los tipos noruegos, y que con mano pródiga derramó desde el Rhin, la patria de su arte, sobre los lejanos montes de Escandinavia, el país de su nacimiento, las semillas de oro de la cultura. Y por haber tenido dos patrias, vivirá tambien en dos *Walhallas*, en la de Noruega y en la de Alemania.

El nombre de *Tidemand* le oí á cada paso al recorrer la Noruega, le oí pronunciar por todos, así los ricos como los pobres, con el mismo orgullo, con entusiasmo igual, como el más genuino de los noruegos, como el más inspirado de los artistas que ejercia el influjo más benéfico tambien sobre las otras artes, la poesía y la música, y como el más modesto y el más noble de los hombres. ¿Qué mucho si al saber su muerte en el momento mismo en que abandonaba la Noruega he llorado yo como lloran los noruegos por el que impulsado por su entusiasmo patrio, creaba obras peregrinas, por aquel á quien el castillo de Oscarshall debe un precioso ramillete de diez composiciones, que bien pueden llamarse las bien matizadas flores de aquel rico tejido de inspiracion y talento?

Dos personajes célebres visitaron en el año de 1876 á su patria, la Escandinavia : *Cristina Nielson*, la reina de la escena lírica, para producir un entusiasmo frenético por su aparicion en las tablas de su país natal, y *Adolfo Tidemand* para despertar un llanto universal, porque su sol en el ocaso acababa para siempre su jornada.

¡*Adolfo Tidemand!* ¡Qué vida tan grande, tan pura, tan noble de artista y de hombre se ha apagado con tu muerte! ¡Tú, que colocaste siempre tu persona en el fondo, déjame á mí, tu vecino, tu admirador y quien como tú tiene dos patrias, en el momento fatal en que la parca acaba de cortar tu vida laboriosa y patriótica, colocarte, como lo mereces, en el esplendor de la gloria, consagrando á tí, modelo de los artistas, el primer artículo que he escrito en cumplimiento de mi deber como correspondiente de la Academia de las tres nobles artes de San Fernando! ¡Genio de la pintura de hoy, genio engrandecido desde que duermes el sueño de la muerte bajo la sombra solitaria de fúnebres cipreses, déjame presentar tu imágen á la nacion en que el arte sin igual de la Pintura empezó á florecer potente con los Alonso Berruguete, los Becerra, los Juan de Juanes y los Ribalta, para llegar á su apogeo en el pintor coloso de la España, Velazquez, el pintor de lo verdadero, el pintor del

Cuadro de las lanzas y el de *Las Hilanderas*, y en el pintor de lo sagrado, él inmortal Murillo! ¡Tú que en los corazones todos de los que te conocieron te has conquistado una perpétua memoria de cariño y una aureola de inmortal admiracion, déjame presentarte á la nacion del divino Morales y de Zurbarán, á la nacion de Alonso Cano, el Miguel Angel español, que sirviéndose lo mismo del cincel que de la paleta, pintaba y decoraba sus preciosos retablos; al pueblo de los Goya, á la nacion de los Rosales y Fortuny, cuyo esfuerzo potente prueba que el arte de la Pintura no murió entre ellos con la última pincelada de Murillo!

Adolfo Tidemand nació en Mandal, plaza situada en la costa occidental de Noruega, el 14 de Agosto de 1814, aquel año memorable en que nació la Constitucion de Noruega, segun el modelo de la española de 1812. Su padre, empleado en la Aduana, era severo, religioso y concienzudo como los hombres del Norte, miéntras la que le dió el sér, flor peregrina cuyo cáliz celestial guardaba su porvenir, brillaba alegre como el alba soberana. Ella en cuyo regazo de flores aprendia á balbucear las primeras palabras, cultivó el huerto de su jóven corazon derramando sobre él la simiente de religion y de amor. *Cree, ama y espera*, fué el primer precepto que hirieron sus oidos, brotando de aque-

llos dulces y cristianos labios. Con aquel dón de adivinacion de que las madres se hallan poseidas, vió ella ya á la gloria con sus alas acariciar la frente del niño, cuando éste con su cuchillo formaba de las raíces firmes del pino, figuras graciosas representando vacas. Indudablemente bajo la direccion de un Thorwaldsen, el jóven Adolfo se hubiera hecho tan eminente estatuario como se hizo gran pintor. La mano que sabía vestir con formas tan bellas las figuras de los animales, no era ménos diestra en dibujar, y cualquiera que haya visto sus trabajos, encomiará al niño cual maravilla, y se asociará á las esperanzas y bendiciones con que sus padres en 1830 le acompañaron á Copenhague, donde entró como discípulo de la Academia de Bellas Artes. Allí trató de imitar al ingenioso pintor frances David, modelo é ídolo de la juventud de entónces; pero buscando con el alma la patria de las artes, no la encontró sino en las orillas del Rhin, en Düsseldorf, donde Guillermo Schadow, en union de una falange selecta de jóvenes artistas, habia fundado una nueva escuela del arte.

Su anhelo hácia lo bello le llevó, en el otoño de 1837, á la metrópoli rhiniana, y allí se desarrolló su talento de un modo sorprendente. Como discípulo de Teodoro Hildebrandt y despues de Guillermo de Schadow conquistó los lauros del porvenir y

subió de escala en escala, pues desde entónces no habia para él dificultad ninguna, hasta que la muerte le cerró el reino de los colores y el mundo de las formas, entorpeciendo la mano que habia creado tantos cuadros inmortales. Su lienzo histórico *Gustavo Wasa en la iglesia de Mora* (Dalecarlia), que pintaba en 1841, le valió ya toda una reputacion, pero á él no le satisfacia aún su pintura, no hallaba en ella el ideal que habia entrevisto cuando hablaba la inspiracion, cuando hablaba el genio, cuando sentia arder en su frente algo divino que lo elevaba á la hermosa region de los ensueños.

Despues de haber alcanzado por aquella obra carta de naturaleza en la Alemania artista, trató de ensanchar sus estudios conociendo tambien las bellezas de las otras Academias germánicas, y sobre todo la de Munich, que se gloriaba de la direccion del sin igual Cornelius. A la sombra de aquel maestro, que le atraia por el clarin de su fama, practicaba sus inspirados ensayos en la pintura histórica. Por desgracia, su organismo delicado no sufrió el aire rudo de las montañas que se respira en la capital de Baviera, esa nueva Aténas de la Europa, y de la grave enfermedad en que habia caido no se restableció sino en el bendito país del sol, en el Eden de aromas, en el cielo sereno de Italia. ¡Cuántas sensaciones experimentó

allí el artista! Rodeado de tantos enigmas en el arte y en la naturaleza, cuya solucion le parecia imposible, empezó á dudar de su propio poder creador, pero concluyó encontrando la solucion que calmaba la tempestad en su pecho, concluyó hallando la direccion que habia de seguir: apartando la cansada vista de las grandes é inaccesibles concepciones del arte, vió de repente las figuras y trajes de los aldeanos itálicos que pintores entusiastas fijaban en sus lienzos, y conoció que á él le ofrecia asunto igualmente pintoresco para cuadros innumerables el pueblo de su patria. Y pintarle en cada situacion, en sus alegrías y pesares, en todos los detalles de su existencia y de sus ocupaciones, le parecia la mision de su vida.

Lo que por sus preciosas novelas de costumbres es Fernan Caballero para Andalucía y Antonio de Trueba para Vasconia, lo mismo es *Adolfo Tidemand*, por su inspirado y vivo pincel, para Noruega.

Desde Italia volvió el pintor noruego al hogar de sus padres, y despues visitó los más apartados valles de Noruega, que convertia en taller y estudio. Vió con los ojos del artista las solitarias chozas de los pastores y de los labradores, encontrando por do quiera los ricos tesoros que anhelaba. Lo que encontró lo demuestra la pléyade de cuadros que por espacio de treinta años salieron de su es-

tudio, en Düsseldorf á donde volvió en 1846 y donde en 1849 fijó para siempre su residencia.

Esos cuadros que representaban escenas de familias noruegas eran verdaderamente cual nueva vida de un nuevo mundo. ¡ Qué poesía tan singular! ¡ Qué gracia tan encantadora, unida á una severidad elegiaca! ¡ Qué compostura tan noble! ¡ Qué verdad del sentimiento, qué representacion tan viva, qué individualizacion tan magistral, unida á la belleza del color! Libres de contrastes refinados, los lienzos de Tidemand hacen el efecto sencillo de la naturaleza. Si en algunas de sus composiciones predomina el sentimentalismo religioso, hemos de encomiar en todas una sana contemplacion. Los labradores de su país los pinta en su fuerza ingenua, no con adornos académicos.

El que llamaré artista noruego-aleman, porque siendo natural de la Noruega, debió su formacion artística á Alemania, reunió en torno de sí en Düsseldorf un círculo brillante de artistas noruegos, entre los cuales se encuentran los distinguidos pintores Fagerlin, Nordenberg, Jernberg y Lork. El que hoy es una celebridad alemana, Huberto Salentin, que desde el cuerpo de los herreros entró en el de los pintores, reveló desde sus primeras producciones una feliz trasmigracion del talento de *Tidemand.*

Este conquistó la envidiable reputacion que disfruta como uno de los mejores artistas europeos por su famoso *Oficio divino de los Haugianos*, en que retrataba aquella secta noruegesa que no se contenta con el oficio divino de la Iglesia, sino que se reune los domingos por la tarde en una cabaña ennegrecida por el humo, donde puede hablar cualquiera que se sienta inspirado. Vese un aldeano que desde la silla pronuncia un discurso entusiasta ante los que le oyen llenos de devocion. Así como en el rostro de los árabes del desierto muéstrase grabada la tranquilidad yerma de la inmensa arena ardiente de su patria, las frentes de aquellos sectarios noruegos, inflexibles y tercos en sus creencias, ostentan la fuerza ruda de las regiones polares, la firmeza inquebrantable de las patrias montañas de granito. La composicion de *Tidemand* es un adorno de la galería de Pintura de Düsseldorf. La debió repetir dos veces, una para la galería nacional de Cristianía, y la otra para un particular residente en Inglaterra. Ella le valió en Noruega la cruz de San Olaf, la gran medalla de oro en Berlin, y en 1855 en París, con motivo de la Exposicion, la gran medalla de oro tambien y ademas la cruz de la Legion de Honor.

Despues de haber llevado á cabo *Los Haugianos*, visitó otra vez á su patria acompañado de su amigo

y paisano *Hans Gude*, de quien hizo más adelante el colaborador de algunas de sus composiciones, pintando éste los paisajes y él mismo las figuras. Parece imposible alcanzar mayor armonía, mayor consonancia artística que la que se encuentra en los lienzos que pintaron juntos los dos maestros, disputándose la palma. El primer fruto de esta union tan benéfica para el arte fué *El Cortejo nupcial en el Hardangerfjordo.* Siguieron otras obras magistrales, entre las cuales mencionarémos *El Entierro en el Sognefjordo*, que es una joya más del tesoro de producciones de ambos artistas, así como *La Pesca nocturna.*

En el otoño de 1849 regresó *Tidemand* á Düsseldorf; pero ya no solo, sino acompañado del ángel tutelar de su vida, su jóven y amable esposa, cuyo corazon habia conquistado por su arte y por la nobleza de su carácter. Como regalo de boda recibió el jóven matrimonio el encargo del rey Oscar I de pintar un ciclo de diez cuadros para el comedor del palacio *Oscarshall*, cerca de Cristianía, que es para los reyes de Noruega y Suecia lo que para los reyes de Granada fué el Generalife, aquella mansion del placer y la ventura á que sirven de alfombra jardines que embargan los sentidos con sus cuadros de arrayan matizados de flores.

Yo he visto con entusiasmo y con lágrimas en

los ojos aquellas composiciones tiernísimas de Oscarshall, sacadas de la vida de un pueblo cándido, emanadas del manantial de un puro corazon de artista y terminadas bajo el influjo del amor y del agradecimiento. ¿Quién enumeraria todas las producciones de *Tidemand* que desde Düsseldorf salieron al mundo y en que los asuntos más graciosos alternan con grandiosas composiciones dramáticas? Como corona de éstas señalaré *Un Duelo en el dia de boda*, y es tan poderoso el sentimiento que en él ha sabido imprimir, que sin querer brotan lágrimas. Admirable por su belleza característica y severidad moral es su *Eucaristía en casa del labrador.* Contemplar esta pintura es reconocer hasta la evidencia y fuera de toda duda que existen aún pintores que no han vendido su alma al materialismo, y que por lo tanto pueden aún deleitar y conmover al mundo con cuadros impregnados de las santas ideas de la religion del Gólgota. Miéntras que en sus otros cuadros *Tidemand* representaba la verdadera religiosidad y el culto puro, pintó en sus *Fanáticos* los extravíos y extravagancias de los celadores. Para los altares de Cristiania y de Drammen pintó *El Bautismo del Señor* y *La Resurreccion*, mezclando algo santo con los colores de su paleta, y con Morten Müller compartió los lauros de la obra *El Desembarque del coronel Sinclair en Romsdalen.*

Quien pudiera contemplar el cuadro monumental que le tenía ocupado en el postrer año de su vida, *La Fundacion de Cristianía por Cristian IV*, que debia adornar el nuevo ayuntamiento de la capital de Noruega, no veria sino el último saludo de un finado. El que hace dos años habia apurado el cáliz de irreparable pérdida por la muerte de su único hijo, salió en el verano de 1876 acompañado de su amante esposa para sus montañas patrias para ganar en ellas nuevas fuerzas. No las halló, pero sí la paz de los que mueren en el Señor. La alcanzó en los lejanos hogares donde sonrieron las auroras de su vida, la alcanzó en la tierra bendita donde vió la luz y donde reposan las cenizas de sus padres.

¡Tengo paz! esas fueron sus últimas palabras conmovedoras que desde Cristianía suenan allende del mar penetrando hasta los alemanes que le aprecian como á un maestro y le aman como á un hermano. Dos naciones, la noruegesa y la alemana, grabarán con letras de oro en su memoria el nombre de *Adolfo Tidemand*, dejándonos la duda si el gran pintor honraba más á Noruega, ó á la escuela de Düsseldorf.

III.

Las victorias españolas.—El quincuagésimo cumpleaños del poeta aleman José Victor de Scheffel (1).

Colonia, 26 de Febrero de 1876.

Señor Director: Al asociar mi humilde nombre al catálogo de tantos hombres de gran competencia y autoridad, como redactor efectivo de su acreditada Revista, que ya en el primer mes de su existencia ha logrado llamar la atencion, no sólo de España, sino tambien de Alemania, me ha pedido V. le escriba de tiempo en tiempo correspondencias de mi patria. Siguiendo tan honrosa invitacion, elijo para mi carta primera el dia más fausto de España, el dia que el tiempo, esa gran esponja de la memoria, difícilmente borrará del recuerdo de

(1) Los capítulos III y IV se publicaron como *Correspondencias de Alemania* en la *Revista Contemporánea*, de Madrid, en el número correspondiente al 30 de Marzo de 1876.

Quizá dirá algun áspero censor que al dejar las correspondencias tal como están he alterado yo mismo el carácter del libro, donde todo debe guardar unidad y armonía. Pero aunque fuese muy fácil reformarlas he preferido no quitarles su primitiva forma, porque pienso que siempre es lo mejor lo que brota de la pluma, aunque sea pobre como la mia, en el primer momento de inspiracion.

los buenos españoles que hoy se entregan á los mayores trasportes de alegría, á las expansiones del patriotismo más sincero, porque la paz alcanzada por aquellos triunfos que se suceden con tal rapidez que es imposible hasta saberlos con exactitud, la paz con sonrosadas nubes brilla por vez primera despues de tantos años de desolacion, en el cielo de la patria. ¡ Quién pudiese trasportarse á Madrid, que aparece cubierto de espléndidas y vistosas colgaduras, para oir los repiques de campanas, las salvas, las músisas que recorren las calles, y para ver las iluminaciones, los fuegos artificiales, miéntras que el pueblo canta himnos patrióticos y da vivas calurosos á la paz, al rey, á la libertad y al ejército!

Las fiestas populares que ustedes están celebrando para solemnizar las victorias de sus ejércitos, precursoras de la paz, las hemos visto nosotros el dia de Sedan y el de la vuelta de nuestras tropas, que obtuvieron una de las ovaciones más grandiosas que registran los anales de cualquier reinado.

Tambien en el mes actual celebróse en Alemania una fiesta extraordinaria de que ha de participar usted como escritor, como ciudadano ilustre en la república de las letras, y la noticia de que un poeta contemporáneo, un literato aleman, alcanzaba honores sin cuento con motivo de su quincuagésimo cumpleaños, la recibirán indudablemente con júbilo

marcado todos los poetas españoles, creyendo honrado tambien su propio númen en el que fué objeto de tantas distinciones.

El poeta de quien quiero hablarle fué honrado por Alemania toda, sin distincion de clases ni opiniones, así por los príncipes como por los ayuntamientos, por los casinos y los estudiantes. A V. le parecerá increible el delirante entusiasmo con que los estudiantes alemanes expresan su admiracion y agradecimiento á su inspirado cantor. Figúrese usted dos mil estudiantes reunidos en Viena, en las «salas de Diana», y como los estudiantes alemanes y austriacos tienen una sed colosal, no pueden obsequiar á su ídolo sino ofreciendo libaciones á Gambrino y ejecutando con exactitud lo que se llama en la jerigonza estudiantil una «salamandra». Consiste aquel ejercicio tan ameno, aquella ceremonia tan extraña, en hacer ruido con vasos llenos de cerveza, chocándolos en la mesa y apurándolos despues de un solo trago y volviendo á chocar los vasos vacíos, lo que hace el mismo efecto que si tocasen el tambor. La frotacion de unos dos mil vasos, acompañada de un bríndis entusiasta, verificóse el dia 11 del corriente, en honor del poeta aleman José Víctor de Scheffel, el hijo de Karlsruhe, asistiendo gran número de mujeres hermosas y bien prendidas, las principales notabilidades de

la cuna, de la riqueza y de la elegancia, y ademas profesores, literatos y artistas, y el glorioso vencedor de medio siglo, el vate cuya musa tiene las relaciones más intimas con el mundo de los estudiantes, habia de luchar con una formidable cantidad de vigorosas salamandras, hijas del fuego del entusiasmo, que por conducto del telégrafo penetraron en su cuarto. ¿Qué debia hacer el poeta que á la sazon se encontraba en su ciudad natal, en vista de tan inesperado ataque? Contestó á sus admiradores con una humorística poesía que, destituida de las galas de la versificacion, dice: «Cuando la aurora me despertaba, vi ante mi lecho á una salamandra gigantesca extendiéndose sobre tres sillas. Aquella salamandra me decia miéntras que sus ojos sonreian: «Tienes muchos amigos en las orillas »del Danubio; dos mil cantores me han ejecutado »en Viena durante la media noche.»—¡Dios mio! exclamé yo, ¡dos mil! ¿Cómo podria yo agradecérselo á cada uno? Deberia durante el próximo año no peregrinar por la vida sino con paso mal seguro, no haciendo otra cosa que corresponder á salamandras. ¡Pobre de mí! ¿Cómo podria salvarme? ¡Levántate, salamandra mia! Yo te besaré á tí sola en vez de besar á todas, ¡oh! monstruo húmedo y alegre.—¡Por Dios! el beso era difícil. ¡Bien hayan ustedes, mis jóvenes amigos! ¡Ojalá que

vuestro ánimo poético continúe produciendo aún muchas flores galanas! Yo he amado el canto cuando jóven y le seré fiel tambien cuando anciano.»

Aunque no dudo que V., amigo mio, que se dedicaba á estudiar en Heidelberg la ciencia y la poesía alemanas, conoce tambien al héroe de la solemnidad de aquella salamandra gigantesca, no puedo ménos de añadir cuatro palabras acerca de este vate, que en la ciudad cuyo castillo alberga la más colosal de las cubas, entonaba los más originales cantares estudiantiles y báquicos, conduciéndonos hasta en la taberna asiria llamada «la ballena negra de Ascalon.»

En las poesías de *Scheffel* respírase el perfume heidelbergues, el espíritu del Palatinado, el aroma del vino del Rhin: sus composiciones escritas en Heidelberg, la patria de la ciencia alemana, la ciudad del Neckar, parecen adecuadas al genio húmedo del lugar que enlaza el humor y los chistes á la severidad del saber, propia de la antigua ciudad de las musas. Las poesías todas de Scheffel se parecen á las sencillas láminas de la escuela germana vaciadas en madera. El que vió la luz en la ciudad donde vivia Hebel, nos pintó la parte más meridional de Alemania. Figúrese V. aquellos aislados montes cónicos, el Hohentwiel y el Hohenkrähen, cuyas poderosas moles se elevan en medio de una

llanura feraz, ofreciéndonos un hermoso panorama sobre la deliciosa vega, el jardin de Suabia, el jóven Rhin, el ancho espejo del lago de Constanza, miéntras á lo léjos se ven las cabezas blancas de los Alpes de Appenzel. Con el Hohentwiel y el Hohenkrähen podria compararse tambien el poeta, que súbito se nos presentaba con sus cantos atrevidos, elevando la cabeza juvenil sobre la prosa de la vida vulgar, contemplando con sus ojos vivísimos las bellezas que se encuentran en el bosque y en el campo, y respirando con el placer peculiar de los alemanes del Sur el ambiente puro del entusiasmo poético. Quizá la erudicion profunda que Scheffel demuestra en sus composiciones con tanta felicidad como talento, ha contribuido á aumentar su fama en los círculos académicos y alejandrinos; pero le hicieron popular sobre todo su frescura exuberante, su ánimo profundo, su mirada que penetra así en los corazones y en los destinos humanos como en el corazon de los siglos más remotos, su arte plástica, su buen humor y su contemplacion ideal.

Todo lo grande, todo lo bello que el pueblo aleman posee en las creaciones de sus poetas, se debe á las singulares cualidades de las *mujeres alemanas*, al candor, al cariño, al genio y al corazon de las *madres germanas*. ¿Qué bardo aleman no cantaria

los cariños de su madre cuyo seno fué para él seno precioso de flores, seno feliz de alegrías?

Tambien *Scheffel*, que se muestra tan sensible á los halagos de la musa cómica, debió á su *madre* su talento poético, aquel humor que pasa por el severo semblante del hombre como un claro rayo de sol por los campos lóbregos. Su vida se leslizaba tranquila, y el arroyo de sus cantos corria, á semejanza de las poesías de Uhland, en torno de los añosos y pardos muros de castillos desmoronados. En 1844 estudió la jurisprudencia en Heidelberg, la ciudad rica en honores, y entró en la carrera jurídica en la vieja ciudad de Säkinga. Aquí, cuando su fantasía tenía ya por base un saber sólido, su talento poético, que hasta ahora habia dormido como en capullo cerrado, abrió sus lozanas flores. Aquí nació su *Clarinero de Säkinga*, que terminó despues en la isla de Capri, padeciendo aquella enfermedad que se designa con el nombre de nostalgia, ansiando ver otra vez los montes negros de abetos de su país natal.

La literatura y el arte estaban de enhorabuena, porque habian descubierto un astro brillante que les anunciaba dias venturosos y prósperos. En su coleccion de poesías, tan humorísticas como atrevidas, tituladas *Gaudeamus*, y nacidas en Heidelberg, donde pensaba alcanzar un profesorado jurídico,

demostraba el poeta un ánimo sano, una juventud descuidada, una alegría que hasta á los ánimos más severos arrastra en su torbellino. Esa arpa de suavísimos sonidos auguraba blando consuelo al alma y grato recreo á los oidos. Un año despues de publicado el *Clarinero de Säkinga*, que retrata en fáciles tróqueos las alegrías y los dolores del amor, publicó su obra capital: *Ekkehard, una historia del siglo* x. ¡ Con qué seguridad tan genial nos lleva el vate en aquella novela á una edad oscura que parecia falta de interes y en que hasta entónces no se habian atrevido á penetrar sino algunos hombres de ciencia! ¡Qué perfume de antigüedad, qué tono tan infantil propio de la crónica y de la tradicion! Aquella novela la compuso aprovechando viejos documentos cubiertos de polvo que halló en la biblioteca de un convento. Una visita á la Wartburg en 1857 cuando en Weimar se inauguraba el monumento de bronce de los poetas que brillan á traves de nuestro siglo con el reflejo de su genio tan refulgente como el sol, le inspiró sus composiciones tituladas *Frau Aventiure, cantos del tiempo de Enrique de Ofterdingen*, es decir, cantos propios de los principios del siglo XIII en que los cantores Walter von der Vogelweide, Wolfram de Eschenbach, Enrique de Ofterdingen, Reinmar el viejo y el virtuo-

so Schreiber brillaron en la córte del landgrave Herman de Turingia.

Cantos tales que en aquellos dias tan alegres hubiera podido cantarlos un hombre ilustrado que trataba á cantores caballeros, á monjes y á cantores vagantes, y que contemplaba la hermosa naturaleza con los ojos de Enrique de Ofterdingen ó de Walter von der Vogelweide, los aprendió á cantar Scheffel en las gradas de la Wartburg: á él se le acercaba la maga que hoy dia no vive sino en solitarias cumbres ó en los claustros y en el santuario de vetustas catedrales. Otra obra suya llena de poesía es *Junípero, historia de un cruzado.* Al contemplar en una tarde serena de primavera las ruinas de Neuenhewen (Suabia), revelóse de repente al alma del poeta la historia de aquel castillo. Y como la atmósfera de los bosques, nos refresca su poesía *Bergpsalmen* (salmos de las montañas).

Estas son las creaciones del vate que encierran destellos de ese fuego divino que sólo ilumina las imaginaciones gigantes. Aplaudirá V., pues, amigo mio, los homenajes que se le tributaron. Pero ¿quién pudiera enumerar tantas señaladas muestras de aprecio, tantos honores y distinciones? Me limitaré en consencuencia á decir á V. que la Emperatriz de Alemania regaló al poeta su retrato, que el Gran

Duque de Baden le confirió la nobleza hereditaria, y que el gran Duque de Sajonia-Weimar y el gran canciller de Alemania le saludaron con un telégrama. El vate contestó á Bismarck: «Una gloriosa página en la historia vale más que mil páginas de poesía.» Y á las señoritas empleadas en el despacho de telegrafía, que no podian descansar ningun minuto en aquellos dias turbulentos en que los telégramas se sucedieron con la velocidad del rayo, les dió las gracias el mismo poeta con las frases más lisonjeras entregándoles al mismo tiempo sus obras. ¿Quién pinta el asombro del Sr. Scheffel al recibir un telégrama de Trautenau (Bohemia), que contenia estas extrañas palabras: *Das Casino der Flegel* (es decir, el casino de los zafios)?

«Ustedes, señores mios, se llaman zafios, escribió el poeta agradeciéndoles su saludo, pero ¡válgame Dios! jamas he conocido yo á «zafios» tan cultos y amables.» Y por fin supo por las informaciones del casino de Trautenau que el empleado se habia equivocado poniendo en vez de *Das Casino Dr. Flegel* (es decir, en nombre del Casino, el doctor Flegel) *Das Casino der Flegel.*

Excuso decir que tambien en la ciudad natal del vate se ha celebrado una gran festividad, á la cual asistió el Gran Duque de Baden, que brindó por el poeta caballeresco y noble, pronunciado éste á su

vez un bríndis entusiasta alusivo al Gran Duque. Estrenóse ante ambos una pieza festiva titulada *En el Parnaso*, en que se presentan la Musa épica, la Musa lírica y el Genio del canto estudiantil, disputándose el honor de coronar al poeta. Dirígense los tres á Apolo, quien manda llamar al mismo bardo por conducto del dios de los sueños. Aparece el poeta y ruega á las musas le presenten ante los ojos cuatro figuras de su genio; pero áun despues de haberlas visto no se atreve á decidir él mismo á cual ama más entre ellas. Y las musas resuelven que el mismo Apolo corone al poeta con el laurel merecido, y el Genio del canto estudiantil convida á Apolo y á las musas á que ejecuten en honor del que es un «estudiante eterno», una «salamandra» solemne.

Si eso hicieron las musas del Parnaso, ¿no han de hacerlo tambien los estudiantes de Alemania?

El ilustre poeta que acababa de ser objeto del cariño y de la admiracion generales, invitó á sus apasionados á que le visitasen el estío próximo en su cosa de campo, situada en Radolfzel, para catar el vino de las orillas del mar de Suabia.

Ya sabe V. á dónde ha de dirigir sus pasos cuando venga otra vez á Heidelberg. Lo que para mí fueron las bodegas de Jerez de la Frontera, ha de ser para V. la hospitalaria casa del Sr. Scheffel, el

poeta que dijo á todos sus amigos: *Janua patet.*

Eso dirá tambien á V. el que se repite suyo afectísimo.

IV.

España y la paz.—Francisco Deak y la Hungría.—El maestro de escuela y escritor popular Gustavo Nieritz.—El primer centenario del nacimiento de la reina Luisa.

Colonia, 8 *de Marzo de* 1876.

Señor Director: Sucédense mis cartas como las victorias españolas que hicieron famosos los nombres de Abadiano y Elgueta, de Santa Bárbara, de Oteiza y Monte-Jurra, de Vera y Peña Plata. ¡Qué grandes han sido los triunfos alcanzados en pocos dias por el valor que es característico y propio de la sobria y robusta raza castellana, que de tantas maravillas militares ha llenado la historia moderna de toda Europa, por aquellos mártires sublimes que, como decia Castelar, se consagran al culto más implacable y más estóico, al culto de la muerte! Ya no correrá más sangre entre españoles. El sol fecundo de la paz alumbra en todo el suelo español, miéntras el luto modesto de los hogares derrama una sentida lágrima sobre el altar glorioso de la patria.

Este es dia de sentir; ésta es época de grandes sacrificios, de arranques de patriotismo, de elevacion en las ideas; ésta es hora de trabajar para que desaparezcan los vestigios de la guerra asoladora, que lega al país montones de ruinas. La historia tendrá páginas hermosas para aquellos que más contribuyan á la consolidacion moral de la paz, complemento de la pacificacion militar.

Ante los triunfos alcanzados por el pueblo español, que en aras de sus instituciones ha sacrificado el fruto de su trabajo, la flor de su juventud y la sangre de sus hijos, palidece todo, exceptuando el espectáculo incomparable que acaba de presentarnos Hungría, la tierra que en el siglo actual ha producido patriotas como Estéban Szechenyi, Nicolas Messelenyi, José Eötvös, Luis Kossuth, Luis Batthyanyi, Ladislao Teleki, Koloman Ghiezy, Koloman Tisza, el pueblo que se vanagloria de Tirteos como Petöfy, el pueblo que sabe en momentos críticos, lo mismo que la nacion española, elevarse hasta las regiones del heroísmo homérico.

Acompañéme V. á Hungría. Allí un pueblo entero muestra el amor de sus glorias; ese legítimo y varonil orgullo de sus grandes hombres, sean cualesquiera la escuela y el campo en que militen; allí un pueblo entero, y á su frente el rey, se honran á sí mismos honrando á aquel eminente ciuda-

dano que, colocado en la cúspide de la política, daba lustre y fama á la patria; á aquel consecuente representante de las ideas modernas de libertad, á quien los alemanes amamos como á un hermano; á quien por su talento, por su sabiduría, por su carácter, por sus virtudes era una de las figuras más excelsas y una de las glorias más refulgentes y enaltecidas de la nacionalidad húngara; á quien tenía sólo un amor, el de su pueblo; sólo una ambicion, la de servir á su país; á aquel cuyo nombre era sinónimo de abnegacion, de desinteres, de civismo; á quien tenía todas las cualidades que el pueblo aprecia y tambien muchas de las que el Estado estima, siendo á la vez hombre del pueblo y gran estadista; á quien, no teniendo jamas por consejeras la pasion y la violencia, sino haciendo comprender á sus compatriotas que los derechos deben defenderse por la vía de la razon y por los procedimientos de la paz, se distinguia por aquella moderacion del sabio, por aquella sencilla calma que enaltecen los escritores de la antigüedad, y por aquel sentido comun que se encuentra con frecuencia en los estadistas ingleses, por la elocuencia que no se dirige á las pasiones, sino á la mente de los oyentes, y que no quiere arrastrarlos, sino persuadirlos; á aquel que en grandeza moral se asemejaba á Washington, no buscando el poder, sino evitando

el esplendor; á aquel cuya grandeza no está manchada por la sangre, no debiendo sus victorias sino á la palabra y á la pluma; en fin, á aquel que desde 1832 figura en la historia de Hungría ocupando el centro de ella desde 1859 y dejando en tan buen puesto el nombre húngaro como patriota.

Ya habrá comprendido V. que hablo de Francisco Deak, el más noble entre los grandes hombres de la historía moderna de Hungría, el más sabio entre los hombres geniales, el más justo entre los reformadores, el más consecuente entre los que elevaban sus corazones y sus miras al altar de la patria. Francisco Deak era uno de esos hijos predilectos de los dioses, uno de esos fenómenos que brillan constantes é invariables cual estrellas polares para la edad actual y para el porvenir. A él no podria aplicarse lo que decia D. Gaspar Nuñez de Arce con motivo de la muerte de D. Antonio Rios Rosas, que era á un tiempo mismo Tácito y Tirteo:

¡ Triste destino de la gloria humana
Tan costosa, tan mísera y tan vana!
¡ Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;
Hoy tributo de lágrimas; mañana
Hondo silencio, y soledad, y olvido!

Francisco Deak nació de padres nobles en 17 de Octubre de 1803 en Sojhor. Es significativo para quien fué el promotor de las ideas liberales que su

familia tenga por blason un libro y una pluma.
Despues de haber cursado los estudios jurídicos en Raab, llegó á Pesth é ingresó en 1832 en la Dieta, haciéndose luégo el jefe del partido liberal y alcanzando ya á fines de la sesion primera una autoridad semejante á la de Guillermo Pitt, cuando éste tenía sólo veinte años de edad. Tan inmensa fué la impresion que el jóven hizo en la Dieta, que un diputado pudo decir: «Así como en Francia áun despues de la muerte de Latour d' Auvergne no cesaban de citar su nombre en el regimiento á que habia pertenecido, tambien nosotros al inaugurarse la Dieta hemos de preguntar: ¿No está presente Francisco Deak? Pues sin él no hay ninguna Dieta.» Deak pertenecia á la escuela de los Rotteck y Guizot, y si él tenía tambien su talon de Aquíles, era que atribuia mayor importancia al régimen parlamentario, á las formas del constitucionalismo, que á la administracion del país.

Dedicóse á redactar un Código penal que despues de concluido mereció los entusiastas aplausos de Mittermayer. Jamas se alejó del suelo sagrado de la ley, y no se asoció al movimiento de 1848 sino á condicion de que éste no se convirtiese en revolucion. Cuando tantos otros que se habian dejado arrastrar por la corriente de su tiempo hubieron de abandonar el suelo amado de la patria, pudo

él permanecer en ella, siendo respetado por todos. En vano pidió la córte austriaca sus consejos miéntras no existia ninguna Constitucion húngara, pues «sin ésta no soy nada», decia Deak como amante del derecho y de la patria. Retiróse de la política activa durante el triste período de reaccion, hasta que en Mayo de 1861 habló á su monarca en nombre de la nacion entera con una energía y calma admirables. Con aquel discurso memorable que forma el apogeo de su actividad parlamentaria, inauguróse su lucha en pro del derecho, que ha de agradecerle Europa toda.

Han de darle las gracias tambien los pueblos todos de Austria, porque á él le deben en gran parte las instituciones representativas de que en el dia disfrutan, y ha de darle las gracias la dinastía austriaca por haberla salvado.

Cuando el imperio austriaco estaba conmovido en sus cimientos, cuando una nueva época se habia inaugurado en el campo de batalla de Koeniggrätz, el emperador Francisco José llamó al ciudadano Francisco Deak á Viena. Este llegó. Habló del derecho de los húngaros, y en 1867 concilió la dinastía con la nacion despues de tres siglos llenos de amarguras, volvió á su rey el trono y el amor del pueblo y reconquistó para la nacion su Constitucion de mil años. ¡Qué obra tan grande! En vano

se le ofrecieron los premios más brillantes: modelo de virtudes cívicas fué quien despues de haberse hecho en la colina de la coronacion el nuevo pacto entre el trono y la nacion, declinaba todas las distinciones como si se avergonzase de su propia grandeza, contentándose con sus dos aposentillos en el tercer piso de la fonda *Reina de Inglaterra* en que habitaba en Pesth. Pero tambien en aquel modesto hogar le buscó la nacion entera. El que podia volverse confiado hácia la historia, porque sabía que sobre todo y ante todo está la salud de la patria, hízose durante el último tiempo de su vida para el pueblo una suerte de personalidad mítica: decian que el rey le visitaba por las noches para pedirle su consejo, que la reina le llamaba «primo Deak», y que la jóven archiduquesa le besaba las manos.

En 28 de Enero del presente año murió en los brazos de entrañables amigos el padre queridísimo del pueblo, el hijo más sabio de la patria, no dejando bienes de fortuna ni familia, sino una nacion entera derramando lágrimas.

¿Quién es la hermosa dama que el 31 de Enero apareció en el vestíbulo de la Academia de Ciencias de Pesth, donde se encontraba el cadáver del que fué Francisco Deak? Es la misma reina de Hungría, la noble Isabel, que quiere ser la primera en rendirle un tributo de lágrimas. Sube las gra-

das del catafalco, deposita una corona sobre el pecho del ilustre finado y se arrodilla orando llena de devocion.

Tres dias despues, el 3 de Febrero, doscientos mil hombres condujeron el cadáver á su última morada. Doscientas coronas cubrian el carro fúnebre. Y el Demóstenes húngaro, Luis Kossuth, escribió á un su amigo:

«Ruego á V. que deposite, en mi nombre, el adjunto ramo de cipres, ese símbolo de resurreccion, en los umbrales de la capilla de Deak, á solas, sin ruido alguno, secretamente. Quizá se lo llevará el viento ó será hollado: no importa. Si aquella importante molécula cósmica, si aquella infinitésima parte del espíritu del mundo, que segun las leyes de la afinidad física se junta en nuestro cuerpo para hacer de él un sér vivo y pensador, si aquella infinitésima parte, digo yo, despues de haberse disuelto los elementos de la materia, guarda su personalidad (lo que mi ciencia considera imposible, porque el elemento primitivo es inextinguible), y si hay un lazo entre las dos vidas (lo que es un deseo natural, pero difícil de creer), entónces lo que en otro tiempo se llamaba *Francisco* Deak comprenderá lo que quiere decirle el ramo de cipres que ahora le ofrezco.»

Un ramo de cipres merece tambien el hombre

modesto é infatigable que acaba de morir en Dresde, uno de aquellos mártires que hicieron grande y poderosa á Alemania y ennoblecieron al pueblo aleman enseñándole. *Gustavo Nieritz* era un verdadero *Preceptor de Germania*, el maestro de la juventud germana, no sólo en la cátedra, sino tambien en sus escritos. Pero preciso es confesarlo: así como la enseñanza alemana excita la admiracion, los maestros alemanes provocan la misericordia, y no obstante, éstos pertenecen á aquélla como el aliento á la vida. ¡Ay! los maestros alemanes comen el duro pan de la pobreza humedeciéndolo con sus lágrimas y han de luchar cual gigantes con la necesidad. Esa fué tambien la suerte de Nieritz, y sin embargo, alcanzó más de ochenta años de edad. En efecto, la necesidad endurece sus víctimas. ¿Debió acaso su ancianidad á mantener fresca el alma y jóven el cuerpo en el trato de los niños? Lo cierto es que aquella salud espiritual que trataba de cultivar en sus jóvenes lectores la conservó él mismo hasta sus postreros dias.

La enseñanza sale de los pobres. El Talmud lo dice, la experiencia lo confirma. Lo demuestra no sólo el ejemplo de aquellos gigantes que se llaman Sócrates, Kant, Schiller, sino tambien el de *Gustavo Nieritz*, el escritor favorito del mundo de los niños á quien los jóvenes escucharon con la misma

ansiedad con que ántes pendian de los labios de su abuela cuando les contaba dulcísimos cuentos. El mismo Nieritz escribió ya en 1846: «Si mis novelas de costumbres han alcanzado un aplauso por no carecer de verdad, lo deben sólo á la necesidad en que me encontraba, y tratando siempre á pobres niños pude pintar tambien con exactitud la vida de los pobres.» Sí; pobre era el escritor que en 1854, despues de cuarenta años de actividad pedagógica, recibió una pension de 200 thalers, y cuyo salario como maestro de escuela no excedió nunca á más de 400 thalers. Su vida toda era abnegacion y laboriosidad. ¿Es posible no tributar alabanzas á los elevados conceptos del señor Nieritz, tan bien expresados como hábilmente puestos al alcance de aquellos á quienes se destinaban? Rodeado de tres niños, de tres ángeles, escribió en una buhardilla su primer cuento *El Naranjo*, y despues publicó una serie infinita de historias infantiles que ilustran uno de aquellos proverbios de oro en los cuales abunda el pueblo aleman lo mismo que el español. Nadie ha penetrado más profundamente en las entrañas del pueblo que él. ¡Honor, pues, al maestro benemérito cuyas obras tienen por objeto esparcir saludables gérmenes en el corazon y en el ánimo de sus tiernos lectores! Alemania no ha de olvidar que el poder y el floreci-

miento de la nacion se debe á los pobres maestros.

Concluyo diciendo que miéntras ustedes celebran lo que quisiera que fuese la resurreccion, el renacimiento de España, Alemania se prepara á festejar el 10 de Marzo el primer centenario del nacimiento de aquella princesa verdaderamente alemana que adornaba el trono de Prusia, la inmortal reina Luisa, la augusta madre de nuestro emperador, aquella cuya grandeza imperecedera consiste en la pureza inmaculada de su alma, en aquel carácter sublime que, acerado por la necesidad, se levantaba desde la ingénita delicadeza femenil al heroismo del honor; la que preferia tolerar en los límites de su reino la suerte más triste á sufrir que la Prusia se humillase tanto que existiese sin honra y sólo por favor de Napoleon, la que elegia por genios consoladores á los poetas de su pueblo, los Schiller y Goethe; la que, segun dice la poética tradicion popular, escribia con un diamante en aquellos tiempos tan duros como él en los vidrios de una choza las palabras de Goethe: «Quien no comió nunca su pan con lágrimas, quién no se sentó nunca durante las noches llenas de angustia llorando en su lecho, no os conoce ¡oh poderes celestiales!» En la reina Luisa, que llena las páginas en que brilla su nombre con el aliento del entusiasmo más sincero; en la reina Luisa, que sembraba con lágrimas lo que su

gran hijo y nosotros con él hemos cogido con alegría; en la reina Luisa, que segun dijo Kleist, era el astro que más brillaba al romper las nubes lóbregas, encarnóse por primera vez la idea de una Germania querida, aquella idea que, pronunciada por ella con palabras de fuego, se hizo una bandera para el pueblo entero. ¿Qué podria decir aún de Luisa sino que ella adivinaba ya en las manifestaciones del espíritu popular los albores del renacimiento de la patria, que despertaba la centella de la inspiracion en los cantores de la guerra de la indepeudencia alemana, los Kleist, Koerner, Schenkendorf, Rückert, Fouqué, y que, áun despues de muerta, continuaba siendo el *genio tutelar de la causa germana* y encendiendo los corazones de nuestros bardos por la memoria de sus dolencias? Por lo tanto, la reina Luisa, la madre del glorioso emperador que vió los dias de Leipzic, París, Gravelotte y Sedan, dirigiendo la mirada y el brazo hácia el enemigo fugitivo de la patria; la que en aquellos dias en que Napoleon pudo exclamar: «¡No hay más Alemania!» levantaba el templo de los patriotas alemanes, una Germania más santa, una Germania más tranquila, despertando en todos los círculos el sentimiento germano, nos parece áun hoy encarnacion de las más santas esperanzas de Alemania, y realizacion de nuestros más ardientes deseos.

Para que nada faltase al culto de la piadosa reina de Prusia, que fué para nosotros una segunda Juana de Arco, pronunció un obispo frances, despues de la guerra de 1870, las memorables palabras: «He vuelto á leer la historia de esta noble mujer y de su pueblo..... Su historia me ha iluminado y confortado, y puedo recomendarla á todos los que se sienten abatidos al contemplar nuestras desgracias.»

Estando seguro de que V., amigo mio, saludará con nosotros el 10 de Marzo, el dia de Luisa, se repite de V. suyo afectísimo.

V.

La muerte del poeta aleman Fernando Freiligrath.—Su vida y sus obras.—Su entierro (1).

Colonia, 27 *de Marzo de* 1876.

Sr. Director: Mi distinguido amigo: Escribo á V. bajo la impresion de una nueva dolorosa que despertará el duelo más profundo donde quiera que resuene la lengua germana, que ha de resonar tam-

---

(1) Este capítulo se publicó como carta en la *Revista Contemporánea* del 15 de Abril de 1876.

bien entre las peñas de Inglaterra y ha de atravesar el Atlántico anunciando al Nuevo Mundo, como al Antiguo, que, herida por las tempestades de Marzo, cayó la más soberbia encina de la selva de la poesía alemana, cayó la más noble encina teutoburguesa, en cuya copa anidaban millares de pintadas aves cantando las maravillas del Oriente, y en que anidaba tambien la alondra de la libertad.

Escribo á V. en los solemnes momentos que separan con valladar insuperable los dias del mundo de los dias de Dios, en la hora fatal en que murió *Fernando Freiligrath*, el que fué á la vez un héroe y un cantor, un reformador y un profeta.

Murió el que cantaba los acordes purísimos del cántico sublime de la libertad de los pueblos; pasó á la region de los muertos, en cuyo nombre lanzaba hace años el canto más grandioso, un canto de ira á los vivos; pasó á la region de los muertos, de los héroes finados de la libertad, en el quincuagésimo aniversario de su primera poesía, aquella composicion en que á los diez y seis años de edad comparaba el fuego de su alma con los volcanes de Islandia. Entregóse Freiligrath al sueño eterno el mismo dia que en 1848 con ímpetu sin segundo tocaba á rebato saludando con júbilo inmenso la naciente aurora del 18 de Marzo, la revolucion de Berlin.

Hace un año que descansa en el seno de la muerte Jorge Herwegh, esa *alondra de hierro*, y en la triste noche del 18 de Marzo, el mismo dia que hace años le habia inspirado su *Canto de los muertos á los vivos*, le siguió á la tumba el que le habia llorado como á amigo fiel, el que le habia tributado el postrer honor, *Fernando Freiligrath*, ese *ruiseñor* de la primera lucha de la libertad alemana. Cerráronse para siempre los labios que derramaban dulces armonías y que por su arte peregrino hizo nuestros los tesoros espirituales de otras naciones.

«¡Oh, ama miéntras que puedas amar! ¡Oh, ama miéntras que quieras amar! Llega la hora, llega la hora en que llorando has de estar ante las tumbas», dice *Freiligrath* en una de sus más sentidas canciones, y ya ha llegado la hora en que la patria está llorando ante la tumba de su mejor hijo, aquel á quien sólo la muerte pudo separarle de las filas de la libertad. La patria, que vuelve sus ojos al féretro que ha de encerrar los restos mortales de *Freiligrath*, no dejará de amar miéntras que pueda amar al que acaba de trasponer resignado y alegre el límite invisible del tiempo y la inmortalidad, al que áun en su ancianidad consagraba su amor y sus esperanzas todas á la Alemania unida por la libertad, no de otra suerte que habia luchado y sufrido el destierro en sus mejores años.

La patria le dedicará el adorno de los hijos de su predileccion, la corona de roble.

Freiligrath, cuyas poesías todas penetraron en la sangre alemana, mereció el amor ardiente de su pueblo como poeta y como hombre: como poeta, porque no era uno de aquellos imitadores que se nutrian de las migas de la mesa inmortal de Goethe ni de las golosinas de Heine, y siendo sin rival ni sucesor, parecia un oásis exuberante, un meteoro refulgente, una estrella brillantísima, cantando con la misma verdad la vida lozana y rica de colores del mundo tropical, la patria y la santa libertad y las satisfacciones dulcísimas del hogar aleman; como hombre, porque levantaba la bandera de la nacion, y cual Tirteo de la libertad, recordaba á los poderosos su mision olvidada.

Freiligrath era un pintor, pero no con el pincel y la paleta, sino con la palabra viva, con el ritmo y la rima. Y quizá el mismo Lessing, que reprobaba lo descriptivo en la poesía y que despreciaba el alexandrino, hubiera aplaudido las composiciones de *Freiligrath*, que brillan por sus vivos colores. Su metro predilecto, el alexandrino, no era el caballo adiestrado por los franceses y enfrenado por Boileau, sino un caballo del desierto, negro como la noche sin luna y libre como el pensamiento. Su gigantesca fantasía era un fogoso caballo árabe que

suelto como el raudo viento vuela por el desierto africano; un rayo, un volcan, una tempestad. Hijo de un maestro de escuela que residia en Westfalia, vigoroso y atlético, pero no rudo y demoniaco como su paisano el desdichado poeta Grabbe, no pisó nunca el árido desierto ni cruzó el mar helado ni se paseó entre las altas palmeras del Oriente que imitan el dulce ruido con que los céfiros festejan á las olas, y sin embargo, su musa era oriental y se complacia en pintarnos la estepa y la lucha y en cantar, como dice Castelar en sus *Perfiles de personajes y bocetos de ideas*, «el leon, rey de la soledad; los dias de la Arabia, en que las arenas, encendidas por el sol, brillan como la vía láctea en el cielo», y el poeta miraba cual visionario los hombres y los animales, el paisaje y el destino como se manifiesta en el Sur y en el Norte más lejanos, al pié del Sinaí y del Himalaya, bajo el Ecuador y entre los horrores de los volcanes de Islandia. Encontrándose entre los productos de todas las partes del globo, soñaba mundos lejanos y peregrinaba con paso seguro por el mundo tropical, desplegando soberano é impetuoso sus dotes poéticas en la escuela de los franceses é ingleses. Volvió despues sus ojos ardientes á la patria, á los destinos de su pueblo, y precipitóse con la bandera enhiesta en el torbellino de la lucha de la libertad, siendo,

como él mismo dijo, «otro y no obstante el mismo.»

¡Otro y no obstante el mismo! ¡Cuán reducido es el número de aquellos en cuya lápida sepulcral pueden escribirse estas palabras de *Freiligrath!*

Nació éste en 17 de Junio de 1810 en Detmold. Su madre murió cuando el niño tenía apénas siete años. La necesidad anidaba en su hogar paterno; pero acariciaba la esperanza de entrar en la casa de comercio de un tio suyo que era muy rico y residia en Edimburgo, y de ver la patria de sus poetas favoritos Walter Scott y Roberto Burns. Entró en el comercio, y es de suponer que la actividad que desplegó en él contribuyera á formar el equilibrio que necesitaba su fantasía volcánica. Ya á los diez y seis años de edad escribió una poesía al té de Islandia. Encontrándose enfermo, hubo de beber este té procedente de esa isla del Norte rodeada de hielo y que tantos volcanes encierra. Diríase, al leer su poesía, que deseaba asimilarse á Islandia para que la nieve de su senectud se asemejase á la de aquella isla vesubiana. Acerca de Freiligrath como comerciante, diré que sucedia á veces que en vez de un oscuro Cornelio X. puso en el libro mayor el ilustre nombre de Cornelio Nepote, y en vez de un humilde Roberto Z., el de Roberto Burns. Hizo su aprendizaje en Soest, que de una importante ciudad anseática se habia convertido en una pequeña

ciudad de provincia. Sólo Amsterdam, este emporio, con su puerto, con sus buques, de todas las partes del mundo, con sus distintos marineros, pudo evocar en su ánimo poético sueños vagos más allá del Océano hácia esos vírgenes mundos del porvenir que descubrió Colon para España. Viendo defraudadas sus esperanzas por la bancarrota de su tio, entró el jóven, huérfano ya de madre y padre, en 1834 en una casa de cambio de Amsterdam, y allí el trato de atrevidos navegantes y la lectura de relaciones de viajes despertaron su genio poético, y su fantasía vistió los colores del Oriente.

¡ Cosa extraña! Un jóven comerciante introdujo un elemento nuevo en la poesía alemana, y el que en 1837 habia entrado en Barmen como simple dependiente, concluyó residiendo allí como celebrado poeta. En 1838 publicáronse sus poesías, llenas de vida tan rica y lozana, que conquistaron la admiracion del pueblo, cansado ya de la envejecida poesía romántica, y sobre todo, la admiracion del gran navegante y explorador Alejandro de Humboldt.

Cuán grande fué la impresion que hicieron las composiciones de *Freiligrath*, dígalo una anécdota. Encontrándose en un puerto de mar, visitó el poeta con un amigo suyo un magnífico buque destinado á Canton. El contramaestre les mostró todas las partes del buque, excepto la cámara del capitan,

porque éste daba á sus amigos una fiesta de despedida. Pero de repente abrióse la puerta de la cámara, haciendo ver los restos de una espléndida comida; alzóse de la mesa el anfitrion, y despues de haber sabido el deseo de los dos caballeros de visitar el buque, el mismo capitan les invitó á que pasasen á su armería y viesen su biblioteca. Allí el amigo de Freiligrath se halló sorprendido al ver las obras de éste, y dirigiéndose al poeta, dijo: «¿No te gusta que tus poesías vayan á Canton?»—«¿Cómo puede ser eso?» preguntó á su vez el capitan.—«Este señor es Freiligrath.»—«¿Freiligrath? ¿El poeta Freiligrath?» exclamó el marino con exaltacion.—«Sí, el mismo.» Y como un rayo precipitóse el capitan hácia la bocina y exclamó: «¡Izad las banderas! ¡Todos á bordo! ¡Champagne acá!» Y estrechó al poeta contra su corazon, diciendo: «¡Dios bendiga á V., que me ha abreviado tantos dias calurosos en el anchuroso Océano!» Y despues de llenados los vasos de Champagne, dirigióse á los otros: «Ustedes, amigos mios, no podrian imaginarse qué compañero tan fiel es el verdadero poeta aleman para el solitario navegante. ¡Hé aquí el poeta de mis ilusiones! ¡Viva Freiligrath!» Y todos le victorearon con grandes aclamaciones, y en el fervor del entusiasmo se le prodigaron toda suerte de frases de respeto y cariño. En aquel mo-

mento el vate se consideró más feliz que el monarca más poderoso de la tierra, y cuando abandonó el buque, todos á bordo formaron dos filas, se repitieron los aplausos y los vivas, y las banderas enhiestas le saludaron como si fuese un rey.

El poeta se fijó en 1839 en el pueblo de Unkel, situado en las márgenes del Rhin, donde trató á los vates rhinianos y conoció á la jóven preceptora Ida Melos, una bella hija de Turingia que habia jugado cuando niña ante los ojos de Goethe. Secretamente, como suele hacerlo, penetró el amor en el corazon del jóven poeta, y éste entró con su queridísima Ida en el puerto del matrimonio. El Rhin ha de darle las gracias por su *Album de Orlando*, cuyo producto empleó Freiligrath en reconstruir cual otro Amfion el caduco arco de Orlando situado en un monte adyacente de las orillas del Rhin.

Anunciando á un amigo su enlace, en letras de molde escribió el poeta: «Eso es lo mejor que jamas he dado á la estampa.»

Entretanto, el rey de Prusia, impulsado por Alejandro de Humboldt, habia concedido á Freiligrath una pension de trescientos thalers que recibió tambien Geibel, y Freiligrath la aceptó sin hacerse por eso un quietista político ni un esclavo de los príncipes. A *Jorge Herwegh*, que en 1840 publicó sus *Cantos de un vivo*, le contestó: «El poeta ha de es-

tar colocado en una atalaya más alta que las almenas de un partido.» Pero á él le esperaba tambien la almena de un partido, la del partido democrático, y pronto conoció que el poeta ha de estar al lado del pueblo, y despues de haber pasado con Hoffmann de Fallersleben aquella noche memorable en el hotel de Coblenza, *El Gigante*, arrojó la pension á los piés del rey, ciñéndose la armadura para luchar en pro de los mayores bienes de la humanidad, y en la fonda de Assmannshausen, *La Corona*, en un cuarto situado enfrente del castillo de Rheinstein escribió en 1844, viendo en torno de su casa pámpanos y jugosas cepas, su famoso libro dirigido contra una corona, contra la diadema del absolutismo. Las poesías políticas, el *credo* de Freiligrath, se fundaron en la verdad, lo mismo que sus composiciones anteriores: habia cambiado sólo de asunto: la forma y el carácter de su musa quedaron idénticos. Pero al entonar por primera vez el canto de la libertad presagió mil luchas, y perseguido á causa de su radicalismo, salió en 1845 para Suiza, y desterrado tambien desde allí á causa de su *Ça ira*, pidió en 1846 un asilo á Lóndres. Su atrevido *Ça ira* (1),

(1) *Ça ira* llamaba Freiligrath á seis composiciones suyas, en recuerdo del famoso canto de la revolucion francesa del mismo nombre, en que se encuentra el estribillo: «*¡Ah! ça ira, ça ira. les aristocrats á la lanterne!*»

que en 1846 voló desde el destierro por los campos alemanes, podria llamarse la campana de rebato de la revolucion, el grito del cuarto estado, el grito de los proletarios, los hombres *de la ira de Dios*. En Lóndres, donde el poeta fué corresponsal de una casa de comercio, la miseria de los obreros arrancó á su arpa sentidos acordes. ¡Con qué entusiasmo saludó á la revolucion que desde Francia se precipitaba en 1848 sobre Alemania! Y la revolucion le devolvió su saludo llamándole á la patria y haciéndole su campeon. Regresó el poeta, cuyo nombre era ya una bandera, y fijóse en Düsseldorf. Hervia entusiasta el desbordado mar de sentimientos, y en Julio de 1848 entonó su grandiosa elegía revolucionaria *Los muertos á los vivos*. A causa de esto fué reducido á prision en 29 de Agosto, pero delicadas manos femeniles, las vírgenes de Düsseldorf, arrojaron flores para alfombrar su carrera desde la cárcel hasta el tribunal, y esas coronas de verde follaje, de dorado tejido, que poblaron los aires, eran agüero feliz de que le absolveria el Jurado. Fué absuelto, efectivamente, en 3 de Octubre. Pero cuando hizo la guerra á la reaccion amenazadora como colaborador de la *Nueva Gaceta Rhiniana*, que se publicaba en Colonia, fué otra vez denunciado, y el poeta que en 1849 habia publicado una coleccion de nuevas poesías titulada *Entre los*

manojos de espigas (Unter den Garben), se vió obligado en 1852 á refugiarse otra vez en Lóndres, que le dió un abrigo como ántes, pero donde sus fuerzas habian de consumirse bajo la pesadilla de las cifras comerciales. Figúrese V.: ¡el autor de la *Cabalgata del leon* y del *Cheique de Sinaí* (1), el autor de la *Venganza de las flores* y de los *Emigrantes*, vivió en la nebulosa Lóndres la vida estrecha y miserable del comerciante pobre, y pareciéndose á un jornalero del espíritu, tuvo que pasar desde el alba hasta la noche en el despacho de una casa de comercio sucursal del Banco de Suiza! Durante quince años comió el pan del destierro; pero una aureola purísima rodeaba su cabeza, y la patria le bendecia como á su mayor poeta político, cuyo corazon valiente era templo de la fe. No hay palabras con que expresar cuánto debia sufrir el bardo bajo la indecision y el abatimiento de su pueblo, ese Hamlet de las naciones. Sin embargo, no perdió la esperanza de que el pueblo aleman habia de ganar la palma entre las naciones más viriles, y adivinando con orgullo patriótico el porvenir radiante de Alemania, exclamó: «¡Oh aliento de la primavera que despliegas las flores todas, abre tambien la flor de Alemania! ¡Oh aliento de la libertad, que abres los

(1) *Cheique* se llamá el jefe de una tribu árabe.

capullos santos de los pueblos, sopla tambien en torno del capullo de Alemania! ¡Bésale en su santuario más profundo y más tranquilo para que brille y exhale olores suavísimos! ¡Oh, Dios eterno, qué flor tan maravillosa ha de ser un dia ante las flores todas esa Alemania!»

Pero en el ostracismo debia enmudecer la lira del vate: ¿cómo hubiera podido cantar el ave canora con sonorosa acorde melodía léjos de las encinas patrias? ¿Cómo en alas del hercúleo viento hubiera podido remontarse fugaz la fantasía cuando vivia léjos de la patria?

Dos ó tres veces remitió á Alemania una hoja volante en prueba de que nada podia domeñar su esfuerzo varonil y de que habia cambiado de suelo, pero no de ánimo. Así con motivo del centenario del nacimiento de Schiller, escribió aquella poesía que le habian pedido los alemanes residentes en América y que se cantó en toda la colonia alemana de los Estados-Unidos el mismo dia, la misma hora y con la misma melodía. Otra poesía suya fué la que dedicaba á la memoria de la poetisa alemana Juana Kinkel. En 1857 salió su traduccion del célebre *Canto de Hiawatha* por el poeta norte-americano Longfellow. Y como ántes habia vertido odas de Víctor Hugo, trasplantó tambien muchas flores del Parnaso inglés á los pensiles alemanes, y si se leyeran supri-

miendo el nombre de los autores extranjeros de donde proceden, las poesías de Roberto Burns, Coleridge, Campbell, Felicia de Hemans, Tennyson, vertidas por Freiligrath, pasarian sin óbice por armoniosas y bellas poesías alemanas.

En 1867 se vió el pobre vate perseguido como nunca por los rigores del destino: disolvióse la casa de comercio en que estaba empleado. Entónces por Alemania toda resonaba un grito universal, y un inspirado poeta, un amigo de Freiligrath,—¿y qué poeta aleman no es amigo suyo?—se puso al frente de un comité para pedir que se revocase la órden de proscripcion de Freiligrath y libertar la tarde de su existencia de los cuidados de la vida cotidiana. «Volvedle á la patria, decia mi distinguido amigo, el elocuente poeta de Barmen, salvad al que ha luchado tanto tiempo en los arroyos de Babilonia: salvadle ántes de que los años le rompan el vigor y la fuerza.» Y cuando Freiligrath tornó del destierro y sacudió de sus piés el polvo del extranjero, encontró abiertos los amorosos brazos de su pueblo, que le dispensó la más entusiasta acogida. La patria colocó bajo la cabeza cana de su poeta una blanda cabecera de amor, la patria alejó de su frente los antiguos pesares y ofreció más de 50.000 thalers al vate idolatrado, pues el soberano fuego de la gratitud arde siempre en los honrados lares.

del generoso suelo aleman. Y el poeta, que fijó su residencia primero en Stuttgart y despues en Cannstatt, que hoy es la ciudad de su muerte, respondió á tantas manifestaciones de amor, celebrando la hazaña nacional de 1870 con palabras vigorosas que áun resuenan en nuestros oidos como música de las esferas. En aquellos dias en que la Francia nos declaraba la guerra, produciendo en nuestros ánimos una explosion de ira patriótica, lanzó nuestro Freiligrath un anatema contra *el zuavo vestido de púrpura* (1), y estuvo pronto á dar las primicias de su sangre en holocausto á la patria. No pudo el hijo mayor del poeta satisfacer su noble anhelo de pelear en las filas de los que sufren y luchan, y vencen y callan; pero, llevando en el brazo la cruz roja y formando parte como enfermero de los voluntarios de Bonn, aprendió en los campos de Sedan y de Metz y ante los muros de París, segun dijo su padre en una sentida poesía, que vale más curar las heridas que hacerlas. Despues de alcanzada la victoria, cuando el rey Guillermo unió á su frente la imperial corona, cuando el viento atronaba el redoblado *¡viva!*, Freiligrath no se dirigió sino á Germania, la pálida vencedora que lloraba por sus hijos perdidos. ¡Y hoy la Germania agradecida ha de

(1) Napoleon III.

dar un adios santo á su hijo predilecto, á su fiel trovador!

Réstame decir que el poeta que despues de su regreso á la patria se ocupó en traducir á Shaskspeare en union de Bodenstedt y Gildemeister, dirigió desde 1875 una Ilustracion inglesa, *Illustrated Magazine*, en Stuttgart.

Dos hijos y dos hijas casadas en la hospitalaria Inglaterra lloran la muerte del tierno padre. Encuéntrase entre ellos la poética Catalina, que rivalizó con los Bayard Taylor en traducir al inglés las poesías de su padre, y que áun há poco le remitió desde las márgenes del Támesis un saludo poético á las orillas del Neckar. Las ondas de este rio, que besaron la cuna de Schiller, acaban de ver la tumba de Freiligrath.

En la tarde del 21 de Marzo un inmenso cortejo fúnebre condujo el cadáver del poeta á su última morada, en el cementerio de Cannstadt, situado en una colina á la márgen derecha del Neckar. Encuéntrase la tumba en medio de árboles en el muro septentrional del cementerio, cerca de una antiquísima capilla de donde se mira hácia las cumbres azules del Alb de Suabia. Verdaderamente que esta tumba es digna de un poeta, es digna del que fué un héroe, fuerte como los robles de su patria, la tierra de los Jeruscos, un maestro de la lengua, un conquistador

de nuevas zonas para la poesía. El pueblo honró á su poeta, cuyo laurel no mancha ninguna gota de sangre, pero no se vió palaciego alguno en el cortejo fúnebre.

El cura protestante y dos escritores alemanes pronunciaron ante la tumba palabras sentidas, miéntras copos de nieve caian sobre las flores que cubrian el féretro, y nosotros dirémos con el último orador, Cárlos Mayer: «¡Ojalá que una primavera de los pueblos florezca sobre la tumba del poeta de la libertad! Miéntras haya alemanes en la tierra y miéntras existan almas libres, la sombra de *Freiligrath* ha de ser sagrada, áun en los tiempos más remotos.» Se depositaron sobre la tumba coronas infinitas de Mannheim, Francfort, Leipzic, Viena y Colonia, al tiempo que detras del castillo de *La Soledad*, patria de la juventud de Schiller, se ponia el sol.

Ya se entregó el cadáver del bardo germano á nuestra madre comun, la tierra; ya descansa el cantor de la libertad en el suelo aleman que tanto amó.

¡Sean estos ligeros apuntes de su vida y de su muerte una sencilla corona que dedica á la memoria del ilustre vate el que quisiera asemejarse á él, no sólo en la última sílaba de su nombre, sino tambien en su amor á la patria, y que se repite de V. suyo afectísimo.

VI.

Los hallazgos del Dr. Schliemann.—Las excavaciones de la Olimpia.—La reina Luisa de Prusia.—La condesa de Voss. —El poeta Enrique de Kleist.—Una palabra más acerca de Fernando Freiligrath.—El poeta austriaco Anastasio Grün.—Tristan é Isolde, por Ricardo Wagner (1).

Colonia, Mayo de 1876.

Sr. Director: Ya han oido ustedes hablar del doctor aleman *Enrique Schliemann*, que llevado de un entusiasmo verdaderamente homérico, ha desenterrado en parte á *Troya*, en 1873, decidiéndose para sus excavaciones en favor del paraje acreditado por la tradicion griega, que es la explanada ó meseta de *Hissarlik*, situada á la derecha del Scamandro, levantada 22 metros sobre lo que se entiende por la *llanada de Troya*, y sacando de las ruinas de la famosa ciudad troyana, y de obras enterradas por encima y por debajo de ella, lo que él opina que sería el *tesoro de Príamo*, ó sean sus joyas y preseas. Aunque, en mi modesto entender, todos los hallazgos del Dr. Schliemann, en las diferentes

(1) Este capítulo se publicó en la *Revista Contemporánea* del 15 de Mayo de 1876.

capas de escombros de aquel sitio, que son como catacumbas de otras tantas ciudades muertas, no conseguirán jamas demostrar la verdad de las tradiciones históricas, probando sólo que ya en los tiempos más remotos habia existido en la embocadura de los Dardanelos una ciudad importante que los helenos debieron tratar de destruir, porque ésta habia de parecerles peligrosa para sus expediciones al mar de Mármara y al mar Negro, felicitaré al doctor aleman por sus atrevidos proyectos, así como por sus descubrimientos en provecho de la historia y en honra de las letras, y diré que el nombre de Enrique Schliemann correrá de generacion en generacion, como digno pedestal de la estátua de Homero, y que si Amfion levantaba murallas al són de la música, ahora la poesía, la Iliada, inspira, como impulsora de tales trabajos, milagros de fervor y de constancia.

No me extenderé más en tratar de la empresa de sacar á la ciudad de Príamo de su mortaja de cenizas y escombros, obra emprendida por aquel aleman entusiasta de Homero, sino que hablaré á usted de otro acontecimiento singular, de otro triunfo de la investigacion alemana, de una gloria pacífica alcanzada por el imperio germánico en la *Olimpia*, centro espiritual de la vida helénica y dórica, donde los hijos de la Grecia luchaban, no para alcanzar

oro y plata, sino una sencilla guirnalda de olivo como premio más alto de virtud varonil; en la Olimpia que, no sólo vió mil certámenes gimnásticos que los griegos consideraban como el mayor encanto de la vida y como los espectáculos favoritos de los dioses, sino que vió en su estadio presentarse á Temístocles, despues de la victoria de Salamina, fijándose el pueblo en un grito que decia: «¡Viva el salvador de la Grecia, el héroe de Salamina; extranjeros, miradle!» y que saludó tambien á Platon, y vió morir de gozo á Quilon, uno de los siete sabios de Grecia, al presenciar la coronacion de su hijo entre los víctores y la algazara del pueblo entusiasmado; en la Olimpia, donde ante la Grecia entera, Herodoto leyó su obra inmortal sobre las luchas de los helenos y los bárbaros.

La diosa de la victoria, que en la Olimpia vió mil carreras de carros, entre el relincho de los caballos y las voces de los conductores que los hostigaban más y más con el fin de animarlos en su carrera, alcanzando la meta el más afortunado de los conductores y sucumbiendo á veces el mejor, viene despertando de repente á nueva vida, despues de haber descansado desde hace siglos en el seno de la tierra, y ofrece sonriéndose su premio á las virtudes alemanas: el celo y la perseverancia. Y se elevan, evocadas por la vara mágica de los investigadores

alemanes, las figuras de la antigua tradicion griega; álzase una hueste de espíritus para hablarnos de dias pasados. Ya miran conciliados los dioses helénicos desde el Olimpo hácia el valle de Alfeo, y por el viejo pinar resuenan los cantos de Píndaro, que, segun él mismo decia, no quedaron, á semejanza de los monumentos de bronce, con planta perezosa sobre el pedestal, sino que volaron más allá del valle delicioso de Alfeo por todo el territorio helénico.

¡Salve, *Fidias*, rey del arte! ¡Salve, *Peonio*, creador de la estátua de la Victoria! ¡Salve, *Píndaro*, que realzabas las victorias olímpicas esparciendo tus cantos desde Tébas por la Grecia toda, cual semilla de oro de verdadera sabiduría y de piedad!

Lo que Winckelmann ansiaba escribiendo en 1767, un año ántes de su muerte: «Ha de investigarse el territorio de la Élide, porque ningun mortal ha penetrado hasta allí en los tiempos modernos»; lo que la Academia Francesa empezaba en 1829 sin haberlo concluido; lo que el profesor aleman Ernesto Curtius expresaba en un discurso pronunciado en 1852 en Berlin como el deseo más ardiente de su corazon, está realizando ahora el imperio aleman, pues bajo los auspicios de éste ya ha principiado á investigarse aquel paisaje pequeño

que el Alfeo baña y que desde las gradas de las ásperas peñas de la Arcadia desciende al mar Jónico, aquel suelo sagrado en que habia de callar el estruendo de las armas, porque los helenos administraron el sagrario de la Olimpia, el templo de Júpiter Olímpico, la joya de la Grecia.

Segun la convencion celebrada en 1875 entre la Grecia y Alemania, todo lo que se descubra pertenecerá á la Grecia, quedando reservado á los alemanes, por el espacio de cinco años, el derecho de hacer vaciados y dibujos de los objetos que vayan descubriéndose. El imperio aleman ha destinado provisionalmente 171.000 marcos ú 855.000 reales para que se investigase la Olimpia, y apénas empezadas las excavaciones, vienen obteniendo los resultados más curiosos é importantes. En Octubre de 1875 los primeros operarios empezaron á zanjar en el Oriente y el Occidente del templo de Júpiter Olímpico hácia el Alfeo, y la primera cosa que hallaron fué el torso de la magnífica estátua de la Victoria labrada en mármol pentélico en el siglo v ántes de Jesucristo por *Peonio*, un discípulo del gran *Fidias*. La estátua ostenta en su pedestal la inscripcion de que hace mencion Pausanias, que en 174 de nuestra era escribió un itinerario de la Grecia y que vió á la Olimpia todavía en todo su esplendor.

Lo que hoy se saca á la luz del sol desde las pro-

fundidades del rio Alfeo, cuya arena y lodo han inundado el suelo sagrado del arte, es vida de nuestra vida, pues el alma germánica se ha enlazado con aquel pueblo para el cual las obras del arte eran tan naturales como las flores para el árbol, siendo el arte su actividad orgánica, su lengua, la expresion de su gratitud, la forma de su devocion, así en la felicidad como en la desgracia. ¡Cuán grande, pues, ha de ser nuestra satisfaccion al saber que el éxito viene coronando los esfuerzos alemanes!

Dediquemos dos palabras á la *Olimpia*, teatro de aquellos certámenes, de aquellas fiestas nacionales que, segun decia la tradicion, habia instituido el mismo Hércules. Los ejercicios atléticos se practicaron en el *Estadio* y el *Hipódromo*, miéntras el *Templo*, el *Bosque* y el *Teatro* fueron los palenques de la inteligencia. Una victoria alcanzada en la Olimpia equivalia á la mayor dicha terrestre. Al entrar el premiado en su ciudad natal, derribáronse, segun cuenta Plutarco, las murallas como prueba de que la ciudad que produjo ciudadanos tan atléticos no necesitaba de murallas ningunas. Los poetas ensalzaban la gloria de los vencedores, que salian del palenque con los honores del triunfo, y los más renombrados artistas labraban su estátua, que era colocada en el bosque sagrado de la Olimpia.

« Esta, dice D. Manuel M. Añíbarro y Rives en su notable trabajo relativo á los juegos de la Grecia publicado en la *Revista de España* del 28 de Setiembre de 1875, no es una ciudad, es una reunion de templos y edificios públicos que se han ido edificando con motivo de los juegos. » La Olimpia consistia de dos partes separadas, la parte interior del recinto ó bosque sagrado, llamado *Altís*, y la parte situada fuera del Altís. Este estaba circuido por una muralla que lo recortaba en imperfecta forma semicircular, extendiéndose en el Occidente hasta las márgenes ricas de plátanos del Cladeo, que desemboca en el Alfeo, y encontrándose en el Sur encima del lecho del Alfeo. Fuera del Altís, hácia el Oriente, se encontraban el Estadio y el Hipódromo, y descollaba sobre éstos el sagrario de Céres, cuya sacerdotisa fué la única mujer griega que tenía el privilegio de asistir al Estadio y al Hipódromo.

Al entrar en el *Altís* veíase á la derecha el *árbol de las coronas bellas*, aquel olivo sagrado de cuyas ramas un niño cortaba con cuchillo de oro las guirnaldas que habian de ceñir las cabezas de los vencedores. Más allá del árbol levantóse sobre poderoso cimiento el templo de Júpiter Olímpico, el sagrario nacional de los helenos, la obra del arquitecto Libon, una de las maravillas del mundo, que fué terminada en 432 ántes de la era cristiana.

La lucha y la victoria bajo los auspicios de Júpiter Olímpico: hé aquí la idea fundamental que se encontraba retratada en los adornos artísticos del templo. Por eso estaba colocada sobre cada uno de los frontones una estátua de la Victoria, y sobre los cuatro ángulos de la cubierta del edificio habia cuatro vasos de mármol pentélico, recordando el modesto premio de los vencedores. El ateniense Alkamenes representó en el fronton occidental la lucha entre centauros y lapitas, haciendo Teseo, con el hacha en las manos, un terrible degüello á los centauros. Y Peonio, natural de Mende (Tracia), ejecutó los grupos para el fronton oriental, representando á Pélope y Enomao, el rey de los pelasgos, disputándose el premio en la carrera de carros. Vióse en el medio á Júpiter, cual juez supremo de todas las luchas de hombres mortales; á su derecha estaba Enomao cubriéndose con el yelmo; su esposa Stérope, su conductor Mirtilo, dos criados, y en el ángulo, el dios Cladeo; miéntras que á la izquierda de Júpiter estaban Pélope é Hipodamia, su cuadriga con los conductores, los corceles, cuyos ojos pendian de las miradas de Júpiter, y el dios Alfeo, testigo inmortal de todos los certámenes olímpicos.

Ya se han hallado há poco fragmentos del fronton oriental, y un solo fragmento del fronton occi-

dental, ademas de la estátua de la Victoria, que los mesenios habian encargado á Peonio en memoria de su victoria alcanzada en Esfactería.

Las puertas del templo de Júpiter eran de bronce, cuajadas de bajo-relieves que representaban los doce trabajos de Hércules. Al entrar en el templo se veia un grupo de bronce representando al rey Ifito coronado por una mujer que representaba la Paz olímpica, pues dicen que Ifito logró realizar el pacto relativo á la suspension de hostilidades por todo el mes de las solemnidades de la Olimpia (el mes llamado *Hecatombeon*, por el sacrificio de los cien bueyes) que corresponde á parte de Junio y Julio. En el interior, dos hileras de columnas dividian el templo en tres naves. En el centro estaba colocada la célebre, la colosal estátua de Júpiter, la última y más acabada obra del inimitable Fidias, el mayor triunfo del arte. Era de oro y de marfil. Se veia al mayor de los dioses sentado en un trono de oro, que abundaba en relieves, cuadros y mosáicos, levantándose sobre un pedestal adornado con doradas figuras de dioses. En su mano izquierda sostenia Júpiter el cetro con el águila en la extremidad; en su derecha la Victoria, que parecia esperar una señal del dios anunciándole qué cabeza debiese coronar. ¡Verdaderamente que éste fué el Júpiter homérico, haciendo una señal con sus pes-

tañas negras de modo que se estremecieron las cumbres del Olimpo! ¡Cosa increible! Despues de concluida aquella obra sin par, el anciano artista fué acusado de impiedad, y murió en la cárcel, en Aténas, su patria.

No podemos abrigar la esperanza de que hallarémos aún la incomparable estátua de Fidias, pues Jorge Kedreno, que vivia en el siglo XI, dice que ésta fué destruida en el gran incendio de Constantinopla, ocurrido en 425 de nuestra era.

Junto al templo de Júpiter Olímpico se encontraba el Pelopio; seguia el templo de Juno, y en medio del Bosque se levantaba el grande altar de Júpiter, donde los vencedores que acababan de recibir en el templo de Júpiter, ante los ojos del dios olímpico, una palma, símbolo de la victoria, siendo coronados con una guirnalda de olivo y luciendo ricos y vistosos trajes, habian de efectuar su sacrificio de agradecimiento. Ademas distinguirémos el Hipodamio y la columna de Enomao. Fuera de la muralla de Altís estaba el gimnasio, y en un declive de la colina de Júpiter, cuya cumbre, cubierta de pinos, se levantaba cerca del Altís, recostábase el teatro, á cuya derecha se encontraba el Pritáneo, donde se custodiaba y mantenia el fuego sagrado. Entre el Altís y el anchuroso Alfeo estaba el taller de Fídias. No podria imaginarse un lugar

que haya estado más salpicado de estatuas y columnas que el Altís. Aquí se vieron las estatuas de los vencedores; aquí se erigieron columnas en que se leian las convenciones celebradas entre Estados griegos; aquí se levantaron monumentos en memoria de todos los acontecimientos importantes, de modo que el Altís, segun la expresion de Ernesto Curtius, era un archivo de bronce y mármol de la historia helénica.

Los famosos juegos de la Olimpia fueron abolidos por un decreto del emperador Teodosio, en 394 de nuestra era, y cuando los godos y vándalos hicieron sus estragos en el Peloponeso, el Alfeo rompió sus diques é inundó el Bosque Sagrado, arrastrando consigo los restos de los antiguos monumentos. Pero no ha derribado sólo las columnas, no ha destruido sólo las obras del arte, sino que ha quedado tambien en la Edad Media cual custodio fiel del Altís, ocultando los tesoros del arte antiguo bajo su cubierta de lodo.

Desde hace muchos siglos la Olimpia no vivia sino en la memoria de los sabios. El inglés Chandler fué el primero que visitó las ruinas de aquella ciudad, que durante los juegos se vió convertida en una feria, á la que acudian mercaderes de todas partes, y él las describió en 1776.

Hoy el profesor Curtius tiene la satisfaccion de

ver realizado su deseo, que es tambien el del mundo culto. Pueblos germanos han sido los que devastaban el Bosque de la Olimpia. Es justo, pues, que, reparando el mal de nuestros antepasados, el imperio germánico trate de sacar á la luz lo que áun conserve el Alfeo, y apostaria, en la proporcion de ciento á uno, á que la figura de la Victoria no será la única cosa memorable que se halle.

De la estátua de la *Victoria de la Olimpia* pasaré fácilmente á la reina *Luisa de Prusia*, pues ésta, que llamarémos la *Ifigenia de nuestra guerra de la Independencia*, la profetisa de nuestra grandeza nacional, el tipo más simpático y sublime de nobleza femenina, la más pura, la más hermosa de las mujeres, que lloró demasiado para que hubiese podido vivir largo tiempo, y que ante todos hubiese merecido estar en Breslau al lado de su esposo cuando resonaba la llamada al pueblo prusiano; oir el repique de campanas anunciando la victoria de Leipzic, y saludar la reconquistada estátua de la Victoria en la Puerta de Brandenburgo, y cuya muerte temprana mezclaba sus ecos dolorosos á la pura alegría producida por la liberacion de Alemania; la que por su hermosa alma recordaba los ángeles del cielo y recordó por sus formas bellísimas el mundo de los dioses helénicos.

El pueblo aleman no cumplió sino un deber sa-

grado en celebrar la memoria de la reina Luisa, que de la lucha del revuelto tiempo salió cual única vencedora, la que siendo ella misma un magnífico poema, fué cantada por los vates, y que, si no entraba en la guerra de los hombres como Juana de Arco, nos condujo á la victoria por las armas espirituales que ofrecen un corazon valiente y una peregrina riqueza del alma. No sólo el amor filial se veia en el tranquilo mausoleo de Charlottenburgo, donde la desdichada reina duerme el sueño de la paz, y donde el arte más cumplido pone ante nuestra alma su querida imágen. No sólo el orgullo patrio adorna con siemprevivas su cuarto mortuorio en el palacio de Hohenzieritz (Mecklemburgo). No es sólo su belleza la que brilla ante nuestros ojos en su busto de mármol. No son los millares de tradiciones de su gracia, de su bondad, de sus virtudes y de su beneficencia, los que han perpetuado su memoria, sino que su corona de mártir, alcanzada por las dolencias que sufria á causa de su pueblo y junto con su pueblo, y su muerte en la flor de su vida, ántes de que llegára el dia de la salvacion, le han asegurado la inmortalidad, grabando su nombre en los anales de la historia; y tan entrañable es el amor de los prusianos á su reina, y tan grande es la fe en sus virtudes, que todo lo grande y sublime que sucede á la patria se enlaza á su bendicion.

Luisa no era una mujer política, sino una mujer patriota. No pertenece á la galería de las mujeres que conquistaron una celebridad histórica, á las Isabel la Católica de España, é Isabel de Inglaterra, Catalina II de Rusia y María Teresa de Austria, y sin embargo, ningun nombre de la estirpe real de Prusia, si prescindimos de la grandiosa figura de Federico II, goza de mayor popularidad que el de la reina Luisa, que, no haciendo ni política ni versos, queria ser sólo una sencilla mujer, siendo su esencia toda, su amor y sus padecimientos los de una mujer, que en la adversidad desplegaba todas sus grandes cualidades. Aun en medio de nuestra dicha, la popularidad de la reina Luisa tiene un colorido melancólico por recordarnos un tiempo en que el águila negra de Prusia no podia mover las alas.

Los berlineses entusiastas de la reina peregrinaron el 17 de Marzo de 1876 á la *isla de Luisa*, aquel sitio favorito de la finada, que se encuentra en el Thiergarten, y que ya en Diciembre de 1809, cuando Luisa regresaba de Koenigsberg á Berlin, despues de una ausencia de tres años, fué adornado con un modesto monumento de mármol, labrado por Schadow, que tiene esta inscripcion: «A su reina, con motivo de su regreso, los habitantes del Thiergarten.» Y con motivo del primer centenario

del nacimiento de Luisa, los berlineses agradecidos resolvieron erigir una grande estátua en honor de la que fué modelo de reinas, en aquella soledad donde apénas se siente la proximidad de la gran poblacion, en aquel retiro que ella amaba tanto, en aquella isla poética, donde aparece la figura de su esposo el rey Federico Guillermo III, modelada por Drake. Allí verémos pronto tambien la obra del escultor Enke, la estátua para la cual

«Es el sepulcro un abismo
En cuyas hondas tinieblas
Está escondida la llave
Que del cielo abre la puerta» (1).

Retrátase la vida íntima de la reina Luisa en la Memoria de la *condesa Sofía María Voss*, que acaba de salir bajo el título: *Sesenta y nueve años en la córte prusiana.* ¡Qué existencia tan memorable fué la de esta digna matrona, que vivió durante tres generaciones en la córte prusiana, hasta su muerte, acaecida en 1814! La que habia visto á la esposa del gran Federico entregándose en Magdeburgo á toda suerte de divertimientos en los momentos más críticos para el Rey, que habia sido vencido en la batalla de Kunersdorf, empezó á la edad de sesen-

---

(1) Don Enrique R. de Saavedra, duque de Rivas.

ta y tres años una nueva vida como camarera mayor de *Luisa.*

Uno de los vates más apasionados de ésta fué *Enrique de Kleist*, que ha de ocupar un lugar privilegiado entre los que procuraban elevar el carácter aleman, á la sazon por los suelos, y que preparaban la grandeza de Germania, un lugar al lado de la reina Luisa y de Blücher, y de los Stein y Scharnhorst. Permítame V. que añada dos palabras acerca de este genio brillantísimo que honró el teatro aleman con producciones dignas de su númen creador, imprimiendo el sello de su especialidad en cuanto producia—que es á mi ver, como si dijéramos, la «marca de fábrica» del ingenio humano—y que, al fin, en nuestros dias, es decir, muchos años despues de muerto, alcanzó la merecida popularidad como autor del drama patriótico *La Batalla de Herman*, que los actores del teatro ducal de Meiningen representaban el año pasado con sumo aplauso en el teatro imperial de Viena.

No pertenece Kleist á aquellos héroes escogidos que se hicieron para su pueblo á la vez maestros, educadores y sacerdotes. Esta gloria está reservada á los Lessing y Herder, y más aún á los Schiller y Goethe. ¿Qué sería el pueblo aleman sin estos dos últimos, que le nutrian con la copia de su espíritu? Pero en el mismo terreno en que Schiller reinaba

cual soberano, y en que Goethe lucia su ingenio prodigioso, en el drama quedó aún para Kleist un puesto distinguidísimo. Miéntras Schiller y Goethe perdieron en el último período de su vida á veces en su alto vuelo el contacto con el mundo real, brota en Kleist una poderosa vena popular, que se nutre de las mejores sávias de la realidad. En su drama romántico *Catalina de Heilbron*, que quedará en la memoria de cuantos lo hayan visto y en el repertorio de los teatros, encuentra el poeta aquel tono sano y cándido del pueblo aleman que el anciano Goethe habia ya casi olvidado; en su *Batalla de Herman* resuena el grito de dolor de un tiempo funesto, y su *Príncipe de Homburgo* respira la satisfaccion de pertenecer á un Estado que, si por momentos puede quebrantarse, es en su esencia indestructible.

Ademas se distingue Kleist por su estilo dramático, por su diccion enérgica y varonil, por el aliento ardiente de la pasion y por la consecuencia dramática, que no retrocede siquiera ante el término más atrevido. Estas son por cierto apreciabilísimas cualidades poéticas; pero como si una maldicion pesase sobre el que descubria vocacion tan sincera y facultades tan notables, y que se revelaba poeta de aliento tan grande, las empresas suyas, que parecian tener la garantía más segura del éxito, se

perdieron en sus manos; su sentimiento de la realidad concluyó casi siempre cruzándose con un capricho fantástico, y sus figuras más firmes acabaron á veces convirtiéndose en humo.

No hablaré de Kleist como poeta romántico, como autor del fragmento *Roberto Guiscard* y de las comedias *La Familia de Schroffenstein*, *Pentesilea*, *Anfitrion*, *El Cántaro roto*, y como autor de novelas, entre las cuales descuella su *Miguel Kohlhaas*, sino que hablaré de Kleist el patriota, en cuyo corazon el dolor por la patria aniquilada tomó figura dramática. ¡Ay! la *Batalla de Herman*, aquel poema dramático que semeja una tempestad que arrastra el alma en su torbellino; aquel poema, cuyo espíritu impetuoso anhelaba el aliento ardiente de la palabra hablada, ansiando representarse en carne y sangre para impresionar por el momento á la multitud; aquel poema escrito en 1808, cuando Alemania se vió en la mayor postracion, habia de esperar más de sesenta años para aparecer en la escena. Por segunda vez los alemanes habiamos de entrar victoriosos en la capital de Francia ántes de que aquel poema profético de la primera victoria de las armas germanas pudiese hacerse entender desde el palco escénico. Por un destino verdaderamente trágico, aquellas palabras de fuego, aquellas palabras nacionales se ahogaron en el aposento del poeta; aque-

llas palabras grandes que ardian en los labios del bardo y que interesaban tanto al tiempo en que brotaban de su alma, no debian pronunciarse sino más tarde, cuando habian perdido ya la mitad de su sentido. Sintiendo que su voz, en que queria tomase cuerpo el eco de muchas voces para que apareciese potente como la voz del Océano desencadenado, no pudiera hacerse oir, decia Kleist en un dístico lleno de grandeza monumental: «¡Ay de tí, patria mia! Pulsar la lira en tu gloria no me es permitido á mí, tu poeta leal!»

La *Batalla de Herman* tiene por esencia el tesoro más precioso de un pueblo, su independecia nacional. Hay en aquel drama un exceso de ódio y de venganza, un patriotismo salvaje que comprenderá sólo quien recuerde el tiempo en que nació. Cuando la tempestad de la guerra llevaba consigo un solo rayo que decidia de la suerte de la Prusia; cuando ésta estaba destruida y Alemania parecia perdida, las cabezas espirituales del pueblo aleman dieron una expresion ardiente al anhelo de la nacion: Fichte pronunció aquellos discursos que respiran el ódio más profundo contra los opresores; el diplomático Federico Gentz añadió á sus fragmentos de la historia del equilibrio europeo aquel enérgico prólogo que equivalia á una victoria alcanzada en la batalla, y hasta Rahel Levin, aquel alma tiernísima que se

dedicaba tanto á su propio desarrollo armónico, vió entre lágrimas y suspiros, al marchar los soldados prusianos por las calles de Berlin, que tenía aún una patria, una patria desventurada y humillada, y sin embargo, digna de todo amor. Pero nadie habia sentido como Kleist la necesidad del tiempo. El, cuya cuna se encontraba en Brandemburgo, en la ciudad de Francfort sobre el Oder, donde nació en 10 de Octubre de 1776; él, que fué oficial prusiano, aunque los ejercicios militares no le parecian sino un monumento vivo de la tiranía; él, que tuvo que pasar meses enteros en una fortaleza francesa por sospecha de espionaje; él, que despues se vió estorbado por los franceses en sus empresas literarias hasta el punto de carecer de todos los recursos, debia, segun su naturaleza apasionadísima, sumergirse como el que más en la corriente anti-francesa. Por eso en sus poesías todas encontramos la misma idea: «¡Qué caza tan alegre siguiendo las huellas del lobo! ¡Matadle! El juicio universal no os demandará las razones.» Y quizá sólo una casualidad le impedia ejecutar su proyecto de matar al César frances. ¿Es de extrañar, pues, que al tomar la pluma contra la Francia no haya brotado de ella sino ira, ódio y venganza? Eso es lo que se respira así en *La Batalla de Herman* como en los artículos políticos y en las poesías que escribió despues de

terminado aquel drama patriótico. Pero la triste suerte de su creacion dramática la compartieron tambien sus preciosos artículos políticos: quedaron sin imprimirse. Cuando el emperador Francisco hizo la guerra á la Francia, Kleist era uno de sus partidarios más entusiastas. ¡Con qué entusiasmo cantó al victorioso archiduque Cárlos, cual *vencedor del invencible!* Bajo la impresion de la vista del campo de Aspern, inmediatamente despues de la batalla, resolvió fundar en Praga una Revista titulada *Germania*, que habia de ser el primer aliento de libertad, y que habia de expresar todo lo que habia de callarse durante tres años en los pechos de los buenos alemanes. Pero á Aspern siguió Wagram, y la Revista de nuestro Kleist no fué más que una ilusion patriótica, un sueño generoso. ¡Lástima grande que entónces no pudiesen publicarse aquellos artículos, que tienen una elocuencia popular que no podria compararse sino con la de Jonathan Swift!

La *Batalla de Herman* muestra el mismo espíritu vigoroso del poeta, que siendo él mismo un leon de la lucha sangrienta, tenía derecho á presentarse tambien con la piel de leon. Los caractéres del drama tienen un pulso enérgico, y sobre todo, Arminio, el príncipe de los Jeruscos, se distingue por una riqueza de vida. Es el alma y la mano, el estadista

y la espada de la empresa que él mismo resolvió y que, despues de haberla madurado, impone á los otros como obra propia. Aparece como Bismarck en 1866, con la sola excepcion de que éste confiaba á otro el papel de caudillo. Y como Bismarck fué el discípulo de Napoleon III, así Arminio es el discípulo de los romanos y conocedor de todas las vías secretas y sinuosidades de la diplomacia, pareciéndose al astuto zorro que atrae las pulgas á su cola seca para ahogarlas de un modo más seguro.

Los fines de Arminio, segun le retrata Kleist, son tan ideales y sublimes como poco escrupulosos sus medios para alcanzarlos. Animado de un solo pensamiento, el de perder á los romanos para que dejen de hacer daño á los germanos, le parece más que debilidad, le parece un crímen guardar la fe al pérfido. Y despues de haberse familiarizado con la idea de perderlo ó de ganarlo todo, despliega en todo lo que hace una hilaridad demoniaca, pareciéndose á veces á un bufon heroico. No se contenta con haber batido á los romanos, sino que quiere beber la venganza en tragos largos, quiere el tormento del enemigo vencido en expiacion de la pena que él mismo experimentaba. El drama no sería de quien es si no abundase en bellezas y en rasgos sublimes; pero no es ménos rico de durezas y de excesos.

El poeta, que en su *Batalla de Herman* trasportaba todos los pecadores políticos á las selvas teutoburguesas, á los bosques de las seculares encinas germánicas, así como Dante en su *Divina Comedia* los trasportó al infierno, no vió despertar á su pueblo para salir contra el vencedor de las naciones, no vió levantarse al águila prusiana con vuelo más poderoso, no vió aquel tiempo en que una sola idea cruzaba por la mente de todos y un solo sentimiento se apoderaba de los corazones embargados de súbito entusiasmo; aquel tiempo en que todos, débiles y fuertes, ofrecian en holocausto sus vidas, pareciéndoles que no debian ménos á la patria querida, á los campos alumbrados por el sol que calentó su cuna. *Enrique de Kleist* no vió la independencia de la patria, pues puso término á su vida en 21 de Noviembre de 1811.

Más feliz ha sido el vate que acabamos de enterrar; el bardo cuya muerte lloraremos siempre, *Fernando Freiligrath.*

Él se apartó de la miseria alemana satisfaciendo la sed de su fantasía en campos lejanos, extranjeros, llenos de sol, entre los moros y los indios, en el desierto cuyo rey es el leon, en el mar entre los piratas; él se salvó en el libre suelo de Inglaterra cuando la libertad habia muerto, cubriendo de siemprevivas su tumba, y él concluyó viendo la gloria

de Germania y estando en una atalaya más alta que la almena del partido, siendo el poeta predilecto del pueblo entero, el venerado patriarca de Alemania. El 4 del actual tuvo lugar en Barmen una solemnidad en obsequio del finado, de quien dijo Chamisso: «Desde que él comenzó á cantar, nosotros no somos sino humildes gorriones.» Ante un catafalco y ante el retrato del poeta iluminado por velas habló su amigo Emilio Rittershaus acerca del que fué á la par tribuno del pueblo y vate, batallador y poeta, un maestro sin segundo de la cancion, teniendo por esencia de su alma el amor y teniendo siempre su corazon en su canto. Y en Lóndres pronunció un discurso en honor del difunto Cárlos Blind. Han dicho de Freiligrath que en la vida, en la prosa, le faltaba la facilidad de la palabra. No importa: tanto más elocuentes han sido sus poesías.

El Austria, que ante la tumba del bardo aleman mezclaba sus manifestaciones de cariño y de respeto á las nuestras, se dispone á celebrar el 11 del actual el septuagésimo cumpleaños de *Anastasio Grün* (el conde Antonio Alejandro Auersperg), que se hizo para ella lo que Hoffmann de Fallersleben, Freiligrath y Herwegh se hicieron para Alemania en el período de la reaccion. Anastasio Grün, el más juvenil de los ancianos, el aplaudido autor de *El Schutt* (Los escombros) custodió el fuego sagra-

do de la nacionalidad germana en las comarcas más lejanas del Austria, y yo hoy le remito desde las páginas de la *Revista Contemporánea* mis más sinceros plácemes como á uno de los más ilustres vates contemporáneos.

Y puesto que en esta correspondencia he hablado ya de arquitectura, escultura y poesía, voy á concluirla hablando de un arte no ménos sublime, la música. El 20 de Marzo último estrenóse en el teatro Imperial de Berlin la ópera *Tristan é Isolde*, por *Ricardo Wagner*. Tiene por fundamento la célebre poesía de Godofredo de Strasburgo adaptada á sus fines musicales por el mismo compositor. Hasta los adversarios de éste sintieron involuntariamente que se encontraban en presencia de una cosa grande, extraordinaria, peregrina, y no pudieron ménos de aplaudir el sin par arte de instrumentacion de que da prueba el creador genial de la *música del porvenir*. Todos los críticos están conformes en que los papeles principales han sido admirablemente interpretados, el de Isolde, por mi amiga la señora *Voggenhuber de Krolop*, que demostró una vez más su robusta voz y su inmenso talento dramático, el de Tristan, por el eminente tenor *Niemann*, que hace años, al cantar el *Tannhäuser*, trató en vano de conjurar en la Grande Opera de París la tempestad que se levantaba contra aquella ópera.

En la obra de su juventud, el *Rienzi*, que ustedes han conocido poco há, Ricardo Wagner siguió aún las huellas de las óperas heroicas de Spontini y de las grandes óperas de Auber, Meyerbeer y Halevy. En su *Buque fantasma* (Der fliegende Holländer) empezó á proseguir aquel camino que continuaba prosiguiendo con paso más decidido en su *Tannhäuser* y *Lohengrin*. Pero miéntras estas dos óperas eran sólo las producciones de sus escritos teóricos, legítimos hijos de éstos fueron su *Rheingold*, *Walkiria*, *Tristan é Isolde*, *Los Maestros cantores de Nuremberg* (Meistersinger), *Siegfredo*, *El Crepúsculo de los dioses*. Segun el sistema de Wagner, la orquesta, que en manos de los compositores italianos no era sino una guitarra colosal acompañando las arias, ha de estar en la misma relacion con el drama que el coro trágico de los helenos con la accion dramática; á la orquesta le cumple mantener la melodía en fluidez no interrumpida. La *melodía infinita*, la *melodía perpétua* que se encuentra en las óperas de Wagner, se parece á las armonías misteriosas del bosque. El oyente escucha voces siempre nuevas, que se hacen á cada momento más claras y crecen en poder. Pero en esas voces que oye, los sonidos se enlazan y se confunden para formar el grande concierto del bosque, la melodía infinita de la selva, que resuena y seguirá resonando en el alma del oyente.

Pero ya es hora de poner fin á estas deshilvanadas cuartillas, que no es cosa de abusar más de la paciencia de usted.

Se despide, pues, su afectísimo.

VII.

El poeta austriaco Anastasio Grün (1).

Sr. Director: Mi distinguido amigo: Esta correspondencia la dedicaré á un hijo de las montañas, de elevada estatura y de ánimo noble, al Beranger austriaco, á otro Ulrico de Hutten, á la alondra de la libertad austriaca, que levantaba su vuelo en la atmósfera purificada por el temporal de la revolucion de Julio, á un ilustre bardo, estadista y patriota, á un heraldo de los derechos del pueblo, á un jefe parlamentario, á un veterano del partido progresista, aquel partido que en Alemania se precia de los nombres de Uhland y de Freiligrath, y que en España, segun dijo Castelar en la sesion del Congreso de los Diputados del 6 del presente, «erigió la tribuna de la elocuencia, y bajó como

(1) Este capítulo se publicó en la *Revista Contemporánea* del 30 de Julio de 1876.

Moises del Sinaí, trayendo las tablas de nuestro derecho en las manos; con la voz de Torrero y de Argüelles trajo el verbo de la civilizacion á nuestro seno; con la lira de Quintana y de Cienfuegos derramó la poesía moderna á nuestra mente..... y que por eso ha dejado su nombre inmortal en los horizontes de la Historia, desde donde anima, como el sol á los planetas, con el calor de su bendita luz en nuestros apagados corazones el vívido sentimiento de la justicia y del derecho.»

Esta carta la consagraré á un venerable anciano en que late el buen corazon de Austria, á un hombre bendito que, no pareciéndose á los ancianos regañones, cansados y débiles, pintados por Ciceron en su escrito *De senectute*, hace prueba hasta en su senectud de aquella fantasía poética que le distinguia ya hace medio siglo; á un varon afortunado que, sin haber perdido la mínima parte de su vigor, ha alcanzado la cumbre de la vida, siendo fresco, robusto y *verde* como sus cantos. Hablo del *conde Antonio Auersperg*, que se dió á conocer como poeta bajo el pseudónimo de *Anastasio Grün*, y que cual vate de la libertad, se parece á aquellos mensajeros solitarios que en el alba, cuando apénas canta el gallo, imprimen en el invierno las primeras huellas en los caminos que de noche cubre la nieve. Acerca de él dice el poeta austriaco Roberto

Hamerling, el inspirado autor de *Ashavero* y de *El Rey de Sion:* «Del huerto de los cantos de *Grün* la libertad cogió atrevida un brillante *Immergrün* (una clemátida) para los estandartes de su lucha. Y la verdura tan serena de aquel *Immergrün*, adorno de la bandera más bella, sobrevivirá á los batalladores, á la batalla y al pendon, y así como adorna la frente del vencedor, ha de ceñir tambien cual siempreviva la cabeza de los finados. Los cantos preceden á las hazañas en la pompa triunfal, y aquéllos resonarán áun despues de acabadas éstas. Se rompieron la lanza de Príamo y el venablo del heroico Aquíles, pero aún levántase con esplendor de oro el arpa de Homero. Así vivirá tambien lo que cantaba *Grün*, porque lo cantaba un maestro, y porque su canto tiene un sonido de oro.»

La musa del ilustre conde, áun cuando se mezcle entre el pueblo, viste siempre un vestido de gala. Y para acendrar en pocas letras y en una sencilla imágen lo que sus aplaudidas composiciones sean y valgan, diré que trae blason y corona.

El conde *Antonio Auersperg*—ó si V. prefiere llamarle con el nombre con que vive y se perpetúa en la fama cual poeta—*Anastasio Grün*, el bardo para quien la libertad fué el culto de toda su vida, nació en Krain (provincia del imperio austriaco) en el mes de las tormentas primaverales que con el aura

de la libertad despierta los lozanos botones en el arbusto y la voluble mariposa en el reptil. Celebróse su septuagésimo cumpleaños el 11 de Abril, rindiéndole su homenaje con motivo de aquella fiesta, no sólo la literatura y los literatos, sino todos los que participan de intereses verdaderamente ideales, así los representantes de las Universidades y de las comunidades, como los ministros de la opinion y los hijos de Apolo. Uno de éstos, el poeta austriaco Julius von der Traun, dedicó al Nestor de los vates de su patria el libro de sus poesías *Cuchillos toledanos* (Toledaner Klingen). La juventud académica de Viena festejó ya anticipadamente los dias de su bardo favorito, pero el vaso adornado con flores primaverales se rompió en sus manos, y sus postreras gotas se derramaron, cual libacion en una tumba abierta. Pues con los últimos ecos de júbilo mezclóse la nueva de la muerte de *Freiligrath*, y sólo con haber rendido un tributo de respeto y admiracion á éste que en cada una de sus poesías se erigió un *monumentum aëre perennius*, los austriacos reconquistaron el derecho de continuar las interrumpidas fiestas en honor del vivo, en obsequio del descendiente de una ilustre estirpe cuyos anales llenan ejemplos de bizarros caudillos, nobles obispos y magnánimos estadistas.

En las mocedades del conde, en los primeros es-

tudios del jóven Antonio, cayó el despecho secreto producido por el despotismo reinante en su patria durante el gobierno de Metternich. El Austria de entónces respiraba sólo por los cantos de sus poetas.

Los vates alemanes, si no fueron los heraldos de los acontecimientos, han corrido al paso de éstos batiendo sobre el escudo sonante de su tiempo. Y áun resuenan los golpes poderosos que salieron del jóven conde.

No ha tomado éste por asalto como Herwegh ó como Redwitz con un solo libro de cantos un puesto glorioso en la literatura; pero, gracias á la extraordinaria energía del vate, no hay grande distancia en las etapas de sus victorias. A las *Hojas de amor* que publicó en 1830, siguieron en un solo año *El Último caballero* y *Los Paseos de un poeta vienense*, y con estos últimos el esforzado poeta logró acercar á sus labios la copa de la gloria. Consiguió ver impresas sus poesías en Stuttgart bajo la egida del baron de Cotta, editor de Schiller y de Goethe, que no publicaba sino raras veces composiciones de autores modernos, y á quien, segun dice la fama, el ya olvidado poeta Ladislao Pyrker habia dado, á fin de que imprimiese una poesía suya, ademas de los gastos de imprenta, cuatro caballos de raza noble.

Es difícil formarse hoy una idea del efecto mágico que bajo la presion de aquel tiempo tan triste produjeron los cantos de Anastasio Grün, primeros gritos de la libertad contra los tiranos. Casi casi el vate habia de dar adios á su patria, haciéndose un caballero errante de la libertad y siguiendo á sus obras que habian salido á luz en tierra extranjera; pero le retenia el amor á su pueblo y á su suelo patrio. La fuerza entera del gran bardo austriaco se revela en su poesía *Escombros* (Schutt) en que expresaba el pensamiento de que los escombros de lo pasado no habian de servir sino para abonar las semillas del libre porvenir. Siete años despues de publicada aquella obra salieron sus *Nibelungos vestidos de frac*, en que el buen humor viste la armadura heroica de la epopeya nibelungiana. Despues de otra pausa de siete años, publicó un poema bucólico y rico de galas descriptivas, titulado *El Cura de Kahlenberg*.

Anastasio Grün es el segundo Walter von der Vogelweide, y como éste, estuvo siempre de parte del Emperador y del imperio aleman contra Roma. Por eso los ultramontanos han sellado su frente con un estigma de que ni sus sentimientos religiosos ni su ardiente patriotismo le hacen merecedor.

¿Qué debo decir del conde Antonio Auersperg como político, sino que ha convertido en hazañas

sus cantos á la libertad? Sentóse en 1848 en Francfort en los bancos de la iglesia de San Pablo, que vió tambien á Uhland; habló en 1860 en una Asamblea de Notables contra los privilegios de los nobles, y perteneciendo desde el principio á la Cámara de los Señores, que en sus miembros une la nobleza de la cuna á la del mérito, la consagracion de la Iglesia á la del arte, del saber y de la experiencia; habló en pro de la unidad del imperio contra los Thun y Palacky; combatió en pro de la libertad de la prensa; peleó contra el Concordato, y revistió hasta los asuntos triviales de la política con las galas de su noble individualidad poética. Por cierto que no hay nadie en Krain que haya representado la causa del germanismo y de la libertad mejor que el conde *Antonio Auersperg*.

Y aquí daré fin á esta pobre correspondencia, estando seguro de que el mismo *Grün*, este digno representante de la primavera, me perdonará por haber sido tan breve, pues ¿quién escribe largas páginas cuando de *verde* están las campiñas y de concierto las aves?

Despídese, pues, de V., amigo mio, y del poeta austriaco, su afectísimo.

VIII.

La muerte del poeta Anastasio Grün y la del estatuario Ernesto de Bandel (1).

Colonia, 28 *de Octubre de* 1876.

Está escrito que en estos artículos no he de tributar homenajes sino á los muertos. La floresta de las musas alemanas va perdiendo sus galas más ricas: áun no habia criado musgo sobre la losa que cubre el sepulcro de *Fernando Freiligrath*, cuando espiró *Cárlos Simrock*, y adornado todavía con las coronas de su septuagésimo cumpleaños, le siguió á la tumba, el 12 de Setiembre de 1876, en Gratz, *Anastasio Grün.*

El 11 de Abril último, cuyo recuerdo no se extinguirá nunca, por ser los dias de Anastasio, el cantor de la libertad, el que conquistó el verde mirto de la lírica y los laureles de la elocuencia, todas las estirpes alemanas se hermanaron para ofrecer al más querido, al más anciano de nues-

(1) Este artículo se publicó como *Correspondencia de Alemania* en el número correspondiente al 13 de Noviembre de 1876 de la *Revista de España.*

tros poetas un lauro comun; el entusiasmo era universal, apresurándose todos á darle guirnaldas de rosas, de violetas y de hojas de roble. Pero á aquel cortejo festivo le siguió un jóven pálido, luciendo en sus manos un ramo, no de rosas, ni de hojas de roble, sino un ramo sombrío cogido en la pradera de asfodelo, en el Cocito, en el país de las sombras. Y ciñendo al cantor con aquella corona, le dijo: «En horas festivas el pueblo te ha tejido con flores terrestres la corona de la inmortalidad; pero la más bella de las coronas, la que ningun hielo terrestre puede destruir, una corona tranquila, la forma sólo la flor del asfodelo, y *sólo los muertos son inmortales.*»

Oyendo tan espontáneas alabanzas, tan entusiastas himnos entonados por mil personas, por mil espíritus; viendo hecha en su obsequio tanta y tan unánime justicia por tanta copia de talento, de distincion, de belleza y de buen tono reunidos en los círculos de Alemania y de Austria, *Anastasio Grün* se hizo el mártir de su gloria: aquel júbilo inmenso asombraba, hacía palidecer y temblar hasta á ese hombre tan robusto como los que se crian sólo con el aire de las montañas. El que en retiro feliz solia acechar á las inspiraciones de su casta musa, y que léjos del mundo plantaba vides y sus flores favoritas, las rosas, se vió de repente colocado en el cen-

tro, á una altura brillante, y su modestia no podia sufrir aquel fulgor. En el mismo momento en que estaba aún ocupado en dar las gracias á tantas manifestaciones de admiracion y cariño, se le llevó la muerte robándole al amor de los suyos y á los ojos de su pueblo. A una vida hermosa le siguió una muerte cuyas sombras se encuentran iluminadas por el recuerdo de no haber vivido en vano, de no haber consagrado su existencia sino á la libertad, al derecho, á la luz.

Como el profeta en su gloriosa ascension dejaba caer desde el ígneo carro su manto sobre los que desconsolados dirigian sus miradas hácia él, el poeta muerto nos lega la púrpura real de sus cantos. Él murió del mismo modo que, segun el mismo *Grün* cantaba en las poesías de su juventud, falleció el más eminente de nuestros vates, el sin igual Goethe, gozando el favor de los dioses, que le concedieron despedirse como el dia que nos prestó calor, luz y alegría, y que pasa, porque su tiempo lo mandaba y ellos le concedieron caer como el campo lleno de espigas de oro, que despues de haberse elevado en el verde traje de su juventud, inclinan sus cabezas graves hácia la tierra: ¿quién llora que ya es hora de cosechar? Los bondadosos dioses le concedieron sumergirse en la noche como las ondas del mar, por las cuales, durante el dia, pasa-

ron los rayos del sol, cantos y cisnes, gallardetes de oro y naves cargadas de tesoros: acabó el tiempo; su derecho lo tiene tambien la noche. Él se desvaneció como la nube fugaz que ha derramado lluvias benéficas sobre el campo, y que ostenta el arco íris al pueblo y se disipa en azul brillante. Así murió tambien el hombre alto y robusto, el anciano poeta en cuyos labios, en cuyas mejillas pálidas estaba aún ardiendo el beso de la fortuna. Estoy mirando sus brazos frios en que fulgura la lira de oro, le estoy mirando la cabeza cana inclinada hácia la muerte y coronada con el lauro siempre verdeciente.

El 5 de Setiembre último el poeta recibió un ataque de apoplegía, y el 11 del mismo mes dejó de existir el que fué el *corazon cantador* de Austria.

Es triste para el que ha de despedirse de la vida, querer tender la mano para dar la postrera bendicion á los que por él fueron lo más querido en el mundo, y no poder moverla porque ya la paralizó la muerte que la espera; es triste querer pronunciar todavía una palabra, cuando á los labios les está negado todo sonido. Dias y noches enteros habia de pasar el poeta moribundo sin poder hablar una palabra, miéntras el cisne, segun dice el cuento, el cisne, que durante su vida entera fué mudo, logra la voz en el momento de espirar para entonar su canto fúnebre.

Más afortunada que nosotros, los testigos de la agonía del vate, la posteridad recordará sólo su luminosa vida.

«¿Qué cosa da la inmortalidad?» preguntó un chaique de beduinos al poeta austriaco Luis Augusto Frankl, al pasar por el Nilo. Pero ninguna respuesta del vate europeo satisfizo al hijo de la tierra de las esfinges, y al fin dijo éste: «Una cosa sola no basta para dar la inmortalidad; han de encontrarse reunidas en un mortal tres cosas, á saber: un hijo, un buen libro y un buen nombre.»

Tres veces inmortal es, pues, *Anastasio Grün:* él tiene un vástago floreciente, un hijo ilustrado; él no escribió solo un libro, sino siete obras, que cada cual le asegura la inmortalidad, y su buen nombre estará grabado en los estandartes miéntras se luche en pro de la luz, del derecho y de la libertad: él brillará en los fastos de oro de la gran patria alemana.

Ya en otro tomo de *La Walhalla* he hablado de *Anastasio Grün*, pero no puedo ménos de añadir aún cuatro palabras acerca del que fué uno de aquellos hombres privilegiados, de que dice nuestro Schiller: «Su reino inmenso era el pensamiento, y su instrumento alado la palabra.»

Nació en aquella ciudad de Laibach, que la cancion popular de Krain llama «la blanca». El país

que le dió vida, canto y amor, y que nutrió los gérmenes de su primavera, es la bellísima Iliria, que tiene en su seno la gruta de Adelsberg, vides en sus colinas solanas y en su jardin todos los frutos de las Hespérides, y que baña su pié en las verdes olas del Adria, teniendo en su parte alta las formaciones más grandiosas de montañas y los lagos más pintorescos. Una de sus maravillas es aquel lago, cantado por el Tasso, el lago de Zirknitz, que de repente se convierte en tierra, de modo que á veces en el mismo rio se puede pescar, cazar y cosechar, pues si hoy los cisnes pasan por sus azules ondas, mañana, despues de desaparecidas éstas, suena allí la corneta de monte, y despues no se ve en lo que fué lago sino un mar de espigas.

Como el poeta Nicolás Lenau, es tambien *Anastasio Grün* un alumno de los Alpes austriacos. La verde Estiria, cuyos moradores llevan rosas en sus verdes sombreros y rosas tambien en su ánimo, le acogió revelándole todos sus secretos. Él cantó los Alpes de Iliria y de Estiria; él cantó aquella lindísima iglesia María Grün que se encuentra en medio de la amena verdura del bosque, próxima á Gratz, la encantadora ciudad del Mur; él cantó el Tirol con sus moradas de la fe, con sus valles llenos de aromas, con sus fuentes y praderas, con sus auras frescas y libres; él cantó tambien el Salzkam-

mergut, ese eden de las montañas, y su perla Gastein.

El cantó el reino de San Estéban y el Danubio, la bellísima novia del Oriente; él cantó la madre de héroes, la canora Bohemia, canora así en el estruendo de las armas como en la música de las fiestas. El cantó entusiasta el centro de Austria, la ciudad de la catedral de San Estéban, la ciudad imperial de Viena, cuyas calles las forman soberbios palacios, cuyas bodegas están llenas de exquisito vino, cuyas tabernas están llenas de música y de huéspedes, la ciudad en que jamas hacen falta rosas y cantos, á la que Anastasio amaba como á una novia, pues en ella se encontraron reunidos sus intereses poéticos, políticos y patrióticos; en ella vivió con toda su alma, en ella se sentó en la Cámara de los Señores para luchar en pro de la libertad.

En la persona de *Anastasio Grün* se confundieron de un modo peregrino el poeta y el político. Tenía por musa al ánimo varonil, y era aún político cuando cantaba á su ave favorita, la alondra, y á su flor predilecta, la rosa. Las primeras producciones *Hojas del amor* revelan ya un talento, pero demuestran aún el influjo de Enrique Heine, y no traspasan el círculo regular de la lírica.

En sus *Recuerdos del Adria* encuéntrase ya á

veces el elemento político, pues el poeta no pudo contemplar á Venecia, sin que hayan pasado por su mente pensamientos en los destinos de los Estados y de los pueblos. Desde los *Recuerdos del Adria* á los *Paseos de un poeta vienés* no habia sólo un paso. *Anastasio Grün* se atrevió á hacerlo en un tiempo en que era peligroso demostrar el valor de su ánimo. Para dar tales *paseos* se necesitaba un corazon valiente. ¡Honor al que con sus *paseos* encantaba millones de corazones y elevaba millares de ánimos cansados! *Los Paseos de un poeta vienés* eran una verdadera hazaña, un acontecimiento literario-político de primer órden. En la antorcha de *Anastasio Grün* encendió sus luces Fernando Freiligrath. Patrióticas y políticas como sus *Paseos* eran tambien sus ulteriores producciones: *Escombros*, *El Cura del Kahlenberg*, *El Ultimo caballero.*

Anastasio Grün, el vate que cantó el canto fúnebre del *Ultimo caballero*, presentándonos la figura de hierro del popular y caballeresco emperador de Alemania Maximiliano, es el apóstol del espíritu moderno, en cuyos servicios ponia el torrente de fuego de sus ritmos poderosos, de sus rimas libres, de sus melodías acorazadas. ¿Quién no recuerda aquellas magníficas estrofas, aquellos grandiosos versos que dicen: «Yo quiero cantando surcar el Rhin sobre el cisne negro, el vapor, y teniendo en

la mano el vaso lleno de vino de oro; quiero entonar un himno triunfal á tí, espíritu humano, celebrando que el espíritu de fuego haya debido quitar de su cabeza altiva la corona de llamas para ofrecértela, y que hayas arrancado del pecho de su hijo, el espíritu de la tierra, el corazon de bronce, diciendo á ambos: No debeis descansar. A fin de que en adelante el hombre no esclavice á sus iguales, marcha, fuego, para llevar sus cargas; vive, hierro, para formar sus vías.»

El que entonaba aquel himno, simboliza la transicion del viejo tiempo al tiempo nuevo, colocándose cual genio conciliador sobre el hueco que la tempestad de una nueva y revolucionaria contemplacion del mundo hacía en las tradiciones de los siglos pasados. Y ¿quién hubiera podido ser más apto por eso que el aristócrata, el descendiente de un linaje secular de nobles, el *Conde de Auersperg*, que, dándose el nombre de poeta *Anastasio Grün* (Anastasio Verde) como símbolo de resurreccion y de primavera, parecia anunciar su vocacion de llevar á su patria una nueva primavera y de cooperar á su gloriosa resurreccion? El Austria referirá el sentido del nombre de poeta *Anastasio Grün* al mismo vate: no ha de dejar éste de resucitar y de florecer en el corazon agradecido de su patria.

El bardo que prestaba su aliento divino á los in-

tereses más sagrados del ciudadano, el poeta que junto con el lírico Lenau, el trágico Grillparzer y el autor cómico Bauernfeld, creaba en 1830 un alegre oásis en el entónces desierto austriaco, será saludado tambien en los hogares de Alemania cual huésped espiritual, cual amigo querido, pues de sus poesías brota la fuente de vida imperecedera. Las armas que blandia en la lucha contra el espíritu sombrío de la Edad Media, contra el absolutismo y el ultramontanismo, seguirán al esforzado caballero, no en el sepulcro de sus antepasados, sino que serán suspendidas para memoria eterna en el templo de las glorias de su gran patria.

Vaya esta última expansion del sentimiento, este recuerdo de admiracion dedicado á *Anastasio Grün* con el que he de consagrar á otro muerto ilustre, *Ernesto de Bandel.* Este fué un poeta tambien, pero no vestia sus pensamientos con palabras, sino con bronce y mármol. *El Anciano de la montaña* á quien en 1875 toda la nacion alemana y á su frente el Emperador, tributaron sus homenajes con motivo de la inauguracion de la estátua de bronce dedicada á Arminio en la selva teutoburguesa, espiró el 25 de Setiembre de 1876 en Donauwörth.

Lo que Horacio llama *monumentum aëre perennius*, tú lo has erigido á tí mismo ¡venerable anciano! Dios no quiso cerrar tus párpados á la luz de la

vida sin que hubieses satisfecho esta ya en tí antigua aspiracion de tu alma: la de rendir en una obra colosal aquel tributo del amor que profesabas á tu patria. Por la fuerza de tu creacion fijaste tu memoria hasta el principio de nuestra era, hasta el dia de la batalla de Varo. Creaste un símbolo de la unidad alemana. Y la obra y las virtudes han de ser el principio conservador de Germania, si ésta ha de prosperar.

IX.

Ritschl y Schlosser (1).

Colonia, 8 *de Diciembre de* 1876.

Sr. Director: Reanudando el hilo de mis correspondencias, interrumpido por mi viaje veraniego á Noruega y Suecia, empiezo por expresar á V. mi sentimiento por la pérdida de *Anastasio Grün*, nuestro gran vate lírico-épico, nuestro eminente poeta romántico, que áun más que Uhland y tanto como Eichendorff amaba los castillos y los conventos, los árboles y las flores, el musgo y las ruinas, y

(1) Este capítulo se publicó en la *Revista Contemporánea* del 15 de Enero de 1877.

que aún más que el inspirado cantor de Tubinga cantaba la patria y la libertad, saliendo de repente á la tribuna, coronado cual bacante llamada por la primavera espiritual. Su musa estaba sentada cual hada peregrina sobre el caballo de la romántica, cabalgando por los bosques y los valles, atravesando los rios más anchurosos á la mágica luz de la luna, llevando sobre el pecho un escudo cón letras de oro, que decian «libertad», y teniendo una buena espada.

Uhland era el padre del canto político de la libertad, y *Anastasio Grün* lo ensanchaba, haciendo de él á la vez un himno ideal y un epigrama. Por su Alemania querida no olvidaba á su Austria idolatrada. Y ésta parecia exclamar desde mediados de Marzo último, hasta el 11 de Abril: «En tu corazon, en tus cantos ¡oh Anastasio! encuéntrase el Austria entera.» Pero ya el 12 de Setiembre último se dijeron las endechas por su muerte, como medio año ántes los parabienes por su septuagésimo cumpleaños. El cadáver del poeta yacia altivo entre flores, como si estuviese sentado en un trono, y era tal la copia de laureles, que no se veia la muerte. Los espíritus y corazones agradecidos le erigirán un monumento; pero el monumento más magnífico se lo levantaba él mismo en la roca de Gastein, poniendo en boca del gnomo estas palabras: «Au-

gustos como mis rocas son los lúcidos pensamientos de una frente varonil. Así como flores magníficas brotan en el valle de mis Alpes, fluctúa y arde el sentimiento en tu ánimo, y así como mi seno encierra mineral aurífero, muchos granos de oro guarda tambien tu corazon. Así como mi catarata se abre paso por entre las rocas, corre libre tu palabra varonil conmoviendo é hiriendo, y como mis aguas minerales levantan las flores marchitas, tu liberalidad ha animado muchos corazones abatidos. Te llamo un hombre perfecto á quien el mundo de mis Alpes muestra el espejo de su propia grandeza.»

El poeta *siempre verde y siempre vernal*, descansará pronto en la verdura del parque de su castillo, á la sombra de los árboles de cuarenta años que él mismo plantaba, y en torno de su sepulcro cantarán en las ramas los canoros pájaros con aquella espontaneidad, con aquella frescura con que él propio cantaba en vida.

Ante el cadáver de *Anastasio Grün*, dije á la Parca: «Otra vez nos cortas un dedo», y lo mismo exclamaré ante los restos mortales de otro varon septuagenario en quien lloro un preceptor querido y en quien todos lloran al «*princeps philologorum Germaniae.*»

Ese título honroso lo mereció *Federico Ritschl*, á quien el genio de la muerte bajaba la antorcha en

la alborada del 9 de Noviembre de 1876, cuando se encontraba todavía á la altura de su prodigiosa actividad académica, que formaba el tono fundamental de su armónica vida.

Nació Ritschl el 6 de Abril de 1806 en Grossvargula (Turingia). En la Universidad de Halle, á que él mismo debió su desarrollo científico, cautivaba ya por su elocuencia á la edad de veintitres años, desde 1829 á 1830, un auditorio de 180 alumnos. Cada palabra que pronunciaba se encontraba animada del mismo gozo en el trabajo científico, electrizando hasta á los tibios y perezosos. En 1839 fundó en Bonn un foco de la ciencia filosófica, prestando á la Universidad Rhiniana un esplendor que se extendia más allá de los límites de Alemania. Haciendo suya la divisa de Terencio: *Nihil tam difficile est quin quaerendo investigari possit*, abrió las puertas que conducen á los vastos territorios del saber. El nos abrió el conocimiento de la métrica Plautiniana, y con la adivinacion más libre, restituyó el texto de las comedias de aquel cómico original, poniendo con el ingenio más congenial lo que Plauto probablemente habia escrito, ó si eso no era posible, siquiera lo que Plauto podia haber escrito. Y sumergiéndose tanto en las comedias de Plauto, conoció que lo que al principio él mismo habia considerado cual albedrío sub-

jetivo, ó cual imperfecciones en la métrica y prosodia, era la verdadera figura de la lengua latina de aquel tiempo. Esa disciplina entera de la historia de la lengua latina no sólo la enriqueció con sus descubrimientos fecundos, sino que la fundó, mostrándonos una fuente de conocimientos que hasta entónces no habia sido observada, á saber : las inscripciones, sobre todo las del tiempo republicano que derraman tanta luz sobre las leyes del desarrollo del idioma latino en sus grados distintos.

Por suerte adversa, el héroe incansable de la filología que debió á su patria, Turingia, su frescura, se vió obligado en 1865 á abandonar á Bonn, el teatro de su gloriosa actividad, y con el ánimo de un jóven trasladó la bandera de su ciencia á la Universidad de Leipzic, donde el prestigio de su nombre llenó pronto un aula, de manera que el número de los que se dedicaban á estudios filológicos alcanzó una altura que jamas habia alcanzado Universidad alguna de Alemania ni del extranjero.

El *Seminario* de Ritschl ha contribuido eficazmente á la cultura de nuestra patria : más de cuarenta profesores académicos, más de cuarenta directores de gimnasios, están derramando los vestigios de su espíritu, el método de su investigacion, la fuerza y la veracidad de sus pensamientos en todas las esferas del pueblo aleman. El enseñaba á

sus discípulos que no hay nada pequeño en la ciencia, porque lo que parece pequeño perjudica tambien á lo grande, cuando se menosprecia.

Ritschl era, segun la frase de un discípulo suyo, una de aquellas naturalezas felices que no pagan con el corazon el bien del saber: á su genio eminente correspondia un corazon ardiente y leal. Hasta que exhaló su último suspiro fué el consejero más fiel de sus discípulos, á quienes enseñaba á caminar por su propio camino. No los habia preparado tambien para el paso fúnebre con que el 11 de Noviembre habian de acompañarle á la última morada. El profesor Luis Lange aplicó al ilustre muerto palabras análogas á las que se pronunciaron con motivo de las exequias de Scipion Africano, diciendo: *Ite, celebrate exequias, majoris filologi funera nunquam videbitis.* La memoria de *Ritschl* será inmortal miéntras se cultiven los estudios clásicos.

Así como el 11 de Noviembre hemos presenciado con el espíritu las exequias en honor del gran filólogo, el 17 del mismo mes las miradas de la culta Alemania se dirigieron hácia el punto extremo de Oldenburgo, la pequeña ciudad de Jever, donde hace un siglo nació el historiador *Federico Cristóbal Schlosser*, á quien el pueblo aleman no puede dejar de hacer la justicia debida á su mérito, reconociendo las virtudes y los talentos que le adornaban.

Schlosser es uno de aquellos inmortales á quienes la nacion que le tenía por maestro no debe olvidar, si no quiere olvidarse á sí misma, pues olvidar al que se inscribió en la historia de su pueblo de una manera aún más vigorosa que muchos generales ó políticos, sería agotar la fuente del amor más noble á la libertad, del amor más ardiente á la patria, de la contemplacion más ética del mundo; olvidarle equivaldria á perder los bienes ideales que constituyen el orgullo, el timbre más noble del nombre germano; *Schlosser* es una de aquelles naturalezas originalísimas y poderosas por su inmensa riqueza de fuerza moral y espiritual; es uno de aquellos varones á quienes han de aplicarse estos versos del Dante :

> *Sta come torre fermo, che non crolla*
> *Giammai le cima per soffiar di venti.*

En él el hombre privado, el maestro y el historiador muestran el mismo rostro, y su talento estuvo en la union más estrecha con su carácter. Sabiéndose conformar con el juicio moral del pueblo á quien habia de educar para la cultura histórica, hizo de la moral más rigurosa, del juicio ético más severo y más acerbo, el fundamento de su historiografía. Le placia manifestar su juicio moral, y lo manifestaba en todos los tiempos, en todas las circunstancias, á toda costa, y por lo tanto, derramaba

tanta pureza, tanta virilidad, tanta elevacion en el corazon y en la cabeza de sus discípulos—y discípulo suyo fué el pueblo entero—que importa poco que las consecuencias de aquel elevado punto de mira le hayan inducido á veces á ser injusto.

Es verdad que la contemplacion de Schlosser, que aplicaba las leyes de la moral de la vida privada á los grandes acontecimientos de la humanidad, no es el ideal de la historiografía, pues confunde la accion política con la actividad privada, y representa como serie de acciones más ó ménos arbitrarias el proceso del desarrollo político, el cual nos parece un proceso natural, y de necesidad. La accion histórica tiene cierta afinidad con la creacion artística, dándonos á conocer por el espíritu del héroe el carácter y el progreso de la accion, el madurar lento de sus proyectos y los grados distintos de su realizacion. Pero el querer del héroe tropieza con fuerzas elementales, de las cuales sabe, sí, aprovecharse prudentemente, pero que no puede dominar sino raras veces. Esa fluctuacion de las pasiones que se encuentra en la historia, requiere, para ser comprendida, una categoría más rica de juicios que los que ofrece el exámen de la actividad privada desde el punto de vista moral. Pero el ejemplo de *Schlosser* nos amonesta áun hoy á que no omitamos lo ético en la historia, á que no creamos que en el

éxito de una accion está tambien el derecho á realizarla.

Si *Schlosser* fué acerbo, discúlpale su juventud, falta de sol que la alegrase, y si careció de sentimiento político, retirándose del mundo de las grandes luchas políticas al reino de las reflexiones éticas, le disculpa el tiempo en que escribió, que fué un período de muerte política. El no defendió ningun partido determinado, ninguna Constitucion determinada; no tuvo como historiador otro fin que el de contribuir á la salud del pueblo, y así como escribió sus obras para derramar el bálsamo del consuelo sobre aquél, diciéndole que fueron hijos de pastores y carpinteros, pobres pescadores y misioneros perseguidos los que curaron las heridas que hacian á la humanidad el orgullo, la lujuria y la barbarie, encuéntranse siempre en el fondo de su representacion los pueblos, y no las córtes régias. Tampoco hace caso de lo que tanto estimaba el historiador Ranke, de los documentos diplomáticos, pues, segun él mismo dijo, desdeñaba cavar en un secreto pozo de las minas, cuando en la selva verde de la historia abierta hay todavía tanta leña fresca que cortar. El mérito de *Schlosser* es haber sido el primero en tener presente las corrientes espirituales del pueblo, y haber hecho de la historia de la literatura una parte viva de la historia popular. Su mé-

rito inmortal consiste en haber comunicado á su nacion en aquellos dias sombríos las doctrinas eternas de la historia desde el punto de vista de la más augusta moralidad, del amor más ardiente al pueblo, del anhelo más enérgico de la libertad; y de las palabras del ilustre autor de la *Historia del siglo* XVIII y de la *Historia Universal para el pueblo aleman*, brota aún hoy un aliento vivo. Su ciudad natal se propone erigir un monumento en honor de hijo tan preclaro.

Me complazco, Sr. Director y amigo mio, en concluir esta carta con mi parabien por los elogios que la prensa alemana, y especialmente el *Almacen para la literatura del extranjero*, tributa á su acreditada *Revista* por el primer año de su gloriosa campaña en pro de la luz y de la cultura.

Mande V. á su afectísimo.

X.

Schiller (1).

Sra. Doña Angela Grassi.

Mi buena amiga: Usted, que más que amiga, daba cual hermana á la querida tumba de mi inol-

(1) Se publicó en el núm. 46 del *Correo de la Moda*, correspondiente al 10 de Diciembre de 1876.

vidable madre las sagradas flores del llanto y la oracion y las siemprevivas de la poesía; usted, que siembra en sus libros infinitas ideas tan bellas como buenas, me ha abierto la perspectiva más risueña, invitándome á escribir en su ilustrado periódico, en que los más simpáticos escritores de España dan la mano á los inspirados poetas de la Habana, á hablar á las damas españolas que se asemejan á las diosas del amor: á las damas españolas cuyos corazones son altares en los que se quema incienso en holocausto del culto de María, y cuyas bocas son himnos continuados para cantar la gloria de la que es Reina del Amor Hermoso, Trono de la Sabiduría, Espejo de la Justicia; y como decia un distinguido escritor, cuya galana pluma enaltece las páginas del CORREO DE LA MODA y de *La Defensa de la Sociedad* (1), «Lágrima desprendida del cielo para consuelo de la tierra.»

Hablaré á las lectoras españolas de dos fiestas en honor de un poeta que, luchando siempre, logró remontarse desde el cáos de titánica rebelion á las etéreas alturas de la belleza pura; que despues de haber unido á su genio la dignidad de un profeta y maestro de los pueblos, llegó al capitolio de la universal fama; hablaré de dos fiestas en obsequio de

(1) El Sr. Abdon de Paz.

un bardo en que los alemanes vemos como el prototipo de nuestro sér, como el apoteósis de nuestra naturaleza, nuestro vate por excelencia.

Federico Schiller—pues él es el poeta á quien se refieren estas alabanzas—tenía en su *María Stuart* acentos sublimes para enaltecer la sagrada poesía de la Eucaristía, y en su *Pulcela de Orleans*, sonidos melódicos para celebrar las maravillas del catolicismo, y la que el Damasceno llamaba «Abismo de la Gracia», la que San Agustin denominaba «Obra del Eterno Consejo», la que San Bernardo apellidaba «Milagro de la Creacion», cuyo nombre resuena como el más dulce de las lenguas, cuyo mes se ofrece como el más risueño de las estaciones. *Schiller* tenía para cada hueco de nuestro pensar un pensamiento, una frase sublime; él nos enseñaba á los alemanes modernos lo que es un poeta. Á él podria aplicarse lo que él dijo de Klopstock, el primero que en la Alemania del nuevo tiempo habia convertido la poesía desde un juego de la mente en una cosa del entusiasmo: «Su esfera es siempre el reino de las ideas, y todo lo que toque sabe llevarlo hácia lo infinito. Casi cada gozo que experimentamos al leer sus poesías debe ser alcanzado por un ejercicio de la inteligencia; todos los sentimientos que nos despierta brotan de fuentes sobrenaturales. Por lo tanto, aquella severidad, aquel vi-

gor, aquella fuerza, aquella profundidad que lo caracterizan todo lo que de él sale; y por lo tanto, tambien aquel perenne movimiento del ánimo de que nos sentimos poseidos al leerle.» Pero Schiller posee una mayor fuerza sensual que Klopstock, y tambien cuando como poeta se agita en la region de los pensamientos, sabe templar casi siempre su pensar apasionado para que se convierta éste en pensamientos plásticos. Esa fuerza de dar forma á las ideas brilla en las poesías líricas de Schiller con esplendor peregrino. Aquí se ocupa de los problemas más grandes del pensar y de la vida: el asunto parece resistir á la forma poética; pero el vate le coge con mano vigorosa y le fuerza á acomodarse á la forma. Entónces experimentamos la satisfaccion tan rara de ver tomar cuerpo aquellos pensamientos que no se presentaban ante nuestra vista sino envueltos en los velos del crepúsculo. La idea se hace ideal, el pensador se hace poeta. ¡Con qué grandeza, con qué magia aparecen sus pensamientos! La lengua alemana lleva en los versos de Schiller una corona y viste púrpura. Pero detras de aquella aparicion magnífica y embriagadora hay aún algo más grande que nos atrae irresistiblemente: la personalidad del poeta. Schiller no es tanto como Gœthe una *naturaleza*, cuyo obrar consideramos casi sin juicio moral: en él está trabajando

una energía moral que nos arranca aplausos y admiracion. Quizá ese predominante rasgo ético que no ha entrado del todo, como debe ser, en obras verdaderamente plásticas, en la quietud bienaventurada de la belleza, podria llamarse un defecto poético de Schiller; pero hasta ese sobrante, ese exceso de lo ético es lo que más amamos en él, pues eso corresponde al carácter aleman, que considera la vida, no como un juego, sino como una cosa séria, conmoviendo el ánimo hasta las raíces más profundas. Por esa direccion de su espíritu, Schiller se ha hecho el gran maestro de la Historia y el eminente autor dramático. Por esa direccion de su espíritu se entusiasmaba con las luchas de los príncipes y de los pueblos que conmovieron el mundo, y simpatizaba con los movimientos de libertad en la esfera civil y religiosa.

Podria decirse que su único compañero, Gœthe, ha empuñado de un modo áun más poderoso el arco de Apolo; pero ¿dónde está el alma heroica que ardia como la suya en sacro fuego por la humanidad? ¿Dónde brotan torrentes de fuego como los que derramaba sobre nosotros aquel mensajero del Olimpo? ¿Quién ha ennoblecido más que él el gozo de la vida y de las aspiraciones? ¿Quién ha luchado con más nobleza en pro de los mayores bienes? ¿Quién no ceñiria de lauro aquella frente inclinada

por los tormentos, y, sin embargo, brillante hasta el fin de célico entusiasmo? ¿Quién no se inclinaria lleno de respeto ante este héroe espirital de la nacion á quien los grados más diversos del pensar y del conocer tienen por consejero y heraldo; ante él, cuya fantasía conquistaba para su poesía países y mares que jamas habia visto; ante él, á quien verémos siempre jóven cual Aquíles, y que cual Homero aleman produce y producirá siempre varoniles hazañas por sus obras inmortales?

Tambien en el levantamiento aleman contra la esclavitud con que nos amenazaba el cesarismo, creemos ver la centella de Schiller, el poeta cuyo nombre brillará siempre en los fastos de la historia germana cuando suceda algo grande.

¡Qué mudanza tan peregrina del tiempo mudable! El que cuando jóven huyó de la patria querida para esconder su dormida cabeza en el seno del amigo, descansó cuando la muerte cerraba los cansados ojos del hombre, en el panteon de los príncipes, ansiando el polvo ducal la gloria de pudrirse con él.

Con motivo del primer centenario de su natalicio, el 10 de Noviembre de 1859, que pregonaba la gloria de Schiller hasta las partes más remotas del globo, haciendo brotar el torrente del sentimiento nacional, colocóse en el mundo germánico la pri-

mera piedra de muchos monumentos del gran vate, entre los cuales citaré dos, uno en *Marbach* (Wurtemberg), otro en *Viena*.

El que le dedicaba la capital de Austria se inauguró el 10 de Noviembre de 1876 con toda solemnidad y con asistencia de S. M. el Emperador de Austria, los Archiduques, los Representantes del Imperio y de la capital, millares de estudiantes y el nieto de Schiller, el Baron de Gleichen-Russwurm. Al monumento de Schiller lo llaman bien venido los vieneses, porque ellos, como los alemanes todos, le aman tambien en la figura en que peregrinaba por la tierra y que era la copia de su sér. Y su figura, á la vez conmovedora é imponente, la miran con respeto y veneracion.

«Cuando el nombre de Schiller suena, decia el poeta austriaco doctor Frankl, encargado de pronunciar el discurso, un acento melodioso se derrama en todos los corazones y espíritus del gran mundo germano, y un aliento de amor llena los corazones y espíritus de Austria, cuyos pueblos y príncipes desde tiempos antiguos amaban y honraban la poesía. Y poseyendo hoy á Schiller, á quien desde hace tantos años poseimos sólo espiritualmente, tambien en efigie, podemos exclamar, no como su compañero inmortal: ¡*Era* nuestro! sino con júbilo inmenso y con orgullo: ¡*Es* nuestro!»

El magnífico monumento que, saludado por el emperador Francisco José, brilla en la mayor plaza de la antigua ciudad de Viena, cual columna de gloria, cual reloj solar del mundo, es debido al estatuario y profesor Juan Schilling, residente en Dresde. El dia de su inauguracion, el invierno cruel se alzó contra la estatua: la nieve cubria la noble cabeza del poeta, la nieve se extendia sobre su rostro, la nieve penetraba en los pliegues de su vestidura y pesaba sobre las gradas del monumento donde se encontraba una copia de coronas y guirnaldas. Pero por medio de la cubierta blanca de invierno brillaban las rosas y camelias depositadas á los piés del poeta, y desde la misma nieve saludaba sereno el laurel como símbolo del esplender festivo que en el dia de Schiller llenaba la ciudad entera. La festividad en honor de nuestro vate más popular derramaba sus rayos hasta en las casas más modestas, despertando con poder más vivo el amor que profesan á Schiller todos los corazones alemanes. En la tarde la fiesta salió á la calle: la juventud académica tributaba su homenaje al poeta por un paseo de las antorchas en torno de su monumento.

En vista de esto recordamos las palabras que el bardo austriaco Anastasio Grün escribió en 1859 cuando surgió la idea del monumento en honor del vate á quien Alemania y el mundo tributan gloria

tanta y áun mayor cariño: «Quizá hay quien dice que es una enfermedad de nuestro tiempo, y que es iconolatría ese culto de los grandes genios. Pero á eso contesta nuestro mismo poeta diciendo: El alma bella no conoce dicha más dulce que ver realizado tambien fuera cuanto noble y hermoso lleva en sí propia. Esa verdad la pronunció Schiller, y tenía razon. Pues mirad alrededor de vosotros: desde las flores nos saluda lo que en nosotros florece; en el rayo de luz, habla lo que en nosotros está brillando y ardiendo; desde la cumbre de los Alpes, lo que en nosotros aspira á las regiones etéreas; en las nubes tempestuosas, lo que en nosotros brama, y desde el rio fugitivo se derrama en el alma el acento triste de lo pasajero, de lo perecedero en la existencia. El arte que anhela lo imperecedero toma amoroso ese místico lazo que une al alma y la creacion, y al colocar la encumbrada imágen de Schiller en medio del bullicio del pueblo, sabe que de ella sale un poder misterioso en el corazon del pueblo, y que todo lo puro, lo bueno, lo sano y lo hermoso que en él vive, germina y crece subiendo á lo alto, enredándose en la imágen del gran poeta. ¡Ojalá que lo que él cantaba y vivia, lo que á él le hacía tan grande é inmortal fuese un patrimonio fecundo de nuestro pueblo, á saber: la conciencia severa de la vida y del derecho, el conocimiento claro de lo que sea

hermoso y bueno, el pensamiento glorioso de libertad y de patria, la creencia en una humanidad noble, la juventud eterna del espíritu, y sobre todo, el ardiente corazon aleman!»

Miéntras corrieron la cortina del monumento que adorna la capital de Austria, el dia en que hacía ciento diez y siete años que nació Schiller, la estatua del poeta, que se levanta á las escarpadas orillas del Neckar, en el pueblo de *Marbach*, que le vió nacer, presentóse por primera vez á los ojos de sus admiradores, en 9 de Mayo de 1876, aniversario del dia en que Schiller exhaló su último aliento. Para aquella fiesta de carácter nacional, que afectaba á todos los alemanes, eligieron el dia de su muerte como para simbolizar que sólo se inmortaliza para la humanidad quien para ella resucita siempre de nuevo. Pero el que hubiera tenido derecho á disfrutar del triunfo de haber creado con mano maestra la vigorosa estatua del vate, habia ido ya al ignorado asilo de los muertos para no volver á mirar lo que habia formado en la tierra. El jóven artista Ernesto Federico Rau, que de un vidriero se habia hecho cincelador en madera y un modelador estatuario, y que crecia siempre con sus fines, labró en Stuttgart la estátua de Schiller, y apénas la habia terminado le acogió el frio ataud.

Suya es la lágrima que vertemos; pero en ella

brilla la gloria que él propio alcanzaba legándonos la bellísima imágen del genio poderoso que estaba tomando el vuelo más raudo. Miramos el noble rostro de Schiller en la forma típica que le dió el mágico cincel de Dannecker. En una mano lleva el poeta un papel, en otra un lápiz como levantado para trasladar al papel una idea que se habia madurado en su cabeza.

La figura de bronce, que tiene de alto once piés, levántase sobre una rojiza piedra arenisca; cuatro máscaras trágicas entrelazadas con guirnaldas adornan la corona del zócalo, y los nombres de Marbach y Stuttgart, de Mannheim y Weimar, recuerdan los cuatro puntos de salida de su vida y de su poesía. Para que se levantase aquel monumento en la cuna del bardo, contribuyeron los reyes de Wurtemberg y de Baviera; el jefe del gran imperio germánico abrió sus manos generosas; la ciudad de Weimar tomó parte en lo que era una verdadera hazaña nacional; la capital de Austria, que acaba de embellecerse con un monumento de Schiller, manifestó tambien del modo más patente sus simpatías por los intereses del poeta en Marbach, y en todos los puntos de Alemania se allegaron recursos para realizar el proyecto que ya vemos felizmente terminado.

La venturosa y privilegiada Germania, grande

por su historia y por su patriotismo, se vanagloría con un bosque sagrado de estátuas dedicadas á sus hombres esclarecidos ¡ á sus joyas preciadas, á sus glorias nacionales! Pero ¿cuándo habrá tambien en España un mármol ó un bronce que inmortalice la memoria de sus hijos ilustres? ¿Cuánto tiempo ha de quedar aún solitario el monumento de Cervántes en Madrid, el de Murillo en Sevilla, el de Luis de Leon en Salamanca?

Despidiéndome por hoy de las damas españolas, creaciones supremas y complementarias del Divino Hacedor, me pongo, mi buena amiga, cual amante de la tradicional galantería de los caballeros españolas, á los diminutos piés de usted, rogándole acoja con su acostumbrada benevolencia estas líneas que le remite desde las orillas del Rhin.

XI.

Las poetisas Anita Isabel de Droste-Hülshoff y Luisa Hensel.

«Cuba, ese puñado de tierra regado con tantas lágrimas y con tanta sangre española, se enorgullecerá siempre de haber producido la ilustre dama que inmortalizó el nombre de Gertrúdis Gomez de Avellaneda», como escribe Teodoro Guerrero; «la

Melpómene castellana», como la apellidó Pastor Diaz; «la heredera de la lira de Fray Luis de Leon», como la llamó Mr. de Villemain; «la primera entre todas las escritoras españolas», como la proclama un literato tan altamente reputado como Antonio Romero Ortiz. Y lo que la insigne autora del *Baltasar* y de *Alfonso Munio* es para España, haciendo vibrar los acentos vigorosos de su musa viril las cuerdas de los corazones españoles, eso es para los alemanes la egregia, la inmortal, la cristiana cantora *Anita Isabel de Droste-Hülshoff*, la primera entre todas las poetisas germanas, modelo de fe, orgullo de Westfalia, en que nació; la cuyas poesías, así como las heroínas de su patria, nos recordarán la grandeza del pasado, aquellos tiempos de nuestros abuelos tan leales, tan sencillos, tan profundamente religiosos; la cuyos cantos son como la flor que en medio de las arenas del desierto ofrece al peregrino el benéfico rocío que guardaba piadosa en su cáliz. En concepto de ella, ser poeta no es sólo deber al cielo esa armonía que estalla en melodiosos ritmos, esa arpa que da al viento notas de suavísima dulzura, vibraciones de entusiasmo, arranques nobles, noblemente expresados, sino desempeñar una mision sagrada, alumbrando con espléndida luz los tortuosos senderos de la vida, enriqueciendo las almas con los

tesoros que recibió del cielo, derramando gotas de suavísimo néctar en nuestra copa de amargura, abrazando con fe y amor todo lo grande y todo lo bello, y ofreciendo su corazon á todas las almas afligidas cual paraíso abierto.

Anita era poetisa, así como el pájaro, como la fuente, é imitaba en sus canciones la naturaleza áspera de su Westfalia, el ruido de la tormenta. No fué mariposa de colores, que suspira y vive en la luz, y á la que asustan la sombra y la soledad, y así como peregrinaba solitaria por los bosques de su patria, admirando y cantando las obras del Altísimo, en cuyo honor braman la selva, el torrente y la tormenta, están llenas de grandeza solitaria las producciones de su clarísimo talento y de su peregrino ingenio.

En cuanto á la prediléccion y á la verdad insuperables con que retrataba la naturaleza y la vida de su patria, la compararémos con el vate austriaco Adalberto Stifter, pero á su pluma no le bastaron, como al pincel antiguo, los tres colores de Polignoto: es tan grande su variedad en el color y el tono, teniendo su arpa tantas cuerdas como el corazon; es tan grande la originalidad que guardaba en su retiro verdaderamente mujeril, que como poetisa no puede compararse á ninguno. No supongais, sin embargo, que lo haya debido todo á sí propia:

ella trataba á los grandes clásicos de la antigüedad, que tendrán siempre el dón de cautivar, la magia del encanto, la atraccion, el señorío de las almas; ella formaba su gusto en las obras de Virgilio y de Tíbulo, y entre los vates neo-latinos educaba su sentimiento poético Jacobo Sannazaro (1), así como las producciones de los poetas más eminentes de Inglaterra y de Italia la ofrecieron una piedra de toque en que conocia cuanto pudiese confiar á su propio genio.

Nació *Anita* en el viejo castillo de Hülshoff (Westfalia), en 12 de Enero de 1797. Participaba de las lecciones matemáticas y latinas de sus hermanos, y pronto se desarrolló en la niña un espíritu vivo, una fantasía ardiente y portentosa, un sentimiento profundo que en la lectura de un libro, ó en la vista de un cuadro crecia á veces hasta el éxtasis, expresándose en inspirados monólogos. Te-

---

(1) Sabido es que Jacobo Sannazaro, el afamado autor de los idilios italianos, titulados *Arcadia*, y de numerosas, elegantes y verdaderamente clásicas poesías latinas, entre las cuales mencionarémos el poema *De partu virginis*, perteneció á una familia española que fijó su residencia en la antigua Parténope que guarda aún hoy innumerables recuerdos de España. Nació el gran vate latino é italiano, Jacobo Sannazaro, en Nápoles el 28 de Julio de 1458, y murió allí el 27 de Abril de 1530, siendo enterrado junto á la tumba de Virgilio. Italia recordará siempre su inspiracion expresada en lenguaje castizo y elegante.

nía el dón peregrino de convertir la poesía en música, y ésta en poesía. Cual mágicos sueños exhaló las melodías que inventaba, trasladándolas del alma al forte piano, y eran sus melodías tan originales, tan sencillas, tan nobles, tan hermosas como la cancion popular, á la cual se parecen tambien muchos cantos y baladas suyas. En algunas de éstas últimas se complació la autora en pintar lo demoniaco y lo horrible con los colores más vivos. Lo cantaba todo, las virtudes conyugales, la lealtad, la paciencia, la abnegacion, la piedad, la compasion, el contento, el heroismo, siendo lo único que no heria sus fibras ni deslumbraba sus ojos el amor, que todo el mundo canta. La fe era faro de purísimo misterio que iluminaba el sueño de su vida; la religion católica, así en su aspecto pintoresco y plástico como en su sentido metafísico y moral, era la idea matriz de su inspiracion; y la expresion más alta, más profunda, más original de su alma y de su genio, el espejo más fiel y más claro de su corazon cristiano, es el ciclo de sus poesías religiosas tituladas *El Año sagrado*, y aquellas consideraciones referentes á todos los domingos y dias festivos del año, en que la poetisa saca su asunto del respectivo Evangelio, sirviéndole éste de medida al analizar su propio estado moral y religioso, y con la verdad más severa, con la fuerza lírica más

conmovedora, expresa en aquel Devocionario del hogar su fe y sus dudas, su esperanza y su miedo, su amor á Dios y á la humanidad, así como su falta de amor hácia un hombre en comparacion con el amor de que era poseido su ideal altísimo. «Estas poesías, dice el célebre crítico Wolfgang Menzel, unen á la santidad infantil de los primitivos cuadros alemanes, sobre todo de la primitiva Escuela de Colonia, la fervorosa devocion de la de España, y la noble sencillez de los villancicos alemanes al dulce fuego de las canciones italianas de San Francisco de Asis, ó de las españolas de San Juan de la Cruz.»

Pero «continúe V. escribiendo la biografía», me recordará el lector amigo, y le diré que la vida de la poetisa que vivió en los espacios infinitos no se mide por el calendario.

El ruiseñor de Westfalia se anidaba, ora al lado de su madre, en Rütschhaus, cerca de Munster, ora en las ciudades de Colonia y de Bonn, ora en la morada de su hermana, residente en Meersburgo, en las riberas del lago de Constanza. Este la vió tambien cuando en 1847 estaba enferma, y sintiéndose caer en los brazos de la muerte, le dijo: «¡Oh, mírame, lago mio! Yo me deshago como espuma. Cuando de mi tumba broten los abrojos, quizá mi imágen, destruida ya desde hace años, palpitará un dia por tus sueños.»

En la primavera de 1848 la gran poetisa, que conquistaba sobre la tierra la inmarcesible palma del bien, y que tenía por guía la religion del Dios verdadero, y por tesoro inagotable la fantasía, á quien Pascal humilló llamándola la loca de la casa, reclinó la cabeza sobre la tumba helada: se extinguió la luz de sus ojos tan rasgados y azules en Meersburgo, en 24 de Mayo. Murió ella, vivirán sus cantos, y aquella alma, aliento de Dios, habrá vuelto á la luz eterna.

Hay otra poetisa alemana que, sumergiéndose en la contemplacion ideal de *Cristo*, peregrinaba por este mundo de tristezas, de trabajos y de penalidades, cual segunda *Teresa de Jesus* adorando con éxtasis á su ídolo supremo. Esta poetisa que colocarémos al lado de *Anita de Droste-Hülshoff*, se llama *Luisa Hensel* (1). No trastornaron su cerebro

---

(1) Las poesías de Luisa Hensel las publicó el profesor de Munster, Sr. Schlüter, uno de los mayores conocedores de la literatura española, que en union del Sr. Stork vertió al aleman las poesías de Fray Luis de Leon. Dice el Sr. Schlüter en el prólogo con que patrocinaba la primera edicion de las poesías de Luisa Hensel en 1868: «Luisa, cuya alma se anidaba en el cielo como la de Calderon, se parece á una alondra que, abandonando el húmedo sembrado, se remonta en afanoso vuelo hasta la alta region de las nubes, y cantando su cancion bienaventurada, se pierde en la esfera azulada hasta que Cristo, segun dice el pueblo, le pone en la boca un grano.»

las luces de bengala de la gloria, sino que por único pensamiento, por único sentimiento, por único objeto de su inspiracion poética, tenía los misterios de la religion católica, el desprecio de lo terrestre, la nostalgia del cielo. Sus armoniosas y suavísimas poesías son todas joyas de sentimiento, hijas del corazon, modelos de elegancia, pero no brilla en ellas ningura figura, ninguna imágen, ningun trozo sorprendente por su novedad. Muchas de ellas forman parte del *Ramillete sagrado* que Melchor de Diepenbrock publicó en Ratisbona en 1826. Hermana del distinguido pintor Guillermo Hensel, y de la inspirada poetisa Guillermina Hensel, vió *Luisa* la luz en Linum, pueblo situado cerca de Fehrbellin (Brandemburgo), en 30 de Marzo de 1798. Respiraba en casa de su buen padre, el sacerdote protestante Juan Jacobo Luis Hensel, los perfumes de la religion, y podria decirse que era innato en el alma de la niña el sentimiento religioso y moral. Así como los antiguos germanos en la infancia de su vida cristiana repitieron incesantemente su *Kyrie eleison*, la preciosa niña repetia siempre las palabras *Dios* y *Amén* que habia aprendido en la iglesia en los cantos de los devotos del Señor, y entre las caricias y besos de su madre ensayaba cortas y expresivas plegarias como la siguiente á Jesus:

«¡Pequeño niño, gran Dios! ¡Bellísima flor, blanca y roja, nacida de María, la elegida entre millares, preciosísimo Jesus, déjame ser tu sierva!»

Los padres, que inculcaron en el alma de la niña principios de santa virtud, le presentaban á Dios cual amor, pero enseñándole tambien que el hombre ha de ser imágen de Dios Santísimo, hicieron que Luisa empezase á temer á Éste, y que no la abandonase hasta en su juventud y en los placeres del baile, el pensamiento de la eternidad.

Desde su infancia habia una relacion misteriosa entre ella y la Iglesia católica, y ¡cosa singular! la hermosa jóven protestante que en Berlin conoció al poeta genial *Clemente Brentano*, movió á éste —merced á sus poesías, que son á la vez canciones y plegarias—á volver á hacerse buen hijo de la iglesia católica, siendo las canciones religiosas de *Luisa* la llave que usaba el Señor para entrar en el corazon del extraviado poeta. Segun el testimonio de Clemente, estas poesías, tan llenas de verdad y de candor, se hicieron para él lo más santo que pudiese brotar de fuentes humanas. Amaba el poeta á la par las poesías de Luisa, y á ésta cuyo corazon parece haber guardado algo del estambre de las flores del paraíso; pero siendo católico, ¿cómo hubiera podido el vate casarse con ella despues de

la separacion de su segunda mujer? (1). Muchos jóvenes pretendieron en Berlin en balde la mano de la jóven, tan rica de corazon y de ingenio como pobre de bienes terrestres: venció en su alma y en su fantasía poética su novio celestial. Entónces las poesías más delicadas brotaron de su corazon cual bellísimas flores nupciales. «Si yo no debo ser tuya, ¡oh Señor único á quien he elegido, dice en una de sus canciones, han de enterrarme repudiada y soltera. Y si no debo verte ni ser tuya, no quisiera yo resucitar ni ser bienaventurada.» Hacerse *católica* era para ella seguir la vocacion de su *novio celestial*, y aunque amaba á un ilustrado y noble jóven protestante, sacrificó su amor, ofreciéndole cual flor preciosísima al dulce Jesus, su novio celestial, y aunque sabía que haciéndose católica abriria un abismo entre ella y su madre amantísima, entró el 8 de Diciembre de 1818 en el gremio de la Iglesia romana.

Desde aquel tiempo ansiaba con anhelo siempre creciente, penetrar desde los rosales y espinares de la tierra al país de paz eterna, para sentarse

(1) La primera mujer de Clemente Brentano, Sofía Merean, murió en 1806. Despues se casó el vate con Augusta Busmann, pero su matrimonio no duró sino el año de 1809 á 1810.

cual Magdalena á las plantas del Señor. El lo fué todo, su padre, su madre, su patria, su alegría, cerrándose su corazon para el mundo y abriéndose sólo á Él, que fué su luz y su vida, su aura, su agua y su pan. Llevaba su éxtasis profundo hasta el punto de hacer voto el 6 de Mayo de 1820 en el altar de una iglesia de Düsseldorf, de casarse con Él, cuyo reino no es de este mundo. Desde entónces á Jesus santificaba su fantasía y todos sus pensamientos : las flores todas le parecian á la mística poetisa flores de su corona nupcial, porque tenía por novio al Señor del orbe. Al ver clavos pensaba en la crucifixion del Hijo de Dios; al mirar perlas ó gotas de rocío, recordaba las lágrimas de Él, y se complacia en ver carpinteros, porque éstos le recordaron al querido carpintero de Nazaret. Hablando de su místico amor á *Jesus* escribió *Luisa* en 1820: «Amo al Hijo de un Rey; lleva la corona más hermosa de pedrería roja. Le adornan una vestidura blanca y un manto de púrpura; tiene en la mano dos rosas y su pié está sobre rosas. Un ramillete de rosas blancas y rojas florece en su pecho. Amarle es mi alegría, privarme de él sería mi muerte.» Pero llena de humildad decia otro dia: «Ya sé cómo figuro yo entre las novias de Cristo, entre las vírgenes y mártires que se han sacrificado á Dios. Ellas son hermosas princesas vistiendo ropas blan-

cas y magníficas. Yo soy una esclava negra.» ¡Ay! el amor corona, si de rosas, tambien de espinas, y hasta el amor nupcial á su *Jesus*, por el cual la pobre *Luisa* renunció hasta la mano de no sé qué príncipe aleman, la llenaba á veces de inquietud y de dolores sin cuento, pues no siempre la iluminaba el resplandor de sus ilusiones; no siempre logró en alas de su fe y de su imaginacion elevarse hácia Él; no siempre alcanzó el brazo del Señor, que fué su patria despues de haberlo abandonado todo. Y su corazon, que á veces se parecia á un lago tranquilo que deja penetrar hasta el fondo los rayos del sol, lo turbaron otras veces las tempestades del arrepentimiento producido por pecados ficticios más que verdaderos. Pues era una santa la que consumia su vida en practicar la caridad; amaba *Luisa* á Jesus en los niños, en los pobres, en los enfermos, dedicándose á ser educadora y enfermera en Aquisgran, Colonia, Bonn, Nonnenwerth (isla romántica situada cerca de Bonn).

Tenía la satisfaccion de verse conciliada tambien con su anciana madre, y de sus propios cabellos hizo una blanda almohadilla en que su madre del corazon pusiese los piés.

Luisa, que alcanzaba el cenit de su poesía desde su año décimoséptimo hasta su año vigésimo quinto; *Luisa*, que ofreció al Divino Niño su corazon

cual humilde cuna, llenándolo con las violetas de la humildad, con las hojas blandas de la abnegacion, con los claveles del amor, con las fragantes rosas de la caridad; *Luisa* que ya sobre la tierra queria empezar la vida eterna desposándose con el Señor de un modo místico, no pudo realizar sus hermosos sueños sino al morir. Falleció en Paderborna (Westfalia), en 18 de Diciembre de 1876. Por su muerte la tierra ha perdido una inspirada poetisa; pero el cielo ha ganado una santa, que me atreveré á llamar *Luisa de Jesus.*

XII.

El poeta Godofredo Augusto Bürger.

Entre los que han engalanado con sus perlas la corona de nuestra literatura patria, y cuyas buenas producciones no se echarán nunca en el rincon del olvido, figura tambien el socio distinguido de la *Walhalla*, *Godofredo Augusto Bürger*, el inspirado autor, y como si dijéramos, inventor de la popular *balada* alemana que realizó primero lo que Herder pedia á la poesía lírica del pueblo, y el vate más genial entre los que junto con Goethe y Schiller poblaron el bosque de los poetas alemanes.

Su balada *Leonor*, con sus pintorescas onomatopeyas, es una joya de magnífico y alto precio, un anillo con que se desposaba Bürger para siempre con la *poesía popular*, así como el Dux de Venecia se casaba con la mar.

Una estrofa de un cuento fantástico de la Prusia oriental que oyó cantar á una criada le sirvió al poeta de motivo de aquella popularísima balada que Walter Scott tradujo al inglés y que otros vistieron á la danesa, á la portuguesa, á la rusa y hasta á la latina. La dramatizó el poeta de Silesia Cárlos de Holtei, que despues de los vendavales de la vida está gozando de la paz de un convento en Breslau, donde el 24 de Enero de 1878 celebró su octogésimo cumpleaños, festejando las ocho décadas de su vate la Alemania entera.

En la *Leonor* que *Bürger* escribió en Gelliehausen (Hannover) y que salió en el *Almanaque de las Musas de Goettinga*, de 1774, está pintada con la magia de la epopeya la misteriosa, la demoniaca cabalgada nocturna de un amante muerto, llorado por su amada, y que se presenta á ella cual muerte montada á caballo, llamándola so pretexto de bodas al viaje de la eternidad. La idea poética de *Leonor*, segun la cual á los muertos no les oprime la tierra que cubre sus despojos, ni el sarcófago tanto como las lágrimas de sus amadas, es muy antigua: encuén-

trase lo mismo en la poesía india (en el VIII libro del poema *Raghuvansa*) como en las canciones populares de los sérvios, en la Edda, que dice que al rey Helgi lo han mojado de rocío fúnebre las lágrimas de su consorte Sigrun, y en la novela V del dia 4 del *Decamerone* de Bocacio.

El mismo Bürger llamaba á *Leonor* la *luna* de sus poesías, siendo el *sol* la que representa en la mayor pureza, en una figura concreta y en la forma artística más brillante una antigua y áun viva creencia popular, la balada *El Cazador fiero*, con cuya version inglesa, publicada en 1796 junto con la de *Leonor*, dió Walter Scott el primer paso en su brillante carrera literaria.

Otra joya engastada en las coronas de nuestra patria literatura es la balada *La Hija del cura de Taubenhain.* En la que se titula *Lenardo y Blandina*, inspiróse Bürger en Bocacio, miéntras en otras baladas egregias, como *El Emperador y el abad*, vistió á la alemana las que habian llamado su atencion en la obra inglesa *Canciones y baladas antiguas y modernas* que salió en Goettinga en 1767, siendo un extracto de la coleccion de Percy, que bajo el título *Reliquias de la antigua poesía inglesa*, vió la luz en Lóndres en 1765.

Bürger introdujo en la poesía alemana castizos sonetos y fáciles y graciosos exámetros, y escribió,

cuando estudiante, hasta una novela en *castellano.* De su culto á Shakspeare dió prueba en su version en prosa de *Macbeth*, y de su amor á Homero en su ensayo de traducir la *Iliada* en yambos de cinco piés sin rima alguna.

¡Pobre poeta! En vida le negaron el pan, pero en su tumba florecen sus cantos cual fragantes flores.

Sus composiciones eróticas á *Molly* son la expresion poética más viva é individual de un amor individual tambien como el que más. Pero si fué castellano en una novela suya, no imitaba el poeta aleman en su amor á la noble España, clásica tierra de los poéticos y caballerosos amores y de la épica galantería: no amaba *á la española*, no fué *á la española* correspondido y no se casó tampoco *á la española.* Él no recordaba que el matrimonio simboliza y entraña toda la santa virtud, toda la indisoluble fuerza de un *sacramento;* que el matrimonio significa la fusion de dos almas en una, la mutua abnegacion de dos voluntades. El matrimonio de Bürger no era acto que llevaba impreso el sello de lo bueno y de lo ético: en el mismo momento en que la Iglesia consagraba su union con Dora, hija mayor del alcalde Leonhart, que tenía ya en sus entrañas un hijo suyo, encendióse en su corazon el amor más ardiente á la hermana menor

de su esposa, á Augusta, la *Molly* de sus poesías, encanto de los encantos, flor misteriosa de la existencia, que apénas habia abierto al sol espléndido de la juventud su cándida corola. Y miéntras Dora, á quien no amaba, era su desposada ante Dios y el mundo, *Molly*, que á la edad de catorce años entró en su casa, era su verdadera mujer, la reina de su hogar. Es un enigma psicológico para todos los corazones sanos y bien nacidos, que el poeta cuyo ánimo aleman, cuya alma cándida y dulce, cuya generosidad elogian sus biógrafos, no haya sentido lo inmoral de su accion, y que Dora, á quien su composicion poética *Niñerías de madre*, acredita de mujer de gran talento, haya podido consentir en desempeñar tan triste papel.

Hasta el poeta se queja de que el mundo se cuide de sus amores con Molly, como si un crímen dejase de ser crímen porque sea cometido en secreto. Y cuando en 1784 Dora cerró los ojos á la luz, su esposo no ocultó los ecos de su corazon que acudian á sus labios cual gritos de regocijo, formando contraste extraño con la tumba recientemente abierta, y se enlazó tambien ante los hombres con la que fué el objeto de su primer amor, Molly, á quien lo habia sacrificado todo, su honor, la consideracion del mundo y la tranquilidad de la conciencia. Sólo dos años la tuvo por compañera, viviendo en esa

atmósfera de aromas y armonías que lleva siempre la mujer adorada consigo, cuando se la robó la muerte inexorable. *El Todomisericordioso ha de perdonarme á causa de la que fué su obra maestra, lo que he pecado yo en el trasporte del amor*, escribió el vate despues del fallecimiento de Molly, obra maestra de Dios, sí, pero no acabada por la mano del Institutor cristiano.

Ya se habia descompuesto Bürger consigo propio, con su suerte y con los hombres, cuando de repente sonó en sus oidos una voz de sirena: una hija de Suabia, Elisa Hahn, le declaró su amor. No esperó encontrar otra Molly, otro guardian fidelísimo de su felicidad, pero buscó una madre para sus hijos, y su vanidad de poeta se sentia halagada en extremo por los poéticos homenajes de aquella jóven. Contrajo, pues, en 1790, matrimonio con ella, sin adivinar que despues de trascurrir dos años le abandonaria para entregarse á una vida vagabunda que contribuyó á acibarar las postrimerías del bardo.

Completemos su biografía con cuatro palabras.

Nació *Godofredo Augusto Bürger* el 31 de Diciembre de 1747 en Molmerswende, pueblo situado en el obispado de Halberstadt, de un cura protestante. Trocó el estudio de la Teología por el de las Leyes, pasando en 1768 de la Universidad de Halle á la

de Goettinga. Ambas ciudades presenciaron sus genialidades y su vida licenciosa, y la última tambien su afan de estudiar, su amor á las bellas letras, su culto á Shakspeare, sus estudios de las Reliquias de Percy, y su amistad con los jóvenes bardos, que en 1772 fundaron la Confederacion llamada *Hainbund.*

«Ningun rey de Polonia se habrá esforzado tanto para apoderarse de su cetro como yo para obtener la vara de Altengleichen», escribió Bürger á su amigo Gleim, aludiendo á aquel cargo que se hizo para él una fuente de sinsabores sin cuento, un verdadero martirio, pues el coronel Adan Enrique de Uslar no perdonaba nunca al poeta haberse llevado por él un gran chasco al ver sucumbir á su candidato, á su protegido, para la vara de Altengleichen, y molestaba á Bürger sin cesar con infundadas querellas y acusaciones. Por eso hay quien llama á dicho coronel padrino de los pecados del bardo; pues si la lucha por el pan cuotidiano hace vigoroso y fuerte, la lucha contínua por el honor enerva y concluye consumiendo la constitucion más altiva y más sólida. Efectivamente, Bürger debia haber perdido todo sentimiento de moral cuando extendia su candor hasta defender su doble matrimonio con Doŕa y Molly. Despues de muerta esta última, buscó un bálsamo á sus dolores en la filosofía de Kant, acer-

ca de la cual dió lecciones en la Universidad de Goettinga. Luchando con pesares de todo género y sintiéndose herido en lo más íntimo del corazon por una acerba crítica de Schiller, que salió en 1791 en la *Gaceta general de Literatura*, no tenía otro deseo más que el de las almas cansadas y abatidas, que consiste en sumergirse en la quietud de la nada.

El poeta Mattisson le vió cuando no era ya sino la sombra de sí mismo, cuando la pesadumbre habia marcado sobre su frente el sello de la fatalidad, descubriéndose sólo en sus ojos azules todavía un destello de aquel fuego poderoso que habia llenado sus inspiradas canciones. ¡Qué entrevista tan conmovedora la de los dos vates, recitando Bürger la estrofa de una composicion de su visitante, que dice: «Psiquis, bebe y no en balde: y de repente la *pieza nocturna* de su vida se sumerge cual vision en la tumba de las ondas.»

Una *pieza nocturna:* hé aquí la vida del poeta genial que, muriendo el 8 de Junio de 1794 en Goettinga, legó al mundo su *Leonor* inmortal. La tumba de *Bürger*, el mártir de su corazon ardiente de poeta, y la de *Molly*, son desconocidas, pero cada aleman sabe de memoria los merecimientos literarios del cantor en que *Goethe* reconoció algo congenial, algo parecido á su propia sana naturaleza.

XIII.

El escritor Juan Jacobo Guillermo Heinse.

Aplaudimos á Donizetti cuando le vemos sacar provecho del hallazgo de una perla que habia encontrado en un lugar inmundo, engarzando como joya en la diadema de su *Lucía* los extraños acordes de dos músicos ambulantes que junto á la casa del célebre maestro en Nápoles, en la calle Nardona al aproximarse la Noche-buena, se pusieron á tocar la gaita. Pero ¿qué dirémos de un genio que se empequeñecia echando sus perlas en un lugar inmundo, de un genio apasionado que, teniendo un entusiasmo por el arte como *Winckelmann*, unido á la gracia de *Wieland* y áun más: ese lenguaje animado y pintoresco propio de los hijos del Mediodía, y el pincel ardiente de Correggio, abusaba de sus dotes brillantes para pintar la sensualidad más refinada, no albergándose en los rosales de su musa amenizados por los trinos más suaves de los ruiseñores sino diosas impúdicas y faunos impuros?

Cuanto me he complacido en presentar al lector la que fué pura como la primera ilusion del amor, la que consideraba la religion como todo el ideal

de la existencia, como la lumbre del hogar, como la musa de la poesía, la simpática figura de la poetisa Luisa Hensel, que encantaba á Brentano cuando á una educacion esmerada y á una sin par modestia se juntaba en su persona la primera poesía de la vida, la flor de la primera juventud, y cuyo corazon fué un tabernáculo á donde residia Jesus, para hacer de todo su sér como un cielo en donde brillaba bajo las miradas de Dios y de sus ángeles el astro de la santidad, tanto más me duele hablar de los extravíos de un poeta que no sabía que la castidad es una gracia; de un poeta en que hasta *Wieland*, el autor de las *Narraciones cómicas*, que rendia culto á las Gracias, y que ciertamente no veia en las curvas elegantes de la Vénus de Médicis más que los desahogos de un cincel liviano, lamentaba en una carta dirigida á Gleim en 1773 el «priapismo del alma», y á quien sin embargo el rey Luis ha abierto las puertas de la *Walhalla*, merced á su genio incontestable, cubriendo sus concepciones una capa de gracia y de donaire que distrae la atencion de las escenas poco edificantes, y que hizo exclamar á *Goethe:* «Hé aquí un hombre á quien es preciso admirar, ó rivalizar con él.»

Si Rembrandt, ó Van Dyck hubieran pasado una brocha sucia por el semblante de sus personajes, deshaciendo sus facciones, no hubieran hecho

más que hizo *Heinse* con sus escritos desluciéndolos con sus frivolidades. ¡Qué sentimiento tan puro, tan elevado y tan humano es el sentimiento del amor primero! Pero en su alborozo sensual sin amor, en su éxtasis sin corazon, no penetraba *Heinse* hasta la belleza del alma y no abrazó más que la forma.

La única obra en que no rindió culto al dios Príapo, la única obra que ha salido pura de las manos *non sanctas* del autor, son las cartas que escribió á Gleim acerca de la entónces notabilísima galería de Düsseldorf. En ellas contribuyó á ilustrar la historia de la literatura patria; en ellas creó un estilo modelo para la crítica de las obras de arte, un estilo lleno de vida y de colorido.

Juan Jacobo Guillermo Heinse, ese hijo extraviado de las Musas, ese precursor de *Heine* en la prosa poética, en que cada palabra es una imágen, cada rasgo una llama, nació el 16 de Febrero de 1746 —no en 1749 como dicen algunos biógrafos, pues la partida de bautismo dice 1746—en Langewiesen (Schwarzburgo-Sondershausen), de un alcalde y organista. Estudió leyes en las Universidades de Jena y de Erfurt, pero fué discípulo de la naturaleza más que de la escuela. Como todos los hijos de Turingia, manifestó una aficion decidida á la música. Wieland le introdujo en Erfurt en la senda

que el jóven emprendió en 1774 con éxito en su *Laidion*, novela en verso que celebra la apoteósis de Lais y los goces de los héroes griegos en el Elíseo. Antes escribió la version de una frívola poesía francesa titulada *Las Cerezas*, y otra obra lasciva que excitó la indignacion de Wieland, á saber: los *Sucesos de Encolpio*, traduccion de una parte del *Satiricon* de Petronio.

No obstante aquellos pecados literarios contra la moralidad, le honró Gleim con su amistad y le proporcionó el puesto de preceptor en casa de la amable señora de Massow, residente ora en Quedlinburgo, ora en Halberstadt. De la última ciudad pasó Heinse en 1774 á Düsseldorf para escribir en el periódico del Sr. Jacobi, *El Iris*. De su péñola brotaban los versos más dulces cuando imitó una de las elegías de Fernando de Herrera, que dan vivo testimonio de que la lengua española es la hermosa lengua que debieron hablar los ángeles. Es de extrañar, pues, que la traduccion que hizo del *Orlando*, de Ariosto, y de la *Jerusalen libertada*, del Tasso, esté escrita en sencilla prosa.

En 1780 salió para la ansiada Italia, gozando durante tres años enteros de aquel paisaje encantador que Winckelmann habia olvidado por el mundo de las artes, miéntras para Goethe, y ántes para Heinse, el paisaje itálico era un encanto que aumen-

taba áun el entusiasmo que producian en ellos las obras de arte. ¡Qué júbilo experimentó Heinse al ver á Florencia que se alza coqueta como una rosa entre lozanos arbustos en el centro del espléndido jardin llamado Toscana, al contemplar los tesoros artísticos que contienen su galería y su palacio Pitti, la capilla de los Médicis, en fin, hasta sus plazas y calles, que convierten la antigua capital de la Etruria en un museo público, y al admirar aquellas innumerables obras maestras, aquellas bellezas superiores á todo encomio que encierra la antigua ciudad de los Césares, que sigue mereciendo el nombre de Ciudad Eterna! Desde Italia volvió á Düsseldorf para entrar en 1787 como secretario particular al servicio del Elector Federico Cárlos José de Maguncia. Y en recuerdo de las bellezas del suelo itálico, escribió la novela *Ardinghello ó Las Islas bienaventuradas*, en que emitió su opinion acerca de la pintura y de la escultura. Esta novela, que salió en 1787, seducirá, así como la titulada *Hildegard de Hohenthal*, que se publicó de 1795 á 1796, por la magia de estilo, pero no desarmarán por eso al moralista. En *Hildegard* ocúpase el poeta de su arte favorito, la música, poniendo en boca de uno de sus personajes lecciones interesantes relativas á las más notables composiciones musicales. No está á la altura de las

mencionadas novelas la que se titula *Anastasia, ó el ajedrez*, y que tiene por centro de las consideraciones á aquel juego. El poeta Enrique Laube coleccionó los escritos de *Heinse*, publicándolos en 1838 en Leipzic.

Murió *Heinse* el 22 de Julio de 1803 en Maguncia.

XIV.

El publicista y estadista Justo Möser.

¿Qué no pasa en este mundo? Sólo son inmortales los seres que han dejado huella profunda de su paso por la tierra, llámense Federico el Grande, ó Kant, Lessing ó Winckelmann; Francklin que robaba al cielo el relámpago y el cetro á los tiranos, ó *Justo Möser*, ese sabio jurisconsulto, estadista y publicista de la Alemania del siglo XVIII; ese maestro del pueblo, que personificaba los intereses y las instituciones de su patria, y á quien nadie conocia mejor que Goethe, diciendo: «Sería preciso rubricar cuanto sucede en el mundo civil y moral si se quisiera agotar los objetos que él trata. Y su manera de tratarlos es admirable. Un cumplido conocedor de las cosas públicas habla al pueblo en semanarios para hacer comprender á cada cual lo que se pro-

pone ó lo que ejecuta un gobierno inteligente. Y no lo hace de un modo didáctico, sino en las formas más variadas que pudieran llamarse poéticas, y que ciertamente son retóricas en la mejor acepcion. Siempre se hace superior á su objeto y sabe ofrecernos una vista serena hasta de lo más severo. Ora escondiéndose detras de una máscara cualquiera, ora hablando en su propio nombre, está siempre alegre, siempre más ó ménos irónico, siempre honrado y benévolo, y todo eso de un modo tan determinado, que han de admirarse á la vez el ingenio, la mente, la facilidad, la habilidad, el buen gusto y el carácter del escritor. En cuanto á la eleccion de objetos universalmente provechosos, á la inteligencia, á la contemplacion libre, á la profundidad y al buen humor tan sólido y alegre, no se le compararia sino á Franklin.»

El Franklin aleman, el sabio originalísimo que merece ser conocido lo mismo que nuestros mejores poetas, el rey de los publicistas germanos de la segunda mitad del siglo XVIII, el representante más brillante y poderoso de la tan primitiva como venerable esencia wesfálica en la esfera del periodismo, nació el 14 de Diciembre de 1720 en Osnabrück. Sangre westfálica circuló por sus venas, y los westfalos, que por sus reyes dan su sudor en la paz y su sangre en la guerra, son los aragoneses

de Alemania, pudiendo decirse de ellos lo que la comparsa zaragozana cantaba delante de Alfonso XII en la plaza de Palacio para celebrar el enlace del Rey de España con su hermosa prima doña Mercedes de Orleans:

«Dicen las gentes á coro
Que somos muy testarudos;
Pero á honrados y leales
No nos ganará ninguno.»

La tierra aragonesa la poetizaron los amantes de Teruel y la westfálica Anita de Droste-Hülshoff. No sólo fué *Möser* el hijo de sus nobles hechos, sino que era tambien, empleando una palabra gráfica que sólo tienen los españoles, *hidalgo*, es decir, hijo de uno que algo significa. Por su severo padre, que desempeñaba el cargo de director de la chancillería, perteneció á una familia bien acomodada, y á su sensible madre la debió aquel buen humor que le acompañaba en todas las situaciones, miéntras todo lo que fué lo debió á sus distinguidas prendas y circunstancias. Desde sus primeros años fué orador, y ya á la edad de doce, fundó, en union de algunos camaradas, una academia, siendo él el director de la *Gaceta* amena de aquella sociedad de jóvenes imberbes. Despues de haber cursado las leyes desde 1740 á 1742 en las Universidades de Jena y de Goettinga, estableciose cual abogado en su patria,

el obispado de Osnabrück, que fué gobernado alternativamente por un obispo católico y protestante, cuyo poder fué limitado por un cabildo, por una privilegiada órden de caballería y la corporacion de las ciudades. En 1747 el Gobierno le confirió el cargo de *Advocatus patriæ*, es decir, su representacion cerca de las corporaciones. Y poco despues recibió una prueba de confianza que recuerda la edad de oro de la lealtad germana, nombrándole la Órden de Caballería representante de sus intereses cerca del mismo Gobierno, á cuyo servicio estaba el que demostraba por su tacto prodigioso, por su honradez y abnegacion que, evitando todas las colisiones de intereses diferentes, puede uno servir á la vez hasta á dos señores y á dos causas. Despues de la muerte del obispo de Osnabrück, Clemente Augusto de Baviera, acaecida en 1761, pasó el gobierno á manos de *Möser*, que en 1763 aprovechó una estancia de ocho meses en Inglaterra para conocer las creaciones políticas y artísticas, no desdeñando bajar á las tabernas subterráneas en busca de tipos originales. Y en aquella tierra de figuras populares excitó él mismo la admiracion del pueblo por su alta estatura y su innata grandeza, exclamando las fruteras de Covent-Garden, al ver pasar al gigante germano: «¡Dios bendiga al gran caballero!»

Vuelto á Osnabrück, continuó siendo el alma del Gobierno, cual *referendario particular* del obispo todavía niño, el príncipe Federico. Una parte de su anchurosa morada estaba siempre á la disposicion de sus amigos, que leian con satisfaccion aquellas palabras grabadas en una lápida por encima de la puerta de la casa: «*Pusilla domus, at quantulacunque est, amicis dies noctesque patet.*» Esta inscripcion, debida al primitivo dueño de la casa, estaba en justa correspondencia á la manera cordial y afectuosa como *Möser* recibió á sus huéspedes. El que fué el genio tutelar de su patria, el venerable patriarca de Osnabrück, murió en su ciudad natal en 8 de Enero de 1794. Su muerte fué universalmente sentida; el templo que corona la cumbre del monte vecino de Ratisbona (la *Walhalla*) acogió su busto, y sus paisanos agradecidos renovaron su memoria en 1832, erigiendo en su honor un bellísimo monumento de bronce, obra del Sr. Drake. Podriamos grabar en su lápida sepulcral las palabras «*Germanus erat et nihil Germanici a se alienum putabat.*»

El tiempo barrerá al abismo sin fondo del olvido á los que no se elevan sobre el nivel generàl, pero guardará el respeto debido á las dos obras magistrales de *Möser*, su *Historia de Osnabrück* y sus *Fantasías patrióticas.*

Aunque la primera de estas obras es más un frag-

mento y un estudio genial que una representacion completa, servirá siempre de modelo para quien quiera escribir la historia especial. Con la misma alegría entusiasta, con la misma piedad entrañable con que Winckelmann contemplaba cada trozo de mármol antiguo sacado de las ruinas de Roma, cual revelacion del ideal de belleza de siglos más felices, saludó el estadista *Möser* los venerables restos de la vida jurídica viejo-sajona, y dió con sus trabajos un impulso poderoso á los estudios patrios del siglo actual. « La Historia, dice *Möser*, necesita de un Winckelmann que estudie las antigüedades de la lengua, así como aquél estudiaba las de mármol.» Y sabido es que ese Winckelmann de la lengua se presentó para Alemania en los hermanos Grimm.

Llama la atencion tambien lo que dijo *Möser* en una epístola dirigida en 1762 á Rousseau, hablando, no como teólogo, sino cual estadista práctico: « La religion es la política de Dios entre los hombres. Es necesario hacer algunos artículos de fe que consuelen al infeliz, contengan al feliz, humillen al altivo y enfrenen á los reyes. Esos fines se los habrá propuesto Dios con la religion. No se diga: «Entónces la religion no es si no una música encantadora, un freno para el pueblo.» Á los ojos de Dios somos todos pueblo, y vale más que Dios nos ponga el freno en el alma que en la boca. Pues el hombre

no es más que un animal amarrado con la cadena de su imaginacion. Algunos necesitan de un tronco de cinco quintales de peso para no escaparse de la cadena, miéntras otros se quedan mansos teniendo por cadena sólo media onza de peso. La religion debe tener así el tronco de cinco quintales como la media onza para millones de imaginaciones.»

El escritor que nos ocupa defendió el celibato de los clérigos cual medida política, y defendió á Lutero como escritor en una carta en frances dirigida á Voltaire en que citaba hasta al Papa Leon X y á los emperadores Maximiliano y Cárlos V, para tributar homenajes al gran aleman en que, segun dijo Varillas, «se juntaba sutileza italiana á un cuerpo germano.»

Hoy nos causa espanto ver á *Möser* defender una institucion que existia todavía en su tiempo, la servidumbre, y no nos lo explicarémos sino porque habia conocido en la historia de su patria que la servidumbre no era al principio una opresion violenta, sino un contrato voluntario entre los grandes propietarios y los hombres sin propiedad alguna, que debieron celebrar cuando de alguna manera adquirian un hogar y un campo. Pero al defender la servidumbre el hijo de Osnabrück no queria más que oponerse á la rescision violenta de aquella institucion, pues eso hubiera sido una invalidacion,

así de las bases morales de la sociedad, como del dominio y de la santidad de los contratos.

La segunda obra de *Möser*, sus *Fantasías patrióticas*, son una coleccion de artículos publicados desde 1768 en el *Semanario de Osnabrück*. *Fantasías* las llamaba la hija del autor, la señora de Voigts, que las dió á la estampa, y si algunos artículos pertenecen efectivamente al reino de la fantasía y de los sueños, nadie negará que todos merecen llamarse *patrióticos*. Buen aleman era el ilustre ciudadano de Osnabrück tambien al escribir en 1761 aquel artículo dramático en que Arlequin, el representante de lo burlesco y lo cómico, defendia su causa contra los que, como Gottsched, querian desterrarle.

Möser coronó su actividad literaria con la carta varonil relativa á la literatura alemana, que oponia á la epístola sinónima del gran Federico de Prusia en defensa de la obra de juventud de Goethe, *Goetz de Berlichingen*.

Gozará de perdurable fama, no tanto por la forma artística de sus escritos, ni por su credo político, como por su actividad en pro de acciones varoniles y por la estima en que tenía el derecho de la vida real.

XV.

El poeta y naturalista Alberto de Haller y los méritos de los suizos respecto á la literatura alemana.

El 12 de Diciembre de 1877 celebraba Berna (Suiza)—asistiendo á la solemnidad diputaciones de las Universidades de Goettinga, Leiden y Basilea—el primer centenario de la muerte de su primer hijo *Alberto de Haller*, el cantor inspirado y patético que de los Alpes, esas columnas del cielo, hizo monumentos de su gloria; el sacerdote de esa religion natural que tiene por templo el mundo y por altar el cielo; él, cuya poesía ha dado abundante fruto; él, que en su vastísimo saber, en la pasmosa universalidad de su esencia, se parece á los *Aristóteles*, *Alberto Magno* y *Leibnitz*, ocupando un lugar distinguido así en la historia de la literatura alemana como en la de las ciencias naturales, la Botánica, la Anatomia, la Fisiología, la Medicina, y siendo ademas de comercio tan íntimo con las nueve hijas de Mnemosyna y con la naturaleza matemático, estadista, filósofo y apologista del cristianismo.

Como naturalista no hizo grandes descubrimien-

tos como Copérnico ó Newton; como botánico fué superado por Linneo, y como zoólogo debió ceder el puesto á Buffon; como escritor no tenía el espíritu de Voltaire, ni el vuelo altivo de Rousseau, ni la claridad clásica de Lessing; no era un matemático como su maestro Bernoulli, ni un filósofo como Kant; pero en estas disciplinas, en estas direcciones todas se acercaba tanto á los maestros más eminentes, que por su universalidad habia de figurar en la primera fila. Parece que no existieron las barreras de la perfeccion humana para ese monstruo de actividad, ese espíritu culto y glorificado por la poesía, ese segundo *Alberto Magno* que, siendo grande de estatura, era aún mayor por su vastísima erudicion, por la fuerza de su observacion y de su memoria, por su carácter severo, por su ánimo noble, por su piedad profunda, y que mostró tanto afan acerca de las cosas de su patria, la república de Berna, que bien puede ser tenido por modelo.

Alberto de Haller: ¡hé aquí, como dijo el emperador José II, *el genio unido á la virtud!*

Nació *Alberto* en 8 de Octubre de 1708, en Berna, de una estirpe no hidalga, pero distinguida, cuyo ascendiente, Juan Haller, murió en 1531 en el campo de batalla de Kappel, como amigo de Zwingli. Su padre, Nicolás Manuel, perteneció al foro de Berna. Débil de cuerpo, era el niño prodi-

gioso de precocidad, pero no siendo comprendida por los suyos su índole tranquila, se desarrolló por sí propio, gracias á su afan de saberlo todo, á su memoria, que no olvidaba nada, y á su diligencia, que coleccionaba y escribia todo lo que habia aprendido. A los diez años de edad poseia ya los idiomas antiguos, incluso el hebreo, y desde que comenzó á usar de su razon, demostró amor señalado á la literatura, escribiendo poesías, y con facilidad igual sumó así consonantes como los sumandos de la adicion aritmética. Estudió Medicina en 1723 en la Universidad de Tubinga, y tuvo en Leiden los mayores modelos de su ciencia en Boerhaave, el médico eminente, y en Albino, el gran anatómico. En 1727 se graduó. El trato con su íntimo amigo Juan Gessner, natural de Zurich, le hizo botánico, y en Basilea despertó Juan Bernoulli su pasion á las matemáticas que le dominaba tanto, que hasta en el dia de sus bodas se ocupó de cálculo integral. Desde Basilea emprendió con Juan Gessner su primera excursion por Suiza, de la cual faltaba hacia cinco años, y que por eso hizo una impresion tanto más poderosa sobre su ánimo, inspirándole el poema *Los Alpes.*

Hasta entónces los poetas alemanes no habian cantado sino la belleza apacible del *llano*, el cuadro estrecho formado por el bosque, la selva y la pra-

dera, los valles floridos y amenos, y los rios alegres. Pero él cantó el primero en nobles y entonadas estrofas la naturaleza sublime y grandiosa de las montañas, cuyos picos se esconden siempre entre las nubes, y cuyo aire, segun ha dicho un poeta, y yo creo que es verdad, debe hacer buenos á los hombres. Revelan los versos de *Haller* una observacion original de la naturaleza, y la majestuosa nobleza y profundidad de su pensamiento, el alto sentido moral y humanitario, y la vibrante y sonora contestura de la rima bastan para legitimar y confirmar el título de poeta al inspirado autor de los *Alpes.*

Si en sus descripciones detalladas de la naturaleza se proponia rivalizar con los paisajistas y pintores de flores, mereció las censuras de Lessing por haber traspasado los límites de la poesía; pero aquellas pinturas son sólo cosas accesorias, pues la idea principal de su poema es el contraste entre la felicidad verdadera y la cultura; es la descripcion de la vida sencilla y feliz de los habitantes de los Alpes, y su poema lo llamarémos la primera expresion poética de aquel anhelo hácia la edad de oro de la inocencia y de la pureza de costumbres que llenaba despues los delicados y dulces idilios de Salomon Gessner, y las ardientes novelas filosóficas de Rousseau.

La poesía alemana del siglo XVII, contrastando

con la genuina y popular del XVI, que hablaba al corazon, no era, si exceptuamos el canto religioso, sino gongorismo frio, teniendo por representante principal al bardo de Silesia: á Daniel Gaspar de Lohenstein. Al culteranismo de éste le volvió la espalda el poeta hamburgues Bertoldo Enrique Brockes; pero no teniendo fibra artística, no teniendo alas para volar á las luminosas y trasparentes regiones de lo ideal, cayó en la pedantería de un maestro de escuela, y su musa era moralizadora más que divino genio de la belleza.

El suizo *Haller*, idólatra de las grandes ideas, é inspirado en nobles ideales, fué el primero que por sus poemas filosóficos volvió á dar á la poesía alemana un asunto grande y digno. Pero poeta *intelectual*, pensador más que vate de desbordada inspiracion, el pensamiento estableció en su espíritu aquel nivel, aquel reposo, aquel equilibrio de las facultades creadoras, que si le apartaron de las alturas y vuelos del genio, le libraron de los abismos y caidas de la medianía. El, á quien por su sentimiento ético y su estilo elevado llamarémos el precursor del patético Schiller, no logró entrar en el templo sereno de la belleza como los héroes del *segundo* (1) período clásico de nuestra literatura,

(1) El *primer* período clásico de la literatura alemana es el de los *minnesinger*.

los Gœthe y Schiller, pero él les abrió el camino; él dió impulsos á los Gellert, Uz, Evaldo de Kleist, y á las primeras poesías de Lessing y de Wieland, y mereció los aplausos de Klopstock y de Herder. Lo que hallaba un acorde en su lira y una estrofa en su canto, pertenece á la esfera de reflexion más que á las de contemplacion llena de fantasía. Como prueba de eso, bastan los epígrafes de sus composiciones: *Acerca de la razon, la supersticion y la infidelidad; Acerca de la virtud; Acerca de la falsedad de las virtudes humanas; Acerca del honor; Acerca del orígen del mal; Acerca de la eternidad.*

La poesía titulada *Acerca del orígen del mal*, es, en cuanto á la idea, una reminiscencia de la *Teodicea* de Leibnitz; pero en cuanto á la ejecucion, una creacion original del poeta, y la composicion *Acerca de la eternidad* revela su fuerza y claridad extraordinarias en representar lo abstracto de un modo sensual. Raras veces hay en su poesía un asunto meramente lírico: encárnase el sentimiento en el verbo inspirado de su estrofa sólo cuando, como todo mortal, tenía su bautismo de lágrimas y cantaba la muerte de su esposa Mariana, y el amor, luz primitiva de todo arte y poesía, no le inspiró sino la composicion titulada *Dóris.* Aventajaba á los vates que le precedieron, en la verdad de sentimiento, pues entre éstos sólo el infortunado Gün-

ther, por una honrosa excepcion, sintió lo que expresaba en sus poesías. Si á las composiciones didácticas y á las sátiras severas de Haller les falta la gracia, en cambio encantan por lo gráfico y breve de la frase, por la fuerza sublime, por la vibrante energía. Salieron las poesías en 1732, siguiendo la segunda edicion en 1734.

La gloria de poeta del hijo de Berna la aumentó y la ennobleció, en concepto de sus contemporáneos, su gloria de sabio. Alberto, que de un niño débil se habia hecho uno de los hombres más hermosos é imponentes, se estableció en su patria en 1729, mereciendo ya por su estatura el sobrenombre de *Grande*. Convidábale el ser bibliotecario, y como director de la biblioteca de la ciudad de Berna, lucia por aplicacion y sapiencia tanta como si durante su vida toda hubiese sido bibliotecario. Entretanto, sus obras científicas llamaron la atencion del mundo culto, y en 1736 el Rey de Inglaterra y elector de Hannover le ofreció la cátedra de Anatomía y de Botánica en la jóven Universidad de Goettinga. *Haller* fué el adorno mayor de este estudio, y al poco tiempo fundó un teatro anatómico que superaba á todos los de su clase, y un jardin botánico que, por la copia de plantas raras, fué el más notable de Alemania. Tomó tambien la parte más activa en la fundacion de la Academia de Goettinga y fué

el alma de los *Gelehrten Anzeigen*, que existiendo aún hoy hicieron de aquella poblacion un foco de trabajos científicos. Y allí escribió sus tan notables como numerosas obras relativas á la ciencia de Hipócrates y de Boerhaave y á la Fisiología y Anatomía. Como médico no tenía Haller por autoridad sino á la naturaleza, y por piedra de toque de la verdad de teorías médicas el escalpelo con que ejecutaba la diseccion y los experimentos en los animales. Excitaron admiracion universal sus *Commentarii ad Hermanni Boerhave praelectiones Academicas suas Rei medicae institutiones* (que formando cuatro tomos salieron en Goettinga de 1739 á 1744), sus *Elementa physiologiæ corporis humani*, sus *Icones anatomicae* (que vieron la luz en Goettinga de 1745 á 1754), su *Ennumeratio plantarum helveticarum*, y así como los frutos de su laboriosidad excedieron á lo comun, eran extraordinarios tambien los merecidos premios con que le honraba la Europa culta: las Academias le recibieron en su seno, los monarcas le colmaron de distinciones, el emperador de Alemania le hizo noble y las Universidades se le diputaron como al rey de los sabios alemanes.

Ensanchábase su corazon con ser llamado á la córte del gran Federico de Prusia, pero como hijo de la república de Berna, no conoció otra ambicion más que participar de la vida política de su patria,

y prefiriendo á los favores de los reyes el cargo más pequeño de Berna, trocó la actividad gloriosa de Goettinga con el empleo de *rathhausamman* (que no fué sino una suerte de maestro de ceremonias) en la ciudad de su nacimiento. Aunque presentaba sus títulos académicos, sus trabajos científicos y sus libros poéticos, no eran éstos en la aristocrática república de Berna eslabones de oro por donde subiese con más firme pié y legítima gloria al templo del poder, sino que despacio habia de conquistarse empleos correspondientes á sus inclinaciones.

En 1758 fué director de la salina de Aelen (perteneciente á Berna), convirtiéndose el poeta en ecónomo, administrador y juez. Allí coleccionaba las usanzas y costumbres, reuniéndolas en un código, y se complacia en mejoras relativas á la agricultura, en la lucha contra las malas cualidades del terreno, escribiendo en una carta dirigida á Voltaire en 1759: «Una laguna seca, hé aquí la conquista que me place.» Vuelto á Berna en 1764 fué miembro del tribunal de alzadas, y fundó la Sociedad Económica de Berna y el seminario filológico de la misma poblacion, y cuando el rey Jorge III de Inglaterra rogó en 1770 al Consejo de la República despidiesen á Haller para que éste volviese á la Universidad de Goettinga cual cancelario, la República le contestó que no podia echar de ménos

los servicios de un ciudadano tan benemérito. Así le fijaron por siempre á Berna las sonrisas de la patria. Son de notar las novelas políticas *Usong* (que dió á la estampa en 1771), *Alfredo, rey de los anglo-sajones* (que vió la luz en 1773), y el *Coloquio entre Fabio y Caton*, obras en que enalteció un sistema de gobierno aristocrático patriarcal, y su aspiracion de justificar su fe, dió orígen á un número de escritos religioso-filosóficos y polémicos. Estupendas son sus colecciones tituladas *Bibliotheca anatómica*, *Bibliotheca chirúrgica*, *Bibliotheca medicinae practicae*, en que con asombro de sus contemporáneos citaba y comentaba 52.000 obras científicas. Todas las suyas se elevan al número de 136, y escribió el frances é inglés con la misma facilidad y elegancia que el severo latin.

La larga y penosa enfermedad que puso fin á sus dias, robándole á la religion, á la patria y á las ciencias, le sumergió por momentos en melancolía, pero no logró turbar la claridad y la libertad de su espíritu. El final, digno de su rica vida, lo formó la visita que al anciano moribundo, al rey en la esfera del saber, le hizo el jóven y simpático emperador José II en 17 de Julio de 1777, despidiéndose ambos con las muestras más vivas de admiracion recíproca. Y en 12 de Diciembre del mismo año, se le acercó al sabio y piadosísimo *Haller* la muerte,

«martillo que siempre hiere, espada que nunca se embota, lazo en que todos caen, cárcel en que todos entran, mar donde todos peligran, pena que todos padecen y tributo que todos pagan» (1). Pero la muerte no tenía horrores para quien sabía que no es la nada el fin de la existencia del hombre, sino que la vida de la virtud abre los ilimitados horizontes de la vida imperecedera, y para quien escribió en 1762: «Quisiera yo, si fuese posible, pasar á la posteridad como amigo de los hombres así como soy amigo de la verdad.»

La *Walhalla* se gloría de su busto, y en tanto que Berna, en 12 de Diciembre de 1877, tejia coronas de alabanzas para la inspirada frente del poeta, del naturalista, del sabio, uno de sus deudos, C. L. Haller, depositó una siempreviva sobre su tumba, traduciendo al aleman uno de los discursos latinos que el gran hijo de Berna pronunció en 1747, como rector de la Universidad de Goettinga.

A mí, modesto biógrafo de los *dos Albertos*, el aleman *Alberto Magno* y el helvético *Alberto de Haller*, me sirve la biografía de éste de motivo para hablar de los méritos que los *suizos* han contraido respecto á la *literatura alemana*.

El documento más antiguo de la lengua germana

(1) Fray Luis de Granada.

es de orígen suizo, perteneciendo á los primeros decenios del siglo VII, á saber, el *Vocabulario latino-aleman* de que se sirvió San Gallo, natural de Irlanda, ántes de saber el aleman, y que se halla en la biblioteca de San Gallen (Suiza). El monje Ratpert cantó en el siglo IX en aleman la vida de San Gallo; á dos monjes de San Gallen, Hartmuat y Werinbraht les dedicó Otfriedo, en tiempo de Luis el aleman, su *Armonía de los Evangelios;* y un monje de San Gallen, Ekkehart I, que floreció en el siglo X, fué uno de los primeros que representó en verso latino un asunto de la epopeya germánica, las *Aventuras de Walter de Aquitania.* Lo mejor de la primitiva prosa alemana pertenece asimismo á los suizos, y especialmente á San Gallen, por ejemplo, la paráfrasis de los salterios, debida á Notker III, que murió en 1022, y las traducciones y comentarios del *Organon* de Aristóteles, de los libros de Marciano Capella, y de la obra de Bœthio titulada *Consolatio philosophiæ.*

De Suiza parece haber salido ántes de 1190 una de las formas más predilectas de la poesía alemana de la Edad Media, los *leiche* (1), así como ántes

(1) *Leiche* se llaman en aleman canciones compuestas de estrofas diferentes respecto al número de los renglones, de las rimas y de las sílabas.

en San Gallen, Notker Balbulo habia inventado las *secuencias.*

Como poeta *épico* de Suiza, mencionarémos á *Rodolfo de Ems*, que floreció en el siglo XIII, y ganó fama como autor de la leyenda de *Barlaam y de Josafat*, de la de *San Eustaquio*, de una representacion poética de la Historia Universal, de una *Alexandreida*, de una historia de Guillermo de Orleans y del cuento titulado *El buen Gerardo.* Este Rodolfo de Ems llama su maestro á *Godofredo de Strasburgo.*

Un poema de éste, titulado *Tristan é Isolt*, y el de Wolfram de Eschenbach, relativo á San Guillermo, los terminó el suizo *Ulrico de Türheim.* Pero no se eleva éste por cima de lo vulgar. En cambio habia una pléyade brillante de *líricos* suizos, siendo el discípulo más aventajado de Walter von der Vogelweide el *minnesinger Ulrico de Singenberg* (Thurgavia). Ademas mencionarémos á los *minnesinger*, Ulrico de Wintersteten; Rost, que cantó los amores, aunque fué sacerdote de Sarnen (Suiza); Jacobo de Warte; Rodolfo, conde de Neuenburgo; Enrique y Everardo de Sax (Rætia); Enrique de Rugge (Thurgavia); Walter de Klingen; Walter de Wengen, Enrique de Stretlingen (cerca del lago de Thun); conde Kraft de Toggenburgo, Conrado de Landegge (Thurgavia), Steimar; Conrado de

Altstetten; Alberto de Raprechtswil, Gast, Hesso de Rinach; Enrique de Tettingen, de Gliers y de Trostberg.

Asimismo fué suizo el maestro de la prosa, el piadoso y genial *Franciscano Bertoldo*, hijo de Winterthur, que en el siglo XIII peregrinaba por Alemania entusiasmando con sus sermones á millares de oyentes, que le acompañaban de poblacion en poblacion.

Fábulas llenas de buen humor, las escribió en Berna en el siglo XIV, el sacerdote Ulrico Bonerio, miéntras en Zurich Rudigerio Manasse, que vivió hácia los años de 1300, coleccionó libros de cantos. En el siglo XIV encontramos á los poetas suizos, conde Juan de Habsburgo y Halbsuter de Lucerna, que cantó la batalla de Sempach.

Pasamos en silencio las cuarenta poesías que en el siglo XV hizo el conde Hugo de Montfort, señor de Bregenza. Pero merecen los mayores elogios los historiadores helvéticos del siglo XVI, *Petermann Etterlin de Lucerna* y *Egidio Tschudi de Glarus*, que siguieron á los Diebold Schilling de Soleura y Thüring Frickard de Berna. Como autor de una novela popular, escrita en 1470 y titulada *Melusina*, mencióname á un hijo de Berna, Thüring de Ringolfingen.

En el siglo de la Reforma se distinguió cual pre-

dicador *Geiler de Kaisersberg*, que vió la luz del mundo en Schaffhausen. Conocidos son los méritos críticos de los suizos, *Juan Jacobo Bodmer* y *Juan Jacobo Breitinger*, los cuales, aunque no fueron verdaderos poetas, tenian un conocimiento de la esencia de la poesía verdadera. Citarémos los *idilios de Salomon Gessner*, que se distinguen por la armonía de las estrofas, y las entrañables y sencillas canciones de *Juan Gaspar Lavater*, el célebre hijo de Zurich. *Juan Gaudenz de Salis-Seiwis*, que nació en los Grisones, se hizo aplaudir por sus elegías, en que tomaba por modelo á Matthisson.

Como prosista, despues de Haller, debe citarse á *Isaac Iselin* de Basilea, que por su obra titulada *Conjeturas filosóficas acerca de la historia de la humanidad*, se hizo el precursor de Herder.

Para concluir dirémos que gozan de fama universal el gran pedagogo y escritor helvético *Juan Enrique Pestalozzi*, y el eminente historiador *Juan de Müller*, y que merece un puesto distinguido en la historia de la literatura alemana de nuestro siglo, el pintor de la vida campesina *Jeremías Gotthelf* (pseudónimo, siendo su verdadero nombre A. Bitzius), cuyas novelas de costumbres de los aldeanos suizos tienden á ennoblecer al pueblo como las de *Fernan Caballero* y *Antonio de Trueba*.

XVI.

Bertoldo de Ratisbona.

Me apresuro á reparar, en cuanto me es dado, una falta del fundador de la *Walhalla*, dedicando siquiera una página de mi modesto libro del mismo nombre al gran franciscano *fray Bertoldo de Ratisbona*, á quien el rey Luis se olvidó de recibir en el soberbio templo de las glorias alemanas, no recordando que de aquel favorito de Dios y de los hombres, el apóstol inspirado del cristianismo vivo, dijo el minnesaenger (1) Enrique Frauenlob: «Por su boca hablaba Dios acerca del Empíreo.» ¿Quién merece los honores de la *Walhalla* sino *fray Bertoldo*, á quien han comparado con justicia con San Antonio de Padua, y á quien parece que el Padre Eterno entregaba la espada del espíritu, la palabra, para hacerle el mayor orador popular de la Edad Media alemana, cuyo noble y cristiano corazon latia como el que más por el pueblo, y cuya palabra, luciendo cual antorcha en todos los países germanos y

---

(1) Minnesaenger y minnesänger es la misma palabra. Significa *cantores del amor*.

corriendo cual majestuoso rio, se inspiraba en el entusiasmo con que abrazó á su vocacion, en su sentimiento á la vez poético y profundamente religioso, y recibia todos los dias, conforme se ensanchaba su espíritu, un nuevo temple que le hacía esclavo, bello y sumiso de un pensamiento elevado? Mejor memoria que el rey Luis tuvieron los húngaros, que, segun dijo Aventino, hasta despues de trascurridos tres siglos despues de la muerte de *fray Bertoldo*, peregrinaron á su tumba en la iglesia de Menores de Ratisbona; á aquella tumba sobre la cual vagará siempre una gran idea. Lo mismo que los devotos húngaros que supieron que despues de la muerte de un hombre tan grande queda aún la vida, nuestro siglo ha recordado á *fray Bertoldo*, pronunciando su nombre con respeto y veneracion Jacobo Grimm en 1825, despues de publicada una coleccion de sus sermones en 1824, por Cristian Federico Kling. Francisco Pfeifer tiene el mérito de haber publicado en 1862, en Viena, la primera edicion de los sermones del franciscano popular que por púlpito tenía el campo libre, la pradera, la cima de un tilo, los torreones y la sombra de los bosques, no cabiendo en el espacio estrecho de una iglesia la muchedumbre que acudió á oirle. ¡ Cuán grande debia de ser la impresion cuando delante de millares de devotos que llamaba *cristianos bienaventurados*, *hijos puros*

de Dios, hablaba de los dos libros grandes que se llaman el Cielo y la Tierra y que pregonan la bondad y omnipotencia del Creador! Aunque *fray Bertoldo* fué discípulo del primer místico en la lengua alemana, *fray David de Augsburgo*, que murió en 1271 en la casa de franciscanos de Augsburgo, no tenía nada místico en sus sermones populares, ocupándose sin cesar de la vida real, pero todos respiran el perfume de la poesía. Los franciscanos son los poetas de la Iglesia; á San Francisco le atribuyen el cántico conocido con el nombre *El hermano sol;* á Tomás de Celano el *Dies iræ*, y á Giacopone da Todi el *Stabat-mater.* Los primeros franciscanos llegaron á Alemania en 1221, siendo Ratisbona una de sus más antiguas moradas. Aquí encontramos á *Bertoldo* en 1246 unido á fray David por la más íntima amistad. En 1253 estuvo en el palacio del duque Othon el Esclarecido de Baviera. Desde Ratisbona emprendió sus peregrinaciones por Baviera, Alsacia, Suiza, Austria, Bohemia, Moravia, Silesia, Hungría y Turingia, usando en sus viajes una suerte de habla colectiva que ni es bávara ni suaba, miéntras al predicar á los húngaros y slavos se servía de un intérprete. Floreció entre los años de 1250 y 1265, y cuenta el cronista Juan de Winterthur que tenía el dón de la profecía. Dice el historiador de la Iglesia helvética, Juan Jacobo Hottinger, que

fray Bertoldo fué natural de Winterthur (Suiza). Eso lo repiten tambien Guillermo Wackernagel y Vilmar, miéntras el doctor Stromberger, que en 1877 publicó una obra relativa al gran franciscano, dice que respecto al orígen de éste faltan noticias exactas. Nació por los años de 1210 á 1220 y murió el 13 de Diciembre de 1272, siendo enterrado en la iglesia de Menores de Ratisbona. En 1626 mandó el obispo Alberto IV depositar sus restos en un relicario que durante la guerra de los treinta años fué trasportado de un asilo á otro. Desde 1838 encuéntrase el relicario engastado en oro y plata en la tesorería de la catedral de Ratisbona.

Fray Bertoldo que encarnaba en la Edad Media la idea de la elocuencia eclesiástica, expresó bellamente lo que acudió bello á su pensamiento, y para hacer más patente la moraleja de sus sermones, entretejió en ellos gran número de cuentos (llamados en aleman Predigtmärleinn), leyendas, fábulas, ejemplos y anécdotas sagradas y mundanas. Su estilo fué plástico y poblado de imágenes que demuestran cuántas maravillas puede fabricar la palabra humana. Y una maravilla ha sido la actividad toda del monje extraordinario, cuya privilegiada palabra, produciendo áun mayor efecto que los sermones que predicaban las Cruzadas, se parecia ora al arrullo de la tórtola al celebrar las excelencias

del cielo, ora al bramido de la tempestad al hablar de los horrores del infierno. ¡Con qué delicadeza tan poética pinta la belleza y magnificencia de Dios, diciendo: «Cuanto pudieramos decir de la belleza del Altísimo sería igual á lo que, si fuese posible, pudiera decir un niño, ántes de salir del vientre de su madre, respecto de toda la dignidad y adorno que tiene el mundo, del clarísimo sol, de las lúcidas estrellas, de la fuerza de las piedras preciosas y de sus variados colores, de la fuerza de las plantas nobles y de su gusto exquisito, de las cosas preciosas que se hacen de seda y de oro, de las muchísimas voces suaves que llenan el mundo, del dulce canto de las aves, de los armoniosos sonidos de la lira, y del color y adorno de muchas flores que tiene este mundo. Así como sería imposible para un niño que está aún en las entrañas de su madre hablar de eso cuando no ha visto todavía nada malo ni nada bueno ni ha experimentado alegría ninguna, es imposible tambien para nosotros hablar del júbilo indecible que está en el Cielo y del rostro inefable del Dios vivo. Pues toda alegría que está en el cielo brota sólo del brillo que sale del rostro del Señor, y así como todas las estrellas reciben su luz del sol, así todos los santos y ángeles y toda la hueste celestial debe su adorno y belleza á Dios!»

Copiarémos otros párrafos de los sermones de

fray Bertoldo. Decia éste: «Quién se sumerge en meditaciones profundas acerca de la fe cristiana, preguntando cómo podria explicarse que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo fuesen un Dios indiviso... es como si quisiera sumergir sus ojos en el esplendor del sol. Nadie tiene ojos bastante fuertes para ver por largo tiempo la rueda brillante de él, y quien sigue mirándola se hace, ó en extremo mal, ó ciego de modo que no vea punto ninguno.»

«Quien ama á Dios ama tambien á cuanto ama Dios (en aleman: *Unde swer got minnet, der minnet ouch allez daz, daz da got minnet*); y el Omnipotente ama ante todo la virtud.»

«En una sola misa podrias obtener más gracia que si peregrinases á Compostela. Pues ¿qué encuentras en Compostela? La cabeza de San Yago. Pero ésta no es sino un cráneo. La mejor parte está en el cielo. Empero ¿qué encuentras en tu pueblo? Cuando por la mañana vas á la iglesia encontrarás allí al verdadero Dios y verdadero Hombre, con cuerpo y alma, lo mismo que fué el dia en que nació de Nuestra Señora María Santísima la Vírgen Eterna. Y así como el sol tiene mayor esplendor que la estrella más lúcida que brilla en el cielo, y así como pequeño es el brillo del astro en comparacion con el brillo del sol, tanto mayor es la santidad de Dios comparada con todos los santos que

están en el cielo. Por eso debes ir gustoso á la misa. Una misa á que asistas con devocion, te ofrecerá mayor premio que una peregrinacion á Santiago, que te cuesta seis semanas de ida y otras tantas de vuelta.»

Segun todas las probabilidades, el mismo *fray Bertoldo* trasladó al papel parte de sus sermones despues de haberlos pronunciado. Tambien diligentes discípulos suyos escribieron algunos sermones del maestro. Hízose una traduccion de algunos al latin para uso de los clérigos, y existe tambien un precioso sermon en latin, original de *fray Bertoldo*, dedicado al *Salve María*.

Los sermones del monje suizo conservarán su belleza y su poesía, como el miosótide de los Alpes; y el heraldo de Cristo mereció la gloria en la tierra, la gloria que es el ósculo cariñoso que Dios envia desde la eternidad á los que por sus obras son sus elegidos.

Fray Bertoldo no fué superado por nadie, aproximándose á él sólo *Juan Tauler*, que nació con el privilegio de ser el mayor predicador entre los místicos alemanes, siendo discípulo de aquel *maestro Eckhart*, cuyo espíritu, semejante al águila de potente vuelo, se cernia en las alturas de lo ideal y se enrojecia al contacto del amor divino. Nació *Juan Tauler*, el célebre autor de la bellísima obra ascética *Sucesion de*

la pobreza de Jesus, en 1290 en Strasburgo, donde falleció el 16 de Junio de 1361. Renunciando á sus bienes, entró en la órden dominicana y estudió teología en París. Pero ejercieron sobre él la mayor influencia el maestro Eckhart á quien encontró en Strasburgo, y Nicolas de Basilea, al que visitó en 1346. Pasó Tauler una temporada en Colonia. Distínguense sus sermones por su fuerza, su verdad, su profundidad y su gracia.

Otro discípulo del *maestro Eckhart* fué el místico *Enrique Suso*, en cuyos escritos, respirando el amor á Dios más puro y delicado, forma y fondo, todo es bellísimo, cual cristalizacion maravillosa. Su obra principal es el *Libro de la sabiduría eterna*, escrito en forma de diálogos. Nació *Suso*, ese dulce minnesänger del amor divino, el 21 de Marzo de 1300, en la ciudad de Ueberlinga, siendo su padre el señor de Berg, un rudo hombre de guerra, y su madre, perteneciente á la estirpe de los Suso, una piadosa patricia que despertó en el niño el amor al Eterno. Pero sólo despues de muerta ésta, cuando Enrique tenía diez y ocho años de edad, consagrábase con toda su alma ardiente al amor divino y adoptó el apellido de su madre queridísima. A la edad de trece años entró de novicio en el convento de Dominicos de Constanza, perfeccionándose en el estudio de la teología en Colonia, bajo la direccion

del maestro Eckhart. Pasó largos años en el retiro del convento de Constanza, imponiéndose las más dolorosas mortificaciones, hasta que á los cuarenta años de edad, dando por terminadas sus maceraciones, viajó por el mundo cual predicador. Estuvo en comercio literario con Tauler y otros místicos, y murió el 25 de Enero de 1365, en el convento de Dominicos. Melchor Diepenbrock publicó sus obras dándolas una forma moderna.

Réstame añadir una palabra relativa á otros dos predicadores populares, *Juan Geiler de Kaisersberg* y *Abraham de Santa Clara.* Empleaban ambos en sus sermones ocurrencias tan burlescas como originales, juntándose en ellos la profunda severidad moral al amor á los chistes que hoy dia no se considerarian siempre como chistes de buena ley.

Nació *Juan Geiler* el 16 de Marzo de 1445 en Schaffhausen, y murió el 10 de Marzo de 1510 en Strasburgo, donde desempeñó el cargo de predicador durante treinta y tres años. Escribió sus sermones en latin, traduciéndolos al aleman el franciscano Juan Pauli. Un ciclo entero de sermones suyos tiene por fundamento á *La nave de locos* de Sebastian Brant.

Abraham de Santa-Clara, cuya manera de predicar eternizó Schiller en la prédica de capuchinos en el *Campamento de Wallenstein*, vió la luz en Krä-

henheimstetten (Baden) en 1662. Entró en 1622 en la órden de Agustinos y estudió teología en Viena. Desde 1669 fué predicador de la córte de Austria y murió en Diciembre de 1709.

XVII.

El historiador Juan Turmayr, llamado Aventino.

La Historia, que es la madre de la sabiduría y la maestra de la vida, ocupa un lugar privilegiado entre las ciencias. ¿Qué hay más grande y más digno de los que sientan en su corazon los nobles estímulos de patriotismo y la admiracion por la virtud sublime, que llevar á las páginas de la historia patria, para enaltecerlas, los servicios de altos quilates, los hechos abnegados, las heroicidades, y derramar clara luz sobre las memorias venerandas de tantos finados?

El que recordaba la dignidad de la historiografía diciendo que en tiempo del Antiguo Testamento mandaba Dios sólo á los santos profetas como gracia particular que escribiesen crónicas, fué el historiador aleman *Aventino*, *el padre de la historia bávara*. Pero ese severo y patriótico historiador; ese humanista que rompió con el idioma de los sabios de su

época, el latin, para escribir en castizo aleman; ese hijo del pueblo, que no recibió por nodriza la gloria genealógica, ni por derecho de sangre tuvo escritura de propiedad sobre el aprecio público, sino que no teniendo nombre se conquistó uno tan preclaro que constituye insólita alabanza, y que, triunfador de la muerte, tomó incontestable posesion de la inmortalidad, así en la *Walhalla* como en la *Ruhmeshalle* (Galería de hombres célebres) de Munich, hizo más que hacernos beber á tragos en la copa de la patria el vino de la gloria, pues convirtiendo la historia en torneo de elocuencia, de una elocuencia fácil, pronta, convincente, tanto por el vigor de la frase que recuerda á veces la de Lutero, como por la sinceridad de los conceptos, amonestó á los príncipes de su tiempo que consumian sus fuerzas sin cesar en contiendas estériles; amonestó á la nacion alemana para que se hiciese digna del glorioso título que Alemania recibió de Roma vencedora de todas las gentes, llamándose *imperio romano de la nacion alemana;* castigó los pecados de los clérigos, y cuando vió defraudadas sus esperanzas todas de que Cárlos V restaurára la unidad y la paz, enfrenára los vicios y despertára la justicia, se entregó á las contemplaciones más sombrías y presagió la perdicion de Alemania. Y despues de trascurrida una centuria el tiempo dió razon al historiador profético

con el azote terrible de la guerra de los treinta años, que empobrecia y postraba como nunca á un país floreciente por una cultura de mil años.

La historiografía de la Edad Media alemana, empezando con opúsculos de clérigos, alcanzó el pináculo de la gloria bajo los Hohenstaufen para bajar de su altura, conforme con la ruina del poder imperial y con el levantamiento de las fuerzas territoriales se amenguaba la vida nacional del pueblo aleman, y el clero dejaba de cifrar su orgullo en el cultivo de las ciencias. Y aunque en los dos siglos siguientes se escribieron anales de conventos y crónicas de la historia universal, y desde el siglo xv, crónicas de ciudades germánicas, faltaba así la mirada política como la crítica, abundando en aquellas obras las fábulas y leyendas. En cambio *Aventino*, haciéndose el historiógrafo de Baviera, recorrió, para representar la historia en toda su pureza y copia, todos los rincones de su patria, y no concediéndose ningun momento de tregua, ni haciendo caso de sudor y polvo, de calor y frio, de lluvia y nieve, visitó é investigó los conventos, las iglesias, los santuarios, los sepulcros de Baviera, copiando con la diligencia más infatigable las crónicas, las leyendas, los cantos, las rimas, los devocionarios, los calendarios, los registros, las cédulas, la fe de muerto, examinando las monedas, las imágenes, los monu-

mentos, y estudiando la historia desde la latina y griega hasta la española é inglesa.

El 4 de Julio de 1877, cuarto centenario del nacimiento de *Aventino*, celebró la ciudad de Abensberg (Baviera), patria del gran historiador, en union de los delegados de la Academia de la Ciencia, de la Universidad y del magistrado de Munich y de numerosas sociedades bávaras de la Historia, una obra gigante de la Ciencia, la actividad espiritual de su hijo más insigne. Pronunció su elogio la voz del archivo de Estado, doctor Rockinger, que iba envuelta en elocuencia; la ciudad de Munich depositó una corona de laurel á los piés de la estátua de *Aventino*, miéntras bajo el tímpano de su casa natal de techo bajo, adornada sencillamente con ramos y flores, la poblacion de Abensberg colocaba una tabla conmemorativa en obsequio de quien en Ratisbona, donde murió, habia sido honrado por una lápida colocada en su morada.

Pero falta todavía lo que hubiera coronado aquella fiesta, una edicion exacta y fiel de las obras de *Aventino*, teniendo por fundamento la copia que él mismo hizo para sus protectores, los duques de Baviera, y que se encuentra entre los tesoros de la Biblioteca Real de Munich; falta sobre todo una edicion de su *Crónica bávara* escrita con el más independiente ánimo aleman. El rey Maximiliano de

Baviera mandó hacer una edicion, pero despues de su fallecimiento se suspendió la obra.

El pueblo aleman que hasta hoy habia de contentarse con la edicion llena de faltas, debida en 1566 al doctor Simon Schard, á la cual catorce años despues siguió la segunda y en medio de los horrores de la guerra de los treinta años la tercera edicion, reclama el texto primitivo y puro de la *Crónica* de que Goethe decia en su *Farbenlehre*: « Quien conozca el corazon humano y la manera de instruirse los hombres, no contestará que podria formarse un hombre egregio con estudiar sólo la *Historia helvética de Tschudi* ó la *bávara de Aventino*.» La Iglesia ha lanzado el anatema contra las obras de este último por ser éstas enemigas al régimen jerárquico, al sistema de Gregorio VII, al poder temporal de los papas. Pero el rey católico Luis de Baviera no puede ménos de decir en sus breves biografías tituladas *Los Socios de la Walhalla*, que lo divino llenaba sus obras. Levantábase *Aventino*, que vivia en un período de luchas religiosas, por encima de las cuestiones confesionales, y no era ni católico ni protestante, reclamando el pensamiento y la palabra libres para un pueblo libre. Pero no cabe duda ninguna que se haya dejado arrastrar por su pasion al imputar á los clérigos en general las faltas y los pecados que no tenian sino algunos. Vengóse el es-

píritu de partido del siglo xvi por el cuento de que el diablo le azotase cada noche con cadenas de hierro en el cementerio de San Emerano de Ratisbona.

Pero dejemos los cuentos y hablemos del historiador. Nació *Juan Turmayr* en 4 de Julio de 1477, recibiendo el nombre de *Aventino* de su ciudad natal Abensberg (Baviera baja) que el Danubio baña y que en latin se llama *Aventinum.* Su padre, Pedro Turmayr, era un buen ciudadano, bastante rico para poder suministrar á su hijo los medios de dedicarse á los estudios. A la casa paterna le habrá debido *Aventino* aquel amor al pueblo que no le abandonaba nunca. Amante de lo ideal, no estudió ciencias por las cuales se adquiere un destino, como la jurisprudencia, sino el saber filosófico que estudiaba desde 1495 en las Universidades de Ingolstadt, Viena, Cracovia y París, tratando en la primera al humanista Celtes y obteniendo en la última la dignidad de *magister liberalium artium.*

Ya se habia establecido en Ingolstadt, dando lecciones relativas á Ciceron, cuando en el otoño de 1508 le llamó el Duque Guillermo IV de Baviera para que fuese preceptor de sus hermanos menores Luis y Ernesto. Desempeñó aquel cargo viviendo, ora en la córte de Munich ó de Landshut, ora en el solitario castillo de Burghausen, y acompañó al príncipe Ernesto en su viaje de dos años á Italia, y

en 1516 á la Universidad de Ingolstadt, donde el príncipe, nombrado rector de la Universidad, celebró en elegante latin los méritos de su maestro, y sobre todo sus *Rudimentos de la Gramática latina*, que habian salido á luz en 1515. En 1517 fué Ernesto obispo de Passau, y su preceptor, que se habia dedicado á enseñarle la historia patria, consagró despues al estudio de ésta su existencia entera, y despues de haber alcanzado el permiso de visitar todos los conventos de Baviera, emprendió en 9 de Marzo de 1517 como historiógrafo bávaro sus excursiones en busca de documentos históricos investigando los archivos y bibliotecas de noventa pueblos. Rico de tesoros volvió á Abensberg, donde en 1519 empezó á escribir en latin sus *Anales bávaros*, terminándolos en Mayo de 1521, y ya en 1522 publicó en Nuremberg un extracto aleman de aquella obra. Aunque la representacion de la historia primitiva de Baviera está desfigurada por fábulas, manifiesta el historiador un juicio sano al pisar el suelo histórico. Diez años ocupábase despues en amplificar los anales escribiendo en aleman la *Crónica de Baviera*, obra gigante, que nos pasma si consideramos que la hizo un solo hombre de cuerpo tan débil que en 1514 habia de renunciar á la cocina ducal por que perjudicaban á su salud los guisos complicados ó poco sencillos.

En medio de sus estudios históricos no pensaba *Aventino* en cumplir como ántes los deberes de un buen católico. No celebró la cuaresma, lo que fué considerado entónces como el mejor criterio de falta de fe, y habiéndolo sabido el Duque Guillermo mandó prenderle. Era un cautiverio de sólo once dias, pero bastaba para dejar en el alma del historiador una indeleble impresion dolorosa. Pues ¿cómo podria esperar que se imprimiesen sus obras, que eran propiedad de los Duques de Baviera, si ya su persona no estaba segura de persecuciones? Para substraerse siquiera al poder inmediato del gobierno bávaro, salió para Ratisbona, dónde llevó á cabo su *Crónica* y se enlazó á la edad de 51 años con una pobre doncella suaba de nombre Bárbara. Un año ántes de su muerte acompañó al hijo del cancelario Leonardo de Eck á la Universidad de Ingolstadt, y falleció el 9 de Enero de 1534 en Ratisbona, en los brazos de su esposa y de un amigo, con la humildad y la resignacion que tanto esmaltan las virtudes de los creyentes.

Guarda sus restos mortales la misma ciudad, donde descansa bajo la mirada amorosa de la Iglesia agradecida en inmutable inmortalidad *fray Bertoldo*, que desliaba el pensamiento en la encantada redoma de su propia inspiracion, y á quien cuadra como corona por sus sermones popularísimos la palabra

de Quintiliano cuando define al orador por excelencia: *Vir bonus dicendi peritus.*

XVIII.

Teofrasto Paracelso.

En la historia de las ciencias médicas brillan los nombres de *Hipócrates*, *Galeno*, *Dioscórides* y *Avicena*, empezando el primero, á quien han llamado el *padre de la Medicina*, su actividad en la segunda mitad del siglo v ante la era cristiana; el segundo, en el siglo II, despues del nacimiento de Cristo, el tercero en el siglo I, y el último en el XI. Distinguióse *Hipócrates*, el mayor médico de la antigüedad, por su método preferentemente dietético, y sin conocer la Anatomía patológica, puso el fundamento científico de la medicina práctica, ocupándose de las causas remotas, de las señales y de las crísis de las enfermedades y de la dieta que éstas requieren. Consiste el mérito principal de *Galeno* en haber obtenido en la Anatomía y Fisiología una base firme para la Patología. Gozó el médico griego Dioscórides, autor de la obra *De materia médica*, de autoridad casi incontestada por espacio de diez y siete siglos. Avicena, el médico ilustre de la córte de los

sultanes, fundó su sistema médico en los escritos entónces poco conocidos de los médicos griegos En el espacio de dos mil años las ciencias médicas no recibieron sino reformas de poca monta. Sólo cuando Vesal, á mediados del siglo xvi, se libraba de las preocupaciones respecto á la diseccion de los cadáveres humanos, las ciencias médicas rompieron las cadenas de la tradicion, haciéndose una ciencia libre.

La *Walhalla* cuenta en su seno tres médicos: *Paracelso*, *Boerhaave* y *Haller*.

Paracelso, ese monarca de los arcanos, ganó renombre por ser el primero en haber usado interiormente medicamentos químicos, y sobre todo, metálicos; por ejemplo, el mercurio. ¡ Qué hombre tan singular ha sido *Paracelso!* Por su sin par jactancia y su charlatanismo—la palabra es dura, pero merecida—parece el *Cagliostro de las ciencias médicas;* pero, aunque grotesco, es siempre genial, y por sus grandes defectos no ha de olvidarse que el que se complacia en velar sus pensamientos bajo oscuras frases alemanas mezcladas de palabras latinas, contribuyendo á veces á aumentar aún la supersticion mística de su tiempo, difundió, sin embargo, una idea más profunda de la vida orgánica, y miéntras buscaba la piedra filosofal, ó una medicina universal, descubrió muchísimos medicamentos aprecia-

bles. No se inclinó sino ante Hipócrates y quemó públicamente las obras de Galeno y de Avicena. Pero aunque dijo de sí mismo: «Tengo yo una naturaleza distinta de la de los demas», no se desdeñaba de aprender hasta en sencillos pastores. Le aplaudimos de todas véras cuando el que fué hijo del suelo helvético decia en defensa de su carácter apasionado: «No tengo yo una naturaleza sutil, ni es propio de mi país alcanzar eso con hilar seda. Nosotros no nos hemos criado con higos ni con miel ni con pan de trigo, sino con queso, leche y avena. No se entienden bien los que se educaron en el tocador y los que se criaron en los pinares.» Hé aquí su axioma principal: «Han de ir parejas la experiencia y la ciencia. Sólo por la Filosofía, la Astronomía, la Alquimia y la Religion se hace el médico.» Creia que las Ciencias naturales y la Química ofrecian los mejores estudios para conocer á Dios y la voluntad divina. Su vida entera fué un viaje continuo; hay pocos países que él no haya visto.

Filippo Auréolo Teofrasto Paracelso, denominado *Bombasto de Hohenheim* (1), vino al mundo el 17 de Diciembre de 1493 en María Einsiedel (Suiza), y

---

(1) Él mismo tradujo su apellido aleman Hohenheim en el nombre latino Paracelso.

recibió por su padre la primera instruccion en la Medicina y Química. El sabio químico Trithémio, abad de Sponheim, y Segismundo Fugger le iniciaron en los secretos de la Alquimia. Aumentó sus conocimientos médicos en sus viajes é hizo maravillas por sus curaciones. En 1527 fué llamado á Basilea para ocupar la cátedra de las Ciencias médicas. Allí reunió en torno suyo muchos apasionados, los llamados *paracelsistas*, miéntras que á otros los alejaba de sí por los barbarismos de sus lecciones. Ya en 1528 abandonó á Basilea para continuar sus peregrinaciones por Alsacia y Baviera, y no dejó de hacer hablar de sí por sus curaciones extraordinarias. Pero el elixir de que se gloriaba tanto no le salvó de una muerte prematura: falleció el 23 de Setiembre de 1541 en Salzburgo, siendo enterrado en el hospital de San Sebastian, á que legó sus bienes. El arzobispo de Salzburgo mandó escribir en su lápida sepulcral: «*insignis medicinae doctor qui dira illa vulnera lepram podagram hydroposim aliaque insanabilia corporis contagia mirifica arte sustulit.*» Puede verse todavía hoy á la orilla derecha del Salzach su morada de Salzburgo, adornada con su imágen.

Se le atribuyen más de 360 escritos. Algunos párrafos de *Fausto*, por ejemplo, las palabras que el protagonista de aquel drama inmortal de la hu-

manidad dirige á Wagner, declinando los homenajes de los aldeanos que le agradecen haberlos salvado de la peste, demuestran que Goethe habia estudiado las obras de *Paracelso*, y que éste, profesando el panteismo, creia ver seres animados en todas las sustancias, silfos en el aire, ondinas en el agua, pigmeos en la tierra y salamandras en el fuego.

XIX.

Boerhaave.

Lo que en tiempos pasados eran, respecto á las ciencias médicas, Córdoba, Salamanca y Toledo, de donde salieron primero médicos judíos y despues médicos cristianos, que fueron herederos del arte de los árabes de España, eso fué *Leiden*, esa Aténas del Norte, esa Zaragoza de los Países-Bajos, en el siglo XVIII, siendo el mayor médico del siglo *Herman Boerhaave*, uno de los socios de la *Walhalla*, cuyos escritos son modelo de erudicion y de método, y que tanto consolidó su fama, que un mandarin chino pudo dirigirle una carta que no tenía por señas sino *Sr. Boerhaave, célebre médico de Europa.*

Nació *Herman Boerhaave*, el maestro de Haller,

el 31 de Diciembre de 1668 en Voorhout, cerca de Leiden, de un cura protestante, que le mandó en 1682 á Leiden para que abrazase la carrera eclesiástica. Pero Herman, que en 1689 se hizo doctor en Filosofía, empezó en 1690 á estudiar por sí mismo Medicina, Química y Botánica, haciéndose en 1693 doctor en Medicina. Entró en 1701 en el claustro de Leiden, demostrando en su primer discurso medical, titulado *De commendando studio Hippocratico*, las excelencias del método de Hipócrates. Otro notable discurso suyo se titulaba *De usu ratiocinii mechanici in medicina.* En 1709 fué nombrado profesor de Medicina y de Botánica de Leiden, y publicó dos obras magistrales, titulándose la una *Institutiones medicae in usus annuae exercitationis*, en que desarrolló su sistema, y la otra *Aphorismi de cognoscendis et curandis morbis in usum doctrinae medicae.* Prestó grandes servicios, así por sus escritos como por sus lecciones, á la Botánica, cuya cátedra ocupó lo mismo que la de Medicina. En 1714 fué rector de la Universidad de Leiden, y uniendo la enseñanza teórica á la práctica, inauguró un hospital donde dos veces cada semana explicaba á sus discípulos, en vista de las enfermedades, la historia de éstas. A pesar de tantos quehaceres, encargóse en 1718 tambien de la cátedra de Química, y publicó en 1724 la obra *Elementa chemiae.* En 1730 des-

empeñó por segunda vez el rectorado, y al dejar aquel cargo, pronunció el memorable discurso: *De honore medici, servitute*, en que representaba al médico como siervo de la naturaleza que tiene que despertar y dirigir los movimientos de ésta. Así se volvió tambien teóricamente á Hipócrates, de que en la práctica no se habia alejado jamas. *Boerhaave* fué el consejero de Europa entera, y al pasar por Leiden, le visitó tambien el czar-carpintero Pedro el Grande, que en 1697 habitaba en Zaandam, la ciudad del Zaan, cerca de Amsterdam, una cabaña de tablas groseras y de sólo dos cámaras, que se enseña aún hoy como señal y emblema de aquella ciudad.

El gran médico que motiva estos renglones pasó á mejor vida en 23 de Setiembre de 1738.

La poblacion de Leiden le erigió en la ciudad una estátua y un monumento en la iglesia de San Pedro, que es el panteon de los célebres catedráticos de Leiden. Campean en aquel monumento sepulcral las palabras sencillas: «*Salutifero Boerhavii genio sacrum.*»

Nadie pisará sin respeto el suelo de Leiden; nadie verá sin veneracion aquella sala sagrada por los recuerdos de tantas celebridades de las ciencias, la sala del senado académico, en la que se enseñan los retratos de los mayores sabios de su tiempo

que ilustraron los anales de aquella Universidad, á saber: los Hugo Grotius, Cartesio, Salmasio, Scalígero, Boerhaave, Hemsterhuys, Vossio, Heinsio, Valckenaer, Ruhnkenio, Wyttenbach, Gomario y Arminio. Es curiosa la tradicion referente á la fundacion de la Universidad. El príncipe Guillermo de Orange queria premiar á la ciudad por su heroica defensa de 1574 contra los españoles capitaneados por Valdes, dejándola la eleccion entre la inmunidad de muchos años y la fundacion de una Universidad. Y la poblacion eligió ésta, que se hizo una de las más famosas de Europa y que se inauguró el dia 5 de Febrero de 1575 con una procesion solemne en que figuraba la Justicia rodeada de Juliano, Papiniano, Ulpiano y Tribuniano; Minerva circundada de Platon, Aristóteles, Ciceron y Virgilio, y la Medicina acompañada de los cuatro grandes doctores Hipócrates, Galeno, Dioscórides y Teofrasto Paracelso.

Este último y Boerhaave vense en la Walhalla, y yo no quiero pasar en silencio á otro que hubiera sido digno de honor igual, el gran médico de fines del siglo pasado y principio del actual, *Cristóbal Guillermo Hufeland*, que fué tan profundo en la Patología y Terapéutica y en el conocimiento de la naturaleza, como simpático y admirable por su nobleza de alma, por su abnegacion, por su calma y

serenidad, por su culto de todo lo bello y poético. Su obra *Macrobiótica, ó el arte de prolongar la vida humana*, que salió en 1796 en Jena, fué traducida á todos los idiomas de Europa. Hufeland nació en Langensalza (Turingia) el 12 de Agosto de 1762. Como su padre y su abuelo, se hizo médico de la córte de Weimar. Estuvo en Jena desde 1793 como profesor de la Universidad, pasando en 1798 á Berlin como director del colegio médico, miembro de la Academia de Ciencias y médico de la córte. En 1809 se encargó del profesorado de Patología y Terapéutica, y murió en 25 de Agosto de 1836.

XX.

Juan Gutenberg.—Los tipógrafos alemanes en Portugal.

Saludar al inmortal *Gutenberg*, cuyo genio creador fijó para siempre la palabra mental del hombre, es breve homenaje tributado á favor tan inmenso. Pero ¿quién celebraria bastante despues del gran Quintana al inventor de la Imprenta, á ese bienhechor del mundo? A *Gutenberg*, que dió cuerpo á la voz y al pensamiento; á *Gutenberg*, que, concibiendo la idea divina de imprimir con caractéres

móviles, llevó á cabo lo que no se atrevió á pensar el espíritu ingenioso de Italia, ni la sabiduría de los griegos, ni la ciencia variada de los galos, le pregona y pregonará cada libro que sale, diciendo: *él me ha creado, soy monumento suyo.* Y monumentos tales de la invencion sublime de la Imprenta, que eternizó el influjo fecundo de la verdad, habrá miéntras hombres cultos vivan en la tierra. Merced á la Imprenta, todos los hombres pensadores de todas las partes del globo se han hecho una sociedad unida, una iglesia visible. Merced á ella, el pensamiento, que ántes era el patrimonio de pocos seres privilegiados, y que á veces pereció con ellos, tendió las alas hablando con naciones enteras. La Imprenta, esa corona de las invenciones que la Edad Media ha legado á la Edad Moderna, ençendió una antorcha que en luz imperecedera ilumina el orbe, penetrando el sol de la cultura hasta en las regiones que una noche de mil años cubrió con sus alas. La Imprenta dió á cuantos saben leer doble vista con que poder ver hasta lo más léjos, doble oido con que puedan entender así los presagios de los tiempos pasados, como las voces de la edad presente y de la futura, una boca con que puedan hablar á la vez con las regiones de nubes de los Andes y del Himalaya, y con las llanuras de las Pampas y del Sahara. El invento de *Gutenberg* es y será siempre

el poder más gigantesco de la tierra para luchar contra la tiranía, contra la injusticia, contra la mentira, contra el fraude; y si en la guerra mata al enemigo la bala cónica de plomo, vuela en la paz de victoria en victoria la modesta letra cuadrada de plomo pesado, haciéndose éste en mano del maestro una vestidura aérea de sílfides.

Cada dia formais escuadras, letras pequeñas, soldados de la tipografía, multiplicándoos y riñendo batallas en la lid de los espíritus; cada cual de vosotros es un enano, pero juntos sois un coro gigante de vencedores. «El oro, dice bien Jorge Herwegh, es un siervo vil; en el oro vive no sé qué demonio; pero el plomo fué creado para que hablase la verdad en mil lenguas.»

La mágica, la prodigiosa flor de la Imprenta, nació en la época más propicia, en un período de crísis de que salieron el renacimiento de la antigua literatura clásica y el descubrimiento del Nuevo Mundo por Colon, en un tiempo feliz de vigorosa actividad espiritual en que era menester asegurar los tesoros ya alcanzados y poner el cimiento á nuevos progresos decisivos. La historia de la Literatura moderna no es sino la historia de los efectos de la Imprenta.

Dos invenciones habian de preceder á ésta para abrirla el camino: la invencion del papel de lino

como la mejor y ménos costosa de las materias propias para recibir la impresion, y la del grabado sobre madera, que en el siglo XIV producia naipes é imágenes de santos, y que daba un paso más hácia el arte tipográfico haciendo uso de caractéres grabados en madera para los libros primeros que se usaban en las escuelas.

Laurencio Coster de Haarlem, á quien los holandeses atribuyen el honor del invento de la Imprenta, no hizo otra cosa que imprimir glosillas ó imágenes sobre planchas de madera grabadas á la manera que las estampas. Es verdad que los chinos conocieron la Imprenta muchos siglos ántes de su aparicion en Europa; pero la de los chinos fué la Imprenta silográfica, en la que es preciso que el escrito que hay que multiplicar sea grabado en madera por lo ménos dos veces tantas planchas como hojas hay de impresion; cuando estas planchas de madera han recibido la tinta se sacan pruebas, lo que se hizo por medio de un rollo como para las cartas de la baraja, y no dejó impresion más que sobre uno de los lados del papel. Aunque parece que hácia mediados del siglo XV habia ya grabadores que produjeron impresiones con letras moldeadas móviles, estos ensayos tipográficos carecen de importancia comparados con la invencion de *Gutenberg*, el primero que, como dice bien D. Manuel

Becerra en su artículo *Observaciones sobre la palabra escrita* (*Revista de España*, correspondiente al 13 de Febrero de 1878): «Concibió el proyecto completo de imprimir con caractéres móviles, proyecto estudiado, proseguido y ensayado durante muchos años con una gran constancia, y no sin auxilio de capitales extraños, llegando á crear en Maguncia la primera imprenta, propiamente dicha, la que sirvió de modelo á todas las demas.»

Honor eterno, pues, á *Gutenberg*, el esclarecido patricio de Maguncia, y á esta ciudad ilustre del Rhin, que debió su fundacion á los romanos; sus institutos científicos á Bonifacio, Rhabano Mauro y Carlo Magno; su gloria en las ciencias y en las artes al arzobispo Willigis; su fama en la poesía á Enrique de Misnia, denominado Frauenlob por haber sido el tierno panegirista de las mujeres, y, segun añade el Sr. Roderich, á Enrique de Ofterdingen (1), á quien Simrock consideró como autor de la segunda parte del poema *La Guerra de Wartburgo*, á quien el poeta Scheffel cree autor del grandioso canto de *Los Nibelungos*. Segun refiere el se-

(1) Existió en Maguncia una familia llamada Afterdingen, que el Sr. Roderich cree idéntica con la de Ofterdingen, aquel poeta aleman, de cuya existencia dudan hoy muchos.

ñor Roderich, el sello de Enrique de Afterdingen, que se encuentra en dos documentos de 1328 y de 1386, tiene las mismas armas que la familia Gensfleisch, de la que desciende *Gutenberg*, de modo que el inventor de la Imprenta y aquel vate medio mítico de la Edad Media pertenecieron acaso á una misma familia.

Nació *Juan Gensfleisch de Gutenberg*, á quien la posteridad no llama sino *Gutenberg*, en Maguncia, entre los años 1393 y 1400, de una gente patricia, siendo su padre Frielo Gensfleisch y su madre Elsa de Gutenberg, que fué la última de su familia. Pasó *Gutenberg* su infancia en la casa paterna, que se encontraba en la calle de Emerano, en el lugar que hoy ocupa el Wambolderhof, y parece que ya cuando jóven se ocupaba de artes mecánicas. En 1420 emigró con motivo de las luchas entre los patricios y los gremios, y probablemente dirigió sus pasos hácia Eltville, sobre el Rhin, donde residió su hermano Frielo. Catorce años despues encontramos al jóven caballero en Strasburgo, donde se albergó fuera de la ciudad, á orillas del Ill, cerca del convento de San Arbogast, y contrajo matrimonio con la patricia Ana Zuder Iserin Thüre. Dedicóse en su casa solitaria á artes secretas, y en 1436 hizo pactos con un vecino de Strasburgo, Andres Dritzehn, y otros, de enseñarles «todas sus artes

secretas y peregrinas.» Estas eran los principios de la Imprenta, segun consta por los protocolos del proceso á que dió lugar la pretension de los hermanos de dicho Andres de participar de la empresa despues de la muerte de su hermano, acaecida á fines de 1438. Aquellos protocolos hablan, aunque sólo en términos oscuros y ambiguos, de una *prensa*, pero no demuestran en ninguna manera que desde 1436 á 1439 *Gutenberg* hubiese llegado ya á imprimir en Strasburgo, valiéndose de la movilidad de los caractéres. En 1444 abandonó á Strasburgo, volviendo á Magunçia, donde continuaba contrayendo deudas á causa de su gran empresa, y donde al fin, en 22 de Agosto de 1450, hizo contrato con un bien acomodado vecino de Maguncia, *Juan Fust ó Fausto*, prestándole éste la suma de 800 florines de oro.

En *Maguncia* nació la primera oficina tipográfica; en Maguncia nació el invento divino de imprimir libros con caractéres de estaño (1), puesto que *Gutenberg*, que habia empezado á cortar en madera letras separadas para reunirlas en una forma de

---

(1) Juan Schöffer, hijo de Pedro Schöffer, dice en el libro de Eneas Silvio *De aulicorum miseriis,* que imprimió en 1517: «*Moguntiaci, ubi divinum inventum* STANNEIS TYPIS *excudendi libros primo natum.*»

impresion, logró al fin, segun dice Trithemio, moldear matrices donde introducia estaño líquido para obtener caractéres. Todo induce á creer que *Gutenberg* no habia empezado á imprimir ántes de fines de 1452. La primera obra que produjo el noble arte tipográfico, que siendo *Gutenberg* su inventor, tiene un orígen aristocrático, fué la *Santa Escritura*, que se imprimió cual libro de 42 líneas por página. Pero despues de terminada la impresion, en 1455, separóse *Fust* de *Gutenberg* para asociarse con *Pedro Schöffer de Gernsheim*, que despues fué su yerno, el cual habia inventado una manera mejor de moldear letras cincelando en acero caractéres que en forma de cuño se incrustáran en las matrices de cobre, donde se introducia una composicion metálica para dar caractéres separados. *Gutenberg* fué el pensador profundo y más apto para concebir las grandes ideas que para ejecutar los detalles, miéntras *Pedro Schöffer* era el hábil artista que perfeccionó el invento de otros. *Fust* era un hombre de especulacion, un comerciante; pero el patricio *Gutenberg* fué el inventor modesto que consideraba su invento, no cual mérito humano, sino cual gracia libre de Dios, y que, despues de haber meditado tanto tiempo, tuvo la satisfaccion inefable de concebir la gran idea como si de repente una luz de arriba hubiese derramado sus rayos

sobre él; y tan grande fué su modestia, que no se atrevió á firmar el libro que en 1460 salió de su imprenta, el famoso *Catolicon* de Janua, formando un volúmen en fólio de 373 páginas.

Ya en 14 de Agosto de 1457 terminaron *Fust* y *Schoffer*, en Maguncia, la magnífica impresion del *Salterio*, volúmen en fólio de 174 páginas, y en 6 de Octubre de 1459, el *Racional* de Durando: el uno está impreso con grandes caractéres como los de misal, y el otro en pequeños. En 25 de Junio de 1460 siguieron las *Constituciones de Clemente V*, y en 14 de Agosto de 1462, la *Biblia* latina.

Despues de su separacion de Fust, *Gutenberg* se vió obligado por el tribunal de Maguncia á dejar á Fust su aparato tipográfico, no pudiendo volverle el capital de 800 florines, y trató en vano de fundar una imprenta en Strasburgo; per o los desembolsos del doctor Humery, de Maguncia , le facilitaron los medios de establecer una imprenta en su ciudad natal, de la que salió el *Catolicon*, impreso en pequeños caractéres, demostrando que Gutenberg no conocia la manera perfeccionada de Schöffer de moldear las letras. En Enero de 1465 entró al servicio del arzobispo Adolfo de Nassau, y trasladó su residencia á Eltville, despues de haber vendido su imprenta de Maguncia á un deudo suyo, Enrique Bechtermünze. Sólo pocos años disfrutó el

gran inventor de una fortuna modesta y alcanzada despues de tantos sacrificios y sinsabores. Falleció sin dejar hijos, no mucho ántes del 24 de Febrero de 1468. Fust parece haber fallecido en París como víctima de la peste de 1466, y Schöffer murió entre el 21 de Diciembre de 1502 y el 27 de Marzo de 1503.

La muerte de *Gutenberg* no dejó ninguna impresion dolorosa en el ánimo de sus ingratos contemporáneos. Pero pesaba sobre Alemania, y ante todo sobre Maguncia, como obligacion ineludible y sagrada, el deber de perpetuar, reconocida en el bronce de la fama, la gloria de uno de sus hijos más ilustres, y por fin en nuestro siglo tres ciudades, Maguncia, Strasburgo y Francfort, colocaron la memoria de Gutenberg sobre el ara de la inmortalidad y levantaron su estatua sobre el pedestal de la gratitud. La estatua de Maguncia, que se inauguró en 14 de Agosto de 1837, la modeló Thorwaldsen en el mismo año en Roma; la de Strasburgo, que fué colocada en 1840, es debida á David, y el monumento de Francfort, que fué modelado por Launitz y colocado en 1858, consta de tres estatuas colosales representando á Gutenberg rodeado de Fust y de Schöffer.

Hasta hace poco se creyó que *Gutenberg* habia sido enterrado en la iglesia de franciscanos de

Maguncia, fundándose esta creencia en la noticia de un libro impreso en 1499 en Heidelberg en honor del profesor Marsilio. Decia aquella noticia: *In foelicem artis impressorie inventorem.*

D O M S

Joanni Genszfleisch artis impresorie repertori de omni natione et lingua optime merito in nominis sui memoriam immortalem Adam Gelthus posuit ossa eius in ecclesia divi Francisci Maguntina foeliciter cubant. Pero el doctor Bockenheimer ha demostrado en su folleto *El Sepulcro de Gutenberg*, Maguncia, 1876, que la iglesia de franciscanos de Maguncia se habia convertido en un establo cuando murió Gutenberg, y que la familia de éste, segun demuestra el libro de difuntos del convento de dominicos, que el señor Bockenheimer encontró en 1876, tenía su sepulcro en la iglesia de dominicos. En aquel libro de difuntos léese la noticia siguiente relativa al 2 de Febrero: *O Dus Johes zum Ginefleis cum duabus candelis sup. lapidem ppe cadedram praedicantis habens arma Ginsefleis.* Esta noticia parece que se refiere á nuestro Gutenberg; pero no sólo el convento de dominicos de Maguncia ha dejado de existir, sino tambien el edificio que lo reemplazaba fué arruinado por el incendio del 18 de Agosto de 1876.

Pero á falta de epitafio para hombre tan ilustre recordaré uno que le cuadra perfectamente y que

pertenece tambien á otro hombre célebre, dedicado en su juventud á la tipografía; me refiero á Benjamin Franklin que escribió para su tumba la siguiente idea: «Aquí descansa el cuerpo de un tipógrafo semejante á un libro del cual sólo ha quedado la cubierta y cuyo espíritu no se perderá, pues si la primera edicion salió en la tierra, Dios se encargará tambien de dar en el cielo la segunda corregida y aumentada.»

Para concluir diré cuatro palabras acerca de la propagacion de la Imprenta. No tardaron en tener imprentas *Colonia* (1), Hanau y Strasburgo, y despues Bamberg, Augsburgo, Nuremberg, Espira, Ulm, Esslinga, Lubeck, Leipzic, Memminga, Reutlinga, Erfurt, Magdeburgo, Hagenau y otras várias ciudades de Alemania. Los alemanes Sweynheim y Pannarz llevaron el secreto que ántes tenía Maguncia á Italia, primero al convento de Subiaco, despues á Roma en 1464, y Juan de Espira introdujo este arte en Venecia en 1469. Alemanes eran

(1) El mismo Gutenberg no hubiera adivinado las maravillas que hace su invento en nuestros dias en union del telégrafo, y que un extenso é importante discurso que Bismarck pronunció en Febrero de 1878 en Berlin, en la Dieta Alemana, haya podido salir en la *Gaceta de Colonia* y propagarse en millares de ejemplares desde la ciudad del Rhin por todas las partes del mundo, *dos horas* despues de haberse pronunciado en la lejana Berlin.

los que establecieron en 1470 la primera imprenta en París, y en España la fundó tambien un aleman en la ciudad de Valencia.

En Portugal fueron los judíos los primeros que estimaron y aprovecharon el nuevo arte. Así el judío maestre Hortas imprimió en Leiria, en 1484, el *Almanach perpetuus ecclesiasticus astronomi Zacuti*, y Rabban Eliezer y Samuel Zorba imprimieron en Lisboa en 1485 un comentario del *Pentateuco*.

A fin de no necesitar de manos judías para la impresion de obras cristianas, la reina Leonor, mujer de D. Juan II, mandó llamar á los tipógrafos Valentin de Moravia y Nicolas de Sajonia. El primero de éstos trabajó como tipógrafo en Lisboa desde 1495 á 1513. Imprimió en 1495, junto con Nicolas de Sajonia, á impulsos de la reina Leonor, la traduccion de la *Vida de Cristo*, del cartujo Ludolfo de Sajonia, que desde los tiempos de don Eduardo, que habia vertido al portugues el sétimo capítulo de dicha obra, fué venerada en la familia Real de Portugal como su sermonario predilecto. Ademas imprimió Valentin de Moravia, que se llamaba en Portugal Valentin Fernandez Aleman, muchas otras obras, entre las cuales mencionarémos las coplas de Jorge Manrique, que imprimió en 1501, una traduccion portuguesa hecha por él mismo de los *Viajes de Marco Polo*, y una parte del nuevo

Código de Don Manuel. En Setúbal fundó en 1509 una imprenta el aleman Herman de Kempen, que despues imprimió en Lisboa muchas obras como impresor de la Córte. Llamábase primero Herman de Kempis, y despues, vistiendo su nombre á la portuguesa, Herman de Campos. Este Herman imprimió la célebre coleccion de canciones de 275 poetas, conocida con el nombre de *Cancioneiro Geral* de García de Resende. En 1508 llamó D. Manuel á Lisboa al tipógrafo aleman Jacobo Cromberger, residente en Sevilla, concediendo á él y á todos los tipógrafos extranjeros que se establecieran en Portugal el título de *Caballeros de la casa Real.*

La lista de los tipógrafos alemanes del siglo XVI residentes en Portugal la concluye *Juan Blavio de Colonia Agripina*, que vivió en Lisboa desde 1554 á 1564 como impresor de la Córte, imprimiendo durante aquel tiempo 36 obras. Y probablemente, merced á este hijo de Colonia, el poeta Bernardo Ribeiro habrá dado en 1559 al librero de Colonia Arnoldo Birkmann, para que la publicase, su famosa novela caballeresca *Menina y Moça*, á que la Inquisicion habia negado el *imprimatur*, y al mismo tiempo las poesías del bucólico Cristóbal Falcão.

La introduccion de la imprenta en Portugal es, sin contradiccion alguna, una página gloriosa para la industria alemana.

XXI.

Bertoldo Schwartz.

No como *Gutenberg*, que fué, si no el inventor, siquiera el conquistador de la Tipografía, el primero que la conoció y la ejerció en toda su grandeza; no como él figura en la *Walhalla* fray *Bertoldo Schwartz*, pero en cambio su patria, Friburgo, le ha levantado una estatua en 1853 como al inventor de la pólvora. Es de extrañar que un monje, un franciscano, un hombre pacífico por excelencia haya inventado ese elemento de la guerra y de la caza, ese rayo que es el incendio, la ruina, el horror, y con el cual parece que el hombre quiso desafiar al mismo Dios; ese trueno que retumba; ese torrente que se desborda arrasando cuanto encuentra ante su paso; esa materia inflamable que lo ilumina todo con el rojizo resplandor de su siniestra llama; ese mortífero elemento en que parece que la humanidad ha puesto todas sus grandes pasiones, su ódio terrible, su ira, su valor y su fuerza. Pero hoy, cuando la civilizacion ha sabido hacer de la pólvora su instrumento, el resorte mágico que abre las montañas y barrena la tierra, hablarémos de ella hasta con respeto y verdadera

admiracion, pues valiéndome de una frase de Miguel Moya, «la pólvora, como el héroe de *Los Miserables* de Víctor Hugo, se ha regenerado: de Juan Valjean se hizo el Sr. Magdalena; con la pólvora se ha hecho el túnel del Mont Cenis.»

El citado autor caracteriza bien á la pólvora cuando dice: «Su paso por la vida es como el de un fantasma misterioso, que con la una mano siembra el progreso, la libertad, la vida, y con la otra la miseria, la destruccion y la muerte..... La pólvora, como el mar, es inofensiva en su calma, terrible en su furor. Es la ola de fuego, que áun más terrible é impetuosa que la del mar, ha creido posible desafiar á las estrellas.»

Pronunciamos, pues, el nombre de *Bertoldo Schwartz* con un sentimiento mezclado de horror y de admiracion. Su verdadero nombre fué Constantino Ancklitzen. Llevó en el convento el de *Bertoldo*, siendo denominado *Schwartz* (que quiere decir *negro*), á causa de sus trabajos químicos que en aquel tiempo, en que ocupaciones semejantes no parecian sino propias de brujos, le condujeron á la cárcel, y despues, segun dice la tradicion, al descubrimiento de la pólvora hácia 1330. Pero en todos casos fray Bertoldo no fué el primer descubridor afortunado de esa chispa eléctrica que se llama la pólvora, siendo su cuna el Oriente. Los árabes

la introdujeron en España, donde ya en el siglo XI se usaba para la guerra. Y nada tiene de extraño que así sea, porque, como dice bien Miguel Moya, «los árabes eran el relámpago, y la pólvora es la tempestad; y porque el carácter español es hermano de la pólvora.»

XXII.

El físico Othon de Guericke.

No ha de pedirme el lector un cuadro de viveza y colorido tratándose de un ciudadano amante de las ciencias naturales, de un sabio cuyo invento constituyó un verdadero acontecimiento científico, pero cuya vida carece de pormenores interesantes.

El inventor de la *bomba de aire*, que trasformó tanto la física experimental, ocupa un puesto distinguido en la *Walhalla*. Se llama *Othon de Guericke* y es una gloria de la ciencia, uno de los físicos más beneméritos del siglo XVII. Nació en Magdeburgo el 20 de Noviembre de 1602, estudió jurisprudencia en Leipzic, Helmstedt y Jena, y matemáticas en Leiden. Despues emprendió excursiones por Francia é Inglaterra; entró en el Consejo de Magdeburgo y se hizo burgomaestre de esta ciudad en 1646, cuando Magdeburgo empezó á volver sobre

sí despues de los furores de Tilly. En 1681 depuso su cargo trasladando su residencia á Hamburgo, donde murió el 11 de Mayo de 1686.

En 1650 inventó la *bomba de aire*, es decir, logró sutilizar el aire por medio de un cilindro, cuando en Inglaterra Roberto Boyle concibió la misma idea. La bomba de aire tiene su precursor en el arcabuz de viento que un siglo ántes inventó Juan Lobsinger en Nuremberg. Ese arcabuz era un arma de fuego en que el aire condensado expelia la bala del cañon. Los primeros experimentos con su bomba de aire los hizo Guericke en 1651, con asombro de todos, en la Dieta de Ratisbona, y le hubiesen perseguido por creerle dedicado á artes diabólicas si no le hubiera amparado el Emperador. Aun hoy se conserva el primer ejemplar de aquella máquina neumática en la Biblioteca Real de Berlin. Ademas de la bomba de aire inventó Guericke una balanza, tambien de aire, y aquellas figuras pequeñas de vidrio que se usaban ántes del invento del barómetro como indicadores de los cambios de la temperatura. Ocupóse tambien de astronomía y expresó la opinion que la vuelta de los planetas deberia calcularse, lo que despues se confirmó. Encuéntranse sus observaciones principales en su obra: «*Experimenta nova, ut vocant, Magdeburgica de vacuo spatio.*»

XXIII.

Nicolas Copérnico.

No hay nombre más sublime que el de *Copérnico,* cuya gloria cuentan los cielos, y que, siendo aclamado por los grandes socios de su genio, Kepler y Humboldt, como el de un héroe de espíritu libre, nos parece sobrehumano como una maravilla de la creacion y que ha de ser celebrado por todas las generaciones y por el último mortal que lea la obra *De orbium coelestium revolutionibus.* El reformador atrevido de la ciencia, á quien dominaba una ambicion que todos los mundos no podrian llenar, la ambicion de lo ideal, y á quien no se podria comparar sino á Colon, sumergióse en las vigilias de muchos años en los fines más elevados, en los secretos del grandioso templo de la naturaleza, en el trato del Universo, en el pensamiento del Sumo Artífice, sentando la astronomía en su trono real, y al sol que Ptolomeo habia condenado á ser un siervo de luz para el mundo, le volvió su cetro haciéndolo el soberano cuyos vasallos son los planetas, entre los cuales se encuentra tambien esa tierra soberbia que se habia creido el centro del Universo

y que, segun la opinion de Ptolomeo, parecia estar firme cual pirámide. La gran hazaña de *Copérnico*, ese padre de la verdad, ese sacerdote genuino de la humanidad, ese modelo de tolerancia, ese hombre tan profundamente religioso como poético, ese sol brillante del cielo de la *Walhalla*, es pura cual ninguna, es hija de las aspiraciones más ideales, y tan inmensa y admirable como su descubrimiento fué la constancia del que largos años escondia las perlas preciadas de su preclaro ingenio entre las conchas nacaradas de una modestia invencible.

Al sumergirnos en la vida del que se atrevió á emprender el vuelo más alto concedido á un mortal, sentimos algo parecido á la devocion con que adoramos á la Divinidad.

Nació *Copérnico* en el siglo de *Gutenberg*, en el que se abrieron las puertas de una Nueva Edad, y en el que vivir habia de ser una sin par alegría y satisfaccion. Vió la luz primera el 19 de Febrero de 1473 en Thorn, la ciudad floreciente del Vístula, fundada por colonos alemanes llamados por la Orden teutónica, y distante sólo una legua de los límites de la tierra slava. El padre de Copérnico, Nicolas Koppernigk, trasladó, en 1462, su comercio y su residencia, desde Cracovia, la capital de Polonia, que debió su fundacion á alemanes y cuyos vecinos eran tambien en gran parte germanos, á la

ciudad hermana de Cracovia, á Thorn, cuando la guerra de 1454 á 1466 devastaba el país del Vístula, aquella guerra por la cual la Orden teutónica, que formaba un maridaje extraño entre la caballería y la órden monacal, perdió la mitad occidental de su territorio, guardando la Prusia oriental como feudo de Polonia. En Thorn fué recibido Koppernigk en el seno de una de las familias más antiguas y distinguidas de la ciudad, enlazándose con Bárbara Watzelrode, cuyo padre, llamado Lúcas, tenía vara alta en Thorn, como presidente del tribunal, y cuyo hermano, que tambien se llamaba Lúcas, era primer canónigo de Culmsee y despues de Frauenburgo, y en 1489 obispo de Ermland, miéntras la otra hija de Lúcas Watzelrode se habia casado con Tilman de Allen, que era burgomaestre de Thorn cuando en esta ciudad del caudaloso Vístula y de los vastos arrabales coronados por lindísimas casas de recreo de ricos comerciantes nació *Copérnico*, siendo el menor de cuatro hijos. Como vástago de una estirpe patricia de comerciantes, gozó éste una educacion armónica y fué introducido á la vez en las esferas del comercio, de la administracion y del derecho y, gracias á su tio, que llevaba el báculo del obispo, en la vida eclesiástica. Si el jóven no conocia la dura necesidad que da impulsos á los grandes esfuerzos, hemos de admirar tanto más la energía de su espí-

ritu, que fué su compañera fiel por toda su vida. Pero aunque era un hijo mimado de la fortuna, tenía la desgracia de haber perdido ya á la edad de diez años á su padre. Ignoramos cuánto tiempo haya velado en torno de él aquel ángel de la guarda que se llama madre. Las veces de ésta las hizo con el amor más tierno el alto dignatario eclesiástico de la tierra prusiana, Lúcas Watzelrode, y lo mismo que éste aplicóse á los estudios tambien *Copérnico* en la Universidad de Cracovia, en el célebre estudio jagellónico (1), donde Conrado Celtes habia permanecido desde 1489 á 1491 como misionero del humanismo. En 1491 fué matriculado *Copérnico*, que en Cracovia penetraba en la lengua del Lacio, encendiendo al mismo tiempo su entusiasmo, así por los tesoros de la antigüedad como por las investigaciones libres y las ciencias. Entre éstas le ocupaban sobre todo las matemáticas y la astronomía, que á la sazon florecian en Cracovia, donde los catedráticos, perteneciendo á la escuela del insigne astrónomo *Brudzewski*, tenian por fundamento de sus lecciones astronómicas los trabajos de *Peurbach* y de *Regiomontano*.

---

(1) Llámase estudio jagellónico la Universidad de Cracovia por haber sido su fundador en 1400 Jagellon, el que lo fué tambien de la dinastía de los Jagellones que reina en Polonia, Lituania, Bohemia y Hungría.

Despues de terminados sus estudios de cuatro años en Cracovia, pasó una temporada en su patria y salió en 1495 por vez primera á Italia, que para los jóvenes de aquel tiempo era el sueño del alma y la consagracion de su cultura, áun más que á fines del siglo xvi, cuando así desde Alemania y desde los países occidentales de la Europa culta como desde el Norte lejano y desde el Oriente, la juventud peregrinaba allende de los Alpes á las famosas aulas de los glosadores. El hijo de Thorn ensanchaba en la Universidad clásica de Bolonia sus estudios canónicos y continuaba ocupándose de sus ciencias predilectas, las matemáticas y la astronomía, teniendo por maestro en éstas al dominico María de Ferrara, que pronto hizo del aventajado discípulo su amigo y el compañero de sus estudios. En 1497 obtuvo, por influjo de su tio, el canonicato de la catedral de Frauenburgo (Prusia), que á todos los capitulares aptos para los estudios les proporcionaba el beneficio de cursar éstos en una Universidad despues de haber desempeñado su cargo en la catedral durante un año. Así lo hizo tambien *Copérnico*, proponiéndose unir á sus investigaciones lingüísticas y matemáticas el estudio de las ciencias médicas, aunque éstas, en sentir de sus contemporáneos, pudiesen conciliarse apénas con su estado eclesiástico, y dicen que obtuvo en Pa-

dua el título de doctor en Medicina. Pero es de suponer que la mayor parte de su permanencia en Italia la pasase en Bolonia tratando á su maestro y amigo María de Ferrara y continuando sus contemplaciones astronómicas. En Roma le fué conferido en 1500 el profesorado de Matemáticas, llenando ya el jóven prusiano á Italia con la fama de su vastísima erudicion. Parece que desde 1504 á 1505 habia vuelto á Frauenburgo, siendo á la vez doctor en Medicina y en Derecho canónico, y poseyendo una riqueza de experiencias debida á sus viajes, y una copia prodigiosa de saber humano fecundado y animado por sus severos estudios filosóficos, que le impulsaron á fijar la mirada siempre en el conjunto y á desafiar á las preocupaciones de todo género, no cuidándose de mayorías ni de autoridades, oyendo sólo la voz de la verdad para hacerse el reformador atrevido de la contemplacion del mundo.

Desde Frauenburgo le llamó su tio el obispo de Ermland á su lado al palacio de Heilsberg. Allí permaneció seis años, hasta la edad de cuarenta, como consejero del obispo, y allí trazó el bosquejo de su obra monumental, que le tenía ocupado toda su vida y que no entregó al mundo sino con su postrer aliento. Lo que allí dió á la estampa fué una traduccion latina de las cartas de Teophylacto

Simocatta, que salió en el año de 1509, siendo el primer libro que en el país del Vístula representa la literatura helénica. Es conocido que el citado autor á quien tradujo nuestro canónigo, fué un escritor cristiano, sí, pero perteneciente á la antigüedad por las contemplaciones contenidas en sus epístolas, de las cuales un tercio tomaba su asunto en la esfera erótica.

Despues de la muerte de su tio, acaecida en 1512, abandonó *Copérnico* el palacio obispal de Heilsberg para ocupar su canonjía de Frauenburgo, y despues de trascurridos cinco años, le encargó el cabildo salir para el palacio de Allenstein como administrador de aquel territorio. Durante su administracion de cuatro años dió prueba de su conocímiento de las relaciones de la vida práctica. Los últimos veinte años de su existencia los pasó en Frauenburgo, hecha abstraccion de algunos viajes. Interrumpió con frecuencia sus estudios para entrar en las cabañas de los pobres en cumplimiento de sus deberes como médico, y al asistir cual delegado á las Dietas prusianas no defendió sino los intereses del país, haciéndolo con el mismo calor con que defendia la ciencia contra ataques injustos.

Cuánta fama haya gozado *Copérnico* por sus investigaciones astronómicas y cuán universal haya sido el reconocimiento de su saber, lo demuestra el

Concilio de Letran, que le invitó en 1516 á que corregiese el calendario. Pero no habia llegado todavía la hora de dar á la publicidad su *Sistema del Mundo*, que entónces no comunicaba sino á pocos de sus íntimos amigos, terminándolo en 1530. Aquel sistema es una atrevida concepcion de astronomía geométrica, haciendo ver que el globo terráqueo no es más que uno de tantos cuerpos del sistema solar que giran alrededor del astro del dia.

¡Qué satisfaccion habia de experimentar el gran astrónomo cuando en 1539 un profesor de matemáticas, Jorge Joaquin Rhético, abandonó á Wittenberg, el foco del protestantismo, pidiendo hospitalidad al cabildo católico de Frauenburgo para conocer los secretos del sistema copernicano! No habia discípulo más entusiasta que el jóven Rhético lo fué del sabio *Copérnico*. Por fin cedió éste á las instancias de sus amigos, á los ruegos del mundo culto, consintiendo en la publicacion de su obra, y despues de escrito el prólogo magistral en que dedicaba al papa Pablo III el fruto de sus investigaciones de cuarenta años, entregó su manuscrito á su amigo el sabio obispo de Culm, Tiedemann Giese, que lo mandó en seguida á Rhético. Encargáronse de la publicacion el maestro de éste, Schoner y Andres Osiander, que temiendo las preocupaciones de sus contemporáneos, acompañó la obra de

un prólogo anónimo en que representaba sólo cual hipótesis lo que *Copérnico* habia demostrado como verdad científica. Salió la obra que cimentó para siempre la gloria del sabio de Thorn en Nuremberg, á principios de 1543, llevando el título *De orbium coelestium revolutionibus libri* VI. Cuando Rhético le mandó el primer ejemplar, *Copérnico* estaba ya enfermo de gravedad. Sus manos tocaron aún lo que fué el testamento que legaba al mundo, pero sus miradas se dirigieron ya hácia las regiones celestes, y pocas horas despues entonó los salmos en el coro de las estrellas. El que demostraba que pueden vivir fraternalmente la ciencia y la piedad cristiana, dejó en 24 de Mayo de 1543 la efímera mansion de la tierra para remontarse á las inmortales regiones de la suprema eternidad.

Su *Sistema del Mundo*, escrito en un estilo peculiar que, siendo ora breve, ora deslizándose en períodos largos, respira siempre vida y da testimonio del profundo trabajo espiritual del autor, causó la mayor sensacion, puesto que la historia de la humanidad no ha registrado ninguna revolucion más profunda que la que produjo *Copérnico*, haciendo de la tierra, que hasta entónces se consideraba como símbolo de lo inmoble, un globo parecido á los demas planetas, girando así alrededor de su propio eje como alrededor del sol. En aquella teo-

ría combatió *Copérnico* contra la tradicion de mil años, oponiéndose á la apariencia de los sentidos, al testimonio de los ojos, á un punto de vista que representaba hasta el sabio Melanchthon. Pues los reformadores no se atrevieron á deshacerse de las contemplaciones cósmicas que desde los tiempos de Ptolomeo gozaban de autoridad durante trece siglos entre todos los sabios de la antigüedad y de la Edad Media, aquel sistema que se recomendaba por la apariencia de los sentidos, creyendo á la tierra en inalterable quietud, miéntras giraban alrededor de ella el sol, la luna y las estrellas. Una temporada la Iglesia católica amparó á *Copérnico*, pero á mediados del siglo XVI excomulgó á cuantos leyesen su obra. Eso no impedia al descubrimiento copernicano correr victorioso por el mundo, y la Iglesia misma no pudo ménos de aceptar el sistema del sabio de Thorn.

La envidia, que trata de empequeñecer todo lo grande, dijo que éste no hubo sino reproducido las teorías helénicas. Él mismo dijo en su dedicatoria al papa Pablo III, que algunos pitagóricos empezaron á ocuparse de la rotacion de la tierra y del movimiento de ésta alrededor de un cuerpo central. Y debe citarse tambien el mayor astrónomo de la antigüedad, *Aristarco de Samos*, que, segun refiere Plutarco, indicaba no sólo la rotacion de la tierra,

sino tambien el sistema heliocéntrico. Pero ¡qué diferencia tan grande entre las hipótesis de Aristarco y la fórmula matemática de Copérnico! Lo que aquellos adivinaron lo demostró el sabio aleman con la seguridad del hombre de ciencia, aceptando su genio aquel pensamiento recusado durante trece siglos por todos los filósofos y levantando sobre él con diligencia suma un sistema entero.

Hay tambien quien dice que *Copérnico* siguió gran parte del sistema de Ptolomeo, segun el cual los cuerpos celestes giran en *círculos.* Es verdad que el que destruyó por completo aquel sistema fué *Kepler*, que dijo que los cuerpos celestes giran en *elipses.* Pero los grandes pensamientos de *Kepler*, relativos á los *elipses*, y los de *Newton*, referentes á la *gravitacion universal*, los ha adivinado, é indicado *Copérnico*, segun demuestra el Sr. Leopoldo Prowe en el discurso que pronunció en Thorn en 19 de Febrero de 1873, con motivo del cuarto centenario del nacimiento del gran astrónomo.

Thorwaldsen, que modeló la estatua de Gutenberg, labró tambien la que los polacos levantaron en Varsovia en 1830 en honor del á quien reclaman como compatriota suyo, y Thorn imitó el ejemplo de Varsovia en 1853, erigiendo un monumento á su hijo, que fué uno de los mortales más geniales que hayan peregrinado por la tierra, uno de esos

soles que brillan con claridad indeficiente en los horizontes de los siglos y á quien llamarémos otro Melquisedech sin encomenzamiento de sus dias, sin término de la vida.

XXIV.

Juan Kepler.

El entusiasmo ideal es un patrimonio del pueblo aleman, y eminentemente alemanas fueron tambien las cualidades que adornaron al sucesor genial de *Copérnico*, *Juan Kepler*, en cuyo trabajo espiritual predominaba el tipo ideal y cuyo espíritu trataba de armonizar las fuerzas disonantes del mundo. Quizá á los pensadores de otras naciones, el autor del *Misterio cosmográfico* y de la *Armonía del mundo*, con sus adivinaciones, y no dirémos sus inclinaciones, sino sus indulgencias astrológicas, les habrá parecido un genio más fantástico que lleno de claridad, pero una contemplacion más profunda de *Kepler* demuestra que hasta cuando, abandonando el suelo firme de la investigacion, se dejaba llevar á la esfera de las adivinaciones proféticas, se distinguia por una consecuencia suma, miéntras en la esfera de la investigacion propia no cedia el

puesto á ninguno respecto á la suma de los conocimientos y á la profundidad de la asociacion de ideas.

Antes de la aparicion de *Copérnico*, de quien dijo *Kepler*, su compañero en la *Walhalla:* «*Vir maximo ingenio et, quod in hoc exercitio magni momenti est, animo liber.*» (*Praef. in Tabl. Rudolph.*, pág. 4), la astronomía no estaba en ninguna armonía con la sabiduría del Creador, de modo que el rey D. Alfonso el Sabio de Castilla, al saber el sistema confuso de Ptolomeo, se atrevió á exclamar: «Si Dios me hubiese consultado, yo hubiera ordenado las cosas de mejor manera.»

A *Kepler*, ese obrero de la luz que no dejaba ni un solo dia de exponer sinceras y valiosas ofrendas en el altar de la ciencia, le corresponde el mérito de haber derribado completamente la teoría sostenida por Ptolomeo é impugnada por Copérnico, aquella teoría que atribuia á la tierra una posicion central, y por consiguiente, una importancia al hombre que sobre ella habita tan absoluta, que suponia todo el sistema sideral creado para su servicio y su recreo; á *Kepler* le corresponde el mérito de haber fundado, en un período de destruccion en que Alemania, despues de una aurora breve, parecia volver á sumergirse en la noche de la barbarie, una astronomía *sin hipótesis alguna*, una astronomía que está

en armonía completa con la naturaleza. *Kepler* es como el lucero del Alba que, brillando en un tiempo sombrío, anuncia el nuevo dia. La *Armonía del mundo* y las *Tablas* astronómicas, que fueron bautizadas con el nombre de *Rodolfinas* en obsequio del emperador Rodolfo, tan entusiasta de la Astronomía, se hicieron la sustancia de su vida, tan llena de amargura y de penas como imponente por su grandeza sublime. Le admiramos como á un sabio, le amamos como á un alma pura, y le lloramos como á un mártir, como al hijo que fué del Varon de Dolores y que al poeta aleman Kaestner le inspiró las sentidas palabras: «Ningun mortal ha subido tan alto como el genio de *Kepler*, y éste murió de hambre, pues á quien no sabía encantar sino á los espíritus, los cuerpos le dejaron sin pan» (1).

Nació *Juan Kepler*, el padre de la astronomía moderna, en Magstatt (pueblo wurtembergues, distante media legua de la ciudad de Weil) el 27 de Diciembre de 1571, de una familia hecha noble por el emperador Segismundo. El padre de Juan, Enrique Kepler, hijo del burgomaestre de Weil,

---

(1) Kaestner escribió aquellas palabras ántes de haber conocido el inventario de los bienes de Kepler, que se hizo inmediatamente despues de la muerte de éste, y que demuestra que el gran astrónomo cogió, siquiera al final de su vida, el fruto de sus trabajos.

abandonó á Suabia despues del nacimiento de su primogénito, nuestro Kepler, para pelear bajo las banderas del Duque de Alba contra los belgas, y vuelto en 1575, no encontró la felicidad al lado de su mujer y en 1589 abandonó para siempre su familia, participando de la campaña contra los turcos. La historia del desarrollo espiritual de *Juan Kepler*, huérfano de padre en edad tan temprana, lleva el sello de una genialidad que se desarrollaba por sí propia. La primera enseñanza la recibió en Ellmendingen, donde su padre habia establecido una hostería, y más tarde en Leonberg (Wurtemberg). Habia de pasar á veces desde la escuela á la labranza; pero siendo débil de cuerpo, fué destinado para la Teología, que estudió en las escuelas de los conventos de Hirsau y de Maulbronn (Wurtemberg), y más tarde en el *Seminario Teológico* de Tubinga. Pero el espíritu polémico de los teólogos no gustaba á *Kepler*, que se complacia más en tratar al maestro de matemáticas, Miguel Mästlin, que enseñaba las doctrinas de Copérnico y de Tycho-Brahe, y que en un viaje á Italia convenció á Galileo de la verdad del sistema copernicano.

Mästlin, Galileo y Kepler: hé aquí los tres amigos entusiastas de la verdad perseguida, los tres compañeros apasionados de la doctrina del sabio de Thorn (Copérnico) que se amaron durante toda

su vida, celebrando que el cielo confirmase lo que condenaban todavía sus contemporáneos. La correspondencia entre Mästlin y Kepler da testimonio de la gran estima en que el uno tenía al otro. «Tú eres, escribió el discípulo, Kepler, la fuente del rio que fecunda mis campos.»—«Si un dia enseña al otro, contestó el maestro, ¿por qué no debemos los mayores estimar á los jóvenes tanto como queremos que ellos nos estimen á nosotros? Por los descendientes, no por los mayores, las artes y las ciencias llegan á su cúspide.»

El teólogo Kepler (1) se hizo un sacerdote, un sacerdote en el templo de la naturaleza, un astrónomo, pero no por su albedrío, sino que su vocacion le fué impuesta, segun él mismo decia, por la fuerza misteriosa del destino, que imponiendo á cada cual su vocacion, demuestra que estamos todos bajo la direccion de la Providencia divina.

Siendo educado á expensas del Duque de Wurtemberg, el jóven *Kepler* habia de ir á donde éste

---

(1) ¡Cosa memorable! Tres astrónomos eminentes fueron teólogos, siendo católico el gran Copérnico, protestante el genial y entusiasta Kepler, que en Stiria gozaba la proteccion de los jesuitas, y siendo el padre Angel Secchi, que acaba de bajar al sepulcro, un nombre que la Compañía de Jesus puede añadir al largo y glorioso catálogo de nombres ilustres que el Instituto de San Ignacio ha ofrecido á la admiracion del mundo.

le mandase. Un cargo astronómico en Gratz (Stiria), es decir, un empleo menospreciado entónces en comparacion con la teología, era para él una suerte de destierro que le impuso la autoridad del Duque y de los teólogos. Pero podria decirse: *No hay mal que por bien no venga.* La Astronomía, esa ciencia que se ocupa en celebrar al Obrero divino, levantaba el espíritu de *Kepler* en todos los sinsabores de su vida.

Su primera obra en Gratz fué el calendario para el año de 1594. Dos años despues salió á luz en Tubinga su *Prodomus dissertationum cosmographicarum, continens mysterium cosmographicum*, con un prólogo de Mästlin, en el que éste felicitó á su siglo por el pensamiento atrevido de Kepler de demostrar *à priori* el número, el órden y el tamaño de las esferas celestes, y en el que presagió que aquel jóven genial reformaria la astronomía entera. La citada obra, destinada á demostrar desde el punto de vista especulativo la realidad del sistema copernicano, se distingue por un estilo florido, por una imaginacion extremada que en su vuelo se aparta á veces de la calma de la investigacion, pero la fuerza y la libertad con que el autor superaba las mayores dificultades de la teoría copernicana y del tecnicismo astronómico son innegables, y esta obra, que excitaba ya la admiracion de Galileo, no era para

Kepler sino el primer escalon en su afan de explicar el mundo.

Entre tanto casóse en 1597 con una señora noble, Bárbara Müller de Mühlek, y en 1600, cuando los protestantes de Stiria se vieron perseguidos, abandonó á Gratz como mártir de su religion, renunciando Wurtemberg á la gloria de verle cultivar la astronomía en su patria. Aceptó, pues, un cargo astronómico en el Observatorio del emperador Rodolfo II en Praga, bajo la direccion del altivo Tycho-Brahe, cuyo sistema, no fundándose en el movimiento de la tierra, era tan distinto del sistema de Copérnico y de *Kepler*.

Este último, que no tenía otro fin que el de dar á su entusiasmo especulativo la consagracion de las severas investigaciones empíricas, obtuvo el buen resultado de que cada uno de los estudios que hizo en el Observatorio imperial fuese una confirmacion de la doctrina copernicana y una refutacion de la de Tycho-Brahe, y viéndose despues de la muerte de éste, acaecida el 24 de Octubre de 1601, único dueño de aquel riquísimo material de observacion, penetró en los secretos de la astronomía, y observando al planeta Marte, conoció la forma *elíptica* de la órbita de los planetas alrededor del sol, lo cual han denominado la *primera regla de Kepler*.

Esta la demostró su descubridor de un modo del todo geométrico, y haciendo prueba, no sólo de la movilidad especulativa de su espíritu, sino tambien de su profundidad matemática, descubrió su *segunda regla*, que junto con la primera es la columna de la astronomía moderna, demostrando que los planetas giran lo más velozmente en el perihelio y lo más lentamente en el afelio, lo cual se explica por la teoría sencilla de que ellos describen en iguales tiempos iguales llanos de su órbita, ó valiéndome de una frase geométrica, la línea recta que se figura ser tirada desde el centro del sol hácia un planeta, corta del llano de la órbita elíptica de éste en iguales tiempos sectores de tamaño igual.

Ambas reglas las publicó *Kepler* en 1609 en Praga en la obra inmortal que titulaba con razon *Astronomía nova seu Physica cœlestis tradita commentariis de motibus stellæ Martis.* Acerca de esta *Astronomía nueva*, que pregonaba la gloria de su autor, dió Galileo, ese mártir de la teoría copernicana, lecciones en Pavía, confirmándola por sus descubrimientos: los cuatro satélites de Júpiter, las fases de Vénus y el anillo de Saturno. Comparando los descubrimientos de Kepler con las observaciones de Tycho-Brahe, dirémos que éstas son como un pedazo de mármol en bruto en compara-

cion con una estatua de Fídias: sólo un hombre del talento de *Kepler* sabía derivar de aquellas observaciones la órbita elíptica.

¡Triste destino el que al gran astrónomo y filósofo, que con sus descubrimientos aniquilaba la astrología, le condenaba en toda su vida á la servidumbre *astrológica*! Pues si no hubiese cultivado la astrología leyendo en las tablas del destino y en los horóscopos, hubiera perdido la ocasion de aprovechar para sus investigaciones astronómicas el Observatorio imperial de Praga. Pero no recibiendo su sueldo como astrónomo del imperio por el sucesor de Rodolfo, el emperador Matías, así como tampoco lo habia recibido entero por Rodolfo, vióse obligado á aceptar el profesorado del Gimnasio de Linz, donde los mismos luteranos le excomulgaron, porque, reconociendo sólo la autoridad de la Biblia, no atribuyó igual autoridad á la llamada *Formula concordiae*, que es uno de los libros simbólicos de la Iglesia luterana.

Despues de muerta su primera mujer, Bárbara, se casó en 1613 con una bella austriaca, Susana Rettinger, la hija de un carpintero; pero pronto le amenazó una sin igual desgracia. El que en buena lid ganaba cada dia la batalla de la vida, sacando de su ocupacion favorita fuerzas para tolerar todos los sinsabores, vivió en la época triste de los plei-

tos de hechizos y tuvo el dolor inefable de ver á su propia madre víctima del ódio mortal de una enemiga, y manchada como bruja por la más cruel de las preocupaciones, no extinguiéndose aquella mancha sino despues de la muerte de todos los miembros de la familia de Kepler. El sabio que destruyó cuantos errores encontraba en su camino, defendió á su madre sin atreverse á negar la existencia de los brujos, por ser ésta entónces todavía un artículo de fe, y apénas escapó la anciana en 1621 á la tortura, cuando en Abril de 1622 la piadosa muerte la sustrajo, á los setenta y cuatro años de edad, á ulteriores persecuciones.

¡ Cuántas horas amarguísimas pasaria Kepler desde 1614 á 1621 durante aquel pleito terrible en que sólo la astronomía logró levantar su espíritu abatido ! Sumergiéndose en la música de las esferas, en el misticismo pitagórico de armoniosas proporciones numéricas, descubrió la que han denominado *tercera regla de Kepler*, que dice que en el movimiento de los planetas los números cuadrados de los períodos tienen la proporcion de los números cúbicos de la distancia media del sol. Aquel descubrimiento lo demostró el gran defensor de Copérnico en la obra que, conteniendo la suma de sus pensamientos filosóficos relativos á la armonía del mundo, salió en 1619 bajo el título de *Harmonicæ*

mundi y que concluyó con las palabras: «Te doy las gracias, Señor y Creador, por haberme encantado con tu creacion y arrebatado por la obra de tus manos. He manifestado á los hombres la gloria de tus obras en cuanto mi pobre espíritu pudiese abarcar tu infinidad. Si he dicho algo que fuese indigno de tí, ó si he buscado mi propia honra, perdóname por tu gracia.»

Si *Kepler*, en cuyos escritos se encuentran los gérmenes de la doctrina entera de la mecánica celeste, hubiese buscado su propia gloria, no hubiera empleado toda su vida en hacerse el defensor del sistema copernicano, sino que la nueva astronomía que él descubrió la hubiera llamado astronomía kepleriana.

En 1624 dió á conocer la teoría de los logaritmos, y en 1627 publicó en Ulm las tablas astronómicas que le habian tenido ocupado largos años y que vieron la luz bajo el título de: *Tabulae Rudolphinae totius Astronomicae scientiae á Tych. Braheo primum conceptae continuatae et absolutae.* Despues de publicadas aquellas tablas que esperaron con ansiedad los amantes de la astronomía, el destino unió en la relacion de señor y de servidor á dos hombres extraordinarios é igualmente consecuentes y enérgicos, al altivo *Wallenstein*, aquel guerrero impetuoso y revolucionario, y al humilde *Kepler*, el investigador pacífico. Este habia de cumplir á la

vez los encargos del Emperador y de Wallenstein, calculando para el primero las efemérides hasta el año de 1637, y para el segundo el próximo encuentro de Júpiter y de Saturno. Pero no recibiendo su sueldo ni del uno ni del otro, salió en 1630 para la Dieta de Ratisbona, á fin de pedir que se le pagase la pension imperial que no habia recibido desde hacía tiempo. No la necesitaba más; ya se habia concluido su peregrinacion en la tierra: apénas llegó á Ratisbona, cuando sucumbió de los esfuerzos de su viaje, que habia hecho á caballo, y subió á la gloria á recoger el premio de sus virtudes. Entregó su alma á Dios el 15 de Noviembre de 1630.

Con su muerte la tierra tenía un justo y un sabio ménos; con su muerte apagóse un faro que encendieron las más nobles aspiraciones y las más generosas facultades. Ninguna pasion enemiga se mezcla en el relato de sus adversidades y amarguras; la paz se anidaba siempre en su corazon, los golpes del destino aumentaron aún la nobleza de su alma, y cuando recordamos el amor y el respeto con que le rodearon los varones más nobles, y entre ellos el emperador Rodolfo, dirémos que ántes de volar al seno de Dios tenía tambien en la tierra auras benéficas en que se meciese su espíritu, y al ocuparse de su ciencia divina habrá á veces respirado felicidad por todos los poros de su cuerpo.

Pero miéntras Tycho-Brahe fué enterrado en Praga con la mayor solemnidad; miéntras Newton halló su sepulcro al lado de los reyes de Inglaterra en la abadía de Westminster, donde le pusieron un epitafio que dice: «Gloríense los mortales de que ha existido un hombre que tanto ha honrado á la humanidad», el gran *Kepler* fué olvidado por sus contemporáneos. Despues de las tempestades de un destino adverso, encontró la paz en el cementerio de San Pedro, en las fortificaciones exteriores de Ratisbona. Sobre su sepulcro hay un dístico que él mismo escribió:

« *Mensus eram cœlos, nunc terræ metior umbras,*
Mens cœlestis erat, corporis umbra jacet.»

(En vida he medido los cielos, ahora estoy midiendo las tinieblas de la tierra. El espíritu perteneció al cielo, al cuerpo le cubre la tierra).

Cuando el duque Bernardo de Weimar, en Noviembre de 1633, tomó por asalto á Ratisbona, las fortificaciones derribadas cubrian la tumba de Kepler, y ésta descubrióse apénas á principios del siglo actual, cuando la nacion alemana quiso dar á su gran hijo el debido tributo de respeto y de admiracion. En 1808, en medio del estruendo de la guerra, el entónces obispo de Ratisbona, Cárlos de Dalberg, le levantó un monumento en el hermoso bosque que reemplazaba las fortificaciones. Consis-

te aquel monumento en un busto que se levanta sobre un altar en un templo dórico, ostentando el pedestal un bajo-relieve labrado por Danneker, que representa á Kepler quitando el velo del rostro de Urania. La ciudad de Weil ha honrado tambien la memoria del astrónomo insigne con una gran estatua de bronce, que se halla en el mercado. En los ángulos del basamento vense á Copérnico, Tycho-Brahe, Galileo y Newton.

Pocas palabras y concluyo. Despues de la muerte de *Kepler*, su hijo Luis publicó un escrito satírico en que Kepler, para castigar las costumbres de su tiempo, emprende una excursion á la luna. Titúlase aquella satírica astronomía de la luna: *Yo. Kepleri somnium seu opus posthumum de Astronomia lunari divulgatum à M. Lud. Keplero filio med. cand.* Kepler, que logró encontrar la unidad sublime en la variedad, la unidad que habia adivinado desde el momento en que empezó á cultivar las ciencias, contrajo los mayores méritos, no sólo respecto á la astronomía, sino respecto á la óptica, física, cronología, geometría y aritmética, y ademas era un poeta elegante en la hermosa lengua de Virgilio y de Horacio. En 1601 escribió una admirable elegía con motivo de la muerte de Tycho-Brahe, y en 1594 escribió en el álbum de un amigo suyo los siguientes versos:

«Si nunc inanes cernis imagines,
Si functus aevo ipsissima nùmina
Cernes; quid haec amittere horres,
O ocule, et meliora apisci?
Si mutila tam suavè scientia
Mulceris, ut laetaberis integra?
Audacter obliviscere illa,
O anima: ut scito noris ista.
Si vivere hic est quotidie mori,
Semelque vitae principium mori;
Quid ergo differs interire,
O homule, et moriens renasci?»

(Si ahora contemplas las imágenes de las cosas sólo en un espejo, y si despues has de conocer la esencia misma, ¿por qué ¡oh ojo! tardas aún en trocar un sér más noble por las apariencias? Si hasta los fragmentos de la ciencia te encantan, ¿con qué júbilo mirarás la ciencia entera? ¡Oh alma! deshazte resuelta de lo bajo para que pronto ganes lo eterno. Si el vivir en la tierra es morir cada dia, y si la muerte es la fuente de la vida, ¿por qué tardas, ¡oh hombrecito! en perecer para renacer saludando la luz de la eternidad?)

El gran astrónomo era un hijo fiel de la Iglesia evangélica, cuyas doctrinas queria defender con sus escritos, y tuvo razon el que hoy es Leon XIII en apoyarse en el testimonio de *Kepler* en la pastoral que dirigió al clero y al pueblo de Perusa, cuya diócesis gobernaba en 1877, para demostrar que «los que aplican su inteligencia á estudiar seria y

profundamente la naturaleza, hallarán siempre en el fondo de sus investigaciones á Dios, el cual siempre se deja ver en sus obras con los irrecusables atributos de su poder, de su sabiduría y de su bondad.»

Leyendo en el libro de la naturaleza, *Kepler* halló á Dios, que con su luz llena la inmensidad de lo eterno y los insondables abismos del humano espíritu. El tenía la mucha ciencia que nos aproxima á Dios, de quien nos aleja sólo la poca, segun dijo bien Bacon de Verulamio.

XXV.

El zapatero filósofo Jacobo Boehme.

Las puertas de la *Walhalla* han de abrirse para *Jacobo Boehme*, que saliendo de un estrecho taller de zapatero, tenía el espíritu de Fausto unido á la humildad del cristiano; que reunió en su persona todas las corrientes místicas y religiosas de su tiempo, ménos la petrificada ortodoxia, y que recibió de su amigo Baltasar Walther el nombre de *filósofo teutónico* que merecia por su aspiracion á la verdad y á la moralidad, por su religiosidad, por la virtud

severa que se refleja en cada palabra suya, por la clara y profunda conciencia que tenía de sí propio como de un espejo del Universo iluminado por un rayo de luz divina, por su existencia entera de pensador, que no fué sino un continuado oficio divino, un anhelo constante de conocer el paso de Dios en el reino del pensar y del sér, de la libertad y de la necesidad, del espíritu y de la naturaleza, del bien y del mal, en fin, por la fuerza creadora con que sacaba de los ricos veneros de su genio las piedras fundamentales de su sistema, que nos parece á veces un poema grandioso y lleno de símbolos peregrinos más que una doctrina filosófica.

Pero si hay en sus escritos venas de oro que excitaron la admiracion de los Schlegel y Tieck y de Schelling, Francisco de Baader y Hegel, y si Carriere tuvo razon en datar de él el apogeo de la conciencia filosófica en la época de la Reforma, no es ménos verdad que abundan en él las escorias de la escuela de Paracelso, y que le faltaba la facultad del desarrollo claro y lógico—lo que se explica porque no habia recibido ninguna docta educacion—y que su estilo, que unas veces nos encanta con el aroma de las flores de la poesía, nos repugna otras por su terminología alquímica. Para apreciar á *Boehme* es preciso atenerse sólo á las grandes ideas fundamentales que brillan en medio de tantos, como si

dijeramos, arabescos fantásticos, así como las estrellas eternas centellean á traves de los rayos movibles de la aurora boreal. Habia un tiempo en que le consideraban cual Don Quijote teológico, cual loco, y en que le cubrian de un sambenito como á un impostor; pero más imparcial para con él que sus contemporáneos, la posteridad le ha rendido justicia como á un sér misterioso que llevaba encerrada bajo la esfera de su cabeza la luz del mundo ideal, como á uno de los pensadores más profundos cuya alma se elevaba al centro de lo eterno, donde nuestras lágrimas se dulcifican, como se dulcifica el agua del Océano al evaporarse en la inmensidad de los cielos.

Nació *Jacobo Boehme* en 1575, probablemente en Noviembre, en el pueblo de Alt-Seidenberg, próximo á Goerlitz (Lasacia alta). Su padre era un sencillo pero bastante acomodado aldeano. El niño, que recibió su primera enseñanza en la escuela de Seidenberg, mostraba ya en edad temprana una gran aficion á la contemplacion. Siendo demasiado débil para la labranza, entró de aprendiz en casa de un zapatero de Seidenberg. En 1592 viajó por ejercitar su oficio, y se domicilió en Goerlitz en 1599, casándose en el mismo año con la hija de un carnicero de dicha ciudad, con la cual vivió más de veinticinco años hasta su muerte en matrimonio feliz. De

ánimo suave y sereno, pero odiando todo lo frívolo y cuanto no estaba en armonía con la palabra de Dios, guardaba, á semejanza de los místicos, el tesoro del cristianismo en su corazon tranquilo, y aspirando á la esencia de la verdad, miéntras los teólogos de su tiempo luchaban sin profundizar, estudiaba la Biblia y las obras de Paracelso y de Schwenkfeld, y probablemente tambien las de Valentin Weigel.

Así como el sol derrama sus rayos tambien sobre el nido del pájaro más pequeño, la copia de divinaciones y contemplaciones divinas se derramaron en la morada modesta del humilde zapatero. Era el año de 1600 cuando el maestro Jacobo, al mirar un plato pulido de peltre que reflejaba el esplendor del sol, se sintió de repente iluminado, como si fuese introducido en el centro de la naturaleza misteriosa. Al principio experimentaba no sé qué angustia y temor á causa de aquella vision producida por la vista del lúcido metal, y tratando de deshacerse de las imágenes que se agolparon en torno suyo, se refugió en los bosques; pero por más que contemplase cuanto le rodeaba, parecia que se le revelaba el divino misterio, semejándose su éxtasis al de San Pablo.

Trascurrieron diez años, en que el maestro, celebrando en secreto la gracia divina, no se olvidaba

de ejercitar su oficio como ciudadano honrado. Pero de repente aquel impulso misterioso, que le penetraba cual rayo, le hizo escribir lo que sentia en el alma. Todo lo que necesitaba lo tenía en su mesa : la Biblia, tinta, pluma y papel. No parecia sino el secretario á quien dictaba una inspiracion divina, y su afan irresistible de escribir, que no le dejaba tiempo para cuidarse de la forma, no podria compararse sino con un turbion, frase que él mismo usa en sus escritos. Empezó á desarrollar los pensamientos cuya unidad caótica habia visto ya en aquel plato de peltre, y escribió casi de un modo mágico, obedeciendo sólo á su inspiracion, pero estando léjos de la vanidad de exhibir ante el público las perlas de su vida espiritual, escribió no para los otros, sino para sí mismo para poseer un memorial, un monumento de aquellas horas sublimes en que parecia lucir ante sus miradas absortas la luz de divina iluminacion. Así nació el opúsculo que titulaba *Die Morgenroethe im Aufgange* (La Aurora en el orto), porque ya le habia aparecido el alba del dia espiritual. Y así como tiene un encanto singular la hora en que el sol naciente ha de luchar todavía con las nieblas, tiene tambien un atractivo mágico la *Aurora* de *Jacobo Boehme*, á quien la necesidad religiosa habia hecho filósofo.

En 1612 la *Aurora* se hizo ver en el horizonte de

los contemporáneos del *zapatero teósofo*, pues por casualidad aquella obra ántes de haberse concluido llegó á manos de un caballero amigo, un partidario de Schwenkfeld, el Sr. Cárlos de Endern, que publicó pronto en el círculo de sus amigos lo que acababa de leer. La nueva de que un sencillo zapatero escribió acerca de cosas divinas, llegó tambien á oidos del primado de Goerlitz, Gregorio Richter. Éste, que segun la frase gráfica de Boehme, «llevaba bajo la capa de púrpura de Cristo el martillo de Satan», se hizo desde entónces para el pobre zapatero la sombra en la frente, la herida en el corazon.

Viendo en el subjetivismo de *Boehme* el enemigo mortal de su escolástica jerárgica, Richter le perseguia desde el púlpito con el celo más fanático, contrastando con la crueldad del perseguidor la mansedumbre verdaderamente cristiana del perseguido, á quien el Consejo de Goerlitz, cediendo al impulso del Primado, mandó en Julio de 1613 se cuidase sólo de su oficio, absteniéndose de escribir.

Pero ¿quién puede dominar al genio? Más de cinco años cumplió el buen zapatero el mandamiento del Consejo. Á veces creia que le habia abandonado aquella luz que parecia de divina gracia, pero despues vió la semilla que habia sembrado en la tierra cuando bramaba la tempestad, brotar cual lirio. Movido por el pensamiento de que se debe

obedecer más á Dios que á los hombres, volvió á escribir, prorumpiendo cual torrente su fuerza tanto tiempo contenida. Su confianza en sí propio creció cada dia, y la proteccion de algunos partidarios generosos no sólo le permitió dejar su oficio, sino que éstos le mandaban que dedicase todas sus fuerzas á la mision que se habia impuesto, ofreciendo por su palabra poderosa medicamentos eficaces á aquella época enferma y sombría. Llevando recogido entre los pliegues de su alma el prolongado gemido de la humanidad, escribió desde 1619 casi sin interrupcion alguna, 26 obras teológicas y en parte polémicas. A causa de la que lleva el título *Camino hácia Cristo*, y que se imprimió en 1623, el primado abusó otra vez del púlpito para lanzar su ira contra *Boehme*, que en Mayo de 1624 se vió precisado á buscar un asilo en Dresde, donde tenía muchos partidarios y donde parece que el mismo Elector queria hablarle. A los teólogos de Dresde, que le examinaron, los asombraba por su saber. En el estío de 1624 volvió á los suyos, y en otoño del mismo año contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro. El moribundo rogó le suministrasen el Viático, lo cual le fué concedido sólo despues de un exámen rigoroso de que aún existe el protocolo. El 17 de Noviembre de 1624 creia oir una música encantadora, y rogó á su hijo abriese la puerta para que

pudiese oirla mejor. Despues oraba: «¡Oh Crucificado! ¡Señor Jesucristo, acógeme en tu reino!» En la tarde de aquel dia exclamó: «Ya salgo para el paraíso.» Y despues de haber bendecido á su mujer y á sus dos hijos, murió con la alegría de un bienaventurado, con el resplandor de la fe sobre la frente, demostrando su muerte que más allá de estas sombras terrenales, de este continuado vaiven de nuestra vida, de esta lucha sin reposo, sin tregua, en donde languidecen los cuerpos, están los espacios infinitos habitados por las almas, bañadas en el éter, limpias, serenas, disfrutando de las armonías celestiales.

Virtud y genio, hé aquí lo que entregaron á la tierra. Y ¡compensacion de la Providencia! el hijo mismo de aquel primado de Goerlitz que tanto habia perseguido á *Boehme*, y que tenía la pretension de poner trabas á sus libros, se dedicó á propagar desde Danzig los escritos del finado.

Por cierto que la tumba de aquel hombre bondadoso, que desde las sombras de este mundo real contemplaba la trasparencia del mundo poblado de ángeles, merecia la cruz que colocaron sobre ella sus partidarios residentes en Silesia. Pero ¡ay! cuando la ignorante y sacrílega muchedumbre profanó su tumba, alejaron de ella la señal de redencion. En 1828 un inglés entusiasta del místico aleman puso

sobre su sepulcro una lápida, y hácia los años de 1860 le honró con un monumento la Sociedad de Ciencias de la Lasacia alta.

Concluyamos trazando á grandes rasgos las ideas del *filósofo teutónico* que dijo: «Yo soy un niño, un nada en las ciencias, pero no traslado á mi saber las letras de muchos libros, sino que llevo en mí propio la letra, pues todo, el cielo y la tierra con todas sus criaturas, y Dios mismo, está en el hombre. ¿No debe, pues, éste leer en el libro que es él mismo?»

El que desde su infancia buscaba la salud de su alma, buscaba el corazon de Dios para esconderse en él, defendiéndose de los ataques del diablo, de las dudas que le atormentaban al ver en la creacion entera *el mal y el bien, el amor y la ira.* Pero levantando su espíritu hácia Dios, se sintió de repente iluminado, triunfando en él el Espíritu Santo, como si en medio de la muerte hubiese nacido la vida, y halló la unidad, la resolucion de todos los contrastes, en la unidad de lo inmanente y de lo trascendente. Hasta el *mal*, segun dice *Boehme*, *no está fuera de Dios*, *sino en Dios*, *pero sólo como latente y siempre contenida posibilidad. La historia de este mundo terrenal empieza con el desatarse de aquella posibilidad*, *y su continuacion y término consiste en vencerla paulatinamente.*

Hé aquí el fermento del sistema de *Boehme:* No ha de considerarse á Dios como á un *sér* puro, sino como á un *nacer* eterno (1). En lo absoluto no hay sino una quietud eterna; en ese absoluto encuéntrase todo potencialmente, así la naturaleza como el espíritu, así el mal como el bien; pero ese absoluto sería vacío y desierto sin el contraste; Dios no podria conocerse ni sentirse sin lo negativo.

Al diferenciarse Dios nace por el juego amoroso de sus fuerzas la *Santa Trinidad. Dios Padre* es el fuego, la fuerza titánica que lo consumiria todo si fuese desencadenada y si no la clarificase una voluntad de amor. Esa es *Dios Hijo*, la luz suave, y por el obrar de ambos, la fuerza y la luz, nace la vida, el *Espíritu Santo.* La perfeccion de Dios consiste en el equilibrio de aquellos tres principios. En el primer principio, en Dios Padre, que es el fuego y la fuerza, se encuentra tambien el mal, pero éste está atado.

¿Cómo ha nacido este mundo visible? Dios lo llevaba desde la eternidad en su sabiduría, en su imaginacion, como en un espejo. No hubiera necesitado realizar aquel mundo ideal, pues Dios era perfecto

---

(1) Consignamos sin comentarios el espíritu de los escritos de Boehme, por más que esta idea nos parezca atrevida é inexacta.

en sí mismo, en el juego amoroso de sus fuerzas. Y los hombres no debemos atrevernos á investigar la razon que haya movido á Dios á crear el mundo, haciendo movible lo que desde la eternidad se encontraba ya en la esencia divina. Sólo dirémos que quiso la Trinidad tener hijos hechos á su semejanza.

Dios dió primero el sér á los ángeles, creando como imágen de su Trinidad á Miguel, Lucifer y Uriel. Cada uno de éstos lleva en sí el fuego y la luz. Lucifer, que tenía por reino suyo la tierra, cayó haciéndose demasiado potente en él el espíritu de fuego que trataba de destruir los efectos de Dios. Por eso la tierra se hizo un cáos de grandes fuerzas de naturaleza. Pero Dios la restituyó creando un nuevo rey de la tierra en *Adan*.

El hombre es un sér central que lleva en sí, no sólo la imágen de Dios insondable, sino tambien la imágen clara del mundo, y es un microcosmo. En el hombre se encuentran á la vez los tres principios de Dios, miéntras los ángeles no tienen sino dos; pues el hombre está en el mundo, que es el tercer principio, y lleva en sí tambien el primero y el segundo principio, al Padre y al Hijo, el fuego y la luz, el cielo y el infierno.

Dios creó al hombre dotándole de perfeccion celestial. Encontrándose en armonía con el mundo, el hombre estaba en el paraíso, y parecia iluminado

por el amor divino, así como el mundo esta iluminado por el sol. Pero encontrándose en él los tres principios, el fuego, la luz y el mundo, empezó en su alma una lucha en que triunfaba el espíritu del mundo. Entónces el cuerpo celestial de Adan se convirtió en carne y sangre, y la imágen de Dios, esa vírgen eterna en su alma, se vistió de luto hasta que volvió el *Verbo*, hasta que volvió á penetrar la humanidad la luz de Dios, el Hijo del Eterno.

Apareció Dios en la carne naciendo como hombre. En la muerte de Cristo murió el cuerpo corrompido de Adan, el cuerpo de nuestra vida de pecadores. Pero así como la vela muere en el fuego, saliendo de su morir la luz y la fuerza, así de la muerte de Cristo nació el eterno sol divino. La vida brotó de la muerte. Cumplióse la redencion. Pero para participar de los méritos de Cristo es preciso romper la voluntad terrenal y penetrar en la voluntad divina. Entónces renacerás en Dios y te harás su hijo; entónces el mérito de Cristo es tu mérito, su Pasion, su Muerte y su Resurreccion, todo es tuyo; entónces sembrarás en el mundo para coger en el cielo.

Entre los medios de nuestra resurreccion figura en primer lugar la palabra de Dios y despues el Bautismo y la Eucaristía.

El término del desarrollo del mundo y de los hombres es la conversion de nuestro cuerpo animal en un cuerpo nuevo, en un cuerpo sutil, y la conversion de la tierra en un paraíso, en una tierra nueva, parecida á un mar de cristal en el que se ven todas las maravillas del mundo, en una tierra en que todo está trasparente, en que no hay ni muerte, ni temor, ni tristeza, ni enfermedad, y en que no hay ningun soberano sino Cristo que habitará con nosotros, y vivirémos juntos con los ángeles una vida santa y sacerdotal. Ha de llegar el dia en que el paraíso vuelva á verdecer sobre la tierra. Y el cielo no es sino amor y concordia, celebrando cada cual las dotes, la fuerza y la belleza del otro que éste ha recibido de la majestad de Dios, y dando todos gracias á Dios Padre en Jesucristo, por haberlos elegido y recibido como hijos.

Esa es la doctrina del benéfico *Boehme.* Apreciamos al *filósofo teutónico* como al profeta de un tiempo en que ha de reinar en el mundo la tolerancia.

XXVI.

El zapatero poeta Juan Sachs.

Alemania tiene dos célebres zapateros: *Jacobo Boehme*, cuya teosofía es un himno en honor del

Dios que llora y que apuró por todos el cáliz de la amargura; y *Juan Sachs*, el hijo del trabajo y del talento, que trabajaba tanto con las manos diligentes como con la fuerza del espíritu, haciendo deslizar con holgura la pluma en el papel para celebrar lo bueno y satirizar lo malo; el maestro así en los espacios del taller como en las regiones de la poesía; el tipo de un piadoso, activo y alegre ciudadano aleman, que por fuente primitiva de todas sus virtudes, por herencia de su educacion y por fruto de su propio trabajo tenía la religiosidad; por ley de todo su obrar y por fuerza moral el Evangelio; por mision de su vida la de enseñar á sus hermanos la verdad, la de predicar el amor, la de cantar la santidad del matrimonio y la alabanza del contento y del trabajo, la de aumentar el reino de Dios; el zapatero bardo, cuyo canto no fué el canto apasionado de Hutten, sino el de un honrado ciudadano, el canto lleno de aquel genuino buen humor aleman que estriba en el fondo de la moralidad; el vate evangélico que hablaba al pueblo en la lengua vigorosa y popular de Lutero; el bardo político en cuyos cantos el buen genio de Alemania lamentaba las discordias de la patria y daba expresion al anhelo de los buenos alemanes hácia la unidad nacional, hácia la resurreccion del Imperio germano; el compañero, no sólo del reformador de la Iglesia,

sino tambien de Melanchthon y de los humanistas, que, sin hacer alarde de erudicion, hizo del saber de la antigüedad una cosa del corazon para su pueblo, empleando á la edad actual cuantos ejemplos de patriotismo, de abnegacion, de ánimo nacional y de sencillez de costumbres encierran los escritos de los antiguos; el *meistersinger* (maestro cantor) que de la escuela de Nuremberg hizo la legisladora del canto para toda la Alemania; el mayor dramático de su época, que de su ciudad natal hizo el centro del teatro aleman, así de la tragedia como de la comedia, y que usaba el antiguo metro germánico en que los trovadores caballerescos de los tiempos de los Hohenstaufen habian cantado las alegrías y las penas de sus amores.

El 24 de Junio de 1874 presencié en Nuremberg los honores tributados á éste sin igual zapatero, la inauguracion de la estatua de bronce de ese preceptor fiel del pueblo, de ese maestro, así de la lesna y del sedal como de la lira animada por el soplo de las ideas; de ese zapatero bardo que conocia el mundo como el que más, y que sin temor alguno mostraba á cualquiera donde aprieta el zapato.

Con sobrada razon habian elegido el dia de San Juan para honrar al que fué en el siglo XVI un San Juan Bautista, un predecesor en el sendero de la poesía teutónica, y lo habian elegido tambien por-

que aquel dia, segun la piadosa costumbre de los nurembergueses, al borde de los sepulcros caen las flores que el cariño y las amistades ofrecen.

Jamas hė visto zapateros de miradas tan altivas y atrevidas, zapateros tan llenos de la conciencia de su valor como los que ocupaban un puesto privilegiado en el cortejo festivo de aquel dia de triunfo para su gran abuelo é ilustre colega. Los únicos que les habian disputado la primacía eran los sastres, diciendo que el padre de Juan Sachs pertenecia al gremio de los sastres, y que, por consiguiente, merecia éste el puesto más honorífico, pues sin el padre no hubiera habido hijo. Y cuando aquel argumento no fué respetado, los sastres todos privaron al cortejo de su presencia. En cambio se vieron en él la flor y nata de los otros gremios y de la juventud académica y la belleza de Nuremberg.

A una capilla de músicos la siguieron cantores con su bandera de fiesta, hermosas doncellas en vestiduras blancas llevando en lazos azules canastillas lindísimas; siguieron el fundidor de la estatua, el profesor Lenz, con sus dos hijos y sus robustos compañeros; los representantes del Gobierno y de la comunidad, los catedráticos y los estudiantes de la antigua y renombrada Universidad de Erlanga, precediendo á todos los gremios los zapateros, y llevando algunos aprendices de aquel gre-

mio soberbio, vestidos de casacones blancos y de bonetes verdes, un gigantesco pantuflo y una bota de campana, áun más colosal, en la que se leia el conocido estribillo del héroe del dia:

«*Dass mein Gedicht grün, blüh*
und wachs
Und Früchte bring, das wünscht
Hanns Sachs.»

(Que mi poesía reverdezca, florezca y crezca y produzca frutos; hé aquí lo que desea Juan Sachs.)

Los zapateros de muchas ciudades de Alemania se habian dado cita en Nuremberg para participar del cortejo. Cada gremio se presentaba con su vestido de gala, y algunos de cada cual con los vestidos de su oficio propios de la Edad Media. Á los gremios les siguieron las Asociaciones literarias y artísticas, concluyendo el cortejo nuestros nobles veteranos.

Pero ántes de que éste hubiese llegado á la plaza de fiesta que forma un cuadrado soberbio, presentándose de un lado una iglesia gótica y de los otros casas estrechas de muchos pisos, de altos techos rojos y de fróntis puntiagudos, y mostrándose á la entrada de una callejuela la última casa del zapatero bardo, que hoy está adornada de flores y de guirnaldas y del final de los versos de Goethe en obsequio de Juan Sachs, un viento fuerte rompió de repente la cubierta de lino blanco con que cui-

dadosamente habian cubierto el monumento de bronce, presentándose en medio del júbilo de todos los espectadores el buen Juan Sachs á sus queridos nurembergueses, pues parecia que no queria esperar el momento de la inauguracion oficial quien habia esperado tres largos siglos hasta que le honrasen con aquel merecido monumento.

Apénas pudieron cubrirle otra vez con su capa. Despues los millares de hombres que participaban del cortejo formaron un círculo; el anciano archivero de Nuremberg, el Sr. Lützelberger, subió á la tribuna y pronunció un discurso, pero sin que hubiera podido oirse una sola palabra en medio de aquel ruido de voces. Por fin cayó la cubierta, se bajaron las banderas, y el pueblo prorumpió en un júbilo inmenso. El que fué un campeon del renacimiento moral de su pueblo, el zapatero bardo parecia que habia vuelto de una larga peregrinacion para residir otra vez entre sus queridos paisanos, viviendo á la par como mortal en la tierra y como inmortal en el cielo. ¡Qué monumento tan bello! exclamaba cada cual. El maestro con el delantal puesto está sentado en el bajo escabel del trabajo; parece que ya ha concluido las tareas del dia; pero no, está asiendo con la izquierda un voluminoso cartapacio, miéntras la derecha lleva el lápiz esperando la señal del maestro, el mandamiento de su

voluntad y el momento sublime de la divina inspiracion. El viejo y arrugado rostro rodeado de una barba larga sonrie, celebrando ya el pensamiento naciente.

Sí, el monumento es hermosísimo, pero á la alegría que produce se mezcla el dolor por la muerte prematura del que lo ideó, el escultor Krausser.

Despues de haberse cantado un canto festivo, hablaron dos zapateros distinguidos en loor del zapatero bardo, el orgullo de Nuremberg y de Alemania, y en nombre de todos los zapateros de la gran patria alemana se colocó una corona de oro á sus plantas. Otra corona la depositó, en nombre de las mujeres de los zapateros de Munich, una niña angelical, pronunciando unos lindísimos versos. Despues llovieron guirnaldas, y un atrevido aprendiz puso sus piés sobre el delantal del maestro inmortal para entregarle todos sus laureles brillantes. Creo que si aquel aprendiz hubiese sido un niño berlines se hubiera atrevido á darle al viejo padre de su oficio hasta un ósculo.

Pero con eso no acabó la fiesta. En el mercado, sobre el balcon de la antigua casa patricia de los Haller, se estrenó grátis ante el público una pieza de Carnaval de Juan Sachs: *Das Narrenschneiden.* Y un banquete espléndido reunió gran parte de los huéspedes, en el cual á los discursos les daba aún

mayor animacion el entusiasmo patriótico y la belleza de las ideas que vi campear con lúcida galanura y pompa de imágenes. Á la caida de la tarde se iluminaron el monumento y todas las casas situadas en la plaza llamada de Juan Sachs en honor del zapatero que en vida mereció el aplauso y la popularidad, alcanzando triunfos doquiera que estampaba sus huellas de luz. Y el pueblo que le prodigaba sus aclamaciones de entusiasmo sentia al propio tiempo como por instinto tributarlas á un claro heroe del espíritu, que despidiéndose de un tiempo que iba á perecer adivinaba ya el tiempo nuevo, á un bardo no nacido para vivir como las flores, sólo un dia en la vida de las ideas.

Pero sería injusto si no mencionase siquiera con una palabra la fiesta que ya la víspera de San Juan se celebraba en obsequio del ilustre tocayo del santo en el local de las Casas Consistoriales de Nuremberg, que adornó la mano maestra de Alberto Durero. Allí tuvo lugar un concierto que empezaba con un coro de los *Meistersinger*, aquella ópera de Ricardo Wagner en la que figura tambien Juan Sachs, que nació en Nuremberg cuando Martin Behaim habia ya fabricado su globo, y cuando Willibaldo Pirkheimer, Alberto Durero, Adan Krafft, Vito Stoss, Pedro Vischer, Lázaro Spengler, Cristóbal Scheurl y la docta Caridad Pirkheimer empezaron

á hacerse el adorno de aquella ciudad que, segun dijo Lutero, brillaba en Alemania como el sol entre la luna y las estrellas, y que, segun cantaba el mismo Juan Sachs, era una joya, un jardin florido de rosas que Dios guardaba para sí mismo.

Los sonidos del concierto los interrumpió un discurso notable del profesor Adolfo Westermayer en honor del zapatero poeta, y en vista de las creaciones de Alberto Durero, comparó á Juan Sachs con este rey de los pintores alemanes, en cuanto á la grandeza del carácter, á la severidad de la aspiracion moral y religiosa, á ese maridaje de fantasía y de humor profundo, á ese sentimiento de lo popular, á esa facultad de crear para el pueblo en un estilo que le era comprensible como su patrimonio espiritual, pero que lo levantaba tambien por encima de sí mismo.

«La *Pasion* y los *Cuatro Apóstoles* de Durero, dijo el mencionado catedrático continuando la comparacion entre el pintor y el poeta, son obras afines á la creacion de Juan Sachs, *El Ruiseñor de Wittenberg*, y á sus cantos sagrados. Con dichas obras aceptaba Durero el pensamiento fundamental de la Reforma. Y el canto de Juan Sachs en loor del estado llano aleman lo cantaba el gran pintor en su retrato de Jerónimo Holzschuher, ese ideal de noble virilidad, ese tipo de un ciudadano.

Durero ejerció sobre la pintura gérmánica una influencia semejante á la de Juan Sachs en la esfera de la poesía, y sus pinturas y retràtos son tan populares y teutónicos como lo fué la poesía dramática de su compatriota el vate. Pero Alberto Durero era más afortunado, si la felicidad de la vida la constituye la gloria. Pues el pintor alcanzó aplausos en todos los tiempos, miéntras el cantor, á quien sus contemporáneos habian colocado en puesto tan alto, cayó en el desprecio y se hizo hasta un objeto de burla de un pueblo que se habia olvidado de todo lo nacional.»

Así ha sucedido en el siglo XVII, en que á los amantes de la poesía erudita de entónces, vestida á la latina ó á la francesa, no les gustaba el antiguo traje patrio de las poesías de Juan Sachs. Entónces se escribió en tono de mofa aquel verso aleman:

«*Hans Sachs war ein Schuh*
Macher und Poet dazu.»

(Juan Sachs hizo á la par zapatos y versos.)

No pensaron aquellos locos que es el timbre eterno del hijo de Nuremberg haber sido á la vez y con todo su corazon ciudadano y poeta. Pero llegó la hora en que un espíritu afin al suyo, un genio áun mayor, *Goethe*, que fué tambien á la vez ciudadano y poeta, recordaba á la nacion alemana su olvidado ciudadano y poeta. Goethe le erigió un monumento

en el siglo pasado en la poesía titulada *La Mision poética de Juan Sachs.* Lo erigió cuando el espíritu germano, despertando de largo sueño, levantaba otra vez las alas. El pueblo aleman le honró con una estatua cuando el águila germana habia cumplido ya su vuelo gigantesco; el pueblo aleman le pagó el debido tributo en el nuevo imperio germánico á que habia contribuido tambien Juan Sachs, y para honrarle eligió el dia de San Juan, que para nuestros mayores era una fiesta de luz triunfando de las tinieblas.

Juan Sachs, que falta en la *Walhalla* del rey Luis, no ha de faltar en la mia.

Hablemos primero de sus poesías y despues de la vida del bardo.

Si éste no fué un genio de primer órden que trepaba con gozo á la empinada cumbre del Parnaso germano para cantar desde allí lleno de inspiracion la libertad y la virtud, fué un talento felicísimo dotado de un humor encantador, un bardo que superaba á todos los *meistersinger* y á los poetas de Nuremberg que le precedieron, los Folz y Rosenplüt, por la variedad de la invencion y de las formas, por la profundidad moral y por la expresion viva y natural. El oficio no encorvaba sus espaldas, sino que libres contemplaban sus ojos desde su cuarto el hormiguero del mundo humano volviéndose ora há-

cia atras, ora hácia adelante. Cada línea, cada verso suyo respira verdadero gozo nuremberguės. Pero nos extraña que no tenga ninguna alabanza para el arte patrio, que cuando él vivia habia alcanzado su apogeo adornando las iglesias de San Lorenzo y San Sebaldo, y al cual añadió para gloria de Nuremberg los timbres del canto.

No caminando, sino volando sin tregua de creacion en creacion, se hizo el más fértil de los bardos alemanes y el rey de los *meistersinger*, aquellos ciudadanos poetas, aquellos menestrales bardos que en el siglo XIV sustituyeron en Alemania á los trovadores caballerescos, á los cantores del amor y de las mujeres, á los líricos áulicos del siglo XII y XIII, llamados *minnesinger*, siendo el último de éstos el conde Hugo de Montfort, que hizo versos á caballo, en la caza, en el campo y en la selva, y que, no sabiendo escribir ni leer, mandó escribirlos por su cazador Burk Mangolt. Por los *meistersinger* la poesía entró en las ciudades y en los gremios, pero encerróse en reglas y cláusulas, oponiéndose al fácil vagar de la inspiracion la aridez del precepto. Pues los *meistersinger* no consideraban la poesía como juego libre de la fantasía y del sentimiento, sino que en el siglo XVI hicieron de ella un arte que se aprendia, dando la mayor importancia á la forma, á la estructura del verso, á las rimas. Pero si estos

bardos cuyos cantos servian casi todos á fines santos teniendo por asunto historias bíblicas, no representaban la verdadera poesía, el lirismo puro, representaban en cambio lo mejor del pueblo aleman, la severa honradez, la actitud moral, el amor al hogar, la unidad fiel de los ciudadanos.

Atribuyeron el orígen de su arte á doce maestros, entre los cuales se encuentran los *minnesinger* Walter von der Vogelweide, Juan Luis Marner, Bartel Regenbogen y Frauenlob y algunos personajes míticos. Lo cierto es que el canto de los *meistersinger* no es sino el fin del de los *minnesinger*, no es sino la forma yerta de la lírica artificiosa:

Pasaron ya los tiempos
En que lamiendo rosas,
El céfiro bullia
Y suspiraba aromas (1).

Ya pasó la época gloriosa en que los bardos caballeros pulsaban solícitos la lira de oro que recibieron del cielo trayéndoles las brisas murmuradoras el secreto de la armonía que nos dejaron vaciada en el molde de sus versos; pasaron ya los tiempos en que esos cantos de los *minnesinger*, tiernos como el del sauce que vive escondido entre las marañas del bosque, y dulces como los trinos del rui-

(1) Lope de Vega.

señor; esos cantos, música divina inspirada al genio por el amor á la Vírgen, á Dios y á la mujer encontraban eco en los castillos de los príncipes, de los condes y de los nobles como lo encuentran la brisa en las hojas que agitadas repiten su rumor, la abeja y el pájaro en los aires que llevan en sus alas invisibles su susurro y su gorjeo, la fuente en el valle florido que acoge ufano su murmurio.

Maguncia fué la cuna y la primera escuela del canto de los *meistersinger*. Allí se conservaron los privilegios y gracias que habian recibido de los emperadores, y las armas que debieron al emperador Cárlos IV.

Desde Maguncia llegó el canto de los *meistersinger* á las ciudades de la Alemania del Sur, existiendo en Nuremberg cuando floreció Juan Sachs 250 *meistersinger*, que en los domingos por la tarde y en los dias de fiesta celebraban sus sesiones. Antes de la Reforma tuvieron lugar éstas en las Casas Consistoriales, despues en la iglesia de Santa Marta, y por fin en la de Santa Catalina de Nuremberg.

En aquellas sesiones se reunieron los *maestros*, llamándose así los que habian inventado una nueva estrofa, un nuevo tono, una nueva melodía. Asistieron los *singer*, es decir, los que cantaban aquellas melodías; los *poetas*, á saber, los que adaptaban sus versos á los tonos inventados por otros; los *amigos*

de la escuela que conocian las reglas llamadas *tabulatura*, los *discípulos* y numerosos ciudadanos y ciudadanas. Presidieron la Asamblea los *merker*, es decir, los censores, los críticos, los Aristarcos, conservando el más anciano de ellos la llamada *joya* de los *meistersinger*, la *Órden de David*, que era una rica cadena de plata que se ponia al cuello de quien habia cantado sin defecto. El segundo premio consistia en una corona de flores de seda; pero lo mismo que la *joya*, no dejaba ésta de quedar en posesion de la Sociedad. Las mejores poesías se inscribieron en un gran libro que guardaba el *büchsenmeister* (cajero). Cada canto de los *meistersinger*, llamado *bar*, constaba de tres estrofas, debiendo tener cada una al ménos siete rimas, sin que hubiese inconveniente en que contuviera hasta ciento. No podrian imaginarse títulos más curiosos que los que llevaban los tonos ó melodías inventadas por los *meistersinger*, por ejemplo, la melodía de la paja, la de la flor de azafran, la de la amarilla piel de leon, la breve de la mona, la de la tinta negra, la del arco de Cupido, la del tono dorado de Wolfram, la del tono de espejo, la del tono largo de Marner, la caballeresca de Frauenlob.

Á fines del siglo XVII se usaron en Nuremberg 222 de aquellos tonos ó melodías, y *Juan Sachs* durante su larga vida inventó 13, pero no mandó

imprimir ninguna de sus 4.275 *meisterlieder*, es decir, de los cantos suyos que salieron de la escuela de los *meistersinger*. Hasta hace poco se explicó eso por lo que el poeta habia despreciado aquellos cantos suyos; pero cuando en 1853 el doctor Herzog descubrió en el archivo del Consejo de Zwickau seis tomos de *meisterlieder* y otros seis de *spruchgedichte* (poesías que no se cantan, sino que sólo se hablan) de Juan Sachs, se conoció que los *meisterlieder*, las canciones propiamente dichas que hizo como *meistersinger*, no son sino las preparaciones para las *spruchgedichte*, prefiriendo el bardo para la imprenta y para el pueblo la forma sencilla de estas últimas á la artificiosa de los *meisterlieder*.

Sachs no hubiera merecido los aplausos de *Goethe* si no fuese más que el rey de los *meistersinger*, pues el arte de éstos se habia apartado de la genuina poesía popular; pero Sachs casó el arte de la escuela de canto de Nuremberg con la poesía popular, teniendo el hijo de aquel maridaje por padrinos al humanismo y á la leyenda.

En las *spruchgedichte* (las poesías que Juan Sachs mandó imprimir) hay una sin par copia de asuntos, cantándolo el poeta todo, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que se cria en la muralla. Y es claro que al cantarlo todo, canta tambien mucho que no podria cantarse y que jamas será poesía. Pero

á él le movió siempre un fin; se proponia enseñar al pueblo entreteniéndole y deleitándole. Como fuentes de sus poesías, el culto bardo zapatero, el noble adalid de las letras, aprovechó á Plutarco, Herodoto, Jenofonte, Herodiano, Josefo, Tito Livio, Valerio Máximo, Justino, Suetonio, y á Homero, Ovidio, Apuleyo, Plinio, Diodoro, Stobeo, y las crónicas de Sebastian Frank y de Schedel; en fin, cuanto pudo encontrar lo convirtió en cantos ó poesías.

Entre las didácticas mencionarémos la del *Schlarafenland* (tierra de pipiripao, que hoy podriamos llamar de Jauja), poesía que nos encanta por su ironía deliciosa.

Lo más cumplido que compuso son sus *Schwänke* (narraciones jocosas) y sus *Fastnachtsspiele* (juguetes de Carnaval). Como prueba de las primeras citarémos el *Kifferbeskraut* (la arveja), en que el poeta, con el buen humor más feliz, pinta la guerra doméstica, la actividad de una mujer regañona, usando un juego de vocablos con las palabras alemanas *Kifferbsen* y *Keiferbsen*, queriendo decir la primera *arveja* y la segunda *regañar*.

Entre los juguetes de Carnaval debe citarse como el más eficaz el *Narrenschneiden* (la expulsion de locuras). Estos juguetes son una planta genuinamente nurembergüesa que cultivaron ya los Rosenplüt

y Folz, pero miéntras estos recordaban demasiado que el Carnaval es el rey del desenfreno y de la disipacion, Juan Sachs sustituyó á lo lascivo lo puro y lo moral, y en sus juguetes encuéntrase ya el gérmen de todo lo que constituye un buen drama. Sus dramas propiamente dichos no son sino narraciones dramatizadas. El que dirigió la escuela de los *meistersinger* de Nuremberg se presentó tambien en las tablas y contrajo méritos respecto al arte teatral.

Al sumar en 1567 todas sus poesías contaba 4.275 *meisterschulgesänge* (cantos de la escuela de *Meistersinger*), 1.700 narraciones poéticas y 208 dramas.

Contribuyó á propagar la Reforma en Nuremberg por sus popularísimos *Diálogos* escritos en prosa, por su poderosa poesía que en 8 de Julio de 1523 escribió en honor de Lutero bajo el título de *El ruiseñor de Wittenberg*, y por la sentida composicion que dedicó á la muerte de este héroe de la Iglesia evangélica. Escribió tambien poesías sagradas, que hallaron cabida en los devocionarios evangélicos.

En cuanto á la vida del tan amable como diligente zapatero bardo, él mismo la narró en una poesía suya que llamaba su *Valete* (Adios), porque en ella, que escribió en 1567, queria despedirse de

la musa. Pero en eso se equivocó, pues continuó haciendo versos hasta sus últimos años.

Nació *Juan Sachs* en Nuremberg, el 5 de Noviembre de 1494, de un acomodado sastre, Jorge Sachs, y de su mujer Cristina, pareciendo haber sido el único fruto de aquel matrimonio. Como hijo de un ciudadano de Nuremberg, habia de visitar una de las cuatro escuelas de esta ciudad, en la que aprendió el latin, trocándola á la edad de quince años por el escabel de zapatero para dedicarse á un oficio que, segun demuestra el ejemplo de Jacobo Boehme, deja tanto tiempo para la meditacion.

Lo primero que hizo cuando aprendiz era dejarse instruir en el arte de los *meistersinger* por el tejedor Lienhart Nunnenbek, que, siendo agraciado con la Órden de David, tenía el derecho de acoger discípulos. La enseñanza en las reglas del canto se hizo grátis. Á la edad de diez y siete años emprendió Juan sus viajes, que le condujeron á Ratisbona y Passau, á Salzburgo, Wels, Munich, Landshut, Wurzburgo, Francfort, Coblenza, Colonia y Aquisgran. En Munich compuso su primer canto (meisterlied) como *meistersinger:* era una *Alabanza de Dios.* Vuelto á Nuremberg en 1516 contrajo matrimonio con Cunegunda Creutzer, de la que tuvo siete hijos. Murieron todos ménos una hija, pero en

los niños de ésta le quedaban al poeta esas flores animadas que constituyen el encanto del hogar, esos angelitos cuyas palabras son como gorjeos de pájaros y cuyas sonrisas como destellos de la luz más pura. Cuando él, que en sus poesías no celebraba el amor, el dulce dón de Vénus, pero sí el matrimonio, ese amor puro ante Dios y los hombres, perdió en 1560, despues de un matrimonio feliz de cuarenta años, á su querida mujer, tembló en sus pupilas una lágrima amarga, y parecia que le faltaba todo consuelo; pero despues de trascurrido un año y medio le sonrió por segunda vez la felicidad del amor, y se enlazó con Bárbara Harscher, la amable hija de un hábil peltrero, en cuya alabanza escribió una poesía erótica inspirada como ninguna suya, pintando la gracia de su persona, la frente tersa como mármol, la boca ardiente cual rubíes, los dientes blancos como perlas, el color de leche de sus mejillas y el oro de sus cabellos. Aquella tierna poesía de quien hacía años se habia pintado á sí propio como hombre gallardo — lo que se conoce aún en retratos suyos grabados en madera que todavía existen — parece la composicion de un jóven enamorado, la de un *minnesinger* de los tiempos pasados, la de un trovador de los amores.

Continuó haciendo versos, alcanzando siempre aplausos, aunque él mismo no queria que se le ala-

base, y sólo en 1527 cuando escribió versos satíricos contra el papado para un libro del cura de San Lorenzo de Nuremberg, Andres Osiander, el Consejo de su ciudad natal le mandó que se cuidase más de su oficio.

Dedicóse á la vez á éste y á las musas hasta que se cansaron sus manos y perdió la fuerza del espíritu. Cuando anciano se le vió sentado en una mesa teniendo siempre delante de sí libros, sobre todo la Biblia, pero no hablaba más sino que saludaba sonriendo á los visitantes: ya era un anciano encogido, y á manera de las sombras de Homero parecia que continuaba enajenado en su vida pasada, llenándole todavía el antiguo afan de actividad espiritual. El que durante cincuenta y cuatro años habia trabajado incesantemente para enseñar y deleitar á millares de seres, se despidió del mundo como un niño. Lentamente extinguióse la luz que tanto habia brillado. Murió *Juan Sachs* el 19 de Enero de 1576, en su casa situada en la parroquia de San Sebaldo, en la calle del Hospital, y fué enterrado el 21 del mismo mes en el cementerio de San Juan de Nuremberg. Ignórase dónde se encuentra su sepulcro, pues el que lleva su nombre y la fecha de 1589 encierra los restos de un tocayo suyo que fué confitero.

No puedo yo besar tu silencioso sepulcro, queri-

do tocayo mio, vate de Nuremberg, noble *Juan Sachs*, pero sí inclinarme respetuoso ante tu genio. El pueblo germano que escribió en su bandera la regeneracion política de Alemania, ha recordado agradecido tu nombre, y cumpliendo lo que presagió Goethe, *ha ceñido tu frente de una corona de encina eternamente jóven* (1).

---

(1) Miéntras yo me he ocupado sólo de dos zapateros célebres, Juan Sachs y Jacobo Boehme, un paisano mio, Schmidt-Weissenfels, acaba de publicar en Stuttgart un libro curioso que contiene noticias relativas á doce discípulos reputados de San Crispin, así como en otra publicacion, no ménos entretenida y amena, se ocupaba de otros tantos renombrados sastres, proponiéndose dar á la estampa las biografías de doce celebridades de cada oficio. En el opúsculo titulado *Doce zapateros* menciona dicho autor, como glorias de aquel gremio, al filósofo *Simon de Aténas*, al hombre político *Alfeno* y al primer cuáquero *Jorge Fox*.

El contemporáneo de Hippias, el zapatero *Simon de Aténas*, gozó del trato de Sócrates, y eternizó el recuerdo de sus conversaciones con el gran pensador en treinta y tres diálogos, conocidos con el nombre de *socráticos*. Lo mismo que Sócrates, frecuentaba Perícles el taller del zapatero filósofo, y procuraba, en vano, moverle á que renunciase á su oficio para dedicarse al servicio de la república, pues Simon no queria vender su libertad, y cifraba su orgullo más en hacer *coturnos* y *zuecos* que en *hacer* política. En cambio el zapatero *Alfeno Vário*, que cuatrocientos años despues vivió en la ciudad de Cremona, y que ya cuando jóven llevaba el cargo de la ciencia, teniendo fama de ser un gran conocedor de leyes, y siendo como el abogado privado de sus conciudadanos, subió en Roma, en alas de su ambicion legítima, desde el escabel de zapatero á la tribuna de abogado público. Buscado, solicitado y aplaudido

XXVII.

Tres satíricos alemanes del siglo XVI.

En el siglo de la Reforma floreció la más noble lírica alemana, el inspirado canto de la *Iglesia evangélica*, esa poesía popular santificada por el Evangelio, esa poesía del dolor producido por el pecado y del júbilo despertado por la redencion, por el sentimiento de que, segun dijo Lutero en su canto «*Nun freut euch liebe Christengmein*» (¡Ahora regocijaos, queridos cristianos!): «tú (¡oh Jesus!) eres mio y yo soy tuyo y el enemigo no ha de separar-

---

en todas partes, obtuvo la mayor celebridad por sus discursos forenses, y le otorgaron la más alta distincion nombrándole burgomaestre de Roma un año despues del nacimiento de Nuestro Señor. Escribió como burgomaestre los cuarenta libros de *Digestos*, que tan necesarios son para el jurisconsulto, como los *Diálogos socráticos* de Simon de Aténas para el filósofo, y murió en su honrada senectud, siendo enterrado á expensas de la ciudad que le habia nombrado burgomaestre. Horacio le dedicó tres líneas en sus sátiras (libro I, página 3, verso 130 á 133). Otro zapatero afamado fué el fundador de la secta de los *cuáqueros*, *Jorge Fox*, que podria llamarse el Boehme inglés. Así los zapateros lo han abrazado todo: Filosofía, Jurisprudencia, Religion y Poesía. Un doctísimo zapatero, Benedicto Balduino, aspiró á la gloria, dando á luz en 1711 en Leiden una obra científica, relativa á su propio oficio, titulándola: *De calceo antiquo et mystico.*

nos.» Esta santa poesía popular pagaba en gloria lo que recibió en cultivo, teniendo por cultivadores principales á *Lutero*, á *Pablo Speratus*, el autor del canto «*Es ist das Heil uns kommen her*» (Nos ha llegado la salud) y á *Nicolás Decius*, que entonaba el himno «*Allein Gott in der Höh sei Ehr*» (¡Gloria sea sólo á Dios en las alturas!), y apénas nacida se cantaba ya en todas las plazas de Alemania, apiñándose el pueblo en torno del cantor para repetir la última estrofa de la composicion que acababa de conocer y que luégo penetraba en todas las iglesias y en todas las casas, siendo llevada como por las alas del viento y conquistando poblaciones enteras á la fe evangélica.

Pero el siglo xvi, época de luchas, así en el Estado como en la Iglesia, no fué sólo el siglo privilegiado del canto religioso, sino tambien el de la *sátira* atrevida, apasionada, arrogante. Y así como la cómica inmortal de Aristófanes se levantaba en un punto de separacion de dos mundos de la cultura helénica, la sátira germana reñia batallas y empuñaba, ora la maza vigorosa, ora la daga afilada de la palabra cuando de la Edad Media nació el tiempo nuevo.

Tres satíricos germanos, de los cuales se ha olvidado la *Walhalla* del rey Luis, tienen derecho á nuestros recuerdos y á nuestros aplausos. Llámanse

Sebastian Brant, *Tomás Murner* y *Juan Fischart*.

La patria de la sátira germánica es la Alsacia, habiendo nacido allí los dos primeros citados y pasado gran parte de su vida el tercero. El tono que resonaba durante todo el siglo XVI lo inauguró *Sebastian Brant*, cuya rimada obra satírica, escrita en el dialecto rudo y duro de Strasburgo, salió en 1494. Nave, *Nave de locos* la titulaba el autor, porque entónces habia tantos géneros de locos que no cabian en la estrechez de un carro, siendo menester armar para ellos una nave espaciosa que no recibiria á los que se considerasen á sí mismos como locos, sino á los que se creyesen sabios. Y el autor tuvo el buen humor suficiente para colocarse á sí propio entre los ciento y once géneros de locos reunidos en su nave, poniéndose el bonete de loco como representante de los doctores de su tiempo que poseyeron cantidad infinita de libros sin que leyesen ni entendiesen alguno. Muéstrase severo para con los vicios de sus contemporáneos, pero indulgente para con las locuras inocentes; por ejemplo, con la locura de gloria de los vanidosos, con la ambicion loca de los que pregonaban haber visto á Granada, á Noruega y á Suecia, siendo así que no se han separado de la casa paterna ni aquello que fuera bastante á privarles del olor que exhala la tortilla que bate y condimenta su madre. Entre los locos mendigos figuran los

que venden en las ferias heno del pesebre de Belen, una pluma del ala de San Miguel, una rienda del caballo de San Jorge, ó la abarca de Santa Clara. Si el amable satírico germano que con tanta gracia lleva los cascabeles de loco, hubiese conocido tambien la *estudiantina española* de hace tres siglos y la que en nuestros dias ha encantado á París, llevando en sus trajes el recuerdo nacional, y en sus alegres canciones y populares instrumentos algo del sol, del aire, del cielo de esa España que tiene todavía sangre en sus venas para dar calor á otros pueblos, estamos seguros de que no sólo la hubiera indultado, sino que la hubiera llamado con Felipe Picatoste «una noble fórmula de la union entre la pobreza y la ciencia, entre la dignidad y las mayores locuras juveniles, entre el cariño público y la simpatía del porvenir de las letras.»

Aunque el mérito poético de la *Nave de locos* es bastante escaso, navegaba ésta llevada por las auras del favor público: salieron traducciones al latin, viviendo las sentencias y ocurrencias del poeta en todos los labios y penetrando hasta en los púlpitos, donde Geiler de Kaisersberg hizo de ellos el texto de una serie de sus sermones.

Nació *Sebastian Brant* en 1458 en Strasburgo y cursó leyes en Basilea, estudiando al mismo tiempo á los escritores clásicos. Se hizo doctor en leyes en

1489 y dió conferencias en la Universidad de Basilea. Desde 1501 vivió en su ciudad natal, desempeñando desde 1503 el cargo de síndico. El emperador Maximiliano le honró nombrándole Consejero de la cámara de Justicia y Conde palatino. En 1520 fué enviado á Gante como delegado de Strasburgo, y murió en la ciudad de su nacimiento en 10 de Mayo de 1521. Su vida nos parece breve en dias, larga en trabajos, dilatada en nombre. Ademas de su *Nave de locos*, que pregonaba su fama cual corifeo de los satíricos germanos, nos legó poesías latinas, y á él se debe tambien una nueva edicion de los popularísimos refranes, proverbios y consideraciones conocidas con el nombre de *La Modestia de Freidank*, aquella obra que se escribió en Mayo de 1229 y que podria llamarse una epopeya de la sabiduría del pueblo aleman, y ademas una nueva edicion del *Renner* del maestro de escuela Hugo de Trimberg, aquella coleccion de ejemplos, fábulas y narraciones que, saliendo en 1300, no se distingue por las formas nobles de la obra debida al pseudónimo Freidank y lleva el nombre de *Renner* (á todo correr), porque su autor queria que ella corriese por el mundo.

Sebastian Brant abrió como satírico el camino en que le siguieron el católico *Tomás Murner* y el protestante *Juan Fischart.*

¡Qué vida tan inquieta fué la del primer sucesor

de Brant, *Tomás Murner*, uno de los primeros ingenios satíricos de Alemania, el hijo de Strasburgo, el estudiante de las Universidades de París, Friburgo, Colonia, Rostock, Praga, Viena y Cracovia, el bachiller de teología de la última Universidad, el franciscano; pero más que monje estudiante ambulante que hasta el fin de su peregrinacion por la tierra vagaba de una poblacion en otra, siempre lleno de mil y mil proyectos, pero no para extender la alegría por los pueblos como los bachilleres de Salamanca, sino para lanzar los rayos de sus punzantes escritos satíricos, ora prosaicos ora poéticos, ora latinos, ora alemanes, que no reniegan del carácter tan vivo y apasionado de su autor!

Nació *Tomás Murner* en Oberchenheim (cerca de Strasburgo) en 24 de Diciembre de 1475. Despues de haber sido coronado como poeta en Worms en 1506 por el emperador Maximiliano, el destino le llevó á Francfort, Friburgo, Strasburgo, Berna, Tréveris, Bolonia y Venecia, hasta que parecia que encontraba un asilo en Basilea. En 1508 dió á la estampa su obra alemana *Conjuracion de locos*, que contiene rasgos más vivos y más individualizados que la *Nave de locos* de Sebastian Brant. En 1512 siguió su *gremio de bribones*, un extracto poético de los sermones que habia pronunciado en Francfort y que figuran entre las sátiras más violentas dirigidas contra el

estado monacal á que él mismo pertenecia. Otros escritos satíricos suyos son *La Pradera de locos* (en aleman: *Die Gäuchmatt*), *El Molino de Schwindelsheim*, *El Baño eclesiástico.* Tradujo al aleman la obra de Lutero *La Esclavitud babilónica*, pero en 1522 declaró la guerra á la Reforma lanzando contra el autor de ésta, desde Strasburgo, en su obra *El Gran loco luterano*, la sátira más eficaz y más mordaz que pudiera imaginarse. Múestranos la portada del libro á un franciscano arrodillado sobre un gran loco, de cuya boca hace salir cantidad de locos pequeños. Aparece, pues, el loco luterano como personificacion de las ideas de Lutero. Llueven golpes en aquel escrito, que sin duda alguna es el más notable de cuantos se dirigieron contra los excesos de la Reforma, contra los iconoclastas, contra los revolucionarios como Ulrico de Hutten, cuyas famosas sátiras se publicaron en lengua latina.

El esforzado, el marcial autor de *El Gran loco luterano* siguió, á una invitacion del rey Enrique VIII, á Inglaterra, y vuelto á Strasburgo, continuó sus campañas contra la Reforma, estableciendo una imprenta desde que los impresores se negaron á imprimir sus obras. Con motivo de un tumulto su prensa fué destrozada y él mismo se vió precisado á huir, presentándose en Lucerna en ropillas más maltratadas que jamas se vieron en los alegres

y aventureros estudiantes de España. A expensas de la poblacion de Lucerna recibió nueva ropa y fué dotado de una parroquia y del profesorado. Pero el monje bélico de Strasburgo no era hecho para disfrutar la paz. Pronto volvió á ofender á los evangélicos, y los cantones de Zurich y de Berna obtuvieron su expulsion de Lucerna. Dicen que murió en 1536 en Heidelberg. Pereció con él un gran genio batallador, cuyas armas eran la palabra y la pluma.

El verdadero mago de la palabra, el creador fecundo é ingenioso de mil vocablos nuevos, el maestro de la sátira del siglo XVI es el protestante *Juan Fischart*, que escondia su nombre bajo los de Pickhart, Elloposkleros, Huldrich Mansehr de Treubach y otros.

Es imposible expresar al lector español cuántas formaciones extrañas, caprichosas, atrevidas y cómicas de palabras alemanas, y qué de trasformaciones ingeniosas de términos extranjeros en palabras germánicas que tengan un sonido igual ó parecido, se deben á este genio peregrino, que manejaba el idioma aleman con inaudita libertad, no diré cual soberano, sino cual déspota: al leer sus escritos curiosísimos, parece que presenciamos el carnaval más grandioso, un verdadero baile de palabras grotescas y aventureras, de sinónimos y de onomatopeyas, de chistes y de imágines maravillosas que nos

embelesan; pero detras de ese *pandemonium* de palabras apénas pronunciables y semejantes á misteriosos duendes y gnomos, está el satírico; detras de Esopo está Salomon; detras del loco está el sabio; detras de las payasadas del satírico está el que tenía por norte el más puro patriotismo; el que con su amor ardiente abrazaba á la humanidad; el que, segun dijo el célebre crítico aleman Vilmar, «lo tenía todo, la ira y la mansedumbre, la locura sábia y la sabiduría loca, la blandura y la dureza; faltándole sólo las lágrimas.»

Han comparado las producciones de *Fischart* con una selva vírgen en que las enredaderas impiden avanzar, miéntras los pensamientos saltan y brincan cual animales de los bosques; pero encanta el aire fresco de la selva, y de vez en cuando nos invita á descansar un lugarcito ameno donde cantan los trovadores alados, donde se oyen las dulces canciones populares y donde brota la grata fuente de la sabiduría popular.

El impulso á algunas obras suyas lo recibió de escritores extranjeros, pero no más que el primer impulso, siendo la ejecucion entera libre creacion suya. En sus producciones se ha condensado toda la vida popular del siglo XVI; en ellas se halla reunido todo lo que entónces existia en el pueblo aleman en costumbres y prácticas, en amor y

ódio, en anécdotas y refranes, en cantos y poesías.

Juan Fischart, que probablemente nació en Maguncia cerca de los años de 1545, dedicóse al estudio de las leyes y se formó satírico por sus viajes por Alemania. Empezó con la sátira religiosa. La primera que salió en 1570, se dirigió contra uno que de la Iglesia evangélica habia pasado á la católica. Siguieron sátiras rimadas contra los franciscanos y dominicos, y en 1579 se publicó su famosa *Colmena del santo enjambre romano*, que por fundamento tiene la obra holandesa de Felipe Marnix de Aldegonde titulada *Colmena de la Iglesia romana.* En 1580 salió á luz la sátira más punzante que se ha escrito contra los jesuitas, una sátira en verso, llevando el título *El Jesu-Wider* (1) *ó leyenda inaudita acerca del orígen* del sombrero de *cuatro picos de los jesuitas.*

Pero no se contentó con la sátira religiosa, sino que pasó pronto á la mundana, escribiendo en 1573 su *Abuela de toda práctica*, en que motejaba á los astrólogos, y en 1575 salió su obra principal, que, siendo inspirada en el *Gargántua y Pantagruel* de Rabelais, lleva el título de *Affenteuerliche naupengeheuerliche Geschichtklitterung von Thaten und Ra-*

---

(1) *Jesu-Wider* es una palabra alemana que quiere decir enemigo de Jesus y tiene un sonido parecido á *jesuita.*

then der vor kurzen langen Weilen vollen wol beschreiten Helden und Herr Grandgusier, Gargántua und Pantagruel (Historia aventurera y monstruosa de las hazañas de Gargántua y de Pantagruel). Para explicar aquel título extraño, diré que el Gargántua de Rabelais, es una figura de la antigua tradicion francesa. El libro de Fischart es el espejo más fiel del siglo XVI, un mundo lleno de riqueza inagotable, un mundo de sátira contra las locuras de aquel tiempo, á saber: contra la locura de las genealogías, contra la glotonería y la borrachera, contra la lujuria y la insana educacion de los niños, contra la erudicion presuntuosa y contra los pleitistas. Él mismo se complació en contarnos en su obra *Flöhhatz* un pleito entre las mujeres y las pulgas. Una obra meramente cómica, que áun hoy nos hace reir, es su *Podagrammisch Trostbüchlein* (Consuelo podágrico).

Pero *Fischart* fué áun más que satírico: él escribió la mejor narracion poética de su siglo, *Das glückhafft Schiff von Zürich* (La nave afortunada de Zurich), refiriéndose á la expedicion de la Sociedad de arcabuceros de Zurich, que embarcándose en Junio de 1576, llegaron en un solo dia á Strasburgo, llevando áun caliente á esta ciudad una polenta de mijo cocida en Zurich. Escribió tambien las dos mejores poesías didácticas del siglo XVI, titulándose

la una *Filosophisches Ehezuchtbüchlein* (El libro filosófico sobre el matrimonio), cuya primera mitad es una version de la doctrina de Plutarco acerca de la vida conyugal, miéntras la segunda es un tratado original en que el poeta pinta con la mayor delicadeza la dulzura y la paz del matrimonio, la actividad incansable y la mansedumbre de la *perfecta casada.* Una obra igualmente delicada, una joya literaria es su inspirada poesía *La Educacion cristiana de los niños.* ¡Ojalá la conozca Teodoro Guerrero, que hace propaganda tan poética en pro del matrimonio, y que como el que más ama á estas criaturas angelicales con cuyas sonrientes cabezas, destacándose del fondo de doradas nubes, los pintores cristianos representan la gloria!

¡Ojalá la conozca tambien mi estimada amiga la inspirada poetisa D.ª Faustina Saez de Melgar que, esclava del deber y madre cariñosa ántes que escritora, vive casi siempre en la soledad de su casa, atendiendo á la educacion de sus hijas, y no escribe sino para ellas, los ángeles de su vida, demostrando que la madre refleja la providencia y bondad divinas y es en el hogar doméstico como un poder que distribuye todos los beneficios, apoyándose sobre su corazon la familia como el sol sobre los odoríferos cedros del Libano!

¡Cuán linda, graciosa y serena es la poesía que

el vate aleman dedicó á la *Alabanza de la vida del campo!* ¡Cuán vigorosa y patriótica es su *Amonestacion severa á los queridos alemanes*, ese monumento imperecedero que él mismo se puso en el corazon de los que de buenos alemanes se precien!

¿Quién extrañará que un genio tan universal como el de Fischart haya producido tambien bellísimos *cantos religiosos?*

Despues de haber concluido su imitacion de Rabelais *El Catálogo de los catálogos*, y desempeñado desde 1585 el cargo de Alcalde de Forbach, murió en 1589, compartiendo con *Juan Sachs* la gloria de haber sido el escritor y poeta más fecundo del siglo XVI.

Y es imposible dejar de admirar aquel númen enérgico, aquel talento complejo y variado, aquella lira armoniosa que exhalaba los ecos más diferentes.

XXVIII.

Los poetas alemanes del siglo XVII.

Yo busco entre los poetas de mi patria un sentimiento religioso más entrañable, más profundo que el de *Pablo Gerhardt*, y me afano, y me afano sin resultado alguno.

Es verdad que Lutero entonaba los más inspirados cantos religiosos: es verdad que Klopstock tejió de oro y seda su obra para que brillase diamantina á traves de la historia. Pero nadie nos encanta por su tono verdadero de alegría cristiana, por sus cantos á la naturaleza, esa primera novia de sus ensueños; por sus cántigas á que la sencillez popular, unida á la perfeccion artística, imprimen el sello de lo universalmente valedero, y que se hicieron indispensables para la Iglesia protestante; nadie nos encanta por la fuerza viva de todas sus poesías más que *Pablo Gerhardt*, que queria dar testimonio de la conformidad de su espíritu con el de la Sagrada Escritura.

Pocos vates notables tiene la Alemania del siglo XVII, y para ninguno se ha abierto la *Walhalla.* Pero séame permitido hablar de algunas fisonomías poéticas de aquel siglo que tienen reputacion asegurada, y sobre todo, de *Pablo Gerhardt*, cuya gloria, como piadoso é inspirado vate de la Iglesia evangélica, como heredero del arpa de Lutero, no se graba en frágil pedestal, sino en el corazon de las generaciones, que es el granito donde esculpe la conciencia popular el nombre de los verdaderos bienhechores.

Pablo Gerhardt vivió en medio de los horrores de la guerra de los treinta años, que ciertamente le

habia herido en el fondo de su corazon sensible; pero si exceptuamos algunos versos que indican las amarguras de aquella época, buscamos en vano algo de individual en sus estrofas. Tampoco la paz, concluida despues de trascurridos treinta años de fratricidio, inauguró una nueva era, era de júbilo en su vida de poeta. Cantaba en 1648 una sola cancion en agradecimiento de la paz, pero ¡qué cancion de belleza tan noble! Podria sospecharse al fin que las desgracias del poeta, su conflicto con el Gran Elector á causa de su fe inquebrantable, hayan encontrado un eco en sus poesías. Tampoco; pero todas nos agradan por su expresion, su armonía, su luz; todos los ciento veinte cantos que nos legó producen el más puro goce poético, formando una coleccion completa, en que los unos se refieren á los acontecimientos variados de la vida terrenal, á la mañana y á la tarde, al año nuevo, á las galas del estío, pareciéndose estos cantos á paisajes amenos, miéntras otros, llenos de entusiasmo religioso, encierran los misterios de la fe, pareciéndose á plegarias que brotan del corazon, como la que empieza con las palabras *O Haupt voll Blut und Wunden* (¡Oh cabeza llena de sangre y de heridas!), aquella salutacion á los piés, á las rodillas, á las manos, al costado, al pecho y al corazon del Redentor; aquel Salve inspirado en el *Salve caput cruentatum* de San

Bernardo de Clairvaux; como el himno en obsequio de Manuel, príncipe de la vida, fuente de la gracia, flor del cielo, lucero del alba, hijo de la Vírgen, señor de los señores; y otros cantos, teniendo sus raíces en una inmediata experiencia de vida cristiana, derraman en el alma un consuelo profundo, como aquel canto acrisolado de la Iglesia alemana: *Befiel du deine Wege* (Encomienda tus caminos), como el himno atrevido y entusiasta en loor de la gracia divina que empieza con las palabras *Ist Gott für mich, wer mag wider mich sein?* (Si Dios está conmigo, ¿quién podrá estar en mi contra?), y el que empieza: *Ich singe dir mit Herz und Mund* (Yo te canto con el corazon y los labios), y el que empieza: *Sollt ich meimen Gott nicht singen?* (¿No debia cantar á mi Dios?).

Digna de sus cantos religiosos, en que, no como en los de Lutero, hablaba la comunidad, sino el individuo, fué la vida del poeta.

Nació *Pablo Gerhardt* en 1607, en Gräfenhainichen (en las cercanías de Wittenberg). Estudió la Teología en esta ciudad, y la necesidad de aquel tiempo tendria la culpa de que tuviera que esperar muchos años ántes de que obtuviese un empleo. Despues de haber unido su suerte á una mujer amada, á quien dió el nombre de esposa, fué nombrado párroco de Mittenwalde, y en 1657 recibió el car-

go de diácono de la iglesia de San Nicolás de Berlin.

Pero él, cuya arpa de oro producia sonidos armoniosísimos, que las almas entusiasmadas recogen y las generaciones admiradoras repiten, se vió en la capital de Prusia contrariado con un conflicto cuyos sonidos agudos áun hieren nuestros oidos. Era un conflicto del fiel luterano con su gobierno eclesiástico representado por el Gran Elector, rehusándose *Pablo Gerhardt* á firmar un reverso de paz con la doctrina de Zwingli: entónces fué degradado, y cuando, merced á las súplicas y peticiones de los ciudadanos y del Consejo de Berlin, fué restituido en su cargo bajo la suposicion tácita de que tambien, sin haber firmado el reverso, obedeceria á los edictos del Gran Elector, no aceptó esta condicion, sino que pasó dos años sin cargo alguno. Parece un destino trágico que tal conflicto haya nacido entre el autor del cántigo *O Haupt voll Blut und Wunden* y el esposo de la (1) que habia dotado á la Iglesia evangélica de la magnífica cancion: *Jesus meine Zuversicht* (Jesus, esperanza mia).

Dice la tradicion que el diácono poeta, cuando, degradado, escribió la cancion *Befiel du deine Wege* para consolar á su mujer, y que apénas la leyó de-

---

(1) Luisa Enriqueta.

lante de ella en una venta en que entró el matrimonio en su huida de Berlin, recibió la nueva de que la comunidad de Lübben (Lasacia baja) le eligió archidiácono. Pero en esta tradicion todo es falso. La mencionada cancion se conocia ya en 1656, y su mujer habia fallecido ántes de haber sido llamado á Lübben. Allí pasó siete años como predicador de la palabra divina, despidiéndose de la vida el 7 de Junio de 1676, y consolándose con las palabras: *Ninguna muerte puede matarnos*, que figuran en su cancion: *Warum sollt ich mich denn grämen?* (¿Por qué debia dolerme?) Encuéntrase su tumba en la iglesia parroquial de Lübben. Y para honrar al cantor de Cristo, la Comunidad colgó en aquella iglesia su retrato hecho de tamaño natural, en el que campea la inscripcion: *Theologus in cribro Satanae versatus* (Teólogo pasado por la criba de Satan).

Cantos religiosos llenos de verdadera piedad los debe la Iglesia evangélica tambien á *Simon Dach*, el jefe de la escuela de poesía de Koenigsberg. El encanto de sus composiciones consiste en el tono popular, y por éste se hizo inmortal la cancion erótica que escribió en el dialecto de Koenigsberg: *Anita de Tarau es la que me gusta.* Dice la tradicion que en aquella poesía el vate expresó sus propios sentimientos por una amada suya que, repudiando su amor, se enlazó con otro. Pero hoy se sabe que aquella

hermosa cancion pertenece al gran número de epitalamios que brotaron de la pluma elegante del bardo.

Nació éste en Memel el 28 de Julio de 1605, y falleció en Koenigsberg el 15 de Abril de 1659. Estudió la Teología en esta ciudad, y debió á una poesía que dirigió al elector Jorge Guillermo de Brandemburgo su nombramiento de profesor de poesía de Koenigsberg.

El que no llora no mama, dice un vulgar proverbio castellano, que se confirmó en nuestro poeta, quien despues de haber obtenido el profesorado de un modo tan fácil, probó otra vez su fortuna pidiendo al Elector en otra cancion le diese una tierra pequeña. Efectivamente la obtuvo, é impulsándole la mariposa de su genio, ora á besar la flor que abre sus pétalos al sol de la mañana, ora á correr por los campos poblados de aves canoras que ofrecen armonías divinas á las auras que arrullan la hoja del árbol donde se duermen un instante para continuar despues su eterno movimiento, hubiera disfrutado de esa *descansada vida* que tan dulcemente cantaba el maestro Luis de Leon, si no le hubiese perseguido la desgracia por la pérdida de sus más queridos amigos y por una enfermedad que en pocos años le llevó al sepulcro.

Al lado del cantor evangélico, *Pablo Gerhardt*, colocarémos al católico *Federico de Spee*, que, res-

pirando el aroma de las pintadas flores de nuestros campos, recogió el ritmo de sus estrofas en la música de la naturaleza, en la que todas las criaturas compiten en alabar á Dios, y que reuniendo el amor á la naturaleza y el amor al dulce Jesus, recuerda así á los *minnesinger* de los tiempos pasados como á los cantores evangélicos, pudiendo compararse tambien á los antiguos pintores alemanes, que con marcada predileccion pintaban sus santas figuras en medio de flores, de árboles y de fuentes, y rodeadas de pájaros miéntras brillaba el sol ó fulguraban las estrellas rodeando á la reina de la noche.

Nació *Federico de Spee* de una gente noble en Kaiserswerth, en 1591. Entró en 1610 en Colonia en la Compañía de Jesus. ¡Cuánto habia de sufrir ese trovador cristiano de amor tan profundo cuando los pleitos de hechizos le trajeron en sus círculos demoniacos habiendo de acompañar á doscientas víctimas de la supersticion, á doscientos inocentes á la hoguera! «El duelo por ellos ha encanecido mis cabellos», contestó al canónigo y despues elector de Maguncia, Felipe de Schönborn, al preguntarle éste por qué, no contando todavía cuarenta años, tenía ya la nieve en los cabellos. De aquel espíritu de amor de que brotaron sus poesías brotó tambien el libro en que combatia los procesos de

hechizos y que tituló: *Cautio criminalis, seu de processibus contra sagas liber.*

La vida entera del poeta jesuita se parece á un bellísimo canto religioso. Angel del consuelo, recorrió los lazaretos de Tréveris, y sucumbió de la peste en 9 de Agosto de 1635. Ave de paso, apénas nos ha dejado una pluma de sus alas; ruiseñor canoro, huyó de las sombras de este invierno terreno, para reposar tranquilo en la perpétua primavera del cielo.

Despues de su muerte salieron á luz en Colonia, en 1649, sus dulces poesías, flores amenísimas que brotaron entre las amarguras, y que se titularon *Trutznachtigall* (A pesar de los ruiseñores). Porque el poeta creyente que en éxtasis santo adoraba las maravillas de Dios en la naturaleza, se proponia cantar desafiando á los mismos ruiseñores.

Uno de los vates que por su sentimiento y por la forma noble de sus composiciones podria conciliarnos con el triste siglo XVII, es *Juan Scheffler*, que escondió su nombre bajo el pseudónimo de *Angelo Silesio.* Este poeta, que en sus cantos religiosos, publicados en 1657 bajo el título: *Alegría santa de las almas*, recuerda la poesía entrañable de Federico de Spee, y en sus sentencias tituladas: *El viajero querubínico*, representa la poesía del panteismo teosófico, nació en Breslau en 1624 y falleció en 1677

como consejero del Príncipe-arzobispo de aquella ciudad. Sus cantos religiosos se han conservado como joyas imperecederas en la iglesia protestante, aunque el cantor se hizo católico en 1653. Juan Scheffler cursó los estudios en Strasburgo, Leiden y Padua, graduándose de doctor en Filosofía y Medicina en la última ciudad. En 1654 se hizo médico de la córte del emperador Fernando III y entró en 1661 en la Orden de los Menores, siendo consagrado de sacerdote en el mismo año.

Así como hemos citado al jesuita Federico de Spee, debe mencionarse tambien como lumbrera de nuestro cielo al de la misma órden *Jacobo Balde*, cuyo genio verdaderamente poético tomaba su vuelo en la lengua latina, siguiéndole sólo á disgusto al idioma germano. Sus poesías latinas, que atraen y seducen, asegurando á su autor el nombre del Horacio cristiano, dan prueba de su amor á la patria y á la humanidad. Ofreció tambien las coronas más bellas á la Madre del Amor hermoso. Nació Jacobo Balde en Ensisheim (Alsacia) en 1603; se hizo jesuita en 1624 en Munich, y más tarde predicador de la córte del Elector de Baviera. Murió en Neoburgo (Palatinado) el 9 de Agosto de 1668.

Como jefe de la *primera* (1) *escuela de los poetas*

---

(1) Hay dos *escuelas de poetas de Silesia* en el siglo XVII:

de Silesia, como el que en el siglo XVII ejerció una autoridad incontestada sobre casi todos los poetas alemanes, como el que se hizo modelo de la *forma* tambien para los siglos siguientes, pero no como verdadero poeta, debe citarse á *Martin Opitz*, el vate coronado por el emperador Fernando II, el autor de la obra *Von der deutschen Poeterei* (El arte poético de los alemanes), que saliendo en 1624 se hizo el canon de nuestra *métrica*, pues él enseñó á los poetas alemanes á medir las sílabas, miéntras en los dos siglos anteriores se habian limitado á contarlas. Sólo desde él puede hablarse en la métrica alemana de jambos y de tróqueos. Nació *Martin Opitz* en Bunzlau (Silesia) en 1597, y murió en 1639. Brillaba tanto su gloria, que Pablo Flemming, ese genio privilegiado, le llamaba «el Píndaro, el Homero, el Ovidio de nuestros tiempos.» No obstante esos elogios, murió como poeta; pero vive como descubridor de nuestra prosodia, miéntras brillan á su lado como jefes de la escuela de Silesia el lírico *Pablo Fiemming* y el dramático *Andres Gryphius*,

---

la primera, ó la mayor, cuyo jefe fué *Opitz*, y la segunda, ó la menor, cuyos jefes fueron *Cristian Hofmann de Hofmannswaldau* y *Daniel Gaspar de Lohenstein*, cuyos nombres son idénticos con la exageracion de lo patético llevada hasta lo absurdo. Les puso un correctivo *Cristian Weise*, como jefe de una escuela de versificadores frios y prosaicos más que de poetas.

Pablo Flemming nació con la lira en la mano para cantar todas las apariciones de la vida, las alegrías y los dolores, el amor y la amistad, en el extranjero la nostalgia, el amor á su patria desventurada, y despues de su regreso á ésta, cantos llenos de ira patriótica, que recuerdan los *Sonetos acorazados* de Rückert. A él, cuya lira tenía así acentos de dulce resonancia como sonidos valientes, le llenaba el sentimiento orgulloso de que jamas las sombras del olvido velarian su nombre, aunque el sudario de las tumbas cubriese sus restos. Nació en Hartenstein (Silesia) en 5 de Octubre de 1609, de un cura protestante. Visitó la escuela de Misnia y estudió Medicina en la Universidad de Leipzic, obteniendo ya cuando estudiante el honor de ser coronado como poeta. Acompañó á la embajada del duque Federico de Gottorp á Moscow y á Persia, y ántes de salir para el país de Firdusi, cantó la cántiga *In allen meinen Thaten* (En todas mis hazañas, etc.), que brilla como perla en la corona de la Iglesia evangélica. Así como

«Un hombre de corazon
Sintió, ó presumió sentir,
En Cádiz, repercutir
Un beso dado en Canton», (1)

---

(1) Don Ramon de Campoamor.

el corazon patriota de *Flemming* sintió repercutir en la lejana Persia cuanto sucedia en la patria. El sueño de la muerte le sorprendió en la mañana de la vida, cuando vuelto de sus viajes le sonreia todo, cuando se proponia casarse con su novia. Murió en Hamburgo en 2 de Abril de 1640.

Con el alegre *Flemming*, el cantor de las ilusiones queridas de la juventud que bordan de caprichosos fantasmas el mundo de las quimeras, contrasta *Andrés Gryphius*, que, consagrando más de un pensamiento al cementerio, lamenta melancólicamente la instabilidad de nuestra existencia, esa marcha de la humanidad á un fin, ese acabar de la vida á proporcion que los soles gastando van la máquina de nuestro cuerpo. Las poesías del vate, que, alimentando este desprendimiento por las miserias terrenales, mantenia viva su ambicion por lo eterno, son reflejos de su vida de pruebas y de amarguras.

Como dramático, marca *Gryphius* una época en nuestras letras, pudiendo considerarse el autor de *Cardenio y Celinde* cual padre de la tragedia artística alemana. Sus tragedias rimadas contienen un elemento verdaderamente trágico, pero pecan por lo innatural y lo difuso de las exclamaciones, por lo hinchado de la frase, por lo exagerado de lo horrible, y más que ellas se recomiendan sus comedias, distinguiéndose por la pintura viva de la rea-

lidad, por el vigor de la accion, por el acierto en el dibujo de los caractéres. Citarémos su comedia *Pedro Squenz* como sátira contra los torpes cómicos populares, y á su *Horribilicribrifax* como sátira contra los capitanes fanfarrones de la guerra de los treinta años.

Nació *Andres Gryphius* en Grossglogau (Silesia) el 11 de Octubre de 1616. Huérfano de padres á los doce años de edad, y privado de sus bienes por su mismo padrastro, fué expulsado de su patria por las tempestades de la guerra. Continuó sus estudios de las lenguas clásicas en Fraustadt, y cuando allí la peste hizo estragos, en Danzig, de donde en 1636 pudo volver á Silesia. En 1637 fué coronado como poeta por el conde palatino imperial Jorge de Schönborn, en cuya casa entró como preceptor, y que le hizo noble, sin que jamas el interesado ni sus descendientes hubiesen usado de su ejecutoria. Despues de la muerte de su protector salió en 1638 para Leiden, donde dió conferencias hasta sobre la Anatomía, pero una grave enfermedad interrumpió su actividad. Despues de haber viajado por Francia é Italia volvió en 1647 á Fraustadt, y recibió en 1650 el cargo de síndico de Glogau, que desempeñó hasta su muerte, acaecida en 16 de Julio de 1664.

El siglo XVII produjo un epigramático eminente,

Federico de Logau, un hidalgo de Silesia, que escribió 3.553 epigramas relativos á las locuras de su tiempo, distinguiéndose por la verdad del sentimiento y por lo gráfico de la expresion. Nació el gran epigramático en 1604 en Brockgut, y murió en 1655 en Liegnitz.

Como satíricos del siglo XVII mencionarémos á *Juan Baltasar Schupp*, el Abrahan de Santa Clara, protestante, que nació en Giessen en 1610 y se hizo predicador en Hamburgo, donde falleció en 1661, y al alsaciano *Juan Miguel Moscherosch*, que viviendo desde 1601 á 1669, imitó en sus *Sueños de Filandro de Sittewald* los *Sueños de Quevedo*, aplicándolos á las relaciones alemanas de su siglo. Llama la atencion en aquella obra la pintura de la vida soldadesca de la guerra de los treinta años.

En esta guerra el genio de la desgracia desplegaba las ennegrecidas alas sobre el solar aleman; pero á ella se debe tambien la novela más preciosa del siglo, el *Simplicísimo*, que recuerda la humorística contemplacion del mundo que se admira en el autor inmortal del *Quijote.* El mayor poeta aleman del siglo XVII, hecha abstraccion de los cantos religiosos de Pablo Gerhardt y otros, es *Juan Jacobo Cristóbal de Grimmelshausen*, el autor de *El Aventurero Simplicísimo*, que es la encarnacion poética de aquella guerra infausta. No hay pintura más

encantadora que la vida rústica y solitaria del *Spessart*, donde encontramos al héroe de la famosa novela como simple pastorcillo. No hay pintura más fiel que la de los campamentos y guerrillas en que toma parte *Simplicísimo.* Esa es la más cumplida, pero no la única produccion del Sr. de Grimmelshausen, pues escribió otras dos novelas autobiográficas relativas á dos compañeros de *Simplicísimo*, una mujer: *La archibribona Courage*, y un soldado, *El extraño Springinsfeld.* Si el goce estético en los dos complementos de Simplicísimo es escaso, admiramos, sin embargo, una vez más el arte del ingenioso autor en retratar del modo más vivo los personajes y las relaciones que produjo la más terrible de las guerras. Otra preciosa novela suya titulada *El Maravilloso nido de pájaro*, consiste en dos partes, formando la primera una serie variada de bosquejos y la segunda una narracion contínua, y seduce por la fantasía viva y exuberante y por el buen humor felicísimo del vate.

Este nació en Gelnhausen cerca de los años de 1625. Ya á los diez años de edad se hizo soldado, desarrollándose en la vida guerrera de aquellos tiempos el humor amable y sano de que dan prueba sus novelas. Más tarde desempeñó el cargo de alcalde de Renchen (Selva Negra), donde falleció en 17 de Agosto de 1676.

XXIX.

Bodenstedt, conocido bajo el nombre de Mirza-Schaffy.— Herbart.— Espinosa.

Federico Bodenstedt, el poeta aleman que tiene el sentimiento más delicado de la poesía oriental y de sus sentencias de oro y que les da reforma poética en la lengua germana; el vate cuyos ritmos tan alegres y anacreónticos conocidos por el nombre de *Mirza-Schaffy*, el maestro de Tiflis, se hicieron desde hace años nuestros compañeros indispensables, acaba de verter sobre nuestro camino las rosas de Schiras, los cantos del vate persa *Hafis*, el de los labios de azúcar, que, siendo contemporáneo del Dante, no tenía como éste un evangelio abundante de ira y de lágrimas, sino un evangelio de la alegría, una filosofía serena, el culto de las damas, y fué enterrado bajo rosas. Desde que Goethe publicó su *Divan oest oriental*, los alemanes ilustrados conocieron el nombre de *Hafis*, cuyas poesías habian traducido al aleman José de Hammer-Purgstall y Vicente de Rosenzweig, pero ni el bardo olímpico de Weimar, ni Rückert, el patriarca de Neusess, ni Daumer, lograron con sus versiones alemanas popularizar entre nosotros, de la misma

manera que lo son Homero y Shakspeare, al poeta de Schiras, cuya gloria ha sobrevivido ya quinientos años; no lo lograron, porque no pudieron perseguir por la auptosia las huellas del inmortal persa. Si Hafis, que vivia cuando en Alemania resonaron las postreras canciones de los Minnesaenger, hubiese usado de la lengua germánica, ¿cómo habria hablado? ¿Como Goethe? No lo creo. ¿Como Daumer? No. ¿Como Rückert? Quizás. ¿Como Bodenstedt? Seguro.

El Hafis de Bodenstedt no parece sino el hermano gemelo del Mirza-Schaffy del mismo poeta aleman, siendo el uno el complemento del otro. Nadie tenía las condiciones que Bodenstedt para unir su espíritu con el del vate persa y para ofrecernos, como fruto sabroso de aquel comercio, poesías tan semejantes al original, como aquellos anillos maravillosos de la fábula referida por Nathan el sabio en el drama de Lessing. Pues Bodenstedt, que es á la par orientalista y artista, habia empezado por hacer una verdadera maravilla literaria: conociendo el amor de los alemanes á lo extranjero, á lo exótico, habia entretejido en su obra *Mil y un dias en el Oriente*, una coleccion de poesías orientales, atribuyendo aquellas perlas preciosísimas á un vecino de Tiflis, Mirza-Schaffy que habia sido su preceptor en la lengua tártara. Y aunque José de Ham-

mer-Purgstall decia sonriendo: «No existe, ningun vate de nombre Mirza-Schaffy, pues éste es el mismo Bodenstedt», se creian productos del cantor de Tiflis aquellas poesías deliciosas que, demostrando que los goces de la vida, del vino y del canto se anidan tambien bajo el turbante, embellecian desde hace cinco lustros nuestro paso por este valle de lágrimas. Pero el autor de aquellas composiciones, que respiraban los perfumes del Oriente, no era sino el hijo de un pueblecillo del reino de Hannover, nuestro Federico Bodenstedt, que vió la luz en Peine en 22 de Abril de 1819. Ya desde su octavo año tenía aspiraciones artísticas: empezaba á dibujar y á pintar; pero nadie apreció tales talentos en aquel pueblecillo. Y esta fué la época en que el espíritu del vate Grabbe se encontraba nublado por la demencia, y poeta y artista parecieron para los compatriotas de Bodenstedt sinónimos de vagabundo ó de loco, y el jóven Federico concluyó avergonzándose de su vocacion de poeta, y se dedicó al estudio de las lenguas. Despues llegó al Oriente, dirigiendo en Tiflis un establecimiento pedagógico y dando despues lecciones en el Gimnasio de la misma localidad, y allí trató á Mirza-Schaffy, que le explicó los cantos del poeta Hafis y que se hizo su preceptor en la lengua tártara, que aprendia á causa de una obra etnográfico-histórica que se propuso

escribir bajo el título de *Los pueblos del Cáucaso.* Salió aquella obra, que contenia ya algunas poesías originales de su autor, en 1848, pero al verla impresa la detestó de tal modo, que él mismo la confiscó comprando todos los ejemplares.

En Viena donde Bodenstedt vivia en 1848, nacieron muchas canciones suyas, llamadas *Mirza-Schaffy*, que, formando un ramillete bellísimo, hicieron una fortuna extraordinaria y le acreditaron cual sabio orientalista, que habia sabido sacar un tesoro tan precioso como la literatura oriental, y segun la opinion general, cual excelente traductor. Así durante veinticinco años, la gloria de haber creado aquellas estrofas orientales que en su tejido rítmico recuerdan los motivos de las decoraciones con que la arquitectura árabe, repitiéndolas siempre, adorna las paredes y los frisos, recaia en una persona extraña, Mirza-Schaffy, miéntras el autor verdadero, el trovador aleman de cuyo pecho habian brotado aquellas canciones tan frescas que se tradujeron hasta al hebreo, ruso y bohemio, se contentaba con el papel modesto de traductor. Pero sin aquella estratagema de sustituir á su nombre el de su maestro tártaro, Bodenstedt no hubiera alcanzado reputacion tan grande, pues sucedia que las poesías firmadas por él mismo hallaron sólo juicios críticos como el siguiente: « Bodenstedt es

un hombre de talento, pero jamas alcanzará la genialidad de su maestro Mirza-Schaffy.» Por fin, un consejero de Estado ruso y distinguido orientalista, el Sr. Berger, que estaba al frente del gobierno de Tiflis, hizo una excursion por Alemania donde por do quier oia encomiar los versos inimitables de Mirza-Schaffy. «¿Quién es? ¿Es el preceptor del Gimnasio de Tiflis?»—preguntó el víajero.—«Sí.» —«Pero aquel preceptor no ha escrito en su vida poesía alguna, que yo sepa.»—Y despues de haber vuelto á Tiflis, pidió á todos los literatos de su gobierno le comunicasen si existian composiciones poéticas de dicho profesor. Las investigaciones tenian por resultado el demostrar que habia sólo tres poesías, pero tales, que Bodenstedt no hubiera podido aprovecharlas para su libro.

Mirza-Schaffy, pues, el tan célebre vate oriental, es el aleman Federico Bodenstedt, que se complacia en disfrazarse de oriental. Y hoy, el mismo poeta teutónico que por tantos años fué considerado sólo cual traductor, preséntase únicamente como tal en la version de Hafis, y al oir aquellos acentos alemanes, con los cuales están en armonía completa, cual sonidos de un mismo instrumento, las tradiciones todas que ha dejado tras sí la vida del poeta persa, pudiera exclamar éste: «Si no fuese Hafis, quisiera ser Bodenstedt.»

Hafis, el dervis, no cantaba sólo en poesías ditirámbicas el vino cual oro flúido, cual bebida tan roja como el rubí, sino que lo bebia tambien en los círculos de confianza. Ama la vida, pero sabe resignarse tambien con la voluntad divina. Es pesimista, sí, pero su pesimismo es el de los espíritus nobles que, conociendo las dolencias del género humano y las imperfecciones terrenas, han de aspirar á un estado ideal detras de la cortina del mundo. Es el cantor inspirado de la amistad y llora por aquellos de quienes les separa el espacio, casi como si hubiesen muerto; despues dice: «Oí una palabra hermosa que pronunciaba el anciano Canaan (1), diciendo: No hay nada que pueda expresar el dolor de la ausencia. Hasta los horrores del juicio supremo que pinta el predicador, no son más que una parábola pálida, comparada con el dolor de la ausencia para la verdadera amistad.»

Para caracterizar al Mirza-Schaffy de Bodenstedt y á Hafis, dirémos que el primero se contenta con la dicha terrenal, con las guirnaldas del verjel de la tierra, miéntras el segundo, á pesar del amor y del vino, á pesar de las gallardas rosas y de los albos azahares, á pesar de los dulces ruiseñores, no

---

(1) Alude á lo que decia Jacob al encontrarse separado de Josef.

se siente en la tierra sino cual peregrino pasajero; y en las poesías del vate que todos los dias, en su casa de Schiras, recitaba de memoria ante sus discípulos el Coran y á la tarde se alegraba con el cántaro hirviente, no haciendo nada que redundase en detrimento de sus prójimos, se refleja una vida rica en experiencias y pruebas amargas. Los fanáticos ascéticos que habian perseguido al cantor de Schiras durante su paso por la tierra, querian negarle hasta un entierro honroso. Segun el uso de aquel país, al surgir una contienda como ésta, ha de decidir el Coran, al que se debe traspasar con una aguja, para que se aplique el verso que la aguja toque por último. Pero entónces querian que aquel procedimiento no se verificase en el Coran, sino en el libro de cantos del mismo Hafis, y ¿quién pinta su sorpresa al ver que la aguja toca la *gacela* más alegre y más arrogante de éste; pero que concluye con las palabras: «No obstante todos sus pecados, Hafis entrará en el paraíso?»

Decidió aquella conclusion de la suerte de los restos mortales del poeta, y, en vez del padron que le habian destinado sus enemigos, le fué erigido un magnífico monumento en un arrabal de Schiras.

Pasemos de este monumento á otros dos que se han levantado en nuestros dias, el uno al filósofo Herbart, el otro á Espinosa.

En los tiempos antiguos, en la juventud de la cultura humana, se erigian monumentos visibles á lo léjos, que anunciaban el lugar donde se habia cavado un pozo, y se entonaban cantos sublimes para celebrar la nueva fuente de agua viva. Los héroes del espíritu ¿qué han hecho sino cavar pozos del conocimiento? Nos cumple, pues, celebrarlos, y levantar en honra de su memoria monumentos, como señales de aquellos pozos del saber.

Celebraba Alemania la memoria de uno de estos héroes al levantarse en Oldenburgo, el 4 de Mayo de 1876, la estatua del filósofo Juan Federico Herbart, con motivo del primer centenario de su nacimiento. El profesor Lázarus, encargado de pronunciar el discurso en honor de aquel ilustre hijo de Oldenburgo, que para buscar en bien de todos la verdad armónica, tomaba sobre sí la carga pesada de los problemas, trabajos y penas del pensador, y que, despues de haber sido catedrático en Koenigsberg y Goettinga, murió el 14 de Agosto de 1841, le pintaba cual aristócrata de la inteligencia, de cuyos libros brotaba la palabra llena de gracia prodigiosa; cual filósofo distante lo mismo del calor que del frio, pulsando en su espíritu un calor de vida siempre igual y templado, y ostentando en sus escritos una quietud olímpica; cual maestro, que volvia á los Kant y Leibnitz; cual sucesor de Fich-

te, colocado al lado de los Schelling y Hegel en el período clásico de Alemania, en medio de una pléyade de poetas productivos y de pensadores fecundos; cual filósofo, que de la psicología hacía una ciencia; cual pedagogo, que mostraba como fin más noble y más puro de la educacion formar el carácter, corroborar la voluntad moral, ensanchar los intereses del hombre, dar al espíritu nutricion sabrosa y movimiento verdadero, producir en el ánimo calor y profundidad, ennoblecer el alma por el conocimiento de la verdad eterna, y santificarla por la verdad del infinito.

El mismo Herbart decia, al hablar del gran Kant: «Ocuparse constantemente de las obras de un grande hombre; hé aquí el género de honores que debe tributársele. Todos los otros los excusa.» Eso dirémos tambien respecto del filósofo cuyos rasgados ojos se atrevieron á sumergirse en los abismos del infinito, conociendo todo ser pasajero y fugaz sólo como manifestacion de la sustancia eterna é infinita, y que encendió primero la antorcha que asieron despues los Leibnitz, Kant y Schopenhauer. Eso dirémos respecto á Benito de Espinosa, en cuyo honor, con motivo del segundo centenario de su muerte, se verificaron en 21 de Febrero de 1877, en el Haya, diferentes actos, abrigando los amigos del filósofo la esperanza de que en breve se colocará tambien la

primera piedra de su estatua, á la cual contribuyeron con sus recursos hombres de todos los países cultos.

Es cosa *espinosa* hablar del filósofo que lleva el mismo nombre de Espinosa, y que han llamado «el príncipe de los ateos»; pero apoyándome en el testimonio de tantos genios eminentes, acometeré empresa tan árdua.

Habia transcurrido casi un siglo entero despues de la muerte de este filósofo tan desconocido y tantas veces ultrajado, hasta que el inmortal Lessing pronunció las palabras: «No hay más filosofía que la de Espinosa.» Y sabido es tambien que el espíritu de Goethe halló su grandiosa tranquilidad en las ideas de Espinosa, mostrándole en la variedad del mundo de las apariciones la unidad y la eternidad del *Dios-Naturaleza;* y sabido es que á Espinosa le debia Herder grandísimos impulsos; que Schleiermacher no podia ménos de admirar su grandeza espiritual y moral; que Schelling ensalzaba su genio feliz; que Hegel le proclamaba cual padre del pensamiento moderno, y que Novalis llamaba «ebrio de Dios» á quien ántes se habia creido ateo. Jacobi exclamó: «Tal quietud de espíritu, tal cielo en la mente como este clarísimo ingenio se creaba, los habrán disfrutado pocos. ¡Bendito seas, gran Benito! Aun cuando te hayas equivocado de palabra al

filosofar sobre la naturaleza del Sér altísimo, no te equivocaste en la esencia, porque su verdad era en tu alma y su amor era tu vida.» Podria decirse que los alemanes le han descubierto; él es como el hijo adoptivo de Alemania. Hé aquí lo que de él decia Schleiermacher en un momento de verdadera inspiracion: «Penetrábale el gran espíritu universal; el infinito era su principio y su fin; el universo era su único, su eterno amor. Estaba lleno de religion, lleno del Espíritu-Santo, y por eso está solo y sin rival, maestro en su arte, descollando sobre el gremio profano, sin discípulos y sin naturaleza alguna.» Pero ésta se la da la Holanda elevando su estatua, que será como el punto que une su genio á la tierra, y la imágen del dulce y apacible filósofo, el modesto cuanto esforzado Espinosa, que no buscaba la gloria, estando seguro de que la gloria le buscaria á él, y á quien ni las promesas más brillantes, ni el anatema lanzado contra él por la sinagoga, pudieron detenerle para que no confesase lo que habia reconocido cual verdad sirviendo para siempre como modelo hermoso de las almas que abrazan la causa de la humanidad, y que, renunciando á todo reconocimiento temporal y personal, aspiran sólo á ver aumentado el reino del Eterno. Por lo tanto, España, que no ha perdido el precioso tesoro de sus creencias—por lo cual la felicito con to-

do mi corazon,—aunque no seguirá el atrevido vuelo del filósofo, á quien algunos consideran como el genio que con su peregrino dón de profeta ha determinado por anticipacion el trabajo del espíritu de las generaciones venideras, buscando la fórmula libertadora, la llave mágica que abrirá el mundo de la unidad del espíritu y de la naturaleza; España, digo, consagrará siquiera un recuerdo al pensador que, encontrándose á la edad de veinticuatro años separado de la comunidad y de su familia, preferia continuar su libre investigacion, y sustentar su vida puliendo lunetas, ántes que aceptar una pension que le impusiera el deber de encerrar en sí propio el resultado de sus estudios; España no podrá ménos de recordar á aquel de quien dijo Leibnitz, que le habló en El Haya: «Habia algo español en su rostro»; á aquel que, procediendo de la raíz hebráica que tan alta significacion obtiene en la historia intelectual de la Península, de la raza cuya historia social, política y religiosa escribió mi amigo D. José Amador de los Rios (1), representaba la divinidad de la

(1) Permítaseme una breve digresion para deplorar una inmensa desgracia. Apénas se ha cerrado la tumba de *don Patricio de la Escosura*, el reputado autor de *La Córte del Buen Retiro*, cuando el 17 de Febrero de 1878 ha desaparecido de la vida el amigo cuyo nombre acabamos de citar, el que cultivó con éxito igual la historia, la literatura, la crítica filosófica, la arqueología, la poesía lírica, épica

manera más poderosa, más majestuosa, más sublime, como la condicion de toda existencia y de todo pensamiento; y que al decir esto se inspiraba quizás en la antigua sabiduría de los hebreos.

Segun dice su contemporáneo Colero, Espinosa era delgado de cuerpo, de estatura mediana, de fisonomía regular, de tez morena, de cabellos y cejas negras; siendo el tipo de un judío español. Para su vocacion, consagrada á las más sublimes aspiraciones humanas, preparóse en el mayor retiro, y sin embargo, ó quizás por eso, el cuento ha rodeado su solitaria existencia de adornos románticos. Su amor apócrifo lo refiere Bertoldo Auerbach, en su novela *Espinosa, una vida de pensador;* y llamamos apócrifo aquel amor, porque su objeto, la hija del señor Van den Ende, tenía entónces apénas once años. Quizás tan poco fundamento como aquella aventura amorosa, tiene la tradicion de que un judío atentase contra la vida del filósofo á la puerta de la Sinagoga, pues no es probable que Espinosa haya visitado

---

dramática, el arte y la biografía; el cuya celebridad perpetuarán más de 50 tomos en 4.º de 600 páginas, figurando entre sus producciones *La Historia crítica de la literatura española*, y su última obra *La Historia social y política de los judíos en España y Portugal*, que selló la reputacion que Amador de los Rios disfrutára como crítico y pensador.

el templo durante su conflicto con la comunidad judía.

Benito de Espinosa nació á 24 de Noviembre de 1632 en Amsterdam, capital de la jóven república neerlandesa, y era hijo de un acomodado mercader judío. Los hebreos de orígen español, siguiendo una tradicion constante que se extiende hasta la época de Carlo-Magno, cifraban su orgullo, áun despues de su expulsion de la Península, en ocuparse en la literatura rabínico-teológica de la Edad Media, y en participar de la cultura científica de su tiempo, y aunque su nueva patria, los Países-Bajos, les ofrecia una atmósfera más libre, continuaban profesando amor á las costumbres y la lengua de su patria antigua. Así Benito, teniendo una educacion del todo hebraica, se ocupó ya en edad temprana de la literatura bíblica del Antiguo Testamento, del estudio del Talmud y de la literatura hebraico-teológica de la Edad Media, ofreciéndole ésta, en su aplicacion de la filosofía aristotélica á los problemas teológicos, poderosos impulsos al pensar filosófico. Ya entónces habia aprendido las lenguas clásicas, en las cuales despues se perfeccionaba, gracias á las lecciones del médico ilustradísimo Sr. Van den Ende, que habia despertado en el jóven pensador el interes por las ciencias naturales, que le acompañó toda su vida, segun demuestra su correspondencia

con distinguidos naturalistas y su conocimiento del arte de pulir lunetas, que está en la conexion más íntima con los grandes descubrimientos que desde principios del siglo XVII ensancharon la esfera de la Astronomía, «ese código de millares de mundos y de millones de edades, que viven en el espacio y se continúan en el tiempo», y es probable que aqnel arte, que más tarde habia de servirle para sustentar su vida, lo aprendió en edad temprana.

Ya, cual escolar de la Academia rabínica, dudó de la autoridad del Talmud, y se hizo el terror de sus compañeros por su atrevida crítica de la Biblia, y sus estudios de las Matemáticas y de la Física le separaron tanto de las doctrinas de la Sinagoga, que en 1656 fué excomulgado. «Aquella excomunion, dijo el orador que en 21 de Febrero último, ante una asamblea escogida de admiradores del filósofo reunidos en el Palacio de las Artes y Ciencias del Haya, con asistencia del Príncipe Alejandro, hijo del Rey de los Países-Bajos, pronunciaba un discurso en honor de Espinosa, aquella excomunion fué como si el huevo acusase de ingratitud al pájaro por haber salido de él: el huevo habia sido necesario á su hora; pero despues fué un estorbo y debió romperse.» Y el mismo orador añadió: «Excomulgado por la Sinagoga de Amsterdam, se vió obligado á crearse una mansion espiritual fuera de

la morada que le rechazaba. Profesó las mayores simpatías al cristianismo; pero temió su disciplina, y por eso no abrazó la religion cristiana.»

Su contemplacion del mundo verifícase en medio de la lucha que á la sazon se habia encendido, sobre todo en los Países-Bajos, entre los representantes de la escolástica científica y eclesiástica y los partidarios de la filosofía cartesiana, y por eso se explica la polémica, á veces apasionada, que se encuentra en sus escritos; pero pronto le vemos alcanzar aquella libertad del espíritu y aquella tranquilidad del alma que hasta muchos adversarios suyos no podian ménos de encomiar. Desde 1656 hasta su muerte, es decir, durante más de veinte años, consagróse á la filosofía, retirándose á la soledad de la resignacion y haciendo la vida de un sabio y de un santo, ora en Rhinsburgo (cerca de Leiden), ora en Voorburgo (próximo al Haya), ora en el Haya. Estudió la filosofía cartesiana, cuyos principios expuso en un libro que en 1663 publicó en Amsterdam su amigo el médico Luis Meyer. Pero su *Tratado acerca de Dios, el hombre y la bienaventuranza*, que se descubrió en 1862, demuestra que Espinosa no fué jamas cartesiano, y por lo tanto que no desarrolló su propia contemplacion filosófica desde el sistema cartesiano, sino que se valió de los ensayos de aquel filósofo sólo para dar á su propio pensar la

forma científica comprensible para su tiempo. No tenía aún treinta años cuando trazó el plan del *Tratado* mencionado, que no es más que su primer ensayo de presentar el sistema del mundo bajo el sistema de una ética. Pero su obra principal, titulada *La Ética*, guardóla inédita hasta su muerte, adivinando la explosion que habia de producir. Por amor á la quietud, porque temia que la actividad académica le arrastrase á las luchas de los teólogos, quitándole el ocio y la fuerza necesarios para consagrarse á la libre investigacion de la verdad, y quizás tambien por miedo de que el resto de su vida apénas bastára para llevar á cabo su obra cardinal, rechazó la cátedra de la Universidad de Heidelberg, que le ofreció en 1673 el Elector del Palatinado, Cárlos Luis. Guardando su noble y altiva independencia, fijó su domicilio en 1670 en el Haya, donde su dulce y tranquila vida de filósofo, que gastaba cada dia sólo un real, y que meses enteros no abandonó su cuarto de estudio, se parecia á un idilio deslizándose en una casa situada en el *Pavilioengragt*, tan silenciosa, que apénas se oyó su último suspiro.

En cuanto á sus obras, se limitó á publicar anónimo en 1670 su *Tratado Teológico-político.* Su *Ética* la publicó en 1677 su amigo Luis Meyer despues de la muerte del autor, y segun éste lo habia

mandado, poniendo en la portada del libro sólo las iniciales de su nombre. *La Ética* de Espinosa no es sólo una enseñanza para vivir una vida moral y filosófica, sino que contiene tambien las doctrinas del filósofo relativas al mundo. Comprender el universo en su grandeza inalterable, en sus leyes constantes, hé aquí la verdadera satisfaccion de que, segun él, puede participar el hombre. Deriva cuanto en el mundo aparece de una causa primera que todo lo abraza y que todo lo conserva, la divinidad, sustancia infinita que tiene atributos infinitos, de los cuales el hombre no puede conocer sino dos, el pensar y la extension. Respecto de aquella sustancia dice Espinosa: «Es propio de su naturaleza desarrollarse por una infinidad de atributos modificados de una manera infinita.» Lo finito es una limitada modificacion de los atributos de Dios, siendo los cuerpos una modificacion del atributo de la extension, y los espíritus una modificacion del atributo del pensar. Así como el mar está produciendo siempre ondas nuevas, que pronto nacen y perecen, preséntase Dios perpétuamente en nuevas apariciones fugaces. El *espinosista* se considera, pues, cual miembro pobre y humilde, y sin embargo, cual miembro necesario de la Divinidad eterna. Puesto que todo depende del Eterno, aquel poder que está por encima de todo lo pasajero, la salud verdadera de la vida

no consiste sino en la inclinacion hácia la Divinidad, inclinacion que Espinosa llama «amor á Dios», y que es sujecion absoluta á la necesidad. La Divinidad de nuestro filósofo no es la de la dogmática teológica, y el sentimiento de comunidad del ánimo humano con aquella Divinidad ha de quedar sin ser correspondido, porque el individuo no es nada en comparacion con la causa divina, y el sér infinito no entra en relaciones limitantes con lo individual. Y sin embargo, éste halla ya en la comprension de lo divino una fuente de verdadera bienaventuranza, segun lo demuestra la vida del mismo Espinosa. Aquel mayor bien, dice el filósofo de Amsterdam, se alcanza sólo por la ciencia, cuyo órgano es la razon. Las cosas deben ser comprendidas segun su esencia eterna, sin atender á su utilidad ni á su significacion para el hombre, ni á su estimacion como buenas ó malas, ni se las debe sonreir ni llorar, sino comprender, como si se tratase de líneas, triángulos ó círculos. Así aplica Espinosa á su *Ética* el método geométrico, el género de especulacion que reina en las matemáticas, y haciendo eso, pagaba un tributo al carácter científico de su edad, pues á la sazon estaba el peso del conocimiento en las matemáticas.

A primera vista parece dura la tésis de Espinosa al negar la diferencia entre lo bueno y lo malo como

cualidades morales, pero se mitiga aquella dureza cuando en vez de ideas teológicas ponemos ideas derivadas de la nocion de la naturaleza. Segun Espinosa, es bueno, respecto de las cosas de la naturaleza, todo lo que pertenece á su esencia; y respecto del hombre, todo lo que mejora su sér, su verdadera naturaleza, y malo lo que la estorba. Consiste la verdadera naturaleza del hombre en el último grado de su desarrollo en conocer el Universo; y por lo tanto, es bueno cuanto contribuye á elevarle á aquel último grado. Y de aquel conocimiento cumplido del Universo se deriva tambien una moralidad, una ética que forma el asunto de un sistema especulativo. Pero si la naturaleza toda es una manifestacion de la esencia divina, ¿cómo podria el hombre, siendo una parte de la naturaleza, pretender para sí la libertad de la voluntad, puesto que está sujeto á las leyes de la naturaleza? Hé aquí la contestacion de Espinosa: cada sér está sujeto á una doble legislacion, la de la naturaleza general y la de su naturaleza propia. En cuanto el hombre obra segun las leyes de su naturaleza propia, se hace libre, siendo libre tanto más cuanto desarrollando su conocimiento alcanza una independencia siempre más grande de influencias perturbadoras. El desarrollo de nuestro conocimiento es, segun Espinosa, una peticion moral, y puesto que su contem-

placion entera del mundo tiene por corona ese hecho moral, bien pudo llamarla *Ética.*

El lector puede ver una crítica del sistema de Espinosa en un libro que el Sr. Teodoro Camerer acaba de publicar en Stuttgart, 1877, bajo el título de *La doctrina de Espinosa.*

Voy á citar á continuacion algunos párrafos del discurso pronunciado en 21 de Febrero en el Haya: « Para él, lo mismo que para Descártes, el Universo no era sino extension y pensamiento; la química y la fisiología faltaban á esta grande escuela demasiado geométrica y mecánica. Ajeno á la idea de la vida y á las nociones relativas á la constitucion de los cuerpos que habia de revelar la Química, y encerrándose aún demasiado en las expresiones escolásticas de sustancia y de atributos, Espinosa no llegaba á este infinito vivo y fecundo que nos muestra la ciencia de la naturaleza y de la historia presidiendo en el espacio sin límites á un desarrollo siempre más intenso... Espinosa no veia de un modo claro el progreso universal; el mundo, segun él lo comprende, parece cristalizado, como si dijéramos, en una materia que es la extension incorruptible, en un alma que es el pensamiento inmutable; encontrándose perpétuamente enfrente del infinito, no percibia bastante cuánto de divino se oculta en las manifestaciones relativas; pero mejor que nadie

veia la identidad eterna que sirve de fundamento á todas las evoluciones pasajeras. Todo lo que es limitado le parecia fútil é indigno de ocupar á un filósofo. En su vuelo atrevido alcanzaba las cumbres más sublimes cubiertas de nieves, sin tener siquiera una mirada para la flor de vida lozana que se cria en el declive de la montaña. A la altura donde cualquier pecho, ménos el suyo, empieza á jadear, él vive, él goza, como lo hace el comun de los mortales en las blandas regiones templadas. Lo que él necesita es la atmósfera de los bancos de hielo, con su rudeza penetrante. No quiere que se le siga á aquellas cumbres; es como Moises, á quien se revelan en las alturas de la montaña secretos desconocidos para el vulgo; fué el vidente de su edad y á su hora ha visto del modo más profundo á Dios.»

Mas el que tan solitario vivia en aquellas cumbres cubiertas de nieve, bajaba tambien á la sociedad humana para aplicar á ella sus principios. Así lo hizo en su *Tratado teológico* en que determinaba de una parte los límites entre la ciencia y la religion, de otra los límites entre ésta y el Estado. Segun Espinosa, la verdadera unidad de religion es la tolerancia. El Estado ha de amparar los derechos de todos, y forma parte del goce de la vida que las leyes aseguren tambien á cada cual el derecho de usar su propio juicio. La misma libertad que

se requiere para la actividad científica es indispensable en la religion.

Estas son las teorías de Benito de Espinosa. Habrá errado en los pormenores de su filosofía, pero se formó una idea tan sublime de la Divinidad, que no puede negarse que ésta le llenaba, le penetraba y le inspiraba.

He tratado de hacer justicia al gran pensador sin ofender los sentimientos religiosos de la nacion española.

XXX.

El Conde Guillermo de Schaumburgo-Lippe.

Gloria de la nacion que tanto ha contribuido á emancipar el alma humana con sus dos obras capitalísimas, con la reforma y con la filosofía, y gloria tambien del pueblo lusitano, que le tributó homenajes como á su *Gran Conde*, como al reorganizador de su ejército y á su capitan victorioso, fué el *Conde Guillermo de Schaumburgo-Lippe*, á quien Scharnhorst honraba llamándole un hombre de luz, de quien dijo el filósofo aleman Moíses Mendelsshon: «El que tenía el alma más griega en cuerpo westfálico, amaba tanto las ciencias como las grandes

hazañas», y de quien dirémos nosotros que no tenía en el sitio del corazon más que el escudo de la patria.

En la iglesia parroquial de Bückeburgo, córte alegre del hoy principado de Schaumburgo-Lippe, campea la inscripcion: *Religionis, non estructurae exemplum*, que podria aplicarse tambien al héroe de nuestro artículo, porque éste, que tomaba por modelos á los severos varones de la antigüedad romana, y que tenía por divisa indeleble la de «Abnegacion hasta la muerte», no brilló por el esplendor exterior, sino por su grandeza innata, á que debe un puesto de honor en la *Walhalla.*

Honra del siglo del gran Federico de Prusia, cuya alma es todavía el alma de la moderna Alemania, el *Conde Guillermo*, que por su ánimo, por su voluntad poderosa y por su gran talento, hubiera sido digno de estar al frente de un reino, pertenece á una gloriosa estirpe que data su abolengo desde el insigne Wittekindo, que desde tiempos inmemoriales habitaba el país situado entre la selva Teutoburguesa y la montaña llamada Deister, la parte más pintoresca de Westfalia, en la que alternan los bosques, los campos, las praderas, los pueblos, deslizándose entre ellos las ondas tranquilas del Weser. Pero no embalsamaron la cuna del Conde las auras de aquel país idílico, sino que Guillermo nació al rumor de las olas del Támesis, viendo la

luz el 9 de Enero de 1724, en la capital en que Inglaterra ofrece la grandeza del más vastísimo imperio del mundo. Su padre fué el Conde Alberto Wolfgang, bizarro general al servicio de Holanda, escritor distinguido y hombre ingenioso, que amaba los placeres y los goces materiales de la vida, y su madre, la Condesa de Oeyenhausen, era hija del rey Jorge II de Inglaterra y de la Duquesa de Kendal. El primer idioma que aprendió Guillermo fué el inglés. Ya á los dos años de edad perdió á su madre, y dos años despues, su padre, que en 1734 contrajo segundas nupcias, tomó las riendas de su pequeño Estado. Dedicóse á educar á Guillermo y á su hermano mayor el Sr. Dusfresny, miéntras las lecciones del célebre Calandrini, referentes á la fortificacion y á la artillería, se hicieron para Guillermo una suerte de práctica filosófico-militar. Despues de haber terminado sus estudios en las Universidades de Leiden y de Montpeller, y despues de haber hecho una excursion por Francia, Alemania é Inglaterra para perfeccionar su educacion, Guillermo entró de alférez en 1742 en la Guardia Real de Inglaterra.

Cuando murió su hermano mayor, regresó cual Conde hereditario á Bückeburgo, para participar poco despues de la guerra de sucesion al trono de Austria, distinguiéndose en la batalla de Dettin-

gen, y cual voluntario perfeccionó su instruccion militar en Italia. Su diario, que aún existe, da testimono de las nobles aspiraciones, como del talento del ilustrado Conde, llamando la atencion, no sólo el texto, sino los excelentes dibujos. Vuelto al castillo de Bückeburgo, no pudo acomodarse bien á esfera tan estrecha, disgustándole, ademas, la vida algo licenciosa de su padre, y á poco el Conde, que asombraba á todos por ese consorcio peregrino de sangre fria y de pasion, de delicadeza y de afecto, dirigió otra vez su rumbo á Italia en busca de aventuras y peligros, y para conocer las eminencias de su época, hasta que por la muerte de su padre, acaecida el 24 de Setiembre de 1748, se vió llamado al frente del gobierno de su Estado.

Pero no dió todavía por terminado su aprendizaje, sino que recibió poderosos impulsos en el arte de la guerra en la córte del gran Federico, donde vió satisfechas tambien sus inclinaciones filosóficas, siendo ademas nombrado miembro de la Academia Real de Ciencias de Berlin, y estudió el arte y las antigüedades de esa tierra de la Poesía, de la Escultura y de la Pintura, que, aún despues de la Roma de los Pontífices y de los Césares, tiene la pintoresca Nápoles, la española Palermo, la artística Florencia, Génova soberbia, Milan digna de ceñir una corona, y la poética Venecia; en «esa tierra

privilegiada, sólo semejante en hermosura á la antigua Grecia, cincelada desde los Alpes á los Abruzos, como una joya del Renacimiento, ó como un templo de la Jonia, donde á cada paso veis el resplandor de lo ideal en sus revelaciones más espléndidas, en la hermosura y en el arte» (1).

Por fin, en 1751 fijó su residencia en Bückeburgo, y adivinando las tempestades de guerra que pasarian pronto por el cielo político de Europa, dedicóse á hacer de su pequeño territorio un estado militar, y de su castillo una fortaleza. Cual aurora de un gran principio de los tiempos venideros aparece el *servicio militar obligatorio*, que introdujo el Conde Guillermo, saliendo en eso, no sólo de un punto de vista militar, sino tambien de economía nacional, pues él obligaba á sus súbditos á no entrar á servir en otros Estados, sino con permiso, y miéntras en los demas ejércitos la gente habia de quedarse bajo las banderas arbitrariamente, los suyos regresaron á sus hogares despues de trascurridos seis años de servicio, recibiendo ya ántes licencia para ausentarse de su cuerpo por alguna temporada. Y tanto más apreciaban la reforma del Conde, cuanto que se les trataba con una cortesía severa que contrastaba con la manera indigna con que se

---

(1) Castelar.

vió tratada la mayoría de los demas ejércitos. Los breves y enérgicos artículos de guerra del Conde respiraban un espíritu verdaderamente romano. Lo que hace grande y poderoso á un ejército no es la forma, sino el espíritu. Eso lo reconoció Guillermo, que sabía inspirar á los suyos una fuerza de que daban pruebas en la guerra de los siete años, ese duelo gigante entre el Norte germano y protestante y el Sur católico-romano, no sólo de Europa, sino tambien del mundo colonial; esa guerra en que la causa del gran Federico era la de Alemania, y en que el Conde Guillermo, el de la estatura alta, el del sombrero grande y el de la espada pequeña, figuraba cual general de la artillería al lado del príncipe Fernando de Brunswik, tomando parte en 1758 en la batalla gloriosa de Crefeld, y en el año siguiente en la de Minden. Como único general de los ejércitos aliados que conocia á fondo la guerra de sitio, mandaba en 1759 el de Marburgo y de Munster, y en 1760 el de Wesel.

No olvidaba por sus deberes, como general de la artillería, los que tenía como soberano. Ignoramos si practicó esta máxima del difunto rey Víctor Manuel: «Hay dos cosas que un *galantuomo* no niega nunca: un ramillete á una señora y una cruz á un caballero»; pero lo cierto es que recompensaba del modo más liberal cada mérito de sus soldados, dan-

do á algunos un campo, edificando á otros una casa y colocando una tabla conmemorativa en el fróntis de la morada de quien se hubiere distinguido por un gran hecho de armas.

De repente se abrió al Conde un campo, lejano sí, pero vastísimo para su gran talento. Francia, viéndose vencida en la guerra continental y perdiendo ademas gran parte de sus colonias, hizo una convencion con la España de Cárlos III, y ésta rompió con la córte de Portugal amenazando á aquel país, que á la sazon era directamente protegido por Inglaterra, hasta suministrar dos tercios de sus necesidades; de modo que un golpe contra Portugal habia de herir sensiblemente al comercio británico. Y miéntras el gran Marqués de Pombal se habia dedicado á aumentar el bien intelectual de su pueblo y á animar el comercio y la industria, sirviéndole de impulsos á las reformas que produjo su genio y su actividad hasta la más terrible calamidad nacional, el terremoto de Lisboa, la fuerza militar del país se encontraba en el estado más triste. Inglaterra, que mandaba á los portugueses un socorro de 8.000 hombres, ofreció al Conde Guillermo el mando del ejército portugués, que ya, merced á los esfuerzos del Marqués de Pombal, se elevaba en Abril de 1762 desde 20.000 á 40.000 hombres. Movido por la mbicion que emana del sentimiento de

su fuerza y por el ardiente anhelo de prestar grandes servicios á una causa grande, aceptó Guillermo la oferta de Inglaterra y el título de general en jefe que le confirió el rey D. José Manuel de Portugal, y apareciendo cual primer capitan en el teatro de aquella guerra, despues de haber tomado parte en seis campañas cual segundo capitan, resumió en su persona el carácter universal de las luchas gigantes de la era federicana. Desde su llegada á Portugal empezó á forjar y á afilar la espada con que se proponia vencer al enemigo: aumentaba en la oficialidad el sentimiento del honor, y obligaba á todos á obedecer sus mandatos con la mayor puntualidad.

Daré al lector un ejemplo de ambas cosas: viendo en el banquete con que le obsequiaba el jefe de un regimiento de Lisboa á uno de los capitanes que acababa de figurar en la parada, desempeñando despues, y de uniforme, con la servilleta en la mano, un cargo bastante humilde, el Conde Guillermo le mandó sentar á su derecha, tratándole con la cortesía más exquisita. Otro dia interrumpió una comida que en su tienda daba á los oficiales, con el mandato repentino de ponerse en pié y de seguirle. Apénas habian salido de la tienda, cuando estalló una mina que secretamente habia mandado preparar, y que hubiera muerto á quien hubiese tardado un

minuto á obedecer sus órdenes. Así los enseñaba á todos á obedecerle en seguida.

Ya á mediados de 1762 habia librado al territorio lusitano de los invasores españoles que no tenian ocupadas todavía más que dos plazas fronterizas, y pronto celebró el triunfo de concluir una paz tan honrosa para Portugal, como lo fué la de Hubertusburgo para el gran Federico. En testimonio de reconocimiento, el Rey de Portugal le agració con el título de *Alteza Serenísima.* Pero no se contentaba Guillermo con haber salvado á Portugal por el momento, sino que circundó á Lisboa de fortificaciones, fundó en Elvas el fuerte llamado de *Lippe,* segun el nombre del fundador; instituyó una escuela de Artillería y de Ingenieros; dedicóse á instruir la tropa en un gran campamento de ejercicio; mandó hacer por trescientos ingleses treinta navíos de guerra, y sólo despues de terminadas todas esas medidas entregó el ejército al Marqués de Pombal, y regresó á la patria, á cuyo servicio puso despues sus fuerzas todas, hasta su postrer aliento. ¿Quién enumeraria todas las instituciones benéficas que le debe su condado? Fomentó la agricultura; introdujo seguros contra incendios, y fundó cajas de ahorros para los menestrales. Pero sobre todo llaman la atencion las medidas militares por las cuales armaba á su país, haciéndolo un modelo para la

Alemania entera. Monumentos de su gloria son la fortaleza de Wilhelmstein y la Academia militar que en ella fundó, y que tuvo por alumno al insigne artillero Scharnhort, reorganizador del ejército prusiano en 1807. El mismo Conde examinaba á los que querian entrar de cadetes en la Academia, y lo que hizo en 1807 su escolar más ilustre, Scharnhorst, no fué más que la realizacion de lo que llenaba su alma juvenil en el solitario Wilhelmstein, gracias al ejemplo y á las lecciones del gran Conde.

Este terminó en Marzo de 1765, en la soledad del castillo de Baum, su opúsculo titulado *Principios sobre la guerra defensiva en Portugal;* en 1768 dió á la estampa sus *Ejemplos de la historia de la guerra para contribuir á la ilustracion del soldado;* en 1769 escribió su *Manual de cañoneros*, á que siguieron en 1773 sus *Memorias relativas á los ejercicios de meditacion militar*, y en 1775, *Memorias para servir al arte militar defensivo.* Conste que cuanto escribió Guillermo, inspirándose siempre en sentimientos de noble humanidad, se refiere á la *guerra defensiva.*

No ménos que la guerra y la economía nacional lo tenía ocupado el arte, sobre todo la música. El encanto de su vida fué su esposa, una parienta suya, la Condesa María de Lippe-Biesterfeld, con la que se habia enlazado á los cuarenta y un años de edad. Pero ¡oh dolor! la esencia divina de esa azucena

modesta y preciada, que el aura llenaba de olor celestial, se la llevó pronto un arcángel del cielo á la santa mansion del Eterno. ¿Los muertos no son los verdaderos hijos de Dios? Murió la que fué un ángel, abandonando en la tierra, pero sólo por breves años, á su esposo inconsolable. Este subió al cielo de la inmortalidad el 10 de Setiembre de 1777. Fué enterrado en medio de un robledo cerca del castillo de Baum en la pirámide en que descansan tambien los restos mortales de su dulce compañera.

En el epitafio trazado por él mismo brillan las palabras:

EL PROGRESO HÁCIA LA PERFECCION ES ETERNO.

Su busto lo guarda la *Walhalla*, y en el friso de mármol del monumento que la capital de Prusia erigió en honor de Scharnhorst se ve á éste recibiendo la espada de mano del Conde Guillermo.

Efectivamente, en las llamas del Conde Lippe encendió su antorcha el venidero reformador del ejército prusiano, y los ardores que él llevó desde el Wilhelmstein arden en los altares de la patria alemana, cual fuego sagrado del servicio militar obligatorio.

Dice bien el mayor prusiano Maximiliano Jähns:

« Si lo mismo que existe una química *astronómica* (*análisis espectral*) hubiera tambien en la psicología

de los pueblos una química para examinar los lúcidos fenómenos del mundo espiritual, respecto á las materias que en ellos arden, se descubriria en la llama del noble entusiasmo bélico de 1870, que dió orígen al nuevo imperio aleman, aquel metal ardiente que se llama *Guillermo de Lippe.*»

XXXI.

Los pintores Federico Preller y Felipe Veit.

Un gran artista, uno de los primeros y más originales de Alemania, que enriqueció el arte germano con una de sus concepciones más nobles, el maestro de la pintura del paisaje ideal, que por alma de su arte tenía lo heroico, lo sublime, y que recordaba los más eminentes artistas germanos de la Edad Media que salieron de la disciplina severa de la profesion, ha pagado há poco el comun tributo á la naturaleza. Pero no es de la muerte la victoria. Vamos á la orilla de su fosa para que los gusanos de la tierra den testimonio de la persistencia de nuestro cariño que merecia quien, como el hijo de Turingia, el alumno de Cárlos Augusto, el protegido de Gœthe, *Federico Preller*, era de los se-

res más armónicos, siendo sus obras como la imágen de su esencia, como un pedazo de él propio, teniendo la sangre de fuego de los italianos y la solidez del Norte, y pareciéndose él, cuando anciano de canas y de negros ojos ardientes á una venerable figura homérica, á Laertes, ó á Nestor, ó á otro héroe de su poeta favorito, cuya *Odisea* pintaba en un ciclo de grandiosos paisajes historícos, acompañando al protagonista de aquella gran epopeya de la nostalgia desde su salida de Troya hasta el momento en que vió otra vez á su anciano padre Laertes, acompañando á Odiseo á traves de sus luchas con moradores bárbaros de costas lejanas y con cíclopes rudos y pérfidos, y desde la maga astuta Circe á los horrores del infierno, á la isla de Calypso, á la isla encantadora de los feacos, á su entrevista con la princesa Nausicaa, y por fin, á su patria Itaca.

La sencillez de los antiguos era en el ilustrador de la *Odisea* esencial. Era el menor de edad de aquella soberbia generacion de artistas romano-germanos que, empezando con Mengs y Carstens, nos conquistaron un arte nuevo, á que los Cornelius y Overbeck, Wächter y Schik, Koch y Schnorr, Führich y Veit prestaron un esplendor inmortal, y en que se distinguieron tambien los Genelli y Rahl; era el último caballero de la contemplacion ideal del

arte, que en el retiro de su actividad modesta, en el silencio rodeado de los dioses, se levantaba á las alturas de los clásicos de la pintura.

Pero no parecia al principio que *Preller* pertenecia á tan ilustre falange. Hijo de un confitero de Eisenach, donde nació en 25 de Abril de 1804, habia pasado las horas que le dejaba libres la escuela, en los bosques de Turingia para hacerse cazador, aunque tenía tambien gran aficion á dibujar.

Una mañana de primavera de 1823 paseábase en el parque de Weimar delante de la casa llamada *Romana*, que encierra tantos recuerdos de Gœthe, un hombre de alta estatura y de ojos claros, saludando por septuagésima cuarta vez la época floreciente de la primavera, época en que forman las aves en la copa del árbol el nido que ha de cobijar sus amores, época en que los corazones sienten más necesidad de amar, y fijando á veces su mirada en la cercana *casita* rústica donde hacía largos años habia pasado él tambien su primavera de amor. De repente un jóven, teniendo en la mano un cartapacio, acercábase al anciano que le dijo: «Espera un momento, ya te anunciaré al Serenísimo.» Y un rato despues se abrió la puerta, y los dos entraban en el cuarto, inclinándose respetuosamente ante un caballero vigoroso, aunque anciano, que estaba cerca de una ventana.

«Permítame, Serenísimo, presentarle al jóven pintor de que le he hablado», dijo el compañero del jóven, y entre éste y el magnate se entabló la siguiente conversacion:

«¿Eres tú quien ha pintado el paseo por trineo sobre la nieve que figuraba en nuestra Exposicion?» Sí, Serenísimo.—¿No quieres salir de aquí?— Quisiera ir al Tirol, pero me faltan los recursos.— ¿O quisieras ir á los Países-Bajos?—Con sumo gusto, pero para eso tambien me falta el dinero.— ¡Pobrecito!—contestó el caballero,—eso será cosa mia. Véte á tu casa, arregla tu hatillo, pues mañana saldrémos.» Con eso se concluyó la audiencia.

Los ancianos de que acabamos de hablar eran el duque de Sajonia Weimar, Cárlos Augusto, y Gœthe, unidos por la amistad, la benéfica amistad que es sublime como el amor, y cuyos encantos resplandecen en el alma sensible, como brilla en el cielo la apacible viajera de la noche, y abre el corazon á los tiernos afectos, como abre el blando céfiro el boton á los rayos acariciadores del dorado sol, y aquel jóven era nuestro *Federico Preller.*

Al dia siguiente verificóse el viaje á los Países-Bajos. El duque iba en un coche viejo, que no tenía siquiera techo, y cuando llovia, envolvíase en un largo capote de húsar, apretaba sobre la frente su bonete verde, que llevaba siempre, y dejaba á la

lluvia hacer lo que quisiera. En el segundo carruaje se hallaba su séquito. El viaje, si bien no era cómodo, fué provechoso é instructivo, pues el generoso príncipe dedicaba á su alumno una atencion verdaderamente paternal, mandando hacer alto cuando habia que ver algo interesante; y cuando el jóven cayó enfermo en Gante, le prodigó los cuidados más tiernos, difiriendo el viaje quince dias hasta que se hubo restablecido. Por fin llegaron á Amberes, donde Federico fué entregado al director benemérito de la Academia de Bellas Artes Mr. Van Bree. En los dos años que el jóven aleman pasó en aquella escuela, estudió el arte antiguo, el cuerpo humano y el tecnicismo de la pintura al óleo; y en 1825, gracias á un estipendio del duque, dejó la llanura flamenca por la Lombardía, en cuyos bellísimos lagos conoció por primera vez la grandeza de la naturaleza meridional.

En 1827 llegó á la patria de todos los verdaderos artistas, la Ciudad Eterna, donde gozó del trato de los Thorwaldsen, Cornelius, Overbeck, Steinle, Führich, Genelli, Rietschel y Semper, y donde ejercitaba sobre él la mayor influencia su modelo y compañero el paisista insuperable José Antonio Koch, el primero que, no aspirando á producir en sus paisajes efectos de luz ni de aire, ni queriendo llamar la atencion por la vegetacion, reducia el pai-

saje á su base orgánica, el terreno. En 1831 salió Preller para Nápoles, prestándole Sorrento y Capri muchos motivos para dibujos, y allí comprendió completamente la verdad y belleza de la *Odisea*, no dejando de poblar en sus pensamientos aquellas orillas encantadoras con las figuras homéricas. Siendo ya un artista consumado, volvió en 1831 á Weimar, pero su protector, el duque, no se encontraba más entre los vivos, y si el mismo Gœthe no pudo familiarizarse bien con el estilo noble de los estudios italianos de nuestro pintor, no es de extrañar que los otros weimaranos no hayan comprendido las tendencias estéticas del que habia trocado su existencia ideal de Roma con la vida modesta de un maestro de diseñar en la ciudad del Ilm. Pero ¡qué satisfaccion tan indecible habia de experimentar el artista cuando un apasionado de las artes y amigo suyo, el doctor Härtel, le confirió el salon de su nueva casa de Leipzic para que lo adornase con paisajes históricos! Así tuvo ocasion de dar cuerpo á los cuadros que llenaban su alma desde su estancia en el mar Tirreno, y desde 1832 á 1834 pintó al temple aquellos siete cuadros referentes á la *Odisea*, que son los principios de la obra principal de su vida, y nos embelesan con un esplendor y una frescura juveniles que los hacen una aparicion encantadora. Pero siendo vistos sólo raras veces por hallar-

se en una casa privada, y siendo aún ménos comprendidos, no popularizaron el nombre de su autor; que despues de haber contraido matrimonio, habia de volver durante veinte años á los paisajes de la escuela de Ruisdael y de Everdingen, si no queria ver á su familia en la miseria.

Hasta cuando el gran duque de Sajonia-Weimar le encargó de adornar la sala de su palacio consagrada á Wieland, con escenas tomadas de las obras de dicho poeta, no logró llamar la atencion, y la amargura empezó ya á consumir sus fuerzas. Pero una mujer, cuya mision es de consuelo y de gloria, una mujer que dice á todos, y siempre: « Paz y esperanza á los corazones generosos », es el más hermoso presente que el cielo puede hacer á los hombres. Así fué la compañera de Preller. Ella le alentó para que llevase á cabo lo que estaba siempre en sus labios, la representacion cíclica de la *Odisea*. Y en 1855 empezó á hacer aquellos dibujos que, refiriéndose al poema inmortal del cantor griego, produjeron en 1858 en la Exposicion histórica de Munich un efecto mágico.

Jamas la union orgánica entre el paisaje y las figuras salió tan bien como en aquellas composiciones excelentes, las joyas más hermosas del arte moderno, la mejor encarnacion de la epopeya helénica, ese canto prodigioso de peregrinaciones que pre-

sentan á nuestros ojos el más variado escenario.

En el arte de Preller la naturaleza alcanzó una especie de vida histórica, participando de los sucesos del mundo de los hombres. A él, que hasta entónces habia vivido en las sombras, le sonrió á la edad de cincuenta y ocho años, por primera vez, el sol de la fortuna, viéndose honrado por el nieto de Cárlos Augusto, el gran duque Cárlos Alejandro, con el encargo de pintar al fresco en una sala del nuevo Museo de Weimar los paisajes de la *Odisea*. Rejuvenecido por la fortuna, pasó dos años con su familia en la patria antigua de lo bello, diseñando en Olevano y Capri los estudios más hermosos para todos los detalles de sus composiciones.

Así como los frescos de *Rottmann* (1) introdujeron en Alemania el paisaje histórico, *Preller* fundó con los suyos el paisaje heroico, y miéntras aquél nos ofreció en sus cuadros un retrato idealizado, creó éste una poesía libre que, hermanándose con las figuras y acontecimientos míticos de Homero, no forma un conjunto sino con ellos, tomando los

---

(1) Los veintiocho frescos de Cárlos Rottmann, figurando paisajes itálicos y distinguiéndose por su composicion grandiosa y la belleza de las líneas, ornan las arcadas del Jardin Real de Munich, miéntras sus encáusticas, llenas de efectos pictóricos, representando paisajes helénicos, se encuentran en una sala expresamente establecida para ellas en la Pinacoteca de Munich.

detalles de la naturaleza. Es interesante observar en las composiciones de Preller el cambio de la esencia y estilo del paisaje conforme á la variedad infinita de acontecimientos. Los frescos en que vive el genio de Homero los guarda Weimar como perlas del arte, miéntras de los diez y seis cartones originales se precia el octógono del museo de la misma Leipzic, que treinta años ántes no hizo caso de las primeras figuras del mismo pintor, respecto tambien á la *Odisea*, y ahora recuerda con orgullo haber sido la cuna de tan bellas creaciones.

Para comparar los diferentes cuadros de Preller relativos á la epopeya homérica, dirémos que sus diez y seis cartones muestran una vida dramática más libre, un tiempo más rápido en la accion, un cambio más animado en la atmósfera, una mayor predileccion á la tempestad que los ensayos de Leipzic, y que en la manera con que trata el ambiente se revela el influjo de la naturaleza septentrional.

Pero en la obra de última mano, en los frescos de Weimar, vemos el cielo del Sur, mostrando el mar y la tierra aquella hermosa claridad de forma y de movimiento propio de la naturaleza itálica. Y si en la segunda concepcion observamos cierta precipitacion en la accion, así en los hombres como en los elementos movibles del paisaje, nos encanta en la tercera la solemnidad del movimiento; las figuras

son más nobles y forman grupos de mayor importancia, y las olas tienen una expresion más serena.

No sólo en Weimar y Leipzic pueden admirarse las creaciones del maestro, sino que los círculos más dilatados se encantan con ellos, gracias á la publicacion cuya tercera edicion vió la luz en Leipzic en 1877, conteniendo cuarenta composiciones originales de Preller, juntas con la traduccion de la *Odisea* por Voss.

Ademas del poema homérico, que le tenía ocupado desde 1859 á 1869, mencionamos la ingeniosa y noble composicion que hizo con motivo de la muerte de su amigo Genelli, cuya vida de artista representaba en un friso.

Volviendo otra vez á Italia, creó allí, y despues en Weimar, gran número de hermosas composiciones referentes á la Biblia y á la *Iliada.*

En Abril de 1878 la poblacion de Weimar erigió un nuevo túmulo al lado de las tumbas de sus finados ilustres, pues el 23 de dicho mes murió *Federico Preller*, uno de los últimos alemanes en que se derramaba un rayo del sol de Gœthe. Murió sin dolor alguno, sin presentir su fin.

Descansa en paz, venerable anciano, á cuya memoria consagramos el homenaje de nuestro duelo. Duerme tranquilo sobre tu lecho funerario, donde encontrará reposo tu cuerpo, miéntras que tu alma

asciende á la region de inmensa luz. ¡Ojalá no se extinga contigo entre nosotros el arte de la pintura de paisajes ideales! Fuiste feliz, porque conseguiste madurar el plan de tu juventud, llevándolo á cabo en lienzos monumentales, y como si la antigüedad misma hubiese querido aplaudir tu empresa de prestar nueva vida á sus concepciones ideales, salieron á luz desde una noche de largos siglos, miéntras tú estabas trabajando en Roma, las más antiguas pinturas de paisajes referentes á la *Odisea*, mostrando su comparacion con las tuyas, que sólo tú supiste pintar á la perfeccion la epopeya siempre jóven, en cuyas páginas respira el aliento de los dioses, la primavera brillante de los hombres y el cielo trasparente de Grecia.

Sólo pocos meses sobrevivió *Preller* á su compañero de Roma, el campeon del arte y de la belleza cristiana, *Felipe Veit*, que, teniendo por modelos á los antiguos florentinos, tan llenos de sentimiento y de calor, se inspiraba en la eterna fuente, y cuya paleta sublime celebraba el triunfo de la religion, sabiendo representar tambien con la mayor libertad de contemplacion el escudo de Aquíles de que habla Homero. Murió en Maguncia el 18 de Diciembre de 1877; cogiendo aún en sus postrimerías, á semejanza de sus amigos Cornelius y Overbeck, el carbon para trasladar al lienzo los serafines que en el Em-

píreo moran, y que transfiguraban ya el semblante del artista moribundo. No fué viejo, porque llevaba en sí la juventud de Dios. Un eminente artista aleman, el Sr. Steinle, ha caracterizado bien á Cornelius, el de la mente clara, á Overbeck, el de la profunda devocion contemplativa, y á Veit, que unia la clara mente á la delicadeza más profunda en la expresion del sentimiento en un dibujo ideado despues de la muerte de Veit, en el que se ve á los tres maestros volviendo los ojos á la Vírgen con el Niño en su viaje á Egipto.

Nació *Felipe Veit* en Berlin en 1793, de un banquero judío, y de Dorotea, hija del filósofo Moises Mendelssohn. Despues de haber disuelto su primer matrimonio, siguió ésta con sus dos hijos Juan y Felipe á su segundo esposo el poeta Federico Schlegel á París, donde los trataba el apasionado de las artes Sulpicio Boisserée. Felipe visitó desde 1809 á 1811 la Academia de las Bellas Artes de Dresde, pasando despues á Viena, y participó como voluntario, primero como cazador del cuerpo de Lützow, y despues como coracero prusiano, de la campaña de 1813 contra Francia, tomando parte tambien en la entrada triunfal en París. Despues peregrinó á Roma, donde hallaba almas hermanas que sentian lo que su alma sentia, uniéndose á Cornelius, Overbeck y Guillermo Schadow por la amis-

tad más pura, ese destello de Dios, ese genio del bien, ese faro de la vida, esa union que, como el amor, ennoblece el alma y es santa como la virtud. Uniéronse los cuatro amigos para pintar al fresco la vida de Josef para los salones del palacio Zúccaro, perteneciente al cónsul prusiano Bartholdy, pintando Veit la tentacion de Josef por Putifar y la representacion alegórica de los siete años pingües, en la que se ve la más alegre abundancia. Para el Marqués Massimi pintó frescos referentes al *Paraíso* del Dante, y volvió á la Iglesia católica, siendo uno de sus lienzos más soberbios el retrato al óleo de su confesor Martin de Noirlieu, que tiene una expresion parecida á los retratos que salieron de la mano maestra de Alberto Durero.

El pintor caballero que habitaba en Roma el cuarto piso del antiguo palacio Guarniere, en el sitio más alto del monte Pincio, se casó en 1820 con la hija de su casero, el escultor Pulin. Carolina — así se llamaba la jóven — unia á las gracias exteriores, á la hermosura que como la esmeralda hace bien á la vista, haciéndonos sentir la armonía, las cualidades del espíritu y del corazon, tacto seguro, sano criterio y virtudes domésticas. Dicen que Veit fué entónces una alta belleza oriental de aspecto severo, y en el retrato que él mismo hizo de su persona aparece su semblante como imágen embelle-

cida del rostro feo, pero ingenioso, de su madre.

Siendo católico, no pintaba sino asuntos de la Sagrada Escritura. Entre las obras principales que hizo despues de haber aceptado en 1830 la vocacion de dirigir el Instituto de Städel de Francfort, mencionarémos las *Dos Marías en el Sepulcro del Señor*, cuadro de colorido claro y de la armonía más pura; el *Descanso de la Sacra Familia*; el *Magnificat*; el encuentro entre María Santísima y Santa Isabel, y el fresco representando la *Introduccion de las artes en Alemania por el Cristianismo*, figurando de un lado Italia, coronada de lauro, y del otro Germania, coronada de encina. Encuéntrase aquel fresco en el nuevo edificio del Instituto de Städel. Para la sala imperial de las Casas Consistoriales de Francfort, llamadas *Römer*, donde se verificaba la eleccion de los emperadores, y donde el emperador coronado celebraba un banquete con los electores, hizo el carton representando á Arnulfo y á Luis el Niño, y pintó á Othon el Grande, Federico II y Enrique VII, y el gran retrato de Carlo Magno.

Cuando el Instituto de Städel compró el conocido cuadro de Lessing, *Huss ante el Concilio*, Veit, sintiéndose ofendido en su conciencia católica, dejó la direccion de dicho Instituto, trasladando su estudio á la *Casa alemana* de Sachsenhausen, adonde le siguieron sus discípulos Rethel, Ihle, Ballenber-

ger y Settegast. Allí pintó para el *Duomo* ó catedral de Francfort la Asuncion de María, y para el rey Federico Guillermo IV de Prusia una repeticion de sus dos Marías en el sepulcro de Nuestro Señor, y la parábola del piadoso samaritano, en la que representaba al mismo Jesus salvando á un herido que yacia al borde de un abismo, miéntras pasaban sin apiadarse de él Moises y Aaron.

En 1853 trasladó su domicilio á Maguncia, donde el cabildo de la catedral le encargó de adornarla con frescos. El número de éstos sube á treinta, representando diez y ocho la Pasion de Nuestro Señor. Todos son bellísimos, y sobre todo producen un gran efecto *La Presentacion de Jesus en el templo*, *Jesus bendiciendo á los niños*, *La Concion del Monte* y *La Transfiguracion de Jesus*. Los cartones los hizo Veit, dirigiendo la ejecucion de los frescos su yerno el pintor Settegast. En Maguncia nació tambien el hermoso cuadro al óleo de Veit *El Bautismo del Señor en el Jordan*, y entre lo más bello que salió de sus manos figura el gran cuadro al óleo *La Exposicion de Moises*. Poco tiempo ántes de morir el maestro hizo su mismo retrato: ya ostenta, en vez de la hermosa cabellera de la juventud, la nieve de la ancianidad; pero ha conservado el fuego de sus ojos negros y la expresion caballeresca del que, cuando jóven, fué un caballero en pro de la liber-

tad, del que fué un hijo fiel de la Iglesia, y cuando anciano, entre nubes de clara trasparencia miró el celeste coro.

XXXII.

El geógrafo aleman Gerardo Kremer, llamado Mercator.

¡ Salve, ciudad de *Duisburgo*, ciudad gentil del Ruhr, ciudad mediterránea, sobre la cual flota aún hoy el genio de *Mercator*, inspirando á tus hijos el amor al mar, y perteneciendo á los descendientes de *Mercator* los navíos más hermosos que ostentan el pabellon prusiano! ¡ Salve, ciudad en que se funda una de las tres grandes épocas de la historia de la náutica, la de la *proyeccion de los mapas hidrográficos*, que siguió al invento de la brújula y precedió al del sextante de espejo! Así como Amalfi llevaba en su pabellon la brújula, por haberse hecho la primera allí, tú tienes derecho á elegir por escudo de armas al Atlas que en sus hombros lleva el globo, pues el que se sentia atraido hácia tí, haciéndote durante los cuarenta y dos últimos años de su vida el lugar de su actividad, *Gerardo Mercator*, llamaba *Atlas* los mapas en que trabajaba, y que, despues de muerto su autor, publicó su hijo en 1595, siendo

aquel Atlas de Duisburgo el padre de cuantos despues llenaron el orbe.

Mercator fué «el Ptolomeo de su siglo, el corifeo de todos los geógrafos», segun le llamó su amigo Ortelio; «el verdadero reformador de la Geografía», segun le denomina Lelewel; «el gran geógrafo», segun le apellida por excelencia Mr. d'Avezac. Fué á la vez astrónomo y cronólogo, historiador y teólogo, matemático y geómetra, geógrafo, cartógrafo, grabador y mecánico, llamándose con predileccion cosmógrafo, porque todos sus trabajos tienen un centro comun, la cosmografía, y se proponia escribir una historia completa del cielo, de la tierra y de la humanidad, tratando de la creacion del mundo, de la distribucion de las estrellas en el cielo, de las órbitas del sol, de la luna y de los planetas, de los elementos y de la construccion de la tierra, de la historia de los pueblos y de sus reinos, y de las estirpes de los reyes.

Su universalidad tiene algo parecido á la de Leibnitz, y si en el techo del paraninfo de la Universidad Central de Madrid, que Castelar acaba de describir en todas sus particularidades, llamándole «un gran poema centelleante de inspiracion y de gloria, mundo de recuerdos imperecederos, de personificaciones sublimes; un poema cuyos cánticos, esculpidos en piedra, recordarán eternamente los esfuer-

zos, los sacrificios hechos por dilatar los horizontes del pensamiento humano; poema escrito con los ojos puestos en la inmortalidad, la primer musa del genio, para orgullo de las generaciones presentes y enseñanza de las generaciones venideras», si en aquella nueva imperecedera página con que la Universidad Central ha enriquecido el gran poema de las artes españolas se ven los nombres inmortales de muchos genios alemanes que centellean como las estrellas en un cielo sin nubes, encontrándose entre ellos Alberto de Haller, médico que derramaba sus pensamientos, su ciencia, como un oloroso bálsamo, en el cuerpo dolorido del hombre; «poeta y naturalista de fecundidad prodigiosa, que dilucidó admirablemente más de mil doscientas cuestiones sobre botánica, anatomía y fisiología, y que estudió los misterios de la respiracion y la generacion»; si en aquel techo, obra de arte en que todo es armónico, rodea la figura de la Astronomía el nombre colosal de Copérnico, el gran sabio, que es «como el prólogo de la moderna astronomía, como la primera palabra de esta ciencia en nuestros tiempos», y el nombre de Kepler, «el que señaló con mano firme la órbita que el dedo de Dios hà trazado á los mundos y descubrió las leyes de las esferas celestes, levantándose en alas de su pensamiento á Dios, de cuyo templo son como áureos vasos los mundos; á

Dios, el gran artista del universo, el gran pintor de la naturaleza, el gran escultor del hombre, el gran músico de las esferas» (1), hubiera merecido un lugar y un recuerdo inmortal en aquella apoteósis de todas las ciencias; en aquel templo donde todos los progresos del entendimiento humano tienen esclarecidos intérpretes; en aquel santuario donde se ve á Ptolomeo, que reunió toda la ciencia de su tiempo y dió nombre á un sistema á que ha dado crédito la humanidad por muchos siglos, tambien el sabio *Mercator*, que la *Walhalla*, la que exalta los genios que han sondeado los decretos de la naturaleza, del espíritu y de la sociedad, debiera honrar como una de sus preclaras glorias; como el gran reformador de Ptolomeo; como el que con sus grandes trabajos relativos á la Geografía matemática satisfacia el afan de saber de Cárlos V, y que con su proyeccion, indispensable para todos los mapas físicos, inventó la piedra filosofal de la sabiduría geográfica, asociándose á los que, como Kepler y Newton, en la cumbre más alta de la ciencia, conservaron la fe humilde, el tesoro de las creencias.

¡Salve, *Duisburgo!* Tú has consagrado un recuerdo de eterna gratitud á tu ilustre ciudadano, tú has perpetuado su memoria con el monumento

(1) Castelar.

que se inauguró el 2 de Setiembre de 1878. Un espíritu verdaderamente patriótico ha animado á tus habitantes para llevar á feliz término esa estatua, homenaje digno de la memoria del sabio y del agradecimiento de sus conciudadanos.

Reciban mis plácemes la Comision ejecutiva del monumento y los artistas que lo hicieron, el arquitecto de Duisburgo, Schultze, que trazó el plan, y el escultor de Düsseldorf, José Reiss, que se encargó de la ejecucion. Consiste el monumento en una estatua de piedra arenisca de Tréveris, mayor que el tamaño natural, descansando sobre un pedestal, en cuyos ángulos se encuentran cuatro figuras alegóricas de niñas, la Geometría, la Navegacion, el Comercio y la Industria, leyéndose inscripciones en los cuatro nichos. Descansa el pedestal sobre una fábrica de pilares que, terminándose con una bóveda y levantándose sobre una fuente, tiene en su interior un vacío de bronce, en que se hallan cuatro monstruos marinos, recordando los que *Mercator* solia dibujar en la márgen de sus mapas. El gran geógrafo y geómetra viste el traje pintoresco de su tiempo, y tiene á sus plantas un globo, y en una mano un mapa y en la otra un compas.

Es difícil escribir sobre un genio como *Mercator*, cuyos relevantes méritos, cuyos inventos estriban en el campo geométrico. Recordaré lo que el gran

matemático Euclides contestó á esta pregunta de Ptolomeo: «¿No hay para mí, como rey, un camino más cómodo que me conduzca á las ciencias matemáticas?» Dijo Euclides: «Hasta para los reyes no hay otro camino más que el meramente científico.»

Miéntras en los grandes descubrimientos de los siglos XV y XVI, en que figuran sucesivamente los italianos, portugueses, españoles, holandeses é ingleses, no se presentan los alemanes, tienen éstos, que no tomaron parte alguna en el aumento de la geografía con nuevos espacios, con nuevos territorios, la gloria de haber sido los verdaderos fundadores de esta ciencia, y no sólo en nuestro siglo, el de Humboldt y de Ritter, sino en la época en que los atrevidos navegantes, cuya audacia abrió desconocidos caminos en el inmenso Océano, se llevaron, cual guía más segura, las tablas astronómicas de Regiomontano, en aquella época en que los alemanes eran los únicos cartógrafos científicos, y en que un maestro de escuela aleman, Waldseemüller, natural de Friburgo, tenía autoridad suficiente para dar el nombre de *América* á la tierra descubierta por Colon, nombre que se encuentra primero en el mapamundi que un cartógrafo aleman, Pedro Apiano, hizo en 1520.

Durante más de mil años la geografía científica

no salió de la direccion que le habia dado Ptolomeo. El primer progreso en la geografía desde la antigüedad lo hizo un monje sencillo de Alemania, Nicolás Donis, que vivió en un convento de Reichenbach. Él fué el primero que, sustituyendo la *proyeccion* de Ptolomeo por otra, se atrevió á derribar el trono de éste en la geografía, así como despues lo derribó Copérnico en la astronomía.

La *proyeccion* de Ptolomeo no cuadraba sino para partes de la superficie del globo. Pero cuando ante las miradas asombradas de los contemporáneos de Colon y de Vasco de Gama se engrandeció el mundo hácia el Oriente y el Occidente, se necesitaba un nuevo método para dibujar un mapamundi. El primer método se debe al aleman Juan Staben, catedrático de la Universidad de Viena; pero el más cumplido, á *Mercator*. ¡Lástima es que no se haya conservado su obra *Arte geográfico*, en que se habia ocupado, sobre todo, del sistema de las proyecciones!

Es imposible ofrecer en el llano una imágen enteramente fiel de la superficie del globo. Por eso es menester contentarse en un mapa con haber satisfecho á algun fin determinado. Hay, pues, várias *proyecciones*, y llámanse *proyecciones* los grados trazados para trasladar al llano la superficie del globo. Hay proyecciones *perspectívicas*, permitáse-

nos la palabra, que representan la superficie del globo tal como ésta aparece ante el ojo del observador desde un punto de vista determinado. Si el mapa ha de expresar las proporciones que existen entre las partes de la superficie del globo, la proyeccion se llama *equivalente*, y si el mapa, en la representacion de sus partes más pequeñas, ha de parecerse á su modelo, la proyeccion se llama *conforme.* La proyeccion equivalente nos la dió Staben, y *Mercator* tiene el gran mérito de haber sido el primero que examinó las condiciones que puede cumplir cada proyeccion, y que, conociendo la nocion de la conformidad, expresó las exigencias que han de cumplirse para que una figura llana tenga la mayor semejanza posible con la superficie del globo.

Segun ha demostrado el doctor Breusing, que dió una conferencia acerca de *Mercator* en Duisburgo el 30 de Marzo de 1869, la *proyeccion* llamada de *Bonne* y la denominada de *Flamsteed* debe llamarse proyeccion de *Mercator*, y ademas ha demostrado Mr. d'Avezac que tambien la proyeccion de Delisle tiene por autor al gran geógrafo aleman.

Este indicó tambien el principio que ha de usarse en la proyeccion de los mapas hidrográficos, encontrando lo que habia buscado en vano el distinguido matemático del siglo XVI, el portugues Nonio, y el

mismo *Mercator* no pudo hallar mejor comparacion con su invento que la cuadratura del círculo de Arquímedes. Si es propio del genio alcanzar lo más grande con los medios más sencillos, ese sello está impreso al mapa hidrográfico de *Mercator*. Para saber la distancia entre dos sitios, es preciso medirla con el compás y proyectarla sobre el meridiano de manera que la mitad de esa distancia sea conforme á la mitad de la latitud entre los dos sitios. Entónces da la diferencia en la latitud entre la medida del compas, en minutos, la distancia en leguas marinas.

El mapa hidrográfico de *Mercator* fué dedicado al gran bienhechor de éste, el duque Guillermo de Cleve, con los versos verdaderamente proféticos:

«Gaude Clivorum soboles et Julia gaude!
Vos beat una domus, beat et qui regibus unus
Imperat, haud quicquam est, quod non sinat esse beatos!»

(¡Alegraos, hijos de Cleve, y alégrate, Julich: vuestra felicidad la hace una sola estirpe; la hace uno que está como un rey sobre los reyes; no falta nada para haceros felices!)

Pues aquel nombre de Guillermo se ha hecho providencial, y el descendiente de aquel duque Guillermo es nuestro Emperador del mismo nombre, que nos ha dado á la vez una patria y un pabellon aleman.

Ya es hora de hablar de la vida del cuyos trabajos son verdaderos triunfos de la ciencia.

Nació *Gerardo Mercator* el 5 de Marzo de 1512 en la ciudad flamenca Rupelmonde, situada en la márgen izquierda del Escalda y perteneciente á la entónces parte alemana de Flándes, donde á la sazon se hallaban sus padres, Huberto y Emerencia Kremer ó Mercator (1), naturales de Julich, sólo por casualidad, para visitar al hermano de Huberto, Gisberto Mercator, que en Rupelmonde residió como cura. Así como sus padres, se consideró Gerardo cual aleman, segun dice en la dedicatoria de sus *Tablas de Galia y de Germania*, que salieron en Duisburgo en 1585: «*In terra Juliacensi et parentibus Juliacensibus conceptus primisque annis educatus, licet in Flandria natus sum.*» La primera educacion la gozó en la casa paterna en la tierra de Julich, y cuando adolescente, lo mandó su tio Gisberto á la casa de los «hermanos de vida comun» de Herzogenbusch para prepararlo á una vocacion científica. Fueron estos hermanos una sociedad de hombres piadosos, que se habia formado en el siglo XV, proponiéndose mejorarse á sí mismos por devociones comunes, y á la juventud, que es la que

(1) Mercator es la traduccion latina del nombre gentilicio aleman Kremer.

dará la norma de la vida social en el porvenir, por la enseñanza. Perteneció á aquella sociedad el célebre Tomás de Kempen, el autor de la obra, tan popular como la Biblia, *De imitatione Christi.*

Despues de haber pasado tres años y medio en casa de los «hermanos de vida comun», teniendo por maestro á Jorge Macropedio, distinguido humanista y escritor dramático neo-latino, dedicóse Gerardo, en 1530, en la Universidad de Lobaina, á estudiar humanidades y filosofía. Pero viendo que la historia de la creacion, segun la cuenta Moises, no estaba en armonía con las doctrinas de Aristóteles, abandonó la filosofía y puso sus pensamientos y su ciencia al servicio de la Sagrada Escritura, y como autodáctico empezó á ocuparse de las ciencias matemáticas, aprovechando para sus estudios los consejos y luces de Reniero Gemma, denominado Frisio, por ser oriundo de Frisia. Éste habia dado á luz la cosmografía del astrónomo aleman Pedro Apiano, y era ademas artista mecánico.

Mercator, que se ocupaba asimismo de trabajos prácticos y mecánicos, publicó en 1537 su mapa de la Tierra Santa, como fruto de sus estudios bíblicos. Entró en la senda reformadora de la cartografía en el opúsculo que, tratando de la letra cursiva, salió en 1541, y por el cual alcanzó que de allí en adelante la letra latina se emplease en los mapas.

Ya en 1541 hizo un globo, que dedicó al consejero imperial y obispo de Arras, Granvela, recomendándose por sus excelentes trabajos mecánicos al emperador Cárlos V, cuyo afan de saber se alimentaba en la posicion que ocupaba en dos hemisferios. Pero ni siquiera las relaciones en que *Mercator* estaba con el guardasellos del imperio, Granvela, y con el mismo Emperador impidieron que en 1544, cuando estuvo en Rupelmonde para ordenar la herencia de su tio, le prendiesen por haberse hecho sospechoso de herético. Y despues de haber estado algun tiempo en la cárcel, apénas escapó, gracias quizá á las instancias de la Universidad de Lobaina, á la triste suerte de los dos mártires geográficos de su tiempo, el aleman Sebastian Franck y el inmortal español Miguel Servet. Habiendo al fin logrado la libertad, continuó haciendo para el Emperador instrumentos matemáticos y mecánicos, sin que sus trabajos prácticos hubiesen interrumpido sus estudios teóricos. Así dirigió el 23 de Febrero de 1546 desde Lobaina una carta á Granvela, relativa á la declinacion de la aguja que habian observado los navegantes, pero de la cual dudaba todavía Pedro de Medina, autor del primer libro referente á la náutica, que, bajo el título de *Arte de navegar*, salió á luz en Sevilla en 1545.

En Lobaina escribió *Mercator* tambien acerca del

uso de los globos. Pero su celebridad como matemático y geógrafo data desde su estancia en Duisburgo, donde fijó su residencia en 1552, acompañado de su mujer y de sus seis hijos, y donde publicó aquellas obras que inauguraron la reforma de la geografía.

En 1554 salió en Duisburgo, para pasmo de los contemporáneos, su gran mapa de Europa, y en Colonia publicó su hijo Bartolomé, en 1563, sus lecciones matemáticas, titulándolas: *Breves meditatiunculae in sphaeram.*

En 1568 salió en Colonia tambien la *Cronología* de *Mercator*, que da testimonio de la universalidad de su autor.

El año siguiente será siempre memorable en la historia de la geografía y de la náutica, pues en Agosto de 1569 terminó *Mercator* el grabado de su mapamundi para uso de los navegantes, mereciendo los aplausos más entusiastas, así de éstos como de los geógrafos é historiadores. Despues empezó á hacer los mapas de Alemania, de los Países-Bajos y de Francia, que en 1585 dedicó al príncipe hereditario Juan Guillermo de Julich-Cleve-Berg. Siguieron en 1590 los mapas de Italia, que el mayor geógrafo italiano del siglo xvi estimaba más que los de todos sus paisanos.

Despues *Mercator*, que siendo protestante estaba

en relaciones íntimas con los más distinguidos humanistas de su tiempo, escribió una *Cosmogonía teológica*, en la que examinaba la historia de la creacion por Moises, hallándola confirmada por la ciencia en todos los conceptos. Aquella obra debia formar la primera parte de su gran *Cosmografía*, formando la segunda sus mapas. Pero ántes de terminar éstos falleció en Duisburgo el 2 de Diciembre de 1594. Su hijo menor Romualdo, el único que le sobrevivia, publicó en 1595 en Duisburgo, ademas de la *Cosmogonía* mencionada, los mapas de su padre, añadiendo algunos de su propia mano y dando á toda la coleccion el nombre de *Atlas*, que ya habia elegido su padre, miéntras que Abrahan Ortelio habia titulado á una obra semejante, publicada por el mismo, *Theatrum orbis*, y Cornelio de Yode llamaba la suya *Speculum mundi*. La posteridad ha aceptado el título de *Atlas*.

Los restos mortales de *Gerardo Mercator* descansan en la iglesia del Salvador de Duisburgo. Allí vive en sueño eterno el que se hizo guía segura de los navegantes, y que durante su existencia toda navegó en un mar en que no hay naufragio, en el mar de la virtud, único que conduce á la verdadera felicidad; en ese mar en que pocas barquillas se aventuran, pero en que, no bien se ha obtenido el primer triunfo contra los huracanes, la barquilla

obedece mejor, y el piloto, cada vez más sereno, la dirige hábilmente hácia una luz que no huye de él y que le vivifica con sus dulces resplandores, le atrae y premia sus esfuerzos con aureolas de gloria.

XXXIII.

Augusto Petermann.

El noble bardo que celebró la gloria de Godofredo de Bullon, poco ántes de morir en 1595 en el convento de San Onofre de Roma, exclamó estas literales palabras: *¡Qué desgraciados serian los hombres si no existiera la muerte!* Y el jesuita Francisco Suarez, conocido con el glorioso título de *Doctor Eximio*, que le dió Paulo V, decia: *¡Dulce es morir..... y yo no lo sabía!*

Pero si muere alegre y tranquilo quien al fallecer está vislumbrando ya el proscenio del cielo, el abundoso llanto y aquel dolor profundo, que fué siempre la herencia de hombres eminentes, acompañan la muerte de los que, como el héroe del artículo presente, *Augusto Petermann*, participaban de todo lo noble, grande é interesante; cuya ambicion, cuya más halagüeña esperanza, cuyo todo á que aspira-

ban era contribuir á la gloria del país que los vió nacer, y que espiran cuando áun se hallan en lo mejor de su vida y en la plenitud de su talento.

La implacable saña de la muerte arrebató del mundo á *Augusto Petermann*, geógrafo más afamado, no sólo de Alemania, sino de Europa, en la ciudad de Gotha, foco y trono de la ciencia geográfica, en la mañana del 25 de Setiembre de 1878. Fué un niño por la bondad de su corazon, por la alegría con que gozaba de las apariciones más pequeñas de la vida, y un gigante por sus inmensos trabajos, á que se consagraba con tanta perseverancia como ardor, fijando siempre la vista en las empresas grandes y atrevidas que han de aumentar la cultura humana.

Así como respecto á la Geografía la primera mitad del siglo actual puede llamarse el siglo de Humboldt y de Ritter, los tres últimos decenios desde 1850 á 1880 deben llamarse los de Peschel y de Petermann.

Este último fué el alma de todas las expediciones científicas de nuestra época. Todo lo que hicieron los grandes exploradores de Africa, los Richardson, Barth, Overweg, Vogel, Heuglin, Munzinger, Schweinfurth, Rohlfs, Mauch y Nachtigal, y el explorador de Bornu, Sr. de Beurmann, lleva su sello.

Él prosiguió el destino de aquellos viajeros; él les proporcionó los recursos dirigiendo cartas mil á los príncipes y á los particulares; él les prestó auxilio en condiciones desesperadas; él comunicó al mundo el resultado de sus expediciones, y como cartógrafo lo aprovechó todo para el conocimiento geográfico.

Asimismo, los que se atrevieron á descubrir el polo ártico siguieron los consejos de quien sabía hacer las combinaciones más atrevidas. A él se le deben las tres expediciones alemanas á las regiones polares, la de Werner en 1865, la de Koldewey y Hegemann desde 1869 á 1870, que obtuvo los resultados más satisfactorios en la costa oriental de Groenlandia.

Para el *Atlas* y las *Comunicaciones* de *Petermann*, aquellos dos monumentos perennes de la asombrosa actividad de su editor y de los grandes progresos de los descubrimientos y exploraciones, trabajaba el mundo entero, pues á él se le remitieron desde todas las partes del globo los proyectos todos, porque él sabía aprovecharlos y publicarlos oportunamente y llevarlos á cabo como el que más.

Al hablar de la tumba de Cervántes, dice un poeta contemporáneo:

¡ Su lápida es toda España !
¡ Su sepulcro es todo el mundo !

Por tumba suya tiene todo el orbe tambien el gran geógrafo aleman, cuyo nombre ilustre pregonan várias islas, bahías y montañas, y que reunió á todos los prohombres, á todos los amigos, á todos los socios de la ciencia geográfica en una sola asociacion que, desde principios de 1850, se extiende por el globo, comunicando á *Petermann* cuanto se refiere á la Etnografía y Geografía. Y este príncipe de la ciencia geográfica, que recordaba siempre las palabras de Estrabon: «Para el estudio del filósofo no cuadra más, en mi concepto, que la Geografía», y que sin haber asistido á ningun curso académico conquistó, por medio de sus trabajos prácticos, la posicion más envidiable, salió de relaciones modestas, viéndose ya en su primera juventud privado de su padre, el criador de la familia.

Pero confiando á su fuerza propia, el niño hizo de sí cuanto pudiera el hombre de su propia hazaña, el gran cartógrafo y geógrafo. No se crea que para la cartografía no se necesita sino una habilidad mecánica, sino que *Petermann* hizo de ella una actividad verdaderamente científica. Pero en sus mapas no tributaba culto á la belleza, pues éstos eran, lo mismo que el estilo de su autor, más sólidos que elegantes.

Nació *Augusto Petermann* en Bleicherode, pueblo del Harz, cerca de Nordhausen, el 18 de Abril

de 1822. Aprendió la cartografía en Potsdam, en la escuela geográfica del Sr. Berghaus, en que trabajaba desde 1839, durante seis años contínuos, dedicándose á hacer los mapas para el célebre *Atlas físico* del sabio citado. Cuanto en las cercanías de Potsdam, en los lagos y colinas del hermoso país del Havel haya aprendido respecto al sondear y al medir, jamas pudo emplearlo en tierras lejanas; pero en vista de su comercio íntimo con los más distinguidos viajeros de los últimos treinta años, ¿quién se atreveria á decir que no haya utilizado sus conocimientos?

En 1845 fué llamado á Edimburgo, donde tomó parte en la version inglesa del *Atlas físico* de Berghaus. En 1847 fijó su residencia en Lóndres como cartógrafo, y escribió artículos geográficos en el *Ateneo* y en la *Enciclopedia británica*, y junto con el Sr. Milner, dió á luz el *Atlas de Geografía física*. Miéntras en 1854 en el Instituto geográfico del Sr. Perthes de Gotha estuvo en su centro, y fundó, para bien de la ciencia geográfica, una Revista titulada *Las Comunicaciones*, que se publica todos los meses, siendo sin rival por la copia de los mapas, por la novedad de los relatos de viajes, por la variedad de los artículos literarios.

Desde su cuarto de estudio de Gotha, de donde una muerte inesperada, la apoplegía, le arrebató al

mundo, estimulaba sin cesar el movimiento científico, encontrándose donde quiera que habia algo que descubrir.

¿Quién, despues de *Petermann*, al que reclamarémos para la *Walhalla* como una de sus glorias más puras, será adalid de la ciencia geográfica, cuidándose como él de las exploraciones de Africa y del Polo ártico?

XXXIV.

El traductor Wolf, Conde de Baudissin.—El teatro del Duque de Meiningen.

Vivir una larga vida consagrada al culto de lo bello, al cultivo de las letras; representar en su persona el noble ideal de la humanidad; haber llevado á cabo lo que con gloria suma empezaba Augusto Guillermo de Schlegel, la traduccion de las comedias de Shakspeare; haber dado á *Otelo* y á *Lear* del vate británico aquella bellísima version alemana á que no ha podido robar el lauro poético ninguna traduccion siguiente; continuar siempre trabajando tranquilamente, complacido del trabajo, satisfecho de hacer lo bueno, sin buscar las alaban-

zas públicas y sin temer el vituperio, dan derecho al venerable anciano, que cual Nestor homérico vió tres generaciones y á la edad de ochenta y nueve años murió en Dresde el 4 de Abril de 1878, á que la sociedad de que fué modelo, los amantes de las letras que gozan de sus traducciones como de un patrimonio de nuestro pueblo, y los hombres honrados de que fué aliento, rieguen coronas sobre su sepulcro como sobre el sepulcro de un veterano de la literatura y de la virtud, de un aristócrata para quien la aristocracia de la cuna era un natural impulso para aspirar á la aristocracia de la más noble cultura. A vista de esa cabeza que se dobla y de esos ojos que se cierran para siempre, de ese difunto cuya muerte era tan tranquila como su vida entera, siéntese una tentacion de noble envidia: ¿quién entre los que le sobreviven tiene un alma tan hermosa, tan armónica, como *Wolf, Conde de Baudissin?*

Muchos ignoran su nombre, por no encontrarse éste en la portada de sus traducciones de Shakspeare; pero la *Walhalla* ha de hacer mérito del que trabajaba tanto más cuanto se aumentaba su ancianidad. Y ¿qué español no quisiera saber la vida del noble anciano que dió á conocer á los alemanes la *Vida de los españoles ilustres* de D. José Quintana?

Schlegel nació traductor de Shakspeare: era una

de esas vocaciones privilegiadas que no se pueden ocultar un solo instante. Siguiendo paso por paso la letra del original, logró coger tambien las bellezas infinitas é inefables que flotan sobre él cual aura espiritual. Pero si habia entre nosotros uno que despues de Schlegel hizo de su traduccion una creacion que se creia original por su colorido, su tono, su elegancia, lo fué *Wolf, Conde de Baudissin.*

Nació éste en la quinta de su padre, llamada Rantzau (Holstein), el 30 de Enero de 1789, revelando ya cuando niño su inclinacion á la poesía y su entusiasmo por la música, que era el encanto de su vida. Aquella inclinacion la alimentaba su estancia en Berlin, donde vivió su padre como embajador danés. Allí asistió á las lecciones que daba Augusto Guillermo Schlegel, acerca del arte dramático y de la literatura, y en el invierno de 1804 á 1805 sorprendió á sus padres con una traduccion del rey *Lear* de Shakspeare, que mereció hasta los aplausos de Schlegel. Su juventud era un idilio hermoso y lleno de aspiraciones nobilísimas dirigidas siempre hácia lo sano, lo grande, lo genuino. Desde 1805 á 1810 dedicóse al estudio del derecho y de las ciencias políticas en las Universidades de Kiel, Goettinga y Heidelberg, terminándolos en Goettinga y ocupándose al mismo tiempo en leer

las obras de Shakspeare y las de Cervántes, del Dante y de Ariosto, y en tocar al piano las creaciones grandiosas de Sebastian Bach. Como secretario de la Embajada danesa permaneció tres años en Stockolmo, participando en 1814 del tratado de París y de los trabajos preparativos para el Congreso de Viena, y así como entónces en las capitales de Francia y de Austria se dedicaba á la música y á la poesía, lo hizo tambien en sus ocios en Rantzau cuando el 1.° de Octubre de 1814 se despidió de la carrera diplomática y se enlazó con su prima la Condesa Julia Baudissin. Entónces tradujo á *Enrique VIII* de Shakspeare.

En 1817 salió con su esposa para Italia, país de recuerdos, que se cuentan, se sienten, se cantan ó se lloran; tierra privilegiada del cielo, en la que las aguas al correr murmuran elegías; tierra prometida del arte, en la que el arte aleman celebraba su renacimiento, y durante los tres años que pasaba en ese suelo bendito, cuyo hijo adoptivo es todo el que ama la belleza, trató el Conde Baudissin á los pintores alemanes Koch y Schadow, que se inspiraban tambien en Italia, de que al nacer nos habla la religion; al estudiar, las leyes y la literatura; al viajar, el arte. Su puesto en la literatura lo conquistó cuando en 1827 fijó su residencia en Dresde, y bajo los auspicios benéficos de Luis Tieck siguió su

vocacion de traductor, vertiendo al aleman trece de las diez y nueve comedias del cisne de Avon, que quedaban aún sin ser traducidas, traduciendo las otras seis Dorotea, hija del mismo Tieck. Cada párrafo de la traduccion se hizo objeto de discusion entre las tres citadas personas, Tieck, su hija y Baudissin. Este vistió á la alemana tambien cuatro dramas que la tradicion decia que fueron obras de la juventud de Shakspeare, á saber: *Eduardo III*, *La Vida y muerte de Tomás Cromwell*, *Sir John Oldcastle*, *El Hijo pródigo de Lóndres*. En el año 1836, en que salieron aquellas traducciones, vió la luz tambien la obra *Ben Jonson y su escuela*, conteniendo la traduccion de las comedias y tragedias de éste, de Fletcher y de Massinger. Entre tanto el príncipe Juan de Sajonia se ocupaba de su version del Dante, fundando al mismo tiempo la *Sociedad Dantesca*, á la cual presentaba cada párrafo de su traduccion para que ella lo examinase. Participaba de aquella sociedad nuestro Baudissin en union de Tieck, Cárlos Foerster y Carus.

La muerte de su esposa, acaecida en 1836, interrumpió la actividad tranquila del ilustrado Conde, que pasaba despues otra temporada en Italia, viajando tambien á Grecia y á Constantinopla, y en 1840 se casó con la ilustrada hija de un banquero de Dresde. Así inauguróse para él un nuevo perío-

do de felicidad doméstica, aunque la tierna compañera de su existencia no tuviese frutos de su dulce amor: en su hogar volvió á anidarse la música, y su arte de traductor produjo de nuevo las flores más lozanas.

Contaba ya setenta y seis años cuando empezó la traduccion de Molière, en la que al alejandrino frances, que en la poesía alemana no cuadra en composiciones largas, lo trocó con el yambo de cinco piés. En 1865 publicóse el primer tomo de aquella traduccion magistral, y es verdaderamente conmovedor ver el pacto del anciano traductor con la muerte, leer al final de cada tomo que se publicaba las palabras: «Este es el último», teniendo el traductor la satisfaccion de que él mismo pudiese darse un mentís, respetándole la muerte, pues en 1867 salió á luz el tomo IV, que contenia las últimas comedias que faltaban todavía, y más de diez años sobrevivió el traductor á su obra excelente, empleándolos en traducir los *Proverbios dramáticos* de Carmontel y de Teodoro Leclerq, que salieron en 1875, y las composiciones dramáticas de Francisco Coppee, encontrándose entre ellos el *Violin de Cremona*, que vertieron al castellano mis amigos los distinguidos poetas Retes y Echevarría.

La última obra del Conde Baudissin es su *Teatro italiano*, que salió en 1877, conteniendo come-

dias de Gozzi, de Goldoni, del Testa y de Giraud.

Del teatro, pues, sea el de Shakspeare, ó el de Molière, ó el de los poetas italianos, se ocupaba el Conde, cuyos lauros resisten al soplo de la muerte, y cuyo recuerdo quedará entre nosotros miéntras que se representen en el teatro aleman las comedias del gran poeta inglés, y del teatro voy á ocuparme tambien en este artículo, hablando de un *teatro modelo* que lo subordina todo al fin y al tono del poema dramático, impidiendo para bien del conjunto la exuberancia de la facultad de un solo actor, y que, ofreciéndonos sin par bellezas pictóricas y admirables cuadros históricos, presenta el poema dramático en el paisaje en que tuvo lugar, en la iluminacion en que la puso el poeta, y que de las comparsas, que en los otros teatros consisten en personas que en cada funcion hacen los mismos gestos y ostentan eternamente semblantes tiesos é inmutables como si fuesen títeres, hace las agrupaciones más animadas que participan de la accion, cosa esencialísima en las obras dramáticas de Shakspeare y de Schiller, de Goethe y de Kleist, en las que el coro, ese ornamento lírico y didáctico de los helenos, se ha convertido en una agrupacion que, si al principio está en el fondo, llena en el momento supremo toda la escena, pareciendo las figuras trágicas sólo como la expresion más alta del movimiento universal.

Ese *teatro modelo*, que emplea todos los medios escénicos para la más eficaz representacion posible del poema dramático, contrastando con el antiguo teatro español y el antiguo teatro inglés, que casi hicieron abstraccion de todo aparato escénico, es el teatro pequeño del Werra, el teatro *ducal de Meiningen*. Recorriendo la Alemania y el Austria, la compañía del Duque Jorge de Meiningen da funciones en los primeros teatros, como Viena, Berlin, Praga, Dresde, Breslau, Colonia y Francfort, llamando la atencion general por haber dado al arte aleman un impulso nuevo é inesperado por su realismo pictórico, por la verdad histórica que representa en las comedias, correspondiendo en eso á las tendencias realistas de nuestra época. Como todo lo nuevo, tambien el teatro de Meiningen habia de vencer preocupaciones. No faltaba quien, burlándose hasta de la riqueza de las decoraciones que ostenta el teatro ducal, pero que no tienen otro fin más que el de animar la accion, y que siempre revelan un gusto exquisito, una intencion artística, dijese al hablar de la representacion del *Mercader de Venecia*: «Anoche se estrenó una decoracion espléndida, el Rialto; el Sr. Teller hacía de Shylock» (1).

(1) Los apasionados de Shakspeare saben que la figura de

Pero hoy la crítica toda se inclina ante ese teatro, que es una gloria alemana, y cuyo director es el mismo Duque, que une la autoridad del príncipe á la del jefe artístico, consagrándose á la reforma del teatro aleman desde el año 1861, en que tomó las riendas de su pequeño Estado. ¿Qué actor no se someteria de buen grado á aquel Duque que comparte con sus artistas todos los trabajos, todas las fatigas; que les inspira confianza en su direccion; que favorece á cada cual igualmente, no conociendo privilegio alguno; que instruye á los encargados de los papeles principales dándoles tambien papeles secundarios en que, no sintiéndose llevados por el espíritu mismo del poema, han de probar sus fuerzas propias? ¿Quién no admiraria al Duque pintor, que, lleno de fantasía y dotado de un sentimiento singular á lo pictórico, hace él mismo los dibujos de los trajes y de las decoraciones, y que con la paciencia mayor dirige los ensayos hasta la hora más avanzada, no cansándose en hacer repetir las escenas cinco ó seis veces hasta ver coronados sus deseos?

¡Pueblo feliz, que tiene un soberano que para de-

Shylock, rico judío de Venecia, es uno de los tipos más acabados que salieron de la mano maestra del gran poeta británico. Y los amantes de la bella Italia conocen el arco de mármol blanco del puente *Rialto* que se encuentra en aquella ciudad de hadas, que se llama Venecia.

leitar á sus súbditos da lecciones á sus cómicos hasta en el arte de reir! Así dice un periódico berlinés que una actriz que no habia salido airosa en las escenas de la comedia *Como gusteis*, de Shakspeare, en las que habia de reir, fué citada al palacio ducal, donde el mismo Duque ante várias personas la instruyó, logrando que al dia siguiente centenares de espectadores se deleitasen con la sonrisa felicísima de la graciosa comedianta.

El Duque Jorge, que está en la relacion más ideal con sus artistas, tiene por compañera en sus intereses artísticos á su esposa, la Baronesa de Hellburg, que como actriz pertenecia al teatro ducal cuando ella se llamaba todavía Elena Franz. Ahora se ocupa en dirigir el estudio y el repaso de papeles á las actrices encargadas de ellos. El jefe segundo del teatro es el Sr. Luis Cronegk, en el que el Duque tuvo la dicha de encontrar á la par un ejecutor hábil de sus ideas y un cómico excelente. Entre los actores mencionarémos ademas á Leopoldo Teller, que sabe caracterizar á sus personajes como el que más, á los caballerescos jóvenes Emmerico Robert y José Nesper, al representante de padres bondadosos y dignos Guillermo Hellmuth-Bräm, y á José Weilenbeck, que por un destino trágico perdió la luz de los ojos. ¿Quién no derramaria lágrimas de compasion al verle luchar con los poderes de las ti-

nieblas? Pero ¡cosa increible! el público no advierte la ceguedad del artista: tan grande es la habilidad con que sabe ocultarla.

Entre las actrices se encuentra al lado de las señoras Moser-Sperner y Berg y de la señorita Habelmann, una jóven bellísima y llena de dulce poesía, Adela Pauli, la personificacion de *Catalina de Heilbronn*, creacion del fantástico Kleist, niña nacida para ser el encanto de los espectadores, criatura que, valiéndome de una frase del autor de *Catalina*, parece humo de mirras y enebros.

¡Seais bienvenidos, artistas de Turingia que nos traeis un aroma de los bosques de Meiningen y de Liebenstein, y las auras de verdadera poesía! gritan los habitantes de Colonia, Francfort y Berlin al ver entrar en su ciudad los actores del Duque que se ha levantado un glorioso monumento en su teatro. Yo fuí expresamente á Francfort para asistir á algunas de estas representaciones que llaman agradable y sorprendentemente la atencion de los aficionados al arte dramático. Quizá nunca el espíritu de fuego de *Los Bandidos*, drama genial de la juventud de nuestro Schiller, pareciéndose á un desbordado torrente, ha encontrado una representacion tan cumplida como en el teatro de Meiningen, ese pequeño teatro ambulante, que llevando consigo sus decoraciones, es el encanto de las capitales de Ale-

mania y de Austria. Se puede censurar á algun actor, pero el conjunto es un cuadro acabado lleno de vida y de movimiento. ¡Cuánto dista la práctica de ese teatro de la de los otros! Él nos hace ver la obra poética en su vigorosa figura primitiva, sin permitirse ninguna alteracion, ni la omision de una sola letra. El representa á *Los Bandidos* en el traje del tiempo de Schiller, porque contra éste se dirige el espíritu revolucionario del drama, respirando en cada poro de la obra el genio del siglo XVIII. Ciertamente que *Los Bandidos* no necesitan la representacion brillante de los meiningenses para producir una explosion de entusiasmo; pero ¡cuánto más grande es el efecto producido por una representacion tan espléndida! Las escenas populares son la gloria de los meiningenses. Eso lo demuestran en *Julio César* y asimismo en *Los Bandidos.* ¡Qué impresion tan imponente hace la primera escena en que se ven estos saliendo del bosque cual hueste fiera, gritando ¡hurrah! sacando del fardo robado, ora un abigarrado vestido militar, ora un candelabro de plata, ora un paquete con comestibles, y disputándose ávidos el botin hasta que llega el capitan rodeado de Schweizer, Roller, Grimm y Schufterle! ¿Quién quisiera en esa escena suprimir la variedad pintoresca de los trajes y el esplendor característico de la decoracion de la selva? Esos

bandidos no son los cansados y vulgares bandidos que se ven en nuestros teatros llevando coletos y rodilleras, sino figuras de verdaderos diablos, segun las creaba la fantasía del poeta; hombres extraviados que salieron de todas las capas de la sociedad, aventureros abigarrados, así en sus caractéres como en sus destinos.

Pero no quiero rendir un homenaje de admiracion sólo al *teatro ducal de Meiningen*, sino que tengo que consagrar una página tambien á los nobles esfuerzos de mis vecinos, los sencillos obreros de Düsseldorf. A ellos, pues, les dedicaré mi próximo artículo.

XXXV.

El gran Calderon en Düsseldorf (Alemania).

Miéntras en la España de hoy — pena da el pensarlo para un hispanófilo como yo — las altas clases de la sociedad, á cuyo amparo de otros tiempos la literatura española se desarrolló y adquirió la gloria que ostenta con orgullo, vuelven la espalda á las creaciones de sus primeros poetas, deleitándose en ejercicios arriesgados de famosos acróbatas, y prefiriendo, como tantas veces lo ha lamentado *La*

Epoca, admirar y aplaudir obras no siempre cultas y morales, al paso que los tiene sin ningun cuidado lo patriótico, lo instructivo y lo elevado; en fin, todo lo que tiende á ilustrar y ennoblecer las letras y las artes patrias, una culta poblacion alemana, la de *Düsseldorf*, ciudad de egregios pintores, cuna de Cornelius y de Heine; la que en tiempos de Immermann se entusiasmaba en los estrenos de *El Mágico prodigioso* y de *La Hija del aire*, aquellas producciones del ingenio llamado con justicia *el dramático por excelencia*, acaba de ofrecernos un espectáculo grandioso, un ejemplo digno de imitarse en la patria del gran *Calderon*, presenciando millares de personas de todas clases el triunfo de éste, movidos por el amor que sienten hácia las joyas de la literatura española, hácia las obras del genio cristiano, hácia las regiones de la belleza inalterable, en la que la religion y la poesía saludan, cual sonoras columnas de Memnon, la aurora precursora del claro dia de la eternidad.

El 18 de Noviembre de 1877 estrenóse en la *Tonhalle*, la sala más vasta de *Düsseldorf*, el drama sacro de *Calderon*, titulado *El Gran Príncipe de Fez*, arreglado á la escena alemana segun la excelente version del Sr. Lorinser. Esta obra, hija de un alma pura y del amor más ardiente á la religion, si no está á la altura de *La Vida es sueño* ni á la de

las comedias divinas *La Sibila del Oriente*, *La Devocion de la Cruz*, *La Exaltacion de la Cruz*, *El Príncipe constante*, *El Mágico prodigioso*, *El Josef de las mujeres* y *La Aurora en Capacavana*, respira, sin embargo, el genuino, el prodigioso genio calderoniano, que no podria compararse sino al genio de Murillo, el pintor del cielo, teniendo ambos, el vate y el artista, por alma de su alma la religion, y por sin par encanto de sus creaciones sublimes el aroma de lo maravilloso y de lo peregrino.

Excusado es decir que en *El Gran Príncipe de Fez*, en que el *Buen Genio* y el *Mal Genio* representan exteriormente la lid que arde interior en el pecho del Príncipe, y en que aparece una figura alegórica, la *Religion* con cetro y corona imperial, vemos á un príncipe moro, Muley Mahomet, investigando misterios y meditando acerca de un verso del Alcoran:

> «Del imperio de Satan
> (Dice) solamente fueron
> María y el hijo suyo
> Tan divinamente exentos,
> Que no pagaron el grande
> Tributo del universo» (1).

---

(1) Dice el alcoran III, verso 31: «Yo la he llamado María, y pongo bajo tu egida á ella y á su hijo, para que los defiendas de las persecuciones de Satan.» Y dice el verso 37: «Los ángeles decian á María: Dios te ha elegido sin mancilla entre todas las mujeres del mundo.»

Sigue el príncipe su impulso religioso, abandonando al padre y á la patria, al hijo y á la esposa para ir en peregrinacion á Meca, y viéndose en Malta prisionero de los cristianos, empieza á leer la *Vida de San Ignacio de Loyola*, diciendo éste que del comun tributo María y su hijo se libran:

« Su hijo por naturaleza,
Y por la gracia María.»

Y cuando el príncipe, en su huida de Malta, luchando en la mar con la tempestad, invoca á María, se le aparece ésta coronada de estrellas y teniendo á la luna por coturno. Y volviendo á Malta, detesta el príncipe los errores en que nació y confiesa á Cristo, hijo de María. Despues peregrina á Italia, al templo de Loreto, el alcázar bello de la cristiana Sion, alistándose el que, si no fué mártir por sangre, es mártir por el afecto en la Compañía de San Ignacio.

La ejecucion de esta obra del ingenio español no estuvo á cargo de actores y verdaderos hijos de Talía, sino que la interpretaron honrados *hijos del trabajo*, que jamas habian pisado las tablas, sencillos artesanos, miembros de la *Sociedad de menestrales de Düsseldorf*, que forma una rama de las Sociedades alemanas llamadas *Gesellenvereine*, que fundó hace años un digno sacerdote, el Rev. Sr. Adolfo Kolping, á quien Dios tenga en gloria. Compar-

tieron los honores de la funcion con los miembros del *Gesellenverein de Düsseldorf* algunos miembros de la *Sociedad de jóvenes comerciantes* de la misma poblacion, que, debiendo su fundacion á los jesuitas, estriba tambien en una base religiosa.

El protagonista estaba fiado á uno que tiene por oficio el de San José,—llámase Enrique Blömer,—y el papel de Zara lo desempeñaba su hermana.

No podria exigirse á unos meros *aficionados* que se levantasen á la alta esfera *calderoniana*, prestando á los personajes del drama el colorido, el vigor, el relieve que les hubieran comunicado consumados actores de profesion, pero les harémos justicia diciendo que, á pesar de sus faltas, producian una impresion satisfactoria, faltándoles quizá sólo el ejercicio para compararse á los famosos aldeanos de *Oberammergau* (Baviera), que, en cumplimiento de un piadoso voto, representan cada decenio la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo.

Para que resaltasen áun más las bellezas de la obra, dos de los primeros pintores de Düsseldorf pusieron su arte al servicio del ingenio español. Al célebre *Andres Achenbach*, que en la pintura de la mar no tiene rival entre los contemporáneos, se debieron tres decoraciones: el jardin del Rey de Fez, la isla de Malta y el bosque cerca de Loreto. Y el Sr. *Cárlos Müller*, que lo mismo que el artista pre-

citado, pero en otra esfera, es decir, en el arte religioso, es una eminencia de la Academia de Düsseldorf, hizo el gran trasparente que formaba el fondo en la escena en que aparece María Santísima con los atributos de la Concepcion Inmaculada. Esta escena, que se ejecutaba tambien bajo la direccion artística del Sr. Müller, fué una de las más brillantes de la funcion. El Sr. *Cárlos Steinhauer* lucia su talento cual compositor en las piezas musicales entretejidas en el drama, y la Sociedad de artistas de Düsseldorf, tan conocida como admirada con el nombre de *Malkasten*, tuvo la galantería de poner á la disposicion de los aficionados su rica coleccion de trajes.

Centenares de personas dejaron de asistir al estreno por falta de espacio, aunque la sala, como ya he dicho arriba, es la más vasta de la poblacion. Repitióse, pues, la funcion el 2 de Diciembre, asistiendo una numerosa concurrencia, entre la cual mencionaré al camarlengo de la Emperatriz de Alemania, el baron de Eynatten; á mi ilustrado amigo el Sr. Augusto Reichensperger, apasionado como el que más de las obras eternas del arte religioso; al cónsul frances, el baron de Fontenay, y al Conde de Spee, perteneciendo á la ilustre familia de que salió el inspirado poeta Federico de Spee. Encontráronse entre los espectadores muchos que habian

acudido desde Elberfeld, la ciudad del Wupper, y desde Colonia, la del Rhin, para ver la creacion inmortal del vate, cuyo nombre corria de boca en boca, así como el de la *España* de mis ilusiones, la España de la grandeza y de la fe, la de las catedrales más grandiosas y del cielo más espléndido y luminoso; la que tiene en Sevilla el Estambul y en Santiago la Jerusalen del Occidente, y la que es la rosa del pensamiento y el pensamiento del Paraíso.

Y, gracias á las funciones de que me he complacido en dar cuenta á los lectores españoles, es tan grande la propaganda de Calderon entre nosotros, que, segun todas las probabilidades, se realizará la idea de representar á *El Gran Príncipe de Fez* tambien en Elberfeld y Colonia. ¡Cuánto lo celebrarémos!, pues un drama de Calderon es una fuente viva de inspiracion, es un oásis bello en el desierto de nuestro teatro.

XXXVI.

Los atentados contra el Emperador.

Discite justitiam moniti et non temnere divos.

Era la tarde del 2 de Junio de 1878, ese dia fatal sin segundo en la historia alemana.

Estaba yo en la pintoresca Godesberg cuando hirió mis oidos como un rayo la nueva inaudita de que, despues de un intervalo de sólo tres semanas, habia sido otra vez blanco de la saña de un asesino alevoso la persona de nuestro emperador Guillermo, doblemente sagrada como la de un anciano venerable y de un monarca que, si no brillára por la gloria de la corona, brillaria por la aureola de sus virtudes. De todos salieron gritos de terror; todos estaban llenos de indignacion; la música enmudecia; unos lloraban, otros gemian. Era como si hubiésemos perdido nuestra propia vida. A cada palabra que leiamos, las lágrimas corrian más abundantes. ¡Cubierto de sangre nuestro Emperador, nuestra joya más bella! ¡Herido el que parecia la realizacion de las miras heroicas de nuestro pueblo; herido el que nos hizo una maravilla entre las naciones del mundo; herido de gravedad el que habia subido la escala de la gloria eterna, y cuya luminosa carrera parecia dar un mentís á las palabras que su hermano el rey Federico Guillermo IV pronunciaba, como si hubiese presentido su propio destino fatal: «¡Los caminos de los reyes abundan en lágrimas!» ¡Herido, el padre de la patria por excelencia, el emperador Barbablanca, el Barbarroja de nuestro siglo, en la tarde de una sin par vida de prosperidad; herido por el dolor más profundo que pudiera herir

el alma grande y libre de un héroe, por la alevosía de un asesino!

El mito profundo de los antiguos, que dice que la envidia de los dioses persigue á los felices, cuadra tambien á la Alemania resucitada. Eramos demasiado felices, y en una sola semana el destino nos destruyó en el mar una de nuestras fragatas acorazadas más soberbias y nos exclamaba un *Memento mori* tambien en la tierra. El mar guarda para siempre en su seno nuestras perlas, los bizarros jóvenes de Alemania, y al mismo tiempo perdimos la que desde dos mil años fué la perla más preciosa en la diadema de nuestra patria, la gloria de la lealtad germana.

¡Qué abismo tan inmenso se abre á nuestros ojos! ¿Qué cosa es imposible ya, si no está segura la persona del Emperador más bondadoso y más glorioso, lo mismo que la de aquel Everardo de Suabia, que podia sentarse tranquilo en el hogar de cada aldeano?

¡Alemania! ¿Engendras regicidas como hermanos gemelos? Como se pongan en una balanza las semanas más gloriosas de tu honra nacional, y en otra las tres últimas semanas de tu vergüenza, ha de quedar vencida la balanza de tu honra. Cubre tu rostro; rasga tu corona de laurel; á tí no te cumple sino llorar; un hijo tuyo ha destruido tu fama; desde hoy la lealtad buscará otro asilo. Ya ha lle-

gado la fiesta de rosas y de sol, Pentecostés; pero la fiesta de alegría se ha hecho para tí dia de lágrimas amargas, dia de lágrimas de sangre. Se ha derrumbado la *Walhalla* de tu honra despues de trascurrir sólo siete años despues de la resurreccion de tu imperio.

La avenida más animada, el paseo más hermoso de Berlin, la calle de los Tilos, esa *Vía triumphalis*, que en 1871 vió la entrada triunfal del Emperador, se ha convertido para él en un Calvario. El primer sicario que el 11 de Mayo último levantára el arma contra el Emperador, salió de la clase más baja del pueblo, teniendo los antecedentes más deplorables, y mostrando ya desde niño los gérmenes de perdicion moral; pero al asesino del 2 de Junio le habia alimentado la ciencia alemana; él vió delante de sí un sendero abierto hácia lo noble, lo bueno, lo hermoso, y lo destruyó todo en una hora de obcecacion fatal. No le detuvo el respeto debido á las canas que aumentaban la popularidad de que goza el Emperador. En Francia, en medio de la excitacion producida por una guerra desastrosa, ningun sicario ha levantado su mano contra Guillermo, sino que en medio de su capital, en el corazon de la misma Alemania, amenazaron la vida del noble, del virtuoso, del anciano Emperador, del que fué el primero en la batalla, del cuyo pecho se abria siempre al con-

sejo de los sabios, y en quien la victoria y una fortuna incomparable no crearon siquiera una sombra de soberbia.

¡Ay de tí, Germania! Ningun pueblo pudo levantar su cabeza con mayor orgullo que tú cuando los Hohenzollern te dieron la ansiada unidad. ¡Qué vergüenza eterna para tí si la Historia dijera en sus anales:

«Fué muerto por la mano de un asesino el que personificaba todo lo grande que habia alcanzado el pueblo aleman.»

La sangre derramada del Emperador es la sangre de Alemania, es la sangre de todo el mundo civilizado. El tiro dirigido fué el tiro del socialismo, que va envenenando el alma de nuestro pueblo. ¡Qué proféticas fueron las palabras que el Conde de Moltke pronunció há poco, esforzándose en vano en el Reichstag por prevenir al Gobierno de los medios indispensables que pedia con urgencia si ha de extirparse el cáncer de nuestra sociedad, el socialismo, diciendo:

«Señores: Deseo sinceramente que los respetables diputados que han combatido ayer y hoy el proyecto del Gobierno, no se vean demasiado pronto en la necesidad de pedir ellos mismos al Gobierno una ley parecida á la presente, ó tal vez más rigurosa.»

Pero no puede salvarnos de nuestra miseria sólo

una ley, una ley anti-socialista, sino el trabajo y la voluntad de hierro de todos los que aman á la patria. Todos tenemos complicidad en los atentados contra la vida del Emperador. Hemos de volver á la vida religiosa: sólo la fe cristiana es un dique seguro contra los poderes destructores de nuestro tiempo. Quien se atreva á destronar á Cristo, el santo de los santos, el Hijo de Dios, ¿cómo ha de vacilar en rebelarse contra la ley terrena? Quien niegue el cielo y la inmortalidad, ¿qué cosa podria impedirle seguir los antojos salvajes del corazon corrompido y las pasiones del cerebro excitado? Si el hombre no fuese sino un animal domesticado, nacido paulatinamente de una célula primitiva, disolviéndose despues de muerto en la materia universal, no tendria ninguna barrera su conciencia criminal. Hemos de volver á los ideales: quien pierde de vista el cielo, quiere poseer sólo la tierra y gozarla entera y materialmente.

Al lecho de dolores del mártir imperial llevamos el duelo y la indignacion de la Alemania toda, y ¡gracias á Dios! esa indignacion es una prueba de que existe todavía la noble nacion de 1870, que está pronta á limpiar el escudo de su honra de la mancha del 2 de Junio. Si es grandioso un pueblo en armas, es verdaderamente conmovedor el espectáculo de un pueblo inundado de lágrimas.

Hé aquí una prueba de lealtad primitiva. Al mozo de un carnicero de Franconia, que hablaba irrespetuosamente del Emperador, le pegó el huésped indignado tres bofetadas; la primera, diciendo: «En nombre del Emperador»; la siguiente, «En nombre del Rey de Baviera», y luégo, cogiéndole de un brazo, le echó fuera, en union de otros ciudadanos, diciendo: «En el nombre del pueblo aleman.»

Lloraban los buenos alemanes, y lloraban todos los extranjeros, hasta los embajadores marroquíes, que se encontraban en Berlin cuando se cometió el atentado.

Si hay algo que pueda consolarnos en esta temporada triste, es la serenidad y buena disposicion de ánimo del mismo Emperador, quien al verse herido el dia en que habia invitado al Shah de Persia, exclamó:

«¡Pobre Shah! No tendrá su comida en Palacio.»

Hé aquí otra prueba del buen humor del ilustre enfermo, en cuyo lecho de dolores sigue velando la nacion entera: cuando el 6 de Junio se presentó delante de él su hijo el Príncipe heredero de la corona, que acababa de ser nombrado lugarteniente para el despacho de los asuntos de Estado, el Emperador le preguntó: «Federico, ¿has gobernado hoy ya?» (En aleman: «*Na, Fritze, hast du heute schon regi rt?*»

Dicen los telégramas, que diariamente leemos con avidez, que habiéndose cicatrizado la mayor parte de las heridas del Emperador, su estado general no ofrece ya ningun síntoma alarmante. ¡Dios conserve su vida!

He de añadir á este artículo cuatro palabras. Un eminente escritor español, mi amigo D. Juan Perez de Guzman, ha consagrado á nuestro Emperador, al hijo de la inolvidable Luisa, la más virtuosa y bella de las reinas malogradas de Prusia, el más sentido artículo en *El Parlamento* del 11 de Junio de 1878, que concluye con estas bellísimas palabras:

«Gracias al emperador Guillermo, las promesas del tiempo y el testamento de Luisa están cumplidas. La Alemania es una, el Rhin es aleman, la calumnia de Napoleon está vengada. Ni la madre pudo pedir á Dios un hijo más bueno, ni la patria un héroe más insigne. Ni la suerte ni el destino han podido, con el doble escudo de la patria y de la madre, negarle sus favores. Y hoy mismo, cuando á la senectud de sus años dos veces ha sido herido el emperador Guillermo por la mano del crímen, el escudo de la patria y el escudo de la madre dos veces han arrancado al héroe y al hijo de los bordes de la muerte. La ancianidad, cubierta de gloria, lo hundirá en el sepulcro; la maldad ha sido impoten-

te para lograrlo. El que ha vindicado el honor de la patria y el honor de una madre, no puede caer bajo la mano del crímen.»

Obedeciendo á ese espíritu de justicia á que la nacion española rinde siempre culto debido y hasta supersticioso, tambien *La Epoca* ha tributado un homenaje de estimacion y de respeto al hombre, al caballero, al patriota, al caudillo noble, hidalgo, leal y valiente que ha convertido, con asombrosa rapidez, un reino exiguo en un imperio central poderoso, y ganado el primer prestigio y el primer puesto en la historia contemporánea.

Y hasta los diarios franceses felicitaron al emperador Guillermo por su triunfo sobre la maldad y la alevosía, dando gracias al Todopoderoso porque le ha salvado de la muerte. *El Fígaro*, diario político de París, escribió:

«Podemos decir, sin agitar la hierba de las tumbas en que las batallas de 1870 han adormecido á los nuestros: «¡Dios salve la vida de S. M. el emperador Guillermo!...» Tiene un gran corazon. El rostro y el continente de un anciano revelan su índole. El emperador Guillermo es bueno. Religioso y soldado: hé aquí sus dos condiciones principales. Es una espada antigua, de empuñadura de cruz, que puede ser crucifijo. Raros son estos sentimientos religiosos en un monarca que, más que ninguno,

tiene por dogma la fuerza; pero cree ejercer un apostolado. ¡Anomalía inexorable! El corazon humano, que tiene tantos miles de años, es todavía un misterio que en el valle de Josaphat descifrarán los arcángeles. El Emperador es piadoso. En las horas solemnes de un conquistador, cuando no sabe si va á retroceder ó á avanzar hácia el abismo, Guillermo reza como Alejandro II; mas éste lo hace públicamente en la tumba de su madre ó de su hijo, y aquél lee en una Biblia pequeña que lleva siempre consigo. El libro se abre por sí mismo por ciertas páginas, como el de la reina Victoria. Tal vez el soldado, cuya vida ha sido un combate, y la augusta señora, cuya vida ha sido un amor, lean los mismos versículos sagrados. Un capellan frances me ha referido que el emperador Guillermo se preocupaba mucho en la guerra de que los socorros de la religion no faltáran á los heridos. Parecia decir á la Francia, como Otelo ántes de matar á Desdémona: «¿Habeis rezado esta tarde?»

»El Emperador envejece lentamente sin encorvarse; ántes bien parece que se engrandece: así los rayos oblicuos del sol poniente hacen aparecer más grandes los árboles. El asesino vela en la sombra con los ojos abiertos como el buho. ¡El buho ha venido á posarse, segun su costumbre, sobre el árbol más alto!... ¡Ya se sabe el resto!... El Emperador,

á quien acabo de presentar siempre de pié, está hoy siempre acostado. ¡Los siniestros disparos de fusil contra él asestados han hecho estremecerse como un vidrio el alma de Europa!»

Sirva de satisfaccion al Sr. Perez de Guzman el saber que el excelente artículo (1) en que describió los bellos rasgos del carácter del nuevo Carlo-Magno, del Carlo-Magno aleman de nuestros dias, lo he leido delante de uno de los más ilustres generales prusianos, uno de los caudillos y héroes de 1870 y 1871, el Excmo. Sr. de Goeben, tan conocido en España, que conoció su buena espada, su tizona germánica, como celebrado en Alemania. Y ese general aleman, el más hispanófilo de todos nuestros capitanes, el amigo del rey D. Alfonso XII, aplaudió sinceramente aquel testimonio de acatamiento dirigido á nuestro Emperador por un noble español.

XXXVII.

La inauguracion del monumento al rey Federico Guillermo III de Prusia en Colonia.

Colonia, la del Rhin, era el dia 26 de Setiembre último toda júbilo, toda alegría. Al presenciarla

(1) Mencionado en la página 420.

me vino á la memoria el verso con que el insigne García de la Huerta abre la escena de su bello drama *Raquel :*

«¡ Toda júbilo es hoy la gran Toledo! »

En los semblantes de todos los ciudadanos (1) se veia pintada una dicha sin límites, una felicidad completa. Ese entusiasmo, ese delirio era muy santo, muy justo, muy digno. El leon se habia salvado de la mordedura de la serpiente : nuestro querido Emperador Guillermo, que en los campos de batalla de Francia nos hizo una nacion grande y unida, y que ha ceñido á sus sienes no sólo los laureles bélicos, sino la corona de todas las virtudes, la justicia, nos fué como rendido por la Providencia, que por fortuna le permitió por primera vez, despues de dos atentados contra su preciosa vida, visitar nuestro suelo apacible para cumplir un acto de piedad filial, asistiendo á la inauguracion del monumento colosal levantado en la metrópoli rhiniana á la memoria de su padre el rey Federico Guillermo III, que en 1815 á los rhinianos nos dió el bien más preciado, una patria,

(1) Aquel dia hasta los católicos se habian olvidado de la cuestion del Kulturkampf (conflicto entre el Estado y la Iglesia) que les habia traido tantos dias de luto, no habiendo llegado todavía á ninguna inteligencia el Papa y el Emperador.

engarzando en la diadema de Prusia la joya más bella, nuestro país hermoso, que parece destinado para habitacion de los dioses, y á la memoria de los que, reinando el mismo Federico Guillermo, se distinguieron por su esfuerzo, superioridad ó genio, y cuyas glorias lealmente ganadas quedan brillando como tesoro comun de todos los alemanes.

Germania debe levantar la frente con orgullo al contemplar esas estrellas refulgentes en el cielo de su gloria, esos hombres reunidos en el monumento de bronce que ha de dar testimonio del reconocimiento de que los rhinianos estamos poseidos para con la estirpe de los *Hohenzollern*, cuya águila potente, presentándose ya en las armas del fundador del reino prusiano, Federico I, se hizo el símbolo del nuevo imperio germánico.

Adornada con millares de banderas Colonia, la de la suntuosa catedral, monumento sin segundo de la religion y del arte, que nos infunde veneracion á Dios y amor á los reyes que dieron el impulso para que se terminasen aquellas elevadas torres que desde el mundo de lo pasajero nos levantan hácia el reino de lo eterno. Colonia batió palmas y regó laureles en la vía de la glorificacion del que correspondió tan dignamente á las obligaciones de su alcurnia, realizando estas palabras proféticas que pro-

nunciaba su padre al incorporar á sus estados la provincia rhiniana.

Por do quier se veia el color predilecto del Emperador, encontrándose violetas y azuladas flores en las coronas y ramilletes, en las decoraciones de las casas, en los marcos de escudos y de inscripciones, y flores azuladas tambien en los pechos de hermosas damas, como en los ojales de los caballeros, siendo arrojadas asimismo flores á los piés del Emperador al hacer su entrada en Colonia, capital hermosa de la provincia que se siente ligada á la corona de Prusia con lazos de honor y de amor, monumento preclaro de lo que hicieron Federico Guillermo III y sus dos sucesores, pues pudiera decirse que todos los beneficios de que gozan los rhinianos los deben á sus reyes, y á su rio, que dota al país con tesoros imponderables, que las edades pasadas, segun la bella expresion del burgomaestre de Colonia, doctor Becker, no pudieron figurarse sino bajo una forma simbólica, la tradicion del Tesoro de los Nibelungos, sumergido en las ondas del rio.

Ya á las diez de la mañana se llenaron las tribunas colocadas en la plaza del monumento; el *Heumarkt*, con los representantes de las ciudades rhinianas, y los otros huéspedes. Y á las doce llegaron el Emperador, la Emperatriz, el Príncipe de

la Corona, el Príncipe Cárlos de Prusia y el séquito imperial, siendo saludados por todas las campanas de la ciudad, entre las cuales, la denominada del Emperador se distinguia por lo solemne y grave de su acento profundo. Bendigo el momento en que volví á ver al anciano Emperador despues de acontecimientos tan deplorables, que llorará siempre el pueblo aleman; muchos ojos derramaron lágrimas al ver aquel brazo que ha protegido á Germania toda, pendiente todavía de una venda; pero ninguna otra satisfaccion podia igualar á la que nos inspiraba su rostro tan fresco y bondadoso, y su paso tan firme, que no recordaba en manera alguna la enfermedad del Emperador.

Este se sentó, así como la que comparte con él el trono del gran Federico, en una silla dorada, en el vistoso pabellon imperial, en medio de manifestaciones atronadoras de júbilo.

La solemnidad se inauguró con un canto llano, cantado por el célebre *Männergesangverein*, de Colonia. Despues pronunció el primer burgomaestre de la ciudad, doctor Becker, un largo discurso, que el anciano Emperador, que como Rey habia colocado la primera piedra del monumento el 16 de Mayo de 1865 con motivo del quincuagésimo aniversario de la incorporacion de la provincia rhiniana á los estados prusianos, escuchaba, de pié, á pesar de que

aquel discurso, más propio de una Academia que de una gran fiesta nacional, duró más de un cuarto de hora.

Terminada la alocucion, que concluyó con las palabras «que el monumento que iba á inaugurarse está dedicado al porvenir para ser una columna de Memnon que ha de hablar á las generaciones venideras, anunciando la aurora del Mediodía», se levantó el Emperador para contestar, y de repente rompió el sol por las nubes sombrías, derramando sus rayos más brillantes sobre la figura venerable del ilustre orador y haciéndonos exclamar involuntariamente: «¡Ojalá que el sol de la fortuna brille siempre al que es la gloria más legítima de la nacion germana!»

Contestó S. M. en estos términos: «Estamos aquí reunidos para celebrar una fiesta bajo la impresion de una gratitud sincera y múltiple. Nuestras primeras acciones de gracias deben dirigirse á la Providencia, que despues de victorias sangrientas puso las provincias rhinianas, en su extension actual, bajo el cetro del rey Federico Guillermo III, de donde le ha tocado á la Prusia la mision de guardar el Rhin.

Esta mision la ha cumplido gloriosamente la Prusia de concierto con la Alemania. He venido para dar gracias personalmente á la provincia rhiniana por

haber erigido este monumento á mi padre como muestra de su reconocimiento por los beneficios de la paz, de los que ha hecho gozar á este hermoso país durante veinticinco años. Si despues de dolorosas pruebas he podido venir aquí, lo debo á la gracia del Todopoderoso que me ha devuelto la salud en una medida suficiente para permitirme á mí, el hijo de Federico Guillermo, asistir á esta fiesta imponente. Caiga, pues, el velo que cubre ese monumento, y que nuestras aclamaciones reconocidas se eleven en honor del querido difunto cuya memoria celebramos.»

A la señal dada por el Emperador cayó el velo del monumento. El Emperador, con la cabeza descubierta, saludó á la efigie de su padre, y la muchedumbre hizo oir ruidosas y entusiastas aclamaciones.

El Emperador contempló la estatua dedicada á su padre con las miradas satisfechas del mejor hijo.

Nosotros hemos de examinarla, y ahora que el dia de fiesta ha trascurrido ya, lo harémos con el respeto debido á los artistas, finados ya por desgracia, que tan considerable parte tomaron en la ejecucion del monumento.

Cierto impulso instintivo de mi naturaleza me ha apartado siempre de aquel sistema de la crítica severa que escarba en las producciones del ingenio

para sacar á luz los defectos, hacer resaltar las faltas, y raspar tanto, que se descubre al fin la peca en el rostro de Fílis y los poros en el mármol mórbido de Vénus.

Pero confieso que el monumento erigido á Federico Guillermo III y á los héroes de su reinado no me ha producido un efecto puro y verdaderamente estético.

Consiste el monumento en un pedestal de pulido granito rojo, cuyos cuatro llanos contienen relieves en forma de friso. Levántase el pedestal sobre una grada alta.

A los relieves les sigue el cuerpo principal del pedestal, adornado con figuras de bronce, que tienen de alto nueve piés. Una decoracion corona á la moldura, y sigue el plinto de la estatua ecuestre del Rey.

Esta tiene de alto 22 piés, y un peso de 11.570 kilógramos, pesando todo el monumento, el más colosal de su género, el más grande del mundo, 34.850 kilógramos.

Pero en nuestra época han confundido lo colosal con lo verdaderamente grandioso. Ese monumento quiere imponer, sustituyendo lo genial por lo gigantesco de sus proporciones, y no está en armonía con la plaza y edificios que le rodean.

Lo que merece nuestros sinceros plácemes es la

figura del Rey, distinguiéndose por su expresion de dignidad tranquila.

Vese á Federico Guillermo montado á caballo, vistiendo el manto regio y llevando el cetro en la diestra. Pero es de extrañar que á su cabeza le falte la corona ó el laurel. Y el cetro es demasiado pequeño en comparacion con la persona que lo lleva: pero una voluntad superior á la del artista lo habrá querido así, porque aquel tamaño corresponde al del cetro que se encuentra en la Tesorería Real de Prusia.

El caballo tiene los piés demasiado pesados.

El pedestal es una imitacion del que se halla en la gran estatua de Federico el Grande, que hizo Rauch en la calle de Los Tilos de Berlin; pero si ya en la obra del escultor berlines observamos lo arriesgado del experimento, que consiste en apartarse así de la naturaleza como de la tradicion, haciendo pasear figuras libres en una moldura como si fuesen títeres, pero conciliándonos con su idea por lo magistral de la ejecucion; aquel arriesgado experimento lo han exagerado todavía los creadores del monumento de Colonia por lo colosal de las figuras, que se presentan todas en trajes modernos, y saliendo del cuadro destruyen la unidad de la obra del arte, produciendo casi la misma impresion que figuras de cera, porque faltan las relaciones que las

unan. Ademas, los cuerpos que se ven debajo de los trajes no corresponden á la naturaleza.

Hé aquí los nombres de los que se ven en el pedestal como los grandes hombres que, en union del Rey, contribuyeron á levantar á la Prusia y libertar á la Alemania. En los ángulos del pedestal están los de la hazaña atrevida, Blücher y York, Kleist y Bülow, y en medio de los dos primeros, que se encuentran en la parte delantera del monumento, el Ministro de Estado Hardenberg, miéntras en medio de los dos últimos, en la espalda de la estatua, está el gran reformador político Stein.

Del lado derecho se presenta Scharnhorst, el armero de la libertad alemana, rodeado del Conde de Solms, el primer presidente de la provincia rhiniana, y de los estadistas Beuth, de Schön y Guillermo de Humboldt. Y en el medio del lado izquierdo se halla Gneisenau, rodeado de los Arndt, Niebuhr, Alejandro de Humboldt y el Ministro de Hacienda Mr. de Motz.

La mayor parte de estos hombres, sea que fuesen héroes de la guerra ó apóstoles fervientes de la propaganda científica y moral que mantenian vivo el fuego sagrado, y de contínuo soplaban la bendecida llama, despertará indudablemente sentimientos patrióticos en cada buen aleman; y me complazco en referir que pocos dias despues de inaugurada la es-

tatua, un maestro de escuela la explicaba á sus discípulos, que entonaban cantos patrióticos en torno del monumento, con gran satisfaccion de los que los escuchaban.

Pero el respeto que profeso á la historia, como el recuerdo permanente de lo que fué, como el cuadro de la vida de los siglos, el panorama de todas las edades que desaparecieron, el espejo del pasado, la gran leccion de la vida humana; el respeto que profeso á la historia, cuyo estudio es una verdadera prolongacion, casi infinita, de la vida que gozamos, al traves de las generaciones y de inmensos siglos, y á pesar del abismo insondable del olvido; ese respeto requiere que la historia no se falsee. En monumentos históricos como el de que hablo es preciso levantarse á las regiones serenas de la historia; es preciso no contemplar á los hombres desde el estrecho punto de vista de los partidos, sino medirlos segun lo que valian. Pero así como el árbol más alto y más escueto es el más combatido por el viento de las tempestades, tambien el hombre, miéntras más se encumbra en alas del genio, más combatido es por las pasiones mezquinas.

Los autores del monumento, que se permitieron el lujo de dos Humboldt, no presentaron á ningun José Görres, ese gigante del país rhiniano, á cuya

gloria la patria alemana jamas ha de volver la espalda. ¿Cómo es que falta este publicista insigne, de colosal talento y conciencia inmaculada, que grababa en su hogar, al frente de su mesa de escritorio, este noble lema: *Dios*, *Patria*, *Libertad?* ¿Cómo es que falta el que el mismo Napoleon I llamaba la quinta gran potencia; el que servia honradamente á su país y conquistaba la mayor altura política; el que consideraba su patria, la tierra en que le habia puesto la Providencia, como el lugar á que pertenecia su fuerza toda, hasta que le reclamasen deberes más altos; el que combatia por las cosas del cielo, por la santificacion de las almas; el que enlazaba á un espíritu intuitivo y profético, á la profundidad de su ánimo, al fervor de su fantasía, una mente fria y observadora; él, cuyos libros tienen, ademas de las bellezas que sus lectores conocen, otro mérito más grande y muy estimable, el de la originalidad, siendo *suyo* su estilo, y de su exclusiva propiedad el pensamiento que sirve de base á sus obras? ¿Cómo es que falta el que demostraba la verdad de que tambien en Alemánia los verdaderos héroes nacen con la pluma en la mano, y que ya está léjos, muy léjos de su Rhin querido, la artéria de Alemania, yaciendo entre los que duermen el sueño de la muerte á la sombra de sus creencias, bajo la egida del Padre comun?

A José Görres le echarán de ménos en ese monumento cuantos sientan arder en su pecho la llama de la justicia, y sobre todo los rhinianos, que admirarémos siempre al gran hijo del Rhin, en que, segun dijo el malogrado poeta Guido Görres, «la atmósfera de su patria que respiraba, el vino de sus uvas, el agua de sus fuentes que bebia, el pan de sus espigas y los frutos de sus árboles que comia, se tornaron en sangre y carne, miéntras los cuadros pintorescos de sus montes y sus valles, de sus lagos y sus rios, de sus campos y sus soledades, de sus peñas y sus fuentes, de sus flores y sus hierbas, de su cielo y de sus estrellas, formaban su alimento espiritual, llenando él á su vez á su tierra de las creaciones de su espíritu.» ¡ Falta Görres, miéntras se ven los Beuth y Motz, cuyos nombres no hallan eco alguno en los corazones rhinianos! Sea dicho de paso, Beuth fué el que, junto con Schinkel, nos legó el pseudo-clasicismo, pero Schinkel, que se penetraba tambien del sentimiento con que los alemanes hemos de cultivar el arte gótico como nuestro arte verdaderamente nacional, era un genio, y Beuth no lo era.

¿Y qué diré del lugar indecoroso en que han puesto á Stein, el alma de la reforma política de la Prusia, colocándolo bajo la cola levantada del caballo de Federico Guillermo?

El artista queria ponerlo en la parte delantera del pedestal, pues ese puesto de honor correspondia al que conservaba su espíritu enérgico cuando el desaliento cundia por todas partes; pero una voluntad superior á la del artista le dió aquel lugar, de que ya está burlándose nuestro pueblo, diciendo que si al caballo le sucediese algo natural, el pobre Stein tendria una suerte poco envidiable. Cambiar el puesto que el escultor habia elegido para uno de sus personajes, es como si en un poema se destruyese la armonía poniendo una estrofa en un lugar que no la corresponde.

En la parte delantera del granito de nuestro monumento se hallan dos figuras mujeriles, llevando una tabla con esta inscripcion: *Al Rey Federico Guillermo III, las agradecidas provincias rhinianas.* Pero miéntras en el boceto de bronce que se encuentra en la sala de armas del Museo de Colonia aquellas figuras mujeriles tienen líneas de hermosura ideal, las que se ven en el monumento no presentan sino lo vulgar de la naturaleza.

Réstame hablar de los relieves que contienen los retratos de los próceres de las ciencias y de las artes, y de los que fomentaron la industria y el comercio, y de los poetas heroicos, los Quintanas alemanes Koerner, Schenkendorf y Rückert. En cuanto á los retratos, echamos de ménos lo característico

de las individualidades. Como uno de los mejores, mencionarémos el de Beethoven, ese verdadero profeta de Dios, que hablaba el lenguaje del cielo á los hombres como la naturaleza les habla en esa celestial armonía del viento, del agua, del canto de las aves. La figura de Zwirner, el arquitecto de la catedral de Colonia, parece demasiado grande; el rostro de Mr. de Wittgenstein es una caricatura, y el traje del Arzobispo, Conde de Spiegel, no corresponde á la liturgia; el báculo lo tiene en la mano al reves, y le falta el anillo episcopal. Ademas, el Conde de Spiegel, en cuyo episcopado el arquitecto Ahlert corrompió la parte más rica del coro de nuestra catedral, no fué el que merecia un puesto distinguido en el monumento coloniense, sino el cardenal *Juan de Geissel.* Y ¿por qué han negado un lugar á quien durante más de veinte años fué presidente del *Dombauverein*, el Sr. Esser II?

Por haber sido trabajado el monumento por muchas manos resulta por demas sobado, por demas afinado, perdiendo naturalmente su primitivo sello.

La obra en general tiene, en mi concepto, faltas, y bastante grandes, que debia mencionar con toda franqueza. Algunas, en bastante número, se explican, por haber sido tantos los que trabajaron en ella.

Los dos artistas que en 1865 se encargaron de la

obra no pudieron terminarla, falleciendo Schievelbein, el que recibió el encargo de hacer el pedestal, el 6 de Mayo de 1867, y Gustavo Bläser, distinguido hijo de Colonia y autor de la estatua ecuestre y de las figuras de un lado del pedestal, murió el 20 de Abril de 1874, ántes de haber bosquejado los frisos. Estos los hizo Calandrelli, miéntras las cinco figuras del otro lado del pedestal fueron ejecutadas por Schweinitz. Las de Blücher y de Bülow las modeló Tondeur; las de Kleist y de York se deben á Mr. de Büchting, y las de Hardenberg y de Stein á Luis Drake, escultor de Berlin, así como Schweinitz y los otros artistas citados.

Concluyamos escribiendo la historia del 26 de Setiembre. Colonia contó, sólo durante una hora, entre sus huéspedes á nuestro Emperador y á su esposa, y los organizadores de la fiesta se dieron cita por la tarde en la magnífica sala de Gurzenich. El número de los convidados por el Comité ascendió hasta 500. En vano (1) hemos buscado entre ellos á los representantes rhinianos de la ciencia, de la música y de la poesía; á los sucesores de los que

(1) Lo de una lotería que al parecer se cree privilegiada (Gesellschaft unger uns) que lo reparte todo entre sí y los suyos, lo llama el vulgo *Kölscher Klüngel* (¡ Cosas de Colonia !). Y á este propósito recordaré el refran castellano: En todas partes cuecen habas; que no se ha de decir solamente ¡ Cosas de España !

este hermoso país ha inscrito en el catálogo de sus eminentes celebridades, y que, con sobrada razon, se ven en los relieves del monumento de Colonia. En cambio, el Príncipe imperial honró el banquete con su presencia, brindando por el bienestar de la bella ciudad del Rhin, por la provincia rhiniana y por toda Alemania. Y como si quisiese imprimir á sus inspiradas palabras un sello visible, apuró su copa grande hasta la última gota.

Millares de hombres contemplarán el gran monumento de Colonia, pero el más hermoso lo tienen los Hohenzollern en nuestros corazones, en todos los corazones rhinianos.

XXXVIII.

El gran publicista rhiniano Juan José de Görres.

¡Abrete, *Walhalla* mia, para el héroe que falta entre los que se ven en el pedestal del monumento coloniense elevado á Federico Guillermo III, para el más noble y más genial rhiniano, cuyo espíritu tomó un vuelo de águila; para el tribuno que levantó su voz poderosa en pro de la reforma política de Alemania, en pro de los derechos inalienables del pueblo; para el gran patriota cuyos escritos, aureola

de su nombre, son como el relámpago, como la tempestad, como la Némesis vengadora, como la espada de Breno, como seres armados saliendo de su cerebro, como Minerva de la cabeza de Júpiter; como la palabra grandiosa de Isaías ó la del Dante y de Shakspeare! ¡Abrete para *Juan José de Görres*, el creador del periodismo aleman; el más eminente, el más inspirado publicista, que con una elocuencia más eficaz que la de Isócrates, de Demóstenes y de Ciceron, como si el mismo Eolo hubiese desatado sus vientos avivando el fuego sagrado del patriotismo, inflamaba á la nacion alemana, para que entrase en la guerra santa, en la guerra nacional, en la guerra de nuestra independencia, amonestando despues con la fuerza y el entusiasmo propios de un profeta á los germanos para que terminasen en memoria de la gran batalla de Leipzig que les rindió la libertad, la catedral de Colonia, aquel legado sagrado de sus antepasados, que se habia hecho un símbolo del imperio aleman, estacionado, sin vida desde hace tres siglos! Ya tiene el ferviente patriota y católico de quien nos ocupamos un monumento digno de su fama en una vidriera colocada el 26 de Junio de 1856 en la nave trasversal meridional de ese templo, así como debiera tenerlo en la capital de la provincia renana, en *El Reichstag aleman* y en la Walhalla. El compartimiento alto de aquella

vidriera, costeada por los apasionados del gran escritor, muestra á la Vírgen y al Niño, arrodillándose Görres, que viste el talar azul de la facultad filosófica de Munich y tiene á su lado á su patrono San José, miéntras en el compartimiento bajo se ven las figuras de Carlo-Magno y de San Bonifacio. La patria agradecida debiera honrarle con un monumento, cuya inscripcion, fundándose en el título (1) que le daba Napoleon al verse atacado por los cuatro poderes grandes de Europa y por Görres, no pudiera ser otra que ésta:

«Al *quinto* poder grande en la guerra contra el primer Napoleon.»

¡Abrete, Walhalla, para el amigo de la verdad, el enemigo de Napoleon y de los tiranos, el compañero de Scharnhorst, de Stein, de Gneisenau, el batallador espiritual del Rhin, el gran ciudadano, el gran maestro, el gran católico, de cuyos labios brotaba un torrente de armonías; el vate que en su lenguaje tan poético parecia haber sacado del Rhin el oro de los Nibelungos, escondido durante tanto espacio de tiempo cerca de la peña de Loreley; el escritor para el cual la lengua era un instrumento que cantaba, lloraba, tronaba bajo su voluntad de

(1) El título de *quinto poder* (cinquième puissance).

hierro; el místico que nos recuerda los de la Edad Media, Tauler, Suso y Gerson, levantándose á la invisible luz divina; el que hasta cuando consagraba su pluma á la Iglesia católica, escribió en 1824 ó 1825 acerca de la Reforma: «Verdaderamente fué un movimiento grande y noble el que la produjo. Aunque la condenen absolutamente los pueblos latinos, nosotros los alemanes no podemos hacer eso, porque ha salido del espíritu más íntimo de nuestra estirpe. Ese espíritu es aquella noble indignacion ética contra cualquiera ofensa de lo santo; aquella indignacion contra todo abuso; aquel indestructible amor á la libertad, cualidades que Dios ha puesto en esta nacion para apartar de ella, cuando sea necesario, la podredumbre á que se inclina tanto el Sur» (1).

¡Abrete para él en expiacion de que ese corifeo más imponente de la nacion se vió obligado á abandonar por siempre á su querida patria, la bellísima Coblenza, lugar de su actividad titánica, donde en el fuego de ira de la nacion forjaba la espada con la cual habia de alcanzar la liberacion de Alemania!

La poderosa raza del Norte, la inteligente raza germana, segun dicen los mismos españoles, pare-

(1) Véase Görres V. 216.

ce llamada á vigorizar el mundo viejo. Si Francia ofree á los españoles placeres nuevos, sibaritismos refinados, frivolidades escéntricas, Alemania les da, en cambio, el ejemplo de caractéres grandes y de virtudes sublimes.

Como carácter grande que infunde las mayores simpatías, saludamos á *Juan José de Görres*, el gran propagandista, que por base inconmovible de su doctrina tiene la libertad, y á quien Goethe llamaba un hombre secular. Gigante de nuestro pueblo, nació éste el 25 de Enero de 1776, en Coblenza, la del Rhin, espejo de la historia y de la naturaleza rhinianas, en la casa llamada *gigante*, que hace años cedió el puesto á una gran fonda moderna, que ha conservado el nombre primitivo. Como todos los hombres grandes, *Görres* parece haber debido su talento extraordinario á su madre, la señora Mazza, que sentia circular en sus venas sangre italiana, miéntras el padre era un hombre sencillo que tenía un comercio de madera. Su escuela y su maestro era él propio, pues era autodidáctico en todo, así en la esfera del saber como en la ciencia de la vida.

Cuando no contaba todavía trece años, estalló la revolucion francesa, que enterró como bajo lava volcánica los horrores del entónces estado de Europa. ¿Qué aleman no se ruborizaria al recordar

que en el año en que Görres vió la primera luz, el landgrave de Hesse-Cassel haya vendido á Inglaterra 12.000 súbditos suyos para que contribuyesen á oprimir á los norte-americanos, que estaban rompiendo sus cadenas?

Podria decirse que miéntras en la antigüedad los habitantes de Tiro que estendieron sus colonias hasta Gades (La Cádiz de hoy) se convirtieron de mercaderes en príncipes, la mayor parte de los príncipes alemanes de entónces se hicieron mercaderes vendiendo sus súbditos. ¿Quién extrañaria, pues, que el jóven Görres se haya entusiasmado por la revolucion, pareciéndole Francia la tierra prometida; París, la nueva Jerusalen, y el Rhin, el nuevo Jordan? La revolucion era una tormenta terrible que purificaba la atmósfera venenosa, y arrastrado por ella el jóven rhiniano hizo resonar en el Club de Maguncia su palabra entusiasta en pro de la libertad, de la igualdad y de la república. Su primer opúsculo, publicado en 1797, se tituló: *La Paz universal*, mostrándole como idealista noble que predicaba sus principios en el espacio sin límites y sin obstáculos de la purísima é incondicional idealidad. En el mismo año fundó y dirigió un periódico politico, *La Hoja roja*, haciendo la guerra, así al Estado viejo como al despotismo de la República, y teniendo la divisa: *¡Guerra eterna á los ladrones,*

la mano al hombre virtuoso! El jóven se hizo un Caton severo que castigaba todos los hurtos, todas las concusiones de los comisarios franceses en la provincia renana. A *La Hoja roja* la sustituyó despues de seis meses de vida su *Rübezahl.*

Sus últimas utopias republicanas las perdió el representante de las ideas morales, de la libertad y del derecho, en París, donde estuvo en 1799, doce dias despues del 18 de Brumario, como delegado de sus conciudadanos, para que la provincia renana cesase de ser presa de genízaros franceses. Vió á Bonaparte, y luégo adivinó el despotismo militar, adivinó la mision del que habia de aniquilar los Estados. «Leed á tiempo á Suetonio, escribió á los suyos; ya está haciéndose el nuevo Emperador.»

Ya habia desaparecido su idea de buscar la salvacion en la reunion con el pueblo frances, y á quien queria fijarle en su primer punto fijo, diciéndole que no habia conservado su tinta radical, le contestó: «Escritos son vestidos viejos; yo salgo de ellos; que otros se disputen los harapos.» Y volviendo á la patria, dijo: «Doy gracias á Dios por haber salvado de la tempestad mi amor al arte y á la ciencia.»

Retirándose del teatro político á la soledad de su cuarto de estudio, y despues de haber contraido matrimonio en 1801 en Coblenza, con la más amable, la más ingeniosa hija de aquella ciudad encan-

tadora, Catalina de Lasaulx, escribió desde 1802 á 1806 como profesor de ciencias físicas de la escuela secundaria de Coblenza, cantidad de escritos, entre los cuales merece mencion especial su libro titulado *Creer y saber*, en que se descubre no sé qué panteismo amable que habia inaugurado el filósofo Schelling. Pero al apropiarse una obra extranjera, *Görres* derramó sobre ella la copia de sus ideas, la riqueza de sus imágenes. Le faltaba sólo convertir el entusiasmo en calma y reposo, y el sentimiento en conocimiento.

Al fijar en 1806 su residencia en Heidelberg, donde trataba á hombres congeniales, los románticos Clemente Brentano y Aquin de Arnim, empezó el período más feliz de su actividad pacífica. Electrizó á su auditorio por la grandiosidad de su carácter, su amor á la verdad y su sentimiento indestructible de la libertad. Trataba de renovar la vida del pueblo aleman recordándole las *Antiguas poesías germánicas*, que publicó sacándolas de los manuscritos de la biblioteca de Heidelberg. Pero no pudiendo obtener ningun profesorado en la ciudad del Neckar, el que ya entónces fué llamado *Hércules de la ciencia*, volvió en 1808 á la escuela de Coblenza. Una de sus publicaciones más importantes es su *Historia de los mitos del mundo asiático*, que salió en 1810 dando bases nuevas á la filosofía de la re-

ligion, celebrando á los fundadores de religiones en las edades más remotas de la historia, como profetas de los pueblos, como instrumentos elegidos por la Providencia para educar sucesivamente á la humanidad.

La universalidad de su espíritu le conducia tambien al estudio del idioma persa para traducir al aleman el poema peregrino del cantor de Iran, el *Schah Nameh* de Firdusi. En diez meses llevó á cabo aquella grandiosa empresa, siendo su traduccion una verdadera reproduccion del poema, un trabajo preciosísimo que preparaba las versiones y poesías orientales de Rückert. El sabio y poeta se hizo tambien coleccionista de cuadros de las escuelas primitivas de Alemania, y mantuvo una correspondencia animada con los dos Boisserée y los dos Grimm. Jacobo Grimm le dedicó su coleccion de *Romances españoles*, miéntras él dedicó á aquél la edicion de su *Lohengrin.*

Pero por sus escritos eruditos no se olvidaba de su anterior actividad política, sino que publicó, en 1810, *Reflexiones sobre la ruina de Alemania y las condiciones de su renacimiento.* El que pudo exclamar con justo orgullo: «Jamas he comido el pan de Napoleon, jamas he bebido en su copa», fundó, pocos dias despues que Blücher pasaba el Rhin, en la noche del primer dia del año de 1814, su *Mercurio*

rhiniano, publicacion sin segunda, guardia sin par del Rhin, rugido de un leon vigoroso, cuya voz cuando jóven ya habia oido el siglo pasado. No teniendo sino la fuerza de la palabra, pero una palabra más afilada y cortante que el acero, una palabra más certera que las balas de los cazadores franceses, *Görres* declaró la guerra al héroe de la nacion francesa, al más grandioso maestro de la guerra desde los Aníbal y César; ántes de que los patriotas poetas, como Rückert, Koerner y Arndt arrojasen sus cohetes al campamento enemigo, el gran hijo del Rhin midió su vigorosa maza con el arma del terrible adversario.

El 23 de Enero de 1814 salió la primera hoja del *Mercurio*, encendiendo un espíritu nuevo en los nietos de Arminio y en los caudillos germanos. Jamas el aleman habia leido alocuciones tan llenas de ardiente patriotismo, de virilidad y de entusiasmo santo y entonacion tan sublime. *Görres* fué la pasion exaltada, fué el corazon que brota raudales de sentimiento en su elocuencia admirable. El pueblo aleman habia encontrado su órgano, su orador gigante; *El Mercurio* tenía voto en el consejo de los Aliados, y jamás se sentaba Blücher á la mesa sin haber leido aquel periódico. Lo escribió Görres sin tener ningun amanuense, ora en medio de tertulias, participando él mismo de la conversacion, ora en el

castillo viejo de los Merovingios, situado cerca del puente de Mosela, colocando una hoja de papel sobre sus rodillas á manera de los orientales, y lo que nació sin artificio alguno excitó despues á los primeros ingenios de la nacion. La casa de Görres, que vió á Stein, el gran patriota aleman, y á Goethe, el poeta universal, se hizo el lugar señalado, al cual concurrian todos los hombres notables que en aquel tiempo importante pasaban por Coblenza.

Que se estudien los discursos de Demóstenes, «cuyo nombre trae á la memoria la elocuencia política, que mueve los ánimos al amor de la humanidad y de la patria, que es tempestuoso como las grandes pasiones, arrebatado como el espíritu del pueblo, solemne como la voz augusta de la libertad, esa elocuencia, que al espirar, herida por el hierro de Filipo y de Alejandro, exhalaba entre lastimeras congojas sus más sublimes cánticos» (1). Que se estudien los discursos de Ciceron «que representa la elocuencia forense, la académica y la política, y que es el concierto admirable de la razon, del sentimiento y de la fantasía» (2). Que se estudien los discursos de esos dos, que reunidos son el mayor esfuerzo de la elocuencia, el mayor milagro de la palabra. Pero ha de estudiarse tambien como

(1) Castelar.
(2) Castelar.

modelo de estilo y de fuerza de la lengua alemana *El Mercurio Rhiniano* de Görres, y sobre todo, aquel prototipo de ironía divina, *La Proclamacion de Napoleon á los pueblos de Europa ántes de su salida para la isla de Elba*, es decir, lo que Görres, conociendo á fondo aquel azote de los pueblos y de los reyes, que se llamaba Napoleon, puso en los labios de éste para castigar á la Europa miserable.

Cuando el Corso escapaba de aquella isla cual tigre mal encadenado, reconquistando á Francia en veinte dias, la prensa entera de su país cambió de tono, á medida que el Emperador avanzaba á la capital, hasta que concluyeron entonando un himno triunfal al verle hacer su entrada en París, Görres aumentaba aún la fuerza de su lenguaje contra «el príncipe del infierno.»

Napoleon fué derribado del trono y trasportado á la isla más remota del Océano, pero lo que el guarda del Rhin habia esperado de los príncipes alemanes en pro de la libertad del pueblo no se cumplió, y los vencedores trataron de deshacerse del augur incómodo. Siendo suprimido por el Gobierno, el *Mercurio* dejó de existir el 10 de Enero de 1816, acabando con él por siempre la actividad más importante de Görres, que no queria convertir su periódico genuinamente aleman en una *Gaceta* privilegiada del Gobierno prusiano. Pero forzoso

es añadir que éste, el gobierno de los Hohenzollern, no podia aprobar la combinacion política defendida por Görres, que recomendaba la continuacion del imperio aleman bajo un príncipe de la estirpe de los Habsburgos.

Cada rhiniano sintió como ofensa propia la cuya víctima fué el hijo de Coblenza, encanto y gloria de la patria.

El gran tribuno publicó despues en Francfort, en 1816, su opúsculo *La Constitucion futura de Alemania*, en que, pareciéndose al maestro Schwilge, que restauró el reloj enmohecido de la catedral de Strasburgo, se proponia restituir el organismo del viejo imperio aleman. En 1819 salió su famoso escrito político *Alemania y la revolucion*, castigando con inusitada energía todos los abusos, todas las faltas cometidas desde el Congreso de Viena, todos los defectos de la nueva Constitucion y la infidelidad de los príncipes, que pasaban como con esponja gigante por las tablas de los pueblos, atreviéndose á borrar de la Historia con manos arrogantes toda una generacion, como si al año de 1789, el de la revolucion, le siguiese inmediatamente el de 1819. El libro de Görres hizo la misma impresion que una bomba que cae en un pañol de pólvora. Pero en aquel tiempo tristísimo en que Jahn se vió encarcelado y Arndt destituido, apurando am-

bos todo género de ingratitudes, el autor de la obra *Alemania y la revolucion* se vió precisado á emigrar de la patria, y á él, que habia combatido á Francia á todo trance, le recomendaron sin distincion de partidos los periódicos clericales, los radicales y hasta los napoleonistas de aquel país á la nobleza de la nacion francesa. Pero en su destierro se sentia solitario, no le abandonaba la nostalgia, y jamas hubieran brotado de su alma, tan rica como suave, estas palabras duras y frias de un antiguo romano: *Ingrata patria, ne ossa quidem mea habebis*, sino que con los ojos arrasados en lágrimas, habrá recordado á su bellísima Coblenza, que jamas debia ver otra vez; la ciudad donde se casan el hijo de los Alpes nevados, el Rhin, y la Vírgen de Lorena, el Mosela; la veneranda iglesia catedral de San Cástor, que conserva tantos monumentos carlowingios; el castillo roquero de Ehrenbreitstein, ceñido de pintorescos torreones antiguos, encontrándose enfrente de Coblenza, y las torres de Lahnstein y los castillos de Rhense y de Stolzenfels. Habrá recordado sus queridos paisanos, que en sus banquetes, despues del bríndis por el Rey de Prusia, no dejaron de brindar por el ilustre proscrito, cuyo nombre nadie se atrevió á pronunciar en la ciudad régia, Berlin. Expulsado de su paraíso, expulsado de la madre patria, parecia Vul-

cano, á quien su misma madre Juno arrojaba del Olimpo. Salió para Strasburgo, donde le tenía ocupado su version del poema inmortal del paraísico Firdusi, y su traduccion admirable por lo que Wolfgang Menzel llamaba «el lenguaje arquitectónico» de Görres, la dedicó á Stein, como al nuevo Feridun que mataba al dragon Zohak.

En 1821 se abrió otra vez la boca del profeta político: dió á la estampa en Aarau (Suiza) su folleto *Europa y la revolucion*, en el que, áun más que en sus anteriores escritos, encontramos un estilo bíblico, quizás porque las experiencias de la vida habian impreso un sello religioso al ánimo del autor.

Miéntras Dante, el célebre desterrado de Florencia, pasaba de los Guelfos á los Gibelinos, Görres, al contrario, despues de defraudadas sus esperanzas de ver renovado el imperio germánico, se consagraba con toda su alma á la Iglesia. Pero si el mismo Dante y si nuestro Jorge Frundsberg mandaron que los sepultáran con una capilla de fraile, ¿quién extrañará que Görres, despues de terminada su heroica lucha política, se haya retirado al territorio eclesiástico? Para comprender á Görres, que hasta entónces brillaba con la aureola del liberalismo, es preciso recordar que fué una naturaleza eminentemente católica, pero un católico de la Edad

Media, en que el catolicismo y el protestantismo no se habian separado todavía, y es preciso recordar tambien que, si Görres fué místico, los místicos fueron los regeneradores de la vida cristiana, segun los preceptos del Evangelio, en el tiempo de la mayor humillacion de la jerarquía. El católico Görres era como un contemporáneo de los maestros Eckart, Tauler, Ruysbroek y Suso; como un contemporáneo de Gerson ó de Eneas Silvio, como un contemporáneo de Alberto Magno, ó, para reproducir una frase de su piadosa hija María, era como aquel San Cristóbal que no queria servir sino al más poderoso, y que, por lo tanto, concluyó sirviendo al Niño Divino. ¡Cosa memorable, ya en el escudo de la casa paterna de Görres se veia un gigante como tipo de aquel San Cristóbal!

Fué uno de los colaboradores más distinguidos del periódico de Maguncia, *El Católico*, y desde 1827 residió en Munich como profesor de la Universidad, siguiendo la invitacion del rey Luis I de Baviera, á quien en 1825 habia dirigido la famosa epístola que tiene el epígrafe *El Elector Maximiliano I al rey Luis de Baviera, con motivo de su advenimiento al trono*, carta que podria llamarse un claro espejo de príncipes tambien para los de nuestros dias. El Rey le agració con la Órden de la Corona bávara, que hace noble á quien la recibe, y la Real

Academia de Baviera le acogió en su seno. Pero sumergiéndose siempre más en las profundidades y en la mágia del misticismo, de que da prueba su obra *El Misticismo cristiano*, parecia, á los que no conocian su naturaleza batalladora, que dormia como Sanson en las redes de Dalila, hasta que de repente se levantó con ardor invencible poniendo manos á las columnas del Estado. En 1837 cada rhiniano se vió ofendido por el gobierno prusiano en la persona del arzobispo de Colonia Clemente Augusto, baron de Droste-Vischering, y Görres, que siguió constantemente la misma línea de conducta, no plegándose ni ante las exigencias de los poderes permanentes, ni ante los caprichos mudables de las turbas, combatió en pro de la libertad y del Arzobispo en su *Atanasio*, en su *Aniversario del 20 de Noviembre de 1837* y en su escrito *Los Triarios*.

Es imposible mencionar todos los artículos que escribió ademas en la Revista fundada por su ilustrado hijo Guido y el profesor Philipps *Historische-politische Blätter für das Katholische Deutschland*, que áun hoy existe en Munich bajo la direccion de los señores Jörg y Binder. Pero no puedo ménos de decir que escribió tambien un prólogo preciocísimo á la obra de Luis Clarus *La Literatura española en la Edad Media.* Ese prólogo es un himno en-

tusiasta á la poesía española, mostrando que el genio del autor rhiniano, que tenía á su disposicion así el trueno como las auras primaverales, hizo hablar á su musa un lenguaje puro, armonioso, dulce y elegante.

Dice el prologuista: «La poesía de la naturaleza y la poesía espiritual tienen una conexion misteriosa. En todas partes participa la poesía del aroma de las flores que nacen en su mismo suelo. Así la de Indias se ha hecho hasta en su lenguaje una imágen, un espejo de la hermosura de las flores que brotan del boton en aquellas enmarañadas selvas, y la luz que desde el cielo, eternamente sereno, de las llanuras de Persia se derrama hasta los terrazos de las montañas, brilla tambien en la antigua poesía, en la poesía de Iran (1). El calor templado del cielo jónico que produjo las flores anatólicas, ha producido asimismo la poesía homérica. Como el abeto del Norte, desafiando al frio con sus alfileres cristalizados, defiende su verdura del efecto del invierno, la poesía de los escaldas se ha armado con el arnes de la aliteracion. En el país donde, como en los terrazos meridionales y occidentales de España, florecen la granada y el mirto, la poesía imitará la índole de éstos. La fantasía brillará en

(1) Iran es el nombre antiguo de Persia.

el fuego de la granada; el gusto de las obras de arte se hará elegante como el talle y la forma del mirto. Los declives septentrionales de España están cubiertos con ricos bosques, en parte con troncos ruinosos. Así aquel país unirá, en la naturaleza como en el arte, la direccion septentrional á la meridional, distinguiéndose su poesía por una copia, una riqueza, una fuerza, un calor y una fertilidad que la hacen la más rica de los pueblos modernos.»

Ese prólogo es un himno á Lope de Vega, ese Briareo de la poesía, que en todos los caminos derramó cien torrentes de genio y todo género de talento, aquel sacerdote y poeta que poco ántes de morir dijo: «La verdadera gloria es la virtud, y sacrificaria de buen grado todos los aplausos que me han dispensado por una sola obra buena que hubiese hecho más.»

Görres murió como Lope, como mueren los buenos cristianos. Parecia que sobre él se habia derramado el espíritu de San Pablo animándole á indagarlo todo. Un rato ántes de espirar mandó le leyesen algo de aquel gran Apóstol de los pueblos. Y un pariente suyo le leyó los párrafos de la primera Epístola á los Corintios, capítulo xv, versículos xlii á lviii, relativos á la Resurreccion, y despues de haberlos oido, murió el en quien, como en Sócrates, se pudiera aprender el arte de morir.

Falleció en Munich el 29 de Enero de 1848. Sus discípulos, entusiastas, llevaron en hombros su fúnebre lecho hasta el hueco que abrieron en la tierra. Vése su sepulcro en el cementerio de Munich: un modesto monumento gótico muestra un cuadro sobre un fondo de oro en el que Görres, arrodillado ante la Vírgen y el Niño, toma la espada de dos filos que le ofrece San Pablo.

Su mayor monumento lo labró él con sus escritos, en que abundan los pensamientos majestuosos y fuertes, las imágenes grandes, las sentencias profundas. Pero no pasarémos en silencio que en el centenario de su nacimiento se ha constituido en Bonn una Sociedad (1) que lleva el nombre del gran católico, proponiéndose cultivar la ciencia en la Alemania católica, y que desde el año de 1866 existe en Coblenza una mansion magnífica llamada «Fábrica de Görres» (Görresbau).

Leemos en la Epístola de Júdas que el arcángel y Abaddon se disputaban el cadáver de Moises. Así

(1) La mencionada Sociedad publicó en 1877 un libro notabilísimo del Sr. Reinaldo Banmstark, *La literatura española en la época de los reyes habsburgueses.* El autor de dicha obra llega al resultado de que la grandeza y las bellezas de aquella literatura estriban esencialmente en el cristianismo católico del pueblo español, así como sus faltas y manchas estriban en otras tantas lesiones y falsificaciones del principio cristiano-católico.

tambien los liberales y los clericales se disputan el espíritu del anciano *Görres*.

Honremos á éste como á un héroe del Estado y de la Iglesia, como á un prohombre valiente de la libertad, única diosa á que rindió culto en todas las fases de su tormentosa vida.

XXXIX.

Sebastian Franck y Sebastian Münster.

En un párrafo del capítulo consagrado á *Mercator* he mencionado á *Sebastian Franck*, que, como diria Cervántes, «capítulo por sí merece.»

Pero ha de compartirlo con *Sebastian Münster*, su rival en la Etnografía. Ambos son los primeros alemanes que enlazaron la Etnografía con la Geografía, publicando Sebastian Münster su célebre *Cosmografía*, y Sebastian Franck su *Weltbuch* (libro del mundo), no ménos famoso. Ambos usaron la lengua alemana, enriqueciendo la literatura popular del siglo XVI, en que todas las ciencias se vistieron á la alemana, escribiendo y dando conferencias Paracelso en lengua alemana sobre las ciencias naturales, y escribiéndose asimismo en aleman los escritos teológicos. La obra de *Münster* es el libro

de á fólio de un hombre erudito, de un humanista pacífico y de muchos colaboradores; miéntras la de *Franck* es el opúsculo de un autor originalísimo, de un reformador y revolucionario. *Münster* parece como otro Herodoto, vistiendo el talar de profesor, y narrándonos, sentado en un sillon, todas las maravillas del mundo. *Franck*, cuyo estilo aleman es el mejor de todo su siglo, á excepcion del estilo de su contemporáneo Lutero, trata su asunto como filósofo y crítico, penetrando su espíritu hasta en su libro geográfico cual norte frio que pasa por las olas revueltas del siglo. En *Franck* y *Münster* cuadran las palabras de Lessing: «Llámase erudicion la riqueza de experiencia ajena que se coge en los libros. Pero la experiencia propia es la sabiduría. El caudal más mínimo de ésta vale más que millones de aquélla.» *Münster* representa la erudicion; *Franck*, la sabiduría. Siempre habrá eruditos como el primero: pero sabios como *Franck*, son hombres seculares, hombres eternamente jóvenes. Libros eruditos como el de *Münster*, envejecen; libros como el de *Franck*, en el que lo mejor son los pensamientos atrevidos y el nervio de la palabra, que á veces tiene algo de la genialidad de Lessing, no mueren nunca.

La vida de Sebastian Münster es la vida tranquila de un genuino humanista y catedrático. Nació

en 1489, en Ingelheim, pueblo del Rhin, en el que vió tambien la luz Carlo-Magno, segun se complació en referir con orgullo su compatriota Münster cuantas veces se le ofreció ocasion. Entró en la Orden de los franciscanos; pero siguiendo las ideas de la Reforma, la abandonó, y siendo ya en 1524 profesor de la lengua hebrea, de Matemáticas y de Geografía, en Heidelberg, pasó en 1529 á la Universidad de Basilea, donde en 1552 murió de la peste. Léese en su piedra sepulcral, que se encuentra en la catedral de Basilea, el nombre de «Estrabon aleman», que mereció por su *Cosmografía.*

Lo que nos cautiva ante todo en Münster es su amor á la patria, que no se desmiente nunca. Hasta en el epígrafe de su mapa de Alemania campean estas palabras: «Alemania, por la gracia de Dios, silla del Imperio romano; escuela de todas las buenas artes y oficios, orígen de muchas artes nuevas; madre de numerosos hombres heróicos, grandes, sabios y eruditos; templo puro de verdadero temor de Dios y de toda virtud.» Y hasta se enojaba porque Tácito nos pintó á Germania como tierra áspera. En cambio, los luminosos cuadros que él hace de su patria alemana se parecen, como dice Riehl, á los clarísimos fondos de los paisajes de Durero y de Holbein.

Es curioso observar cómo nació su gran obra en-

ciclopédica la *Cosmografía*: dirigióse á los príncipes, condes y señores; á los obispos, párrocos, jurisconsultos, médicos y artistas; á los magistrados de las ciudades de Alemania, Inglaterra, Italia, Francia, Polonia y Dinamarca, y á muchos particulares, pidiéndoles que le mandasen noticias y mapas relativos á su país. Muchos accedieron á su deseo, y verdaderamente se engrandece la figura del sencillo catedrático, que desde su cuarto de estudio hizo contribuyente para su obra á media Europa.

No solamente fué geógrafo, si no filósofo, teólogo, publicista popular, cronista, impresor, y hasta jabonero fué *Sebastian Franck*, á quien Guillermo de Kaulbach ha colocado, con sobrada razon, en su grandioso fresco histórico y filosófico, *La Edad de la Reforma*, que adorna la pared de la escalera del Museo Real de Berlin. Vese en esa representacion del desarrollo del mundo moderno una iglesia gótica, cuyo centro constituye Lutero rodeado de sus contemporáneos ó precursores reformadores y de los prohombres políticos del Evangelio, encontrándose en las naves laterales los representantes de la Reforma espiritual, artística y científica; á la derecha, los humanistas, artistas, poetas y pensadores, sobre los cuales descuellan Petrarca, Erasmo, Reuchlin; y á la izquierda, Colon, poniendo la mano sobre un globo, y Martin Behaim, como autor del primer globo.

A estos dos últimos los rodean los observadores de la naturaleza y de la humanidad, presentándose entre ellos Paracelso y *Sebastian Franck.*

Este último nació hácia los años de 1500, en Donauwörth, y como dice su biógrafo, mi maestro, el doctor Weinkauff, mereció el nombre de Sebastian por haber sido perseguido como su santo patrono por las saetas, pero las saetas de los teólogos; y añade el Sr. Weinkauff, que San Sebastian, á quien la Edad Media veneró como el que amparaba á los hombres de epidemias, salvaba á su tocayo de aquel virus contagioso, que consiste en *jurare in verba magistri*, pues á Sebastian Franck le gustaban las palabras de Paracelso: «*Alterius non sit, qui suus esse potest.*»

Él no es sólo el autor de la primera crónica universal, el autor de la primera geografía y de la primera historia de Alemania en lengua alemana, sino el primer representante de la libertad del espíritu y de la conciencia, y el adversario de *cualquier papado*. En él están, no sólo los gérmenes de la filosofía de Espinosa y de Kant, sino las ideas fundamentales de tolerancia, segun ha demostrado primero el jóven Samuel Amadeo Wald en su disertacion *La vida, los escritos y el sistema místico de Sebastian Franck*, que salió en Erlanga en 1793.

Pensador aleman, libre y atrevido, carácter inma-

culado, juez imparcial y clemente de opiniones extranjeras en un tiempo lleno de fanatismo, prefirió sufrir con su familia la pobreza, la necesidad, la persecucion, que sacrificar sus persuasiones y renegar de su experiencia interior. Naturaleza idealista, mostraba el contraste eterno entre la realidad imperfecta y los sublimes fines y modelos del Evangelio. Patriota ardiente y Eckart (1) fiel del pueblo aleman, amaba con todo su corazon á su patria la bellísima Suavia, abrazando con el mismo amor á todos los hombres, sin distincion de nacionalidad y de religion, penetrándose sólo del sentimiento de que todos los hombres somos hermanos, y que cualquier jactancia de un pueblo que se considera como el solo elegido, es tonta y se castiga á sí misma. Predicador inspirado del comunismo cristiano, de las comunidades apostólicas, era el adversario de la guerra ofensiva. Escritor popular que reflejaba en sus obras la esencia del pueblo aleman, y que explicó los proverbios populares cual Evangelio mundano, fué leido muchísimo en el siglo de la Reforma, y se hizo el profeta de una venidera literatura popular de Alemania. Para los teólogos, para los reformadores del fuste y bravura de Lutero, que cual otro Pedro, desenvainaba su espada para cor-

(1) Eckart es un héroe legendario de los alemanes, la personificacion de la lealtad germánica.

tar la oreja á los Malcos, era un objeto de ira; pero el mismo Lutero, que disparaba contra él sus catilinarias, no podia ménos de reconocer su talento literario, su lenguaje ameno, diciendo: «ha encontrado el estilo para hacer deleitosa y agradable la lectura de los libros de historia.»

Viviendo siempre en ciudades protestantes, como Nuremberg, Strasburgo, Ulm y Basilea, imprimió Franck un sello teológico hasta á sus escritos críticos, que podrian llamarse grandiosas polémicas contra el papado y apologías del derecho histórico y divino de la Reforma. Lo principal, lo esencial de ésta, es la subjectividad, el derecho del individuo, teniendo por contrapeso la Sagrada Escritura. Por lo tanto, para Lutero lo único seguro, lo decisivo, era la palabra de Dios en la Escritura. Pero Franck no inclinaba su mente ante la Biblia; para él, ésta no era sino un anillo en la larga cadena de revelaciones divinas, ni el último, ni el más precioso, sino equivalente á muchos otros, y peligroso porque se abusa con frecuencia. Para él lo más alto era el conjunto de todas las variadas revelaciones y manifestaciones divinas que se reflejan en el individuo, y por lo tanto, eleva á la individualidad á la personalidad decisiva. Todo lo que sea autoridad exterior lo llama perjuicio de esa personalidad interior, lo llama *Papa*. La

letra de la Biblia, ese reino de la letra que instituyó Lutero, es para él un nuevo papado.

Pero añade: «El mundo tonto que ha de aprender siempre á andar sosteniéndose en un banco; el mundo, á que se deben dar reglas como á un niño, quiere y necesita tener un papa, aunque debiese robarlo ó desenterrarlo, y cuando hoy se le quite uno, mañana tendrá otro.»

Hé aquí las diferencias entre Lutero y Franck: el primero tenía la fuerza de formar una Iglesia fundándola en la Biblia y teniendo por pilares de su edificio los dogmas. El segundo, no tuvo ni siquiera la voluntad de formar una Iglesia, y saliendo del derecho sin límites del individuo, se acercaba al abismo del panteismo. La doctrina de Franck tiene por suposicion el misticismo, que no necesita ninguna Iglesia donde pueda recibir la palabra divina y los Sacramentos, pues ya los tiene inmediatamente, y no necesita ningun oficio, porque el corazon lleno de Dios se basta á sí propio. A ningun teólogo tenía, pues, Franck en mayor estima que al profeta del misticismo, *Tauler*, y de la *Teología alemana* de éste, y de la *Imitatio*, que empieza: *qui sequitur me*, copió varios capítulos. Como Tauler, creyó que el corazon del creyente es la natural oficina, la verdadera biblioteca, la verdadera Biblia del Espíritu Santo, no necesitando el corazon para

su bienaventuranza la Sagrada Escritura. Dijo: «La letra de la Escritura es el pesebre; el espíritu de la escritura es la verdadera palabra de Dios y el mismo Cristo, porque él es lo que habla, siendo la palabra de su Padre revestida de carne. La palabra de Moises y de los profetas referentes á la restitucion del reino de Israel, es la vaina; pero el espíritu de éstos, es la espada de dos filos, que es la palabra de Dios. La letra, es la linterna. El Espíritu Santo es la luz, el tesoro y la perla fina de la Escritura. La Escritura, es la Custodia en que está el Sagrario; Cristo, la palabra divina. Pero ella no es el Sagrario mismo, no es Cristo mismo. El Espíritu Santo, estrella del Oriente, ha de conducirnos á aquel pesebre donde está Cristo, y cuando gracias á él hemos encontrado á Cristo, el pesebre de la Sagrada Escritura ha acabado su servicio, y la Escritura ha cumplido su mision de dar testimonio de Cristo..... No se debe limitar la palabra de Dios á la estrechez de la Escritura. La palabra de Dios ha sido en el cuerpo de Cristo; sin haber abandonado el cielo, está en la letra de la Escritura, y no obstante, está en todas las partes. Se oye á Dios en todas las calles; se ve al Señor en todas las criaturas; se siente el dulce sabor del Espíritu Santo en todos los lugares; cada cual siente á Cristo lo mejor en sí propio.»

Franck no reconoció sino una Iglesia invisible. Dijo: «El culto exterior, las ceremonias, hacen creer á los hombres que han satisfecho á Dios de modo que ya pueden seguir su camino anterior... El templo lo ha inventado la supersticion de los paganos. Pero hasta Jerjes quemó todos los templos de Grecia, porque consideraba indecoroso encerrar en cuatro paredes á los dioses que rigen el cielo y la tierra. El templo de Salomon no importaba á Dios, y por eso dejó que lo derribasen. Y Cristo no quiere que los suyos oren en un templo, ó en una sinagoga, sino cada cual en su morada, y él mismo no oraba ni en una ciudad ni en un templo, sino en el desierto y en un monte. Las ceremonias no son sino una custodia vacía en que no está engastada la bienaventuranza, un corazon creyente, un corazon lleno de Dios. Si á las ceremonias de Moises les sustituimos otras, ¿qué sería eso sino un diablo con otro disfraz? En el Nuevo Testamento, donde el maestro es el Espíritu Santo, que á los suyos, sin ley alguna, á su debido tiempo los rige, los impulsa á orar, á cuaresmar, á hacer y dejar lo que deben en toda la libertad del espíritu, no hay ni vale ninguna regla, ninguna ley.»

Hé aquí otros trozos de Franck: «Hereje es quien entiende la Escritura de otro modo que el que requiere el sentido del espíritu que la dictó, y quien

engañándose respecto á la figura de la verdad, enseña ó sigue nuevas opiniones falsas... Se puede ver á Dios de doble modo, viendo su rostro como muriendo lo han visto tantos santos, y como nosotros todos lo verémos allí, la faz descubierta. De eso no se puede hablar ni escribir, ni siquiera los ángeles. El otro modo es ver el trasunto de Dios, mirando todas las criaturas en Dios, porque ellas demuestran el Sumo Artífice y Creador. Pues todas las criaturas son el reflejo y la expresion de Dios.» Y el que hablaba del comunismo de los primeros cristianos dijo: «Deben existir siempre pobres, pero no mendigos.»

Como historiador merece *Franck* nuestro aplauso, por su contemplacion ingeniosa de la Historia, por su imparcialidad, por sus pinturas exactas de las diferentes épocas y de la historia de su cultura, por sus apreciaciones psicológicas, por su representacion profunda en todo lo que se refiere á la esfera eclesiástica y teológica, por su noble patriotismo aleman y por su sentimiento del tiempo grande en que vivió. Su amor á la patria, que nos recuerda el patriotismo de Hutten, le hizo historiador.

Nació la historiografía alemana de las ediciones de la Biblia, que llenaban los vacíos históricos de ésta con acontecimientos mundanos y leyendas. Los vestigios de aquella historiografía los lleva aún la de *Franck*.

Merece citarse lo que dice acerca de los Germanos: «Éstos se ocupan de todos los otros, ménos de sí propios. Recorren todos los países hasta las islas mas remotas y el Nuevo Mundo; investigan todas las cosas, pero no se conocen á sí propios; ignoran quiénes son ellos; ignoran lo que hicieron, lo que hablaron, lo que fueron sus antepasados; y á ellos les sucede que opinan siempre que la vaca del vecino tiene mayor teta, y el trigo del campo del vecino es mejor que el suyo... Cada pueblo se vanagloria con su lengua y su traje, pero los alemanes reniegan de su lenguaje y de su traje. Germania está llena de alemanes afrancesados ó españolizados. No hay palabra, que si fué pronunciada por un griego, no se haya celebrado y guardado. Pero de los alemanes, los mismos alemanes no saben nada. Eso lo han recordado, sentido y lamentado en nuestros dias muchos eruditos, como Wilibaldo Pirkheimer, Cristóbal Scheurlin, Conrado Celtes, Jacobo Wimpfeling, Beato Rhenanus, Conrado Peutinger, Nauclerus, Irenicus, y sobre todo el docto Aventinus. Sobre los hombros de éstos he estado yo para dar á los alemanes su propia historia. Aquellos historiadores han levantado á Germania del polvo, de modo que ahora cede apénas á los romanos en lo que se refiere al arte, á la religiosidad, á la copia de las victorias, á la honradez de la hazaña, á la sabiduría

de los consejos y palabras, en fin, en todo lo que se puede desear y encomiar en un pueblo. Pudiera uno alabar á Dios por haber nacido como aleman entre alemanes, así como se vanaglorió aquel filósofo por no ser bárbaro.»

Al hablar de la verdad histórica se levanta *Franck* al pensamiento de la verdad eterna. Dice: «Lo que me ha faltado en todos los libros es la verdad ajena de afecto; ningun libro me ha satisfecho en ese concepto. Sé que la verdad está recóndita, sobre todo porque la verdad es Dios mismo, que no se deja escribir, ni pintar, ni expresar, ni siquiera entender ni ver sino por los veraces.»

El amigo más sincero de la verdad no pudo encontrar albergue en este mundo; el gran patriota aleman, el escritor genial habia de pedir asilo á las ciudades de su patria, y no lo encontró sino en la tumba tranquila. ¡Qué bellos son los encantos del hogar! ¡Desdichado el á quien los negaron sus enemigos los teólogos!

Nació *Sebastian Franck*, como ya dije, en Donauwörth, ciudad de Suabia, situada en la frontera de Franconia y de Baviera, á la orilla izquierda del Danubio, en que embocan el Werniz y el Zusam, extendiéndose la vista desde el Danubio hasta los montes del Tirol y del Algäu. En 1528 le encontramos en la ciudad de Alberto Durero y de

Juan Sachs, la rica, la docta, la artística Nuremberg. Allí se casó con una hija de la ciudad, Otilia Behaim, y preparó sus obras, siendo una de las primeras que publicó su traduccion de la obra latina titulada *Crónica de Turcos*, que escribió un transilvano que durante veinte y dos años fué cautivo de los turcos. El mismo Lutero habia escrito un prólogo para aquel libro, que asimismo tradujo Franck, no adivinando que despues de su muerte Lutero escribiria un prólogo contra él en un libro publicado por un adversario suyo.

De Nuremberg salió en 1530 para Gustenfelde, cerca de Schwabach, donde publicó su libro *Contra el vicio del vino*. En 1531 dirigió sus pasos á Strasburgo. Allí publicó su *Biblia de la Historia*, en la que el magistrado halló tantas herejías, que le expulsaron de la ciudad. La abandonó sin guardarla rencor, y áun la celebró despues en su *Crónica de Germania*. De Strasburgo partió á Esslinga, donde desde 1532 á 1533 se alimentaba comerciando con jabon. Visitando con este motivo los mercados, el docto jabonero llegó tambien á Ulm, donde en 1533 pidió que le recibiesen como ciudadano y le permitiesen comunicar al pueblo lo que él hubiese recibido de Dios. Desde 1534 residió en Ulm, entrando en el gremio de los impresores. En el mismo año publicó su *Libro del mundo* ó descripcion verídica

de todas las partes del Globo. En 1535 salieron sus 280 *paradojas*, compendio de sus doctrinas, en forma ingeniosa. Con la publicacion de éstas empezaron sus persecuciones, que en 1539 concluyeron con la órden del Consejo de Ulm de abandonar con su familia la ciudad, cuya historia habia estudiado con sumo afan, y cuya gloria habia celebrado en su famosa *Crónica de Germania*, publicada en 1538. En este mismo año salió tambien su gran obra teológica *Arca de oro;* en el año siguiente, su *Crónica de los francos*, su obra *El Libro sellado con siete sellos* (das mit sieben Siegeln verbütschierte Buch) y su *Libro batallador en pro de la paz* (Kriegsbüchlein des Friedens).

Entre sus traducciones mencionaré *La Alabanza de la locura*, de Erasmo, y *La Alabanza del asno*, de Agrippa. En 1537 escribió una poesía burlesca en honor de *San Dinero*. Es el mismo santo de quien un gran poeta español ha dicho:

«Poderoso caballero es Don Dinero.»

Desde Ulm salió *Franck* para Strasburgo, pero siendo expulsado en 1541 otra vez de esta ciudad, porque Melanchthon y los teológos evangélicos, reunidos en 1540 en Esmalcalda, le habian declarado hereje, así como á su amigo Schwenkfeld, salió, no sabemos si á Misnia, pero es lo cierto que

en 1542 volvió á Basilea, despues de haber publicado en 1541 su *Coleccion de proverbios.* Hasta ésta le ocasionó amarguras, porque dijeron que en los proverbios se burlaba de la moral y atacaba al matrimonio. Pero si el proverbio, como producto del pueblo, es á veces frívolo é injusto para con las mujeres, diciendo, por ejemplo: «No creas á ninguna mujer, aunque sea muerta; guardar mujeres es trabajo inútil», no fué eso culpa del coleccionador.

Desapareció el pobre *Sebastian Franck* desde el anatema de Esmalcalda: murió sin tener carta de naturaleza, pero ha merecido ésta en la literatura, y debiera ocupar un puesto en la Walhalla como filósofo, geógrafo é historiador de Alemania y del mundo.

XL.

Tomás de Kempen (1).

Como coloniense y como cristiano me complazco en escribir la vida de *Tomás de Kempen;* como coloniense, porque aquel socio ilustre de la Congregacion de los *hermanos de vida comun* nació en la dió-

(1) Conocido en España por Tomás de Kempis.

cesis coloniense; y porque en ninguna biblioteca hay tantas ediciones de su obra principal como en la de Colonia (1), y como cristiano, porque del corazon ardiente de Tomás brotó cual ofrenda sagrada, cual llama bendecida, la obra latina *De Imitatione Christi*, libro de oro que nos amonesta imitemos al humilde y manso Señor, armonía celeste que resuena en todos los tonos, ora suspirando, ora dando gritos de alegría, ora tierna, ora conmovedora.

El primero que descubrió en el organismo de la *Imitatio* música verdadera, ritmos entretejidos con las flores de las más variadas rimas; el primero que vió brillar el sol de la poesía en aquel texto que hasta entónces parecia cubierto con las monótonas nubes de la prosa; el primero que demostró para siempre que el autor de aquel libro tan popular como la Biblia no puede ser otro que *Tomás de Kempen*, es el párroco aleman Cárlos Hirsche, que publicando en 1873 su *Prolegómeno de una nueva edicion de la Imitatio Christi segun la edicion autógrafa de Tomás de Kempen*, honró su patria con su incesante laboriosidad y con su vasto saber. Este sabio, cura de la iglesia de San Nicolás de Hamburgo, vió el famoso Código de la *Imitatio* de 1441,

(1) Existen en la Biblioteca coloniense más de 400 ediciones de la *Imitatio* de Tomás de Kempen, procedentes de la coleccion del Sr. de Büllingen, que murió en 1848.

que con mano propia escribió Tomás, y que se halla en la Biblioteca Real de Bruséłas. Y luégo reconoció que ninguna edicion está de acuerdo con aquel texto, no teniendo ninguna la misma *puntuacion* que aquél. Se le presentó la de Tomás esencialmente como *puntuacion retorica*, cuya significacion y efecto no puede compararse sino con signos musicales, pues así como éstos representan el tiempo, las pausas, los matices del *piano* y del *forte* de la composicion, expresando al mismo tiempo el sentimiento que llenaba el alma del compositor y que ha de imitar el que la toca, la puntuacion de *Tomás* no explica sólo sus elevados pensamientos, sino que despierta en el alma del lector los mismos sentimientos que á él le animaban al escribir su libro divino, ora levantándonos en alas del entusiasmo hasta las regiones más sublimes, ora hundiéndonos en el polvo; y haciéndonos, ora correr impulsados por la tempestad de sentimientos excitados, ora parar entregándonos á contemplacion tranquila. Al cura protestante Señor Hirsche se le presentó la *Imitatio* como transfigurada, en comparacion con la figura imperfecta en que hasta entónces la habia conocido el mundo. No fué ilusion lo que vió, pues recordaba que un manuscrito del siglo XV que contiene los tres primeros libros de la *Imitatio*, y que se encuentra tambien en la Biblioteca de Bruséłas, donde lleva el número de

15.138, tiene el título *Música eclesiástica*, así como tambien un contemporáneo de Tomás, Adriano de But, escribió en sus *Adiciones á la Crónica de Juan Brandon*, que forma el tomo I de las *Crónicas relativas á la historia de Bélgica bajo la dominacion de los duques de Borgoña*, que el gobierno belga dió á la estampa en 1870: «Hoc anno (á saber en 1480) frater Thomas de Kempis, de Monte Sanctae Agnetis, professus ordinis regularium canonicorum, multos, scriptis suis divulgatis, aedificat; hic vitam Ludivigis descripsit et quoddam volumen *metrice* super illud: *qui sequitur me.*»

Dice, pues, que *Tomás* escribió *en verso* la *Imitatio*, pues las primeras palabras de ésta son: *qui sequitur me.*

Al examinar en las Bibliotecas de Bruselas y de Lobaina los otros escritos de *Tomás*, el Sr. Hirsche encontró en ellos el mismo *ritmo* que en la *Imitatio*, ritmo que no se encuentra en la Edad-Media sino en los tratados religiosos, en los sermones y hasta en las epístolas, en las Biografías y en la Crónica de *Tomás*. Voy á dar dos ejemplos de aquel movimiento rítmico. Hé aquí la primera estrofa del capítulo I del libro I de la *Imitatio*.

Qui sequitur me non ambulat in tenebris:
Dicit Dominus.
Haec sunt verba Christi quibus admonemur,

Quatenus vitam ejus et mores imitemur:
Si velimus veraciter illuminari,
Et ab omni caecitate cordis liberari.
Summum igitur studium nostrum sit:
In vita Jesu Christi meditari.

Hé aqui un párrafo del capítulo v, libro III, en el que se observa el efecto pictórico que produce Tomás con las vocales *a* y *o* para cantar el júbilo de los que se sienten bienaventurados por el amor divino:

Dilata me in amore;
Ut discam interiori cordis ore degustare
Quam suave sit amare:
Et in amore liquefieri et natare.
Tencar amore:
Vadens supra me prae nimio fervore et stupore.
Cantem amoris canticum,
Sequar te dilectum meum in altum:
Deficiat in laude tua anima mea jubilans ex amore.
Amem te plus quam me,
Necme nisi propter te.
Et omnes in te qui vere amant te:
Sicut jubet lex amoris lucens ex te.

Ese párrafo es uno de los más bellos que se escribieron en lengua humana.

Encuéntranse en el capítulo LVI libro III los versos:

Vere vita boni monachi crux est:
Sed dux paradisi.

Estas palabras de la *Imitatio* son las mismas que se leen en este epigrama del mismo *Tomás*:

Vita boni monachi crux est: sed dux paradisi, etc. (1).

La *puntuacion* de *Tomás* es un sistema proseguido constantemente desde la primera hasta la última línea de la *Imitatio*. Quien siga á aquella puntuacion, se penetrará de todos los pensamientos, de todos los sentimientos del autor. Y si como tal no se presentó al lector el mismo Tomás, lo hizo obedeciendo al axioma de su órden: *ama nesciri.*

Por medio de la *puntuacion* de la edicion autógrafa de *Tomás* se reconoce tambien la *rima*, y constituyendo ésta un elemento esencial de la *Imitatio*, claro es que el que hizo aquella *puntuacion*, es decir, *Tomás*, ha de ser, por lo tanto, el autor. Quien lea la *Imitatio* con la *puntuacion de Tomás*, encontrará en ella todo género derimas, las cuáles, si de cuando en cuando desaparecen á nuestros oidos y á nuestros ojos, pronto vuelven como buenas amigas. Y la manera con que el autor coloca las palabras demuestra que ha rimado de intento. Y rima, no por el gusto de coger rimas, sino por aumentar y animar la primera impresion haciendo resonar un sonido otra vez. Al autor de la *Imitatio*, ese artista de la rima, le preservó su genio del abuso de rimar

(1) Véase la edicion de las obras de Tomás publicada desde 1600 á 1601, por el jesuita Sommal, y reimpresa en Colonia en 1759, tomo III, pág. 283.

palabras que no sean importantes ó de romper por la rima la construccion de los períodos y los pensamientos.

Hállase en la obra de que hablamos, ademas de la rima, un movimiento rítmico, un *ritmo poético*, que es como la atmósfera, como la distribucion de luz y de sombra, como el tono que el poeta da á su poesía. Ese ritmo expresa el sentimiento que llenaba el alma del poeta. En el ritmo de la *Imitatio* prevalecen los tróqueos.

Voy á dar un ejemplo: dicen las líneas 14 y 23 del capítulo XII del libro II:

In crúce sálus,
In crúce víta;
In crúce protéctio ab hóstibus:
In crúce infúsio supérnae saávitátis;
In crúce róbur méntis,
In crúce gaúdium spíritus:
In crúce súmma virtútis,
In crúce perféctio sánctitátis.
Nón est sálus ánimae nec spés actérnae vítae:
Nísi in crúce.

Así como por medio de la *puntuacion* propia de la *Imitatio* se descubre su *rima*, se descubre tambien su *ritmo*. Hay, sin embargo, algunos párrafos que no tienen ritmo alguno, por ejemplo la primera línea de la obra:

Qui sequitur me non ambulat in tenebris.

Los ritmos de la *Imitatio* son como las olas de un rio, que ora se levantan, ora cabrillean, segun los mueve el viento más fuerte ó más débil. La *Imitatio* tiene un ritmo poético como las odas de Píndaro, como los cantos del coro de las antiguas tragedias y comedias helénicas, y entre todos los escritores de la Edad-Media no hay ninguno que por su forma rítmica muestre tanta afinidad con el autor de la *Imitatio* como *Tomás de Kempen* y las secuencias. Presume, pues, el Sr. Hirsche que éstas hayan inspirado á Tomás su representacion rítmica. Los escritos reconocidos genuinos de *Tomás*, como El *Soliloquium animæ*, *Hortulus rosarum*, *Vallis liliorum*, *De elevatione mentis* son dignos de la *Imitatio*, segun ha demostrado tambien el Sr. Hirsche, y quien haya leido el libro de éste no considerará autor de la *Imitatio* al famoso cancelario de la Universidad de París Juan Gerson (1), sino al hijo de Kempen.

---

(1) El primero que negó que *Tomás de Kempen* fuese el autor de la *Imitatio*, fué un español que en 1604 publicó los *Aparejos para administrar el Sacramento de la Penitencia.* En 1615 descubrióse en Arona un manuscrito de la *Imitatio* que contenia al final del cuarto libro las palabras: «explicit liber quartus et últimus Abbatis Johannis Gersen.» De ese desconocido Gersen hizo el abad benedictino Constantin Cayetano un abad de su órden, y desde entónces la órden *benedictina* luchó en pro de *Gersen* como

Tomás es entre los escritores lo que su contemporáneo menor Juan Memling fué entre los pintores. Así como en el relicario de Santa Ursula, que Memling adornó con pinturas, la idea del artista se representa no en un solo cuadro sino en cantidad de cuadros casi independientes el uno del otro, tambien cada tratado de Tomás consta de capítulos, y la misma libertad que existe entre los diferentes grupos que Memling reune en cada uno de sus cuadros, existe tambien respecto á los diferentes párrafos de los capítulos de Tomás. El cuidado que Memling dedicaba á los pormenores más pequeños, lo muestra asimismo Tomás, y á las numerosas figuras semejantes de Memling las corresponden en el escritor las construcciones paralelas.

Ya es hora de escribir la vida de *Tomás* (1).

Nació éste en *Kempen*, ciudad modesta y poco conocida del bajo Rhin, que no tiene la pretension de haber tenido relaciones ni con los conquistadores del mundo, los romanos, ni con los mártires de

---

autor de la *Imitatio*, miéntras otros atribuyeron despues el libro al célebre cancelario de la Universidad de París Juan *Gerson*. Hoy nadie puede dudar de que el autor sea el *aleman* Tomás Kempen. Eso lo prueban tambien los numerosos *germanismos* que se hallan en la obra, por ejemplo: «si scires totam Bibliam exterius.»

(1) La escribió tambien el párroco Mooren, tio de mi particular amigo el célebre oculista del misma nombre.

la Iglesia. En cambio salió de ella el que dotó la cristiandad con un libro sin segundo. Nació *Tomás* de un humilde obrero, de nombre Hamerken (2), segun dicen unos en 1379, á saber, en el mismo año en que Tauler se despidió del mundo, como si la Providencia hubiese querido llenar el vacío dejado por éste, ó segun otros, en 1380. Pasó su infancia en su patria ciudad, situada entre el Mosa y el Rhin y perteneciente á la diócesis coloniense, y su juventud en los Países-Bajos, que entónces pertenecian al Imperio aleman.

Bajo los auspicios del diácono Gerardo Groot, hijo de Deventer (Países-Bajos), que murió en 1384, y de su amigo Florentius se constituyó en Deventer la Congregacion de los *Hermanos de vida comun* (fratres vitae communis), que fué al principio una sociedad de discípulos, que ocupándose en copiar los libros de los Santos Padres, vivieron juntos en casa de su maestro. Los *Hermanos de vida comun* contrajeron los mayores méritos respecto á la cultura científica, moral y religiosa de la juventud, siendo en su tiempo y en su lugar lo que ántes respecto á las naciones fueron los benedictinos y despues respecto á la juventud, fueron los jesuitas.

Cuando adolescente, visitó *Tomás* la escuela de

---

(2) Hamerken quiere decir *martillete;* en latin, *malleolus.*

Deventer, datando de su estancia en ella el principio de su existencia. Despues de trascurridos algunos años que pasó en casa de una señora piadosa, Florentius le acogió en lo suya, la de los hermanos de vida comun. Recomendado por su bienhechor, entró en 1399 en el convento del monte de Santa Ines, cerca de Zwolle, cuyo prior era su hermano mayor Juan. En 1407 tomó allí el hábito de la órden de San Agustin, recibiendo la dignidad de sacerdote en 1412. En el primer año, despues de obtenida aquella dignidad, empezó á escribir la *Imitatio*, de cuyo texto latino salieron despues más de dos mil ediciones. En 1425 fué segundo prior del convento y como tal habia de educar á los novicios. Fué tambien procurador del monasterio, pero las cosas temporales no eran su elemento. Así cuando en su presencia se trataban cosas mundanas, solia enmudecer, pero cuando hablaban de las cosas del Cielo, de Dios y de la Sagrada Escritura, levantaba su voz, y de la fuente purísima de su corazon brotaban torrentes de elocuencia.

No se ilustró su mente con los viajes, sus conocimientos teológicos los debió á la Sagrada Escritura y á las obras de los Santos Padres que habia copiado cuando alumno y que no dejaba de copiar cuando clérigo. Ignoramos si tomó parte en las aspiraciones artísticas de su tiempo, floreciendo á la sazon la pri-

mitiva escuela de pintura de Colonia, pero sabemos que sus obras recuerdan los cuadros de ésta, respirando la paz de Dios, la serenidad, la calma, la bienaventuranza. Y sabemos que fué una naturaleza verdaderamente rítmica y que compuso melodías para algunos de sus cantos religiosos. Sus obras son floridos jardines de conventos regados con rocío celestial: brotan en ellos flores de todas los matices y de todo género, azucenas de pureza, rosas de santo amor, violetas de plegarias nocturnas, flores azuladas de contemplaciones divinas, rosas encantadoras de Marías, agno-castos y sensitivas numerosas. Sus obras son joyas de ascética, manantiales perennes de consuelo y de santa sabiduría, panegíricos de virtudes heroicas y reflejos fieles de la caridad del autor, soliloquios, sermones, epístolas y biografías de reverendos ministros de Dios, y su conjunto es una peregrina poesía eclesiástica que resuena en este mundo como sonido de esferas más altas. Nuestra Emperatriz Augusta honra la memoria del piadoso hijo de Kempen de la manera más digna: al saber que un virtuoso matrimonio católico celebra sus bodas de oro, le regala un ejemplar de la traduccion alemana de la *Imitatio*, corona de las producciones de *Tomás*.

¿Quién enumera todas las versiones que se hicieron de ella? Un italiano, Cayetano Gaglioni, la

trasformó en 1854 en tercetos italianos, y en 1841 salió en Lyon una magnífica edicion políglota, conteniendo una traduccion francesa, inglesa, griega, alemana, italiana, española y portuguesa.

Murió *Tomás* el 26 de Julio de 1471. Durante dos siglos descansó en medio de sus hermanos, los monjes, en aquel claustro donde habia pasado una vida santa. El convento que coronaba el monte se convirtió en ruina en la guerra contra los españoles de Felipe II, y lo que la gobernadora de los Países-Bajos, la infanta Isabel Clara Eugenia, habia pedido en vano de los Estados Generales, lo obtuvo en 1672 el Elector de Colonia Maximiliano Enrique: despues de haber mandado desenterrar los restos mortales de Tomás, mandó hacer un relicario y dió los restos al párroco de Zwolle, para que éste los guardase en la capilla de San José de aquella ciudad. Desde 1809 se hallan en la iglesia de San Miguel; pero es escaso el número de los que saben que allí descansa el venerando é inmortal autor de la *Imitatio*.

XLI.

La Tetralogía de Ricardo Wagner. El Anillo del Nibelungo.

La concepcion monumental del genio portentoso de Ricardo Wagner, *El Anillo del Nibelungo*, te-

tralogía peregrina cuya extension es seis veces más grande que *Los Hugonotes* de Meyerbeer, y que tiene el privilegio de atraer las concurrencias más distinguidas y numerosas, se ha estrenado ya completa en la patria del atrevido innovador de la ópera, el maestro de Bayreuth, que vió la luz en Leipzic el 22 de Mayo de 1813. Leipzic, donde en la primavera del año de 1878 se representaron las dos primeras partes de la tetralogía brillante, *El Oro del Rhin y la Walkiria*, acaba de dar cima á su meritoria, á su patriótica empresa, á su empresa gigante, poniendo en escena las dos últimas, *Sigfrido* y *El Crepúsculo de los dioses*, por vez primera, el 21 y 22 de Setiembre último. La direccion del teatro de Leipzic es la tercera de todos los teatros alemanes que estrenó completamente la mayor ópera que existe; pero entre las empresas privadas es la primera que alimentaba la noble aficion de dar á conocer aquel tesoro del arte aleman.

Y para satisfacerla, para la mejor interpretacion de la ópera, reunió toda la plana mayor de la compañía de que dispone, asoció al genial é incansable maestro Sucher, cuya batuta por sí sola era una garantía de victoria, una señal de triunfo; al director de música de Bayreuth, Seidel, que, como el que más, conoce las intenciones wagnerianas; tuvo á sus órdenes una de las mejores orquestas de Ale-

nia, una orquesta que fué una revelacion, representando con el mayor acierto, con el mayor brío, con el mayor entusiasmo, la parte musical de la grandiosa partitura, hasta sus más recónditos secretos; y contrató al Sigfrido por excelencia, señor Unger, cuya voz es tan fresca como vigorosa su representacion, como dramática su acentuacion, como exquisito su sentimiento; siendo designada para interpretar el papel de Brunehilda la señora Wilt, cuyas facultades como cantante son tan fenomenales, tan excepcionales como las del artista predilecto del público de Leipzic, Sr. Schelper, de cuya garganta privilegiada brotan sonidos expresivos sobre toda ponderacion, y que encargándose del papel de Wotan y de Hagen, que bordaba con mil primores de ejecucion, contribuyó, en union del señor Rebling, elegido para el desempeño de la parte de Mime, á hacer de la representacion de *Los Nibelungos* una fiesta del espíritu, una gran hazaña artística, ciñendo de laureles á la frente ya coronada en Bayreuth.

El Sr. Kratze dijo con buena afinacion su parte de Gunther, demostrando que tiene dotes de artista experto y distinguido. Á las hijas del Rhin les prestaban su bella presencia y su voz suave y armónica las señoritas de Axelson, Kalmann y Löwy. La voz del ave que figura en *Sigfrido*, en aquel idilio en-

cantador, en aquella pieza cuya sola audicion mereceria cualquier sacrificio, la cantó perfectamente la señorita Schreiber, y como Erda y Waltraute se distinguió la señorita Bernstein, haciéndose dignos de loa y aplauso tambien los señores Lieban y Wigand, que alternaron en la parte de Alberico. A las *Nornas* (1), las señoritas Obrist, Stürmer y Klafsky, que no carecen de intencion y sentimiento artístico, las desearíamos una mejor pronunciacion: con eso ganaria mucho la escena en que toman parte. Demostraba el aparato escénico que el pintor Lüttkemeyer tiene una fuerza creadora que se alimenta con el carácter del drama musical. La maquinaria corrió á cargo de Römer, que, con ser quien es, hubo de verse apuradillo para realizar las atrevidas concepciones de Wagner.

Al caer la cortina, el público en masa, que habia escuchado cada frase con silencio religioso, prorumpió en ruidosos aplausos, haciendo salir á la escena repetidas veces á los artistas y al maestro Sucher. La representacion de *Sigfrido* duró desde las seis á las once y media, y la del *Crepúsculo de los Dioses* desde las cinco á las once y media.

Vengan á Leipzic los que quieran ver estrenarse

(1) *Nornas* se llaman en la mitología germánica las tres vírgenes que hilaban los hilos del destino.

una tragedia que, siendo todavía más extensa que la trilogía de Esquilo, *Orestia*, enlaza la extension y la claridad de la epopeya con la marcha rápida del drama.

Vengan á la ciudad del Pleisse quienes quieran oir un lenguaje distinto del de nuestros vulgares libretos, el lenguaje vigoroso, varonil y poético de los dioses y de los héroes germánicos, un estilo que, si algunas veces peca por lo inculto é innoble en las explosiones de la pasion sensual, en las expresiones enérgicas, en las invectivas, en las interjecciones, y que por lo amanerado en la formacion de primitivas palabras germánicas, no deja de ser grandioso y sublime en su conjunto.

Vengan á Leipzic quienes quieran ver el escenario más variado y poético, formado por las cuevas de la tierra, las profundidades de los rios, los bosques, las soledades, las cumbres de los peñascos, pasando la escena, así en las tinieblas de la noche como á la luz del sol, miéntras las nubes, el rayo de los cielos, el ronco rumor del trueno y las hogueras acompañan los grandes momentos del drama, que desde el universo inmenso nos conduce al fin al palacio de los Gibijungos, á las orillas del Rhin, donde la poesía de los acontecimientos y de las catástrofes, léjos de disminuirse, se eleva á la mayor altura, haciéndonos exclamar hasta en las

piezas que, consideradas por sí solas, parecen demasiado largas: «¡ Ojalá que durasen eternamente para que continuásemos viviendo en el reino mágico de la fantasía!»

Vengan á Leipzic quienes quieran oir un drama musical que tiene el carácter más varonil, propio de las figuras de hierro que el gran compositor, el hombre de las osadías y de las innovaciones, ha introducido en el reino de la música, creando un nuevo género de óperas, el verdadero drama musical, una obra gigante que, careciendo en el lenguaje y en el canto á veces de la fluidez de las líneas orgánicas, es, no obstante, la obra más artística que jamas ha visto un teatro de óperas, una creacion verdaderamente nacional, una concepcion del todo alemana, en que lo laberíntico de las antiguas leyendas germánicas de los dioses y de los héroes, se ha concentrado en una composicion en que lo antiguo, que parecia anticuado y muerto, ha ganado nueva vida para la edad actual y para Germania toda, gracias al poeta compositor que sacó su creacion de los mitos primitivos de su pueblo, y que á sus dioses y á sus héroes los ha acompañado de una *orquesta* colosal, ofreciéndonos con creces en la riqueza de su vida musical, en la copia ideal de música característica, en sus ritmos armónicos, desde la magnífica, la mágica entrada y el

majestuoso motivo de la Walhalla, hasta la pintura de la vida poética del bosque y la elegíaca marcha fúnebre de *Sigfrido*, lo que echamos de ménos en la parte vocal.

¿Qué fué la ópera ántes de Wagner, de quien dice el señor J. Marsillah Lleonart, autor del libro *Ricardo Wagner, ensayo biográfico-crítico*, que salió en Barcelona en 1878? «Es, hasta cierto punto, el *Colon de la música.* Wagner no es, ni pretende ser un creador, sino un regenerador del arte; Wagner no es el Colon de la Historia, sino el de la tradicion; es el Colon de *La Atlántida*, en cuyo cerebro calenturiento las palabras del venerable anciano hicieron brotar un nuevo mundo. *La Alántida* de Wagner es el arte griego; el que despertó en su mente la idea de un nuevo mundo, fué ese genio colosal, inmenso, sublime, incomparable, que se llama Beethoven.» ¿Qué fué, pues, la ópera ántes de Wagner?

Hay dos géneros de óperas: las que se contentan con ceñir de guirnaldas melódicas á los acontecimientos vulgares del dia, á las relaciones reales ó á algun interesante enlace dramático, como *El Fígaro*, de Mozart y de Rossini; *El Aguador*, de Cherubini; *El Albañil y el Cerrajero*, de Auber; *Los Hugonotes* y *El Profeta*, de Meyerbeer; y hay óperas, como las óperas principales de Gluck y de

Mozart, que introducen en los enredos de los destinos humanos poderes y figuras sobrenaturales, los dioses del cielo y de la tierra, los genios de la luz y los demonios de las tinieblas, los espíritus de los finados y todo género de seres fabulosos. Sólo estas óperas, en que la música pueda abrirnos el reino de lo infinito y desplegar toda la alteza, toda la fuerza conmovedora, toda la copia de invencion poética, correspondieron al genio de Wagner, que no sólo es músico, sino pensador filosófico. Como enérgico representante de la idea de la libertad, aspira Wagner al desarrollo libre de la naturaleza humana en todos los conceptos, y viendo en el hombre del mundo real sólo un hombre metamorfoseado, el producto de la civilizacion y de la convencion, un hombre que no se siente como tal, sino como lo que hizo de él la constitucion artificiosa de la sociedad y su posicion en ella; y viendo en el arte, y especialmente en la union de poesía y de música que se llama ópera, representados sólo aquellos hombres convencionales; viendo en la llamada grande ópera histórica personajes históricos que jamas podrian hablar el sagrado lenguaje del sentimiento y del entusiasmo, el lenguaje de la música; buscaba otros hombres, hombres que no hayan experimentado todavía las penas de la vida de nuestra cultura; hombres que

llevasen aún la primitiva libertad del verdadero sentir humano; en fin, hombres que podria, sin caer en desatino ni en hipocresía, hacer hablar el lenguaje del sentimiento, el lenguaje divino de la música. No se encuentran esos hombres sino fuera de la Historia, en la region de la fantasía, en el reino de los mitos y leyendas, en aquel jardin bienaventurado donde florece la hermosa juventud de la humanidad. De esa region ha de sacarse, pues, para la representacion musical un mundo de figuras grandes y sublimes, reuniendo los dos elementos: la plenitud de la naturaleza y lo sobrenatural.

El mismo Wagner no llegó á la realizacion de su teoría sino por grados. Cuando no habia descubierto todavía sus teorías, escribió tambien una ópera histórica, una grande ópera trágica, *El Rienzi*, que ha visto el público madrileño en el régio coliseo, debiéndose la version castellana del libreto á don Antonio Peña y Goñi. En el *Tannhäuser* de Wagner se mostró el hombre de la naturaleza, pero con inmoderacion tanta, que nos causa horror. En cambio, *Lohengrin* representaba una personalidad ideal, pero le faltaba la naturalidad, era demasiado mística.

Por fin vió el compositor brillar en el claro-oscuro del mito germánico una estrella de primer órden; el héroe favorito del pueblo germano, el héroe de la

epopeya de los Nibelungos, Sigfrido, tipo de un héroe bondadoso, noble y leal, ajeno de los artificios del mundo, que sólo una vez, y sólo impulsado por la amistad, lleva á cabo un engaño, y perece como víctima de su confianza y de su candor. Ese Sigfrido habia de ser para Wagner el ideal de un hombre por el cual el arte podria entusiasmarse, celebrándole con toda su inspiracion; el ideal de un hombre que, estando en armonía con la naturaleza, era la personificacion de la grandeza heroica. Estudiando la *Edda* que se escribió en Islandia en el siglo XII y XIII, y los *Sagas* de Wölsungo y de Thidrick, vió Wagner á Sigfrido en relacion con los dioses germánicos, con aquellos dioses que representan asimismo la humanidad más natural en cuanto sea compatible con su esencia divina.

Así ellos viven en luchas perpétuas con todo género de demonios, con los gigantes que representan las fuerzas indomables de la naturaleza, tampoco están seguros de la astucia de los enanos, los habitantes más pequeños de las regiones más recónditas del mundo, y no son ni siquiera inmortales. Pues, segun decia la creencia germánica, lo malo romperá todos los lazos que contenian el mundo moral, y siendo destruido éste, caerá tambien el mundo natural: á los dioses los devorará el abismo en castigo de todo lo mal que hicieron, y un

nuevo mundo ha de nacer despues de destruido el otro en aquel *Crepusculo de los Dioses.*

Claro es que la tragedia de los dioses germánicos tiene gran afinidad con la de Sigfrido, aunque éste es una figura más bondadosa que la mayoría de los dioses. Wagner ideó, pues, el plan de combinar ambas tragedias, y por motivo principal que habia de contener la unidad de su poema, encontró el del *Anillo* en un cuento de la *Edda* que atribuye la perdicion de Sigfrido (ó Sigurdo) al robo de un mágico anillo de oro, inquietándose hasta los dioses á causa de aquel robo.

En el *Anillo del Nibelungo*, drama musical de Wagner, basado en los cuentos de la *Edda* y en los *Sagas* de Wölsungo y de Thidrick, reconocemos, en conformidad con el catedrático de la Universidad de Tubinga, doctor Cárlos Köstlin, la idea de que hasta lo más alto, los dioses, y hasta lo más noble, Sigfrido y Brunehilda, se pierden si en vez del amor, único lazo que lo contiene todo, usan de la fuerza, sea de la violencia ó sea del fraude.

Se equivoca el Sr. Marsillach Lleonart si dice que en nuestro drama los dioses representan los virtuosos, y que éstos, redimidas ya sus faltas, recobran el dominio del mundo. Pues los dioses germánicos se parecen á los mismos hombres, no sólo en lo que han de combatir en pro de su existencia,

sino en lo que tampoco están libres de flaquezas, siendo su herencia la codicia, la imprudencia, la arrogancia, la violencia, la pugnacidad, la astucia. Dioses semejantes no pudieron llevar eternamente el cetro del orbe, y habian de perecer segun la creencia germánica; y por lo tanto Wagner los hace desaparecer del mundo en el final de su tetralogía, en el *Crepúsculo de los dioses*, apareciendo como herederos de los dioses los hombres, que serán felices si recuerdan la sabiduría que les lega Brunehilda, diciendo *que la felicidad toda estriba en el amor*.

Pero es extraña la manera con que los dioses perecen en el drama de Wagner, cuando el codiciado anillo, hecho del oro del Rhin, y que representa el poder, atrayendo todo género de desventuras sobre su poseedor, es al fin de la obra devuelto al seno de las aguas, habiendo de cesar, por lo tanto, los peligros que amenazaba aquel anillo. No se comprende que Wotan y los otros dioses, que si no representan lo eterno, representan al ménos lo duradero, lo constante, han de perderse todos por una sola violencia cometida por Wotan contra el enano Alberico, y por la maldicion que éste lanzaba contra cualquiera poseedor del anillo. Falta, respecto á los dioses, en el drama de Wagner, la proporcion de la culpa adecuada al destino; y la idea del poeta

compositor de que los dioses desaparecen del mundo, siendo sus herederos los hombres, no está en armonía con el mito germánico.

No obstante eso, *El Anillo del Nibelungo* es grandioso como poema y como drama musical. Recuerdo, como el Sr. Marsillach Lleonart, que la soberbia escena amorosa de *La Walkiria* ha hecho exclamar á un reputado crítico frances, nada partidario de Wagner, que «los que amaban como los personajes de los más celebres duos de otras óperas, no conocian el amor.»

Y no puedo resistir la comezon de decir cuatro palabras sobre *Sigfrido* y *El Crepúsculo de los dioses*, á cuya representacion primera en Leipzic he asistido expresamente para analizarlas al amigo lector español. Pero no querria yo fastidiar más la atencion, y doy punto hoy con la frase del gran pianista Liszt, quien despues de haber asistido á la representacion de la tetralogía en Bayreuth, se arrojó en los brazos del poeta compositor, y dijo: «Hoy, como en otro tiempo, te estoy sometido, querido Wagner, y te venero como habria venerado, si viviesen, á Shakspeare ó al Dante.»

Antes de analizar las dos últimas partes de *El Anillo del Nibelungo*, nos ocuparémos someramente de las dos primeras: *El Oro del Rhin* y *La Walkiria*.

Hé aquí el argumento: *El Oro del Rhin*, que llamarémos el prólogo del drama, nos traslada al tiempo en que se disputaban el dominio del mundo los *dioses* que moran en las regiones de las nubes, teniendo por príncipe á Wotan, esposo de Fricka; los salvajes y groseros *gigantes*, cuya morada son las montañas, y los taimados *enanos* ó *nibelungos*, que habitan las cuevas. Ademas existen los hombres que han poblado la tierra, y espíritus elementales como las *hijas del Rhin*, que guardan el oro para que no haga daño á nadie. No se ha conocido todavía el poder funesto de aquel metal, sobre cuya posesion pesa la maldicion, segun la profunda mitología germánica.

Empieza la accion con el robo del oro por el enano Alberico, que habia acechado á las hijas del Rhin cuando decian que se haria dueño del mundo quien del oro hiciese un anillo, con la sola condicion de que renunciase á la felicidad del amor. Sabiendo la cualidad del oro, el ambicioso enano renuncia al amor. Sería, pues, el señor del mundo; pero áun reina en éste el derecho que está grabado en la lanza de Wotan.

Entre tanto una gran angustia se ha apoderado de los dioses, pues Wotan mandó á Fafner y Fasolt, últimos representantes de los gigantes, esos arqui-

tectos de los tiempos primitivos, construirle en las lúzidas del cielo un magnífico palacio, la Walhalla, prometiéndoles en recompensa, despues de terminada la obra, la diosa de la juventud, la graciosa Freia, sin recordar que, privándose de ésta, él y los otros dioses perderian la juventud eterna y habrian de marchitarse. Y no puede rehusarles el premio prometido, pues en el cumplimiento de los pactos estriba hasta el poder de los dioses. Entónces el dios Loge aconseja ofrecer á los gigantes el oro de Alberico, y éstos están dispuestos á aceptarlo. Wotan y Loge descienden al reino de Alberico, que mandó á su hermano Mime hacerle un yelmo mágico que tuviese la cualidad de hacerse invisible ó de metamorfosearse. Gracias á éste, toma Alberico ante Wotan y Loge la figura de una serpiente inmensa; pero Loge lo coge cuando se ha convertido en un escuerzo, viéndose el enano obligado á entregar todo su oro, y apoderándose Wotan del anillo de Alberico, hecho del oro del Rhin, prenda del dominio del mundo.

Pero al perderlo, lo maldice el enano.

Wotan ha de entregar á los gigantes todo el oro de Alberico, y ademas el anillo. ¡Qué situacion tan desesperada para los dioses! Ya han perdido la prenda del dominio del mundo, siéndoles el anillo

doblemente fatal, pues al abandonarlo á otro, perdieron el dominio, y al tratar de recobrarlo, atraen sobre sí la perdicion y la muerte.

De aquí en adelante el drama no se compone sino de las tentativas infructuosas de Wotan de salir de aquel enredo fatal. Hubiera podido salir de él rindiendo el anillo á las hijas del Rhin; pero eso no lo queria. Le resta, pues, como único medio de salvacion, el llevar aquella joya funesta á manos de quien no le amenazase ningun peligro, ó al ménos, que el peligro fuera menor que el que pudiera temer de parte de los gigantes ó del odiado Alberico. Lo primero que hace es engendrar con Erda, la diosa de la Tierra, nueve Walkirias, vírgenes que tienen la mision de llevar á la Walhalla á los héroes finados, los cuales han de despertar despues para ser compañeros de los dioses en sus luchas con sus poderosos enemigos. Encuéntrase entre las Walkirias *Brunehilda.* Ademas engendra Wotan á un héroe que ha de conquistar el anillo.

Ese héroe es hijo de Wotan y de una mujer humana, es *Segismundo*, que figura en el drama titulado *Walkiria.* Pero las cosas suceden de un modo distinto de lo que pensaba Wotan, no cumpliendo Segismundo, sino su hijo *Sigfrido* las intenciones del príncipe de los dioses. Esas complicaciones del destino las muestra el drama titulado *La Walkiria.*

El heroico Segismundo y su hermana Siglinda han de experimentar todo género de persecucion y de desventura. La pobre Siglinda se hace á pesar suyo mujer de un caudillo, de nombre Hunding. Por fin, se encuentran Segismundo y Siglinda: se ven, se reconocen como hermanos, hallando con gozo infinito el uno en el otro la mirada atrevida de su gran padre, y se abrazan con amor nupcial. Hay quien ha censurado eso como incestuoso; pero no puede hablarse de incesto tratándose de los que no son hermanos sino como hijos de un dios. Segismundo ha de combatir con el ofendido Hunding, y Wotan quiere dar la victoria á su querido hijo, pero no lo sufre la diosa Fricka, la guardadora del matrimonio, habiendo de mandar Wotan á la Walkiria Brunehilda matar á Segismundo en su duelo con Hunding. Pero Brunehilda, sintiendo la compasion más profunda hácia Segismundo y Siglinda, desobedece á su padre, y la victoria hubiera sido de Segismundo si el mismo Wotan no hubiera intervenido rompiendo la espada de éste, la famosa Nothung, de modo que Hunding mata á su adversario desarmado. Siglinda cae desmayada; la salva Brunehilda llevándola á un bosque donde da á luz un hijo, *Sigfrido*.

Brunehilda, la hija predilecta de Wotan, ha de expiar su desobediencia, siendo desterrada del reino

de los dioses y llevada á una montaña, condenándola á un sueño eterno, á no ser que se determine á ser esposa del primero que la encuentre. Entónces la pobre Walkiria se arroja á los piés de su padre pidiendo no la entregue á un hombre indigno, sino que la cubra con un escudo y la ampare con llamas, pudiendo penetrar hasta ella sólo un héroe sin segundo. Wotan accede á las instancias de la que no ha cesado de ser su hija favorita.

Sigue la tercera parte del drama, el idilio de *Sigfrido*, esa figura deliciosa de Wagner, ese espejo clarísimo de genuina humanidad y de genuino germanismo, segun las ideas del poeta compositor que, mirando el esplendor poético de esa figura, ideó el plan de todo su drama.

¡Qué episodio tan lúcido es el de la infancia de Sigfrido en medio de cuadros tan trágicos! Sigfrido, que debió su existencia á un exceso de amor, es la encarnacion de la fuerza libre de la naturaleza, y sólo ésta es su patria, su maestra, su confidenta: ella hace para él las veces de madre, abrigando su pecho con su aliento. Sólo los habitantes de la selva son sus compañeros. El único sér humano que le rodea, el enano Mime, le inspira repugnancia cuanto más contempla las criaturas de la selva. Pues comparándolas con la aparicion del miserable enano, reconoce la distancia que le separa de éste y

adivina su orígen más alto. Así la naturaleza misma arrojó en su alma la lumbre que empieza á iluminar su camino desde la contemplacion á la vida activa de héroe. Empieza el jóven á sentir que detras del mundo estrecho del idilio, detras de la tranquilidad soñadora de la selva sombría hay un mundo más grande, más rico, más esplendoroso destinado para él, y aspira á las hazañas, á la lucha, á la victoria. Pero otra cuerda se mueve y resuena en su pecho : el anhelo filial hácia sus padres. Brotan de su corazon los sentimientos más delicados; elévase en su alma con encanto dulce y misterioso la imágen de su madre desconocida, «la mujer del hombre», y con ella despierta en él el anhelo del amor. Entrando en la vida, cumpliendo su primera hazaña, el combate con el dragon, no deja de ser el hijo más genuino de la naturaleza, y llevando en el corazon la centella del amor que en naturalezas vigorosas como la suya ha de hacerse un torrente de fuego, corre con energía ardiente en pos de nuevas hazañas, y con la fuerza del amor, al principio tímido, pero despues vehemente, grande y poderoso, conquista á la vírgen heroica. Ese retrato entero de *Sigfrido*, el hombre verdaderamente hermoso en su candor nobilísimo, el héroe que no conoce lo que se llama el temor, pero que teniendo no sé qué inclinacion hácia una ligereza peligrosa y llevando una

conciencia un tanto exagerada de sí propio, no pide consejo á la prudencia, pertenece al poeta y está pintado con los colores más claros y frescos hasta los menores detalles.

El contraste más fuerte con el ardoroso jóven, lo forma el enano Mime, mezcla singular de alevosía, astucia, taimonía y limitacion de las dotes intelectuales. Despues de la muerte de Siglinda, acaecida en expiacion de su pecado en el momento en que habia dado á luz un niño, Sigfrido, creció éste bajo el amparo de Mime, que se habia refugiado de su tiránico hermano Alberico en la selva. Mime quiere que Sigfrido mate al gigante Fafner, que en figura de dragon guarda el tesoro y el anillo del Nibelungo, habiéndose cumplido ya la maldicion de Alberico, pues para poseer solo aquel tesoro, Fafner ha muerto á su hermano Fasolt. Pero codiciando el anillo, Mime se propone envenenar á Sigfrido, cuando éste haya muerto el dragon. Wotan quiere asimismo la victoria de Sigfrido en su combate con el dragon Fafner, á fin de que el anillo, prenda del dominio del mundo, llegue á manos de un hombre que no sea enemigo de los dioses. Por eso se presenta ante Mime, dirigiéndole tres preguntas conocidas en el mito germánico, de cuya contestacion depende la vida del á quien se dirigen las preguntas. Dice al enano que Sigfrido venceria al dragon,

si de las piezas rotas de la espada vencedora de su padre Segismundo hiciese una espada nueva, y añade que Mime moriria á manos de uno que no hubiese conocido el miedo. Entónces el angustiado Mime procura enseñar eso á su pupilo Sigfrido, pero en balde. Sabiendo que el hijo de Segismundo ha de conquistar el anillo, Wotan sorprende á Alberico con la nueva de que él no ambiciona la joya, y despierta hasta á Fafner para anunciarle que le amenaza peligro de parte de Sigfrido. Despues sale sonriendo, abandonando á Alberico á sus angustias. Sigfrido mata al dragon, y despues de haber bebido la sangre del monstruo, puede comprender la voz del ave del bosque que le explica la fuerza del anillo. Y ya comprende tambien las intenciones más secretas de Mime. Eso lo representa el poeta por una maravilla, haciendo al mismo Mime expresar ante Sigfrido sus pensamientos íntimos, su propósito de envenenarle, miéntras con su gesto y con el tono de su voz quiere decir lo contrario, asegurándole su cariño. Esa maravilla ha de simbolizar el hecho de que un ánimo candoroso ve clara la contradiccion entre los pensamientos y las palabras del hipócrita.

Sigfrido mata al enano en el momento en que éste le ofrece un bebedizo. Ya está el jóven héroe solo en la soledad del bosque. ¿Qué debe hacer? Se lo

dice el ave hablándole de la doncella que en la solitaria cumbre duerme ceñida de una corona de fuego, y que ganaria sólo quien no hubiese conocido el miedo. El que conquistaba el tesoro del Nibelungo y el anillo guardado por el dragon, ha de penetrar tambien por las llamas que protegen á Brunehilda.

Pero ántes se le presenta Wotan cerrándole el paso; viendo á su nieto heroico, á quien, como dijo en su coloquio con la diosa Erda, quiere abandonar el dominio del mundo, habiéndose resignado á perecer con los otros dioses; viendo, digo yo, al bizarro jóven, se apodera de Wotan por última vez el sentimiento de la envidia, y con la lanza levantada le defiende la entrada de la peña. Pero el arma del dios culpable ha de romperse ante el héroe libre de culpa alguna. Vencido el dios, Sigfrido, que desconoce el miedo, ve á Brunehilda, la vírgen durmiente: cree ver á un hombre armado, rompe las armas que la cubren, y descubre una figura majestuosa vistiendo un traje femenino. Viéndola, empieza á conocer el miedo, esto es, aquel sentimiento misterioso, mezcla de amor y de temor que se apodera del jóven héroe al ver por primera vez á una mujer. La invoca, no le oye; la besa: por fin Brunehilda abre los ojos, y los dos quedan sumergidos en su vista recíproca. La Walkiria se levanta

alabando á los dioses por haber sido Sigfrido el que la haya despertado. Despues recuerda con dolor su vida en la Walhalla y se conmueve al ver rotas sus armas; no quiere resignarse á la idea de que ha de hacerse la mujer de un hombre; pero vence en ella el amor, y concluye arrojándose con júbilo en los brazos de Sigfrido.

En cada escena del drama que acabo de analizar hay movimiento dramático y color poético. ¡Qué naturalismo tan hermoso hay en estas palabras de Sigfrido al abandonar á Mime para dirigirse al bosque: «Así como el pez nada alegre en las ondas y como el pinzon vuela libre, vuelo yo de aquí, nado yo de aquí; como el viento flota sobre el bosque, así floto yo.» Sigfrido nos hace ver todos los detalles del arte de espadero. Y esa escena no nos cansa en ninguna manera, porque hay en ella verdadera vida. ¡Con qué arte ha aprovechado Wagner para un eficaz motivo dramático el del cuento aleman relativo á uno que queria conocer el miedo! ¡Qué bello es el coloquio de Sigfrido con el ave del bosque!

Se cree oir el ruido en las ramas, se cree sentir la tranquilidad encantadora de la soledad de la selva, se cree poder seguir el canto del ave de rama en rama. Se oye el murmullo de la brisa que juega con la caña. Todo es sueño bienaventurado, todo es

aroma de las flores, todo es dulce rayo de sol. El gran pintor poeta Mauricio de Schwind no hubiera desdeñado inventar esa mágica escena, que es la corona de todas, junto con la en que Sigfrido despierta á Brunehilda, aquella escena en que lo sublime de la esencia espiritual se une á la fuerza del sentimiento. ¡Qué crísis tan interesante se efectúa en el alma de la Walkiria, que en el amor ardiente de Sigfrido ve oscurecerse su conocimiento de la pena del mundo que ella debe terminar segun la voluntad de Wotan! ¡Qué escala tan rica, qué desarrollo psicológico tan cumplido desde el entusiasmo de Brunehilda por su mision de libertar al mundo de la maldicion que pesa sobre él, hasta el sublime júbilo de amor que lo olvida todo y que no conoce otro sagrario más que el amor del jóven amado! ¡Y qué dramático es el encuentro de Wotan y de Sigfrido, haciéndose astillas la lanza del príncipe de los dioses! ¡Qué embriaguez se apodera de la orquesta al irse Wotan! Se levantan las llamas musicales de todos los instrumentos en la medida en que Sigfrido se acerca á la cumbre solitaria donde duerme Brunehilda.

Sólo una vez hay una contradiccion entre la fantasía y la representacion escénica: no podemos figurarnos un dragon que canta. Estamos conformes con el poeta en que la escena del dragon era nece-

saria para el cuadro completo del heroico Sigfrido, pero la fantasía no está satisfecha al ver á aquel dragon de carton que ha de representar un verdadero dragon.

Encuéntrase una contradiccion semejante entre la fantasía y la representacion escénica en la primera escena del *Crepúsculo de los dioses*, donde se ven las Nornas, las hijas de la diosa Erda, llevando en la mano una *cuerda de oro* que ha de representar el destino del mundo.

Analicemos la última parte del drama, en la que éste con pasos precipitados llega á su fin, siguiéndose las catástrofes trágicas una tras otra. Sigfrido, aspirando á nuevas hazañas, deja á su querida Brunehilda al amparo sagrado de las llamas, la ofrece como anillo nupcial el anillo del Nibelungo, y ella que, alienándose de todo su saber á favor de Sigfrido, ha cesado de ser Walkiria, no siendo mas que la mujer del hombre amado, lo acepta como prenda de lealtad conyugal, sin recordar el efecto tremendo del anillo. En vano la conjura otra Walkiria, Waltraute, á que sacrifique aquella joya para salvacion de los dioses y de la tierra.

Entre tanto, Sigfrido ha entrado en el mundo, donde le espera la traicion.

Llega á la córte de los gibijungos, al Rhin, donde moran el Rey Gunther y su hermana Gutruna y

su medio hermano Hagen, hijo de Alberico. Pues ha de saber el lector que así como Wotan engendraba á Segismundo, el enano Alberico, ganando el corazon de la Reina de los gibijungos, Grimhilda, engendró á Hagen, ese antitipo sombrío de Sigfrido, para recobrar el anillo. Y si en eso no salen airosos Alberico y Hagen, logran al ménos que Sigfrido lo pierda y experimente en su persona la maldicion que pesa sobre la joya. El hijo de Alberico se propone conquistar por medio del mismo Sigfrido á Brunehilda para ser esposa de Gunther y perder despues á Sigfrido. A éste le ofrece un bebedizo que le hace olvidar á Brunehilda y amar á Gutruna. Simboliza aquella bebida, no sólo la naturaleza ligera de Sigfrido, que se abre luégo á todas las impresiones, sino los artificios y redes de los gibijungos, mostrándose ya las consecuencias fatales del candor del jóven héroe.

Apénas se ha negado Brunehilda á rendir el anillo á las hijas del Rhin, cuando el castigo sigue á su culpa: aparece Sigfrido, que, gracias á su yelmo mágico, tomaba la figura de Gunther, atraviesa la valla de fuego que protege á Brunehilda, y la obliga á que á él, el supuesto Gunther, le dé su anillo como joya nupcial. Despues la fuerza á compartir con él el tálamo; pero guardando la fe al amigo, para el cual conquista la novia, pone entre sí y

Brunehilda la espada Nothung. La noche se acerca á su fin. Sigfrido, tomando su verdadera figura, se ha trasladado por medio de su yelmo mágico á la córte de los gibijungos, despues de haber conducido á la nave á Brunehilda y al verdadero Gunther.

Al desembarcar éstos, los victorean los súbditos de los gibijungos. En ese momento, Sigfrido sale del castillo con su novia Gutruna. Brunehilda reconoce el anillo que ella creia la hubiese arrebatado Gunther, en manos de Sigfrido; conoce el fraude, y sedienta de venganza, grita que ella se ha casado con Sigfrido. En vano la recuerda éste que ha puesto entre sí y ella la espada Nothung, y jura—lo que puede con sobrada razon—haber guardado la fe á Gunther. Ella, pensando sólo en su primer casamiento con Sigfrido, le acusa de perjurio. Pero el héroe, que gracias á aquella bebida mágica, ha olvidado el amor que le unia á la Walkiria, no se turba en su alegría, dirigiéndose con la querida de su corazon, Gutruna, al banquete de bodas, quedándose atras Hagen, Brunehilda y Gunther. Hagen quiere la muerte de Sigfrido, y Brunehilda le descubre que el héroe es vulnerable en la espalda. Resuelven matarlo al dia siguiente durante una alegre caza.

Persiguiendo una res, llega Sigfrido á una quie-

bra del terreno cerca del Rhin; de las ondas salen melódicos acentos, se levantan las graciosas hijas del rio dándole la enhorabuena y pidiéndole en cambio el anillo. ¡Ojalá les hubiese rendido la joya tan funesta para el poseedor! En efecto, ya quiere dejarlo, cuando de repente ellas le dicen que morirá aquel mismo dia si no lo arroja. Eso basta para que el héroe lo guarde desafiando al destino. ¡Qué rasgo tan grandioso es éste que encontraba el poeta en la Edda y en la leyenda de los Nibelungos!

Pronto se cumple la maldicion, pronto llega el castigo; pues Sigfrido tambien se hizo culpable: lo hizo al engañar á la mujer con quien no se casaba él, sino Gunther, y al guardar el anillo que habia conquistado sólo por violencia.

¡Qué profundamente poética es la escena en que Sigfrido, encontrándose en la selva en medio de sus compañeros de caza, recuerda su vida entera, recuerda la naturaleza en que aprendió á comprender el canto de las aves, y concluye recordando á Brunehilda! La selva es el verdadero elemento, es la cuna del héroe, en ella habia de recobrar la memoria. El efecto peregrino de la naturaleza lo simboliza el poeta por un licor que Hagen vierte en la copa de Sigfrido para anular el efecto de aquel bebebizo que le hizo olvidarlo todo.

Apénas Sigfrido ha pronunciado el nombre de

Brunehilda, como el de su esposa, cuando Hagen le traspasa. El hijo de Segismundo muere respirando el dulce aliento de Brunehilda, creyéndose otra vez despertador de la vírgen adorada.

Llevan el cadáver cerca de Gutruna. Gunther reclama para sí el anillo de Sigfrido; entónces le mata Hagen; pero cuando éste quiere arrebatar la joya de la mano de Sigfrido, el muerto levanta el brazo, inspirando horror hasta al malvado Hagen. Demuestra esta maravilla que con la muerte del héroe sin temor y sin codicia ha ya cesado la maldicion de Alberico.

A los gritos de las mujeres se acerca Brunehilda con paso solemne y descubre á Gutruna quién haya sido la genuina mujer del héroe finado. Ya ve ésta que no es digna de ocupar un puesto cerca del cuerpo de Sigfrido, y llena de temor y de vergüenza se arroja sobre el de Gunther. Brunehilda, despues de vengada su honra, vuelve á amar al hombre más noble y candoroso.

Ella, que en su propia amargura, en su propia desesperacion ha recobrado el saber de la necesidad de los dioses y del mundo, comparte con Sigfrido los honores sagrados de la muerte, arrojandose con su caballo en las llamas que han de devorar á ella y á su amado, y reconociendo la hazaña que ha de salvar al mundo, devuelve el anillo á las hijas del

Rhin. Entónces Hagen quiere cogerlo arrojándose en las ondas, pero las hijas del Rhin se llevan al hijo de Alberico á las profundidades del rio. Yendo el anillo á manos de sus primitivas poseedoras, el mundo está libertado de la maldicion, miéntras con la hoguera de Sigfrido y de Brunehilda perecen todos los dioses de la Walhalla, expiando su culpa con su muerte.

Así el fin de los dioses se enlaza con el de Sigfrido, como se enlazaba tambien su orígen con la vida de los dioses.

Hay un pensamiento grande y consolador en el drama de Wagner, el pensamiento de que lo noble que brilla en la personalidad de Sigfrido no podrá perderse sino por lo villano, y en eso estriba el honor, el triunfo, la gloria de lo noble. En cada escena del drama, esa imágen de la vida universal, brilla la hermosa idea de la antigua religion germánica, de que todo depende del cumplimiento del pacto, castigándose á sí propio hasta el pecado más pequeño. Admiramos la fecunda, la prodigiosa fantasía del poeta compositor que, lejos de agotarse, se aumenta todavía en el *Crepúsculo de los dioses.* ¿Quién olvidaria jamas los acentos místicos de las Nornas, los sonidos mágicos de las hijas del Rhin, la pompa solemne de la marcha fúnebre de Sigfrido,

esa apoteósis del gran Wälsungo, el héroe predilecto de Ricardo Wagner?

Réstame hablar todavía una palabra sobre el lenguaje y la parte musical. Y para concluir este capítulo dedicado al gran poema, citaré á Eduardo Schuré, que dice: «A los que preguntasen á Wagner quién le ha hecho poeta, podria contestarles: la antigua poesía popular.»

Ya se ha formado una literatura entera en rededor de la grandiosa obra *El Anillo del Nibelungo*, que en nada se asemeja á la ópera que conocemos: es la declamacion cantada, la declamacion sostenida y altamente dramática; es la música imitativa de los efectos, de los sucesos y de sus héroes legendarios; es la armonía poderosa que se esparce sobre esta inspirada particion; es el pensamiento sustituyéndose á los sentidos, el genio germánico al molde italiano en la escena y en la instrumentacion. Es la música que se apodera de vuestro organismo, que eleva vuestro pensamiento, y sobre la cual meditais hasta en el retiro del gabinete, y cuyo eco os sigue á traves de los bosques.

Las grandes trilogías de Esquilo y de Sófocles, la declamacion del teatro griego hasta las leyendas terribles enlazadas con su religion y la historia de la Grecia, ¿qué otra cosa son, dadas las variedades de tiempos y lugares, que los *Nibelungos* de la Ger-

mania y que la música declamada de Wagner, esa armonía en perfecta consonancia con escenas grandiosas y fantásticas?

Séanos permitido traducir algunas frases de reputados críticos alemanes. Dice el profesor Federico Nietzsche, aludiendo á la gran solemnidad musical verificada en Bayreuth: «Para que un hecho sea grande deben reunirse dos condiciones: la grandeza del sentimiento en los que lo realizan y la grandeza del sentimiento en los que lo presencian.»

El mismo crítico caracteriza al protagonista de *El Anillo del Nibelungo*, Wotan, con estas palabras: «El héroe trágico es un dios que, sediento del poder, se liga por pactos para alcanzarlo, perdiendo así la libertad, y viéndose envuelto en la maldicion que pesa sobre el poder. No teniendo ningun medio de apoderarse del anillo de oro, compendio de todo el poder terrenal y al mismo tiempo de los mayores peligros para él miéntras esté en poder de sus enemigos, el temor de su fin y del crepúsculo de todos los dioses le sobresalta, agregando á esto la desesperacion de que no puede evitarlo.

»Necesita del hombre libre é intrépido, que sin su consejo y auxilio, hasta contra el órden divino, por sí propio lleve á cabo la hazaña denegada al dios; no le ve, y cuando despierta alguna esperanza, ha de obedecer la violencia que le liga; por su misma

mano ha de aniquilarse lo más querido. Entónces concluye fastidiándose de aquel poder que lleva en su seno lo malo y la falta de libertad, y él mismo anhela el fin que le amenaza desde léjos. Ahora sucede lo que ántes ansiaba: aparece el hombre libre é intrépido, ha nacido en contradiccion con las costumbres: sus progenitores han expiado el consorcio que los unia contra el órden de la naturaleza y de las costumbres: ellos perecen, pero Sigfrido vive. Ante la vista de su lozano florecer, de su magnífico desarrollo, huye el fastidio del alma de Wotan: prosigue el destino del héroe con los ojos del más apasionado amor paterno.

»Cómo fabrica la espada, cómo mata al dragon, cómo gana el anillo-talisman de la omnipotencia, cómo evade el fraude más astuto de Mime, cómo despierta á Brunehilda, cómo la maldicion que pesa sobre el anillo tampoco á él le perdona, y cómo Sigfrido se envuelve con las sombras y nieblas de la culpa, pero concluye poniéndose puro como el sol, encendiendo el cielo entero con su esplendor de fuego, y salva al mundo de la maldicion; todo eso lo está mirando el dios cuya lanza se rompió en la lucha con el más libre, el dios que á éste le entregaba su poder.

»Lleno de alegría por su propio fin, lleno de simpatía y de compasion para con su vencedor, su mi-

rada descansa con el brillo de no sé qué dolorosa bienaventuranza sobre los últimos sucesos: el dios se ha libertado por el amor.» Despues, dirigiéndose á sus contemporáneos, dirigiéndose al pueblo aleman, pregunta el profesor Nietzsche:

«Dónde hay hoy dia hombres como Wotan? ¿Dónde hay hombres que renuncien el poder sabiendo que el poder es malo? ¿Dónde hay seres que, como Brunehilda, sacrifiquen todo su saber por el amor? Y ¿dónde hay entre vosotros Sigfridos? ¿Os atreveréis á dirigir vuestra mano á los astros de esa gran bóveda de hermosura y de bondad, diciendo: es vida *nuestra* la que Wagner ha trasladado á las estrellas?»

Otros, como el doctor Federico de Hausegger, han llamado la atencion sobre la afinidad que existe entre el poema del gran poeta-músico y la filosofía de Schopenhauer, que el eminente poeta humorístico de Bayreuth, Juan Pablo, llamaba «una obra atrevida y profunda, pero á veces de una profundidad triste y sin fondo, semejante al lago pintoresco de Noruega, de cuyas peñas escarpadas no se ve nunca el sol, mirándose sólo en la profundidad el cielo, por el cual no pasa el pájaro ni la nube.» Wagner escribió su poema cuando no conocia todavía la filosofía de Schopenhauer, pero explícase la afinidad entre él y el filósofo por la semejanza de la

contemplacion índica en que se inspiraba Schopenhauer, y de los mitos germánicos que aprovechaba Wagner haciendo brotar del seno de aquel lago pintoresco del Norte las figuras sublimes de dioses y de héroes.

Pero miéntras el pensamiento de Wagner sigue las profundidades del mencionado filósofo, su corazon, segun dice el doctor Hausegger, «late por Schiller. Sigfrido y Brunehilda son figuras que han brotado de aquel corazon ardiente, y ante el amor poderoso de esta pareja se derriba el mundo de dioses del pensamiento de Schopenhauer, aniquilándose á sí propio.»

El Anillo del Nibelungo es una joya que recrea el alma y eleva los sentimientos nobles. En la música que acompaña á Sigfrido en el acto de despertar á Brunehilda hay algo santo: es como si viésemos el brillo de las cumbres nevadas de los Alpes, apareciendo la naturaleza tan pura, tan solitaria, tan majestuosa, de tan difícil acceso, iluminada por el brillo del amor.

No es Wagner el único que se ha ocupado del mito de los Nibelungos. Ya en 1577 publicó Juan Sachs su tragedia *Der hürnen Seigfried* (El Sigfrido cornudo). En 1807 se ocupó Goethe de la gran epopeya, y en el mismo año se dedicó Görres con el mayor celo á la historia popular de Sigfri-

do. Inspirándose en el *Saga* de los Wölsungos, que no es sino una version prosaica de los cantos de la *Edda*, escribió el baron Federico de la Motte Fouqué, en 1808, el drama *Sigurdo, el matador de serpientes.*

Siguieron en 1809 los dramas *La Venganza de Sigfrido* y *Aslauga.* En 1812 escribió Luis Uhland su precioso canto popular *La Espada de Sigfrido.* Desde que Simrock publicó, en 1827, la primera edicion de su traduccion magistral de la *Epopeya de los Nibelungos*, el público se entusiasmó por aquel poema peregrino de la Edad Media, y en 1834 dió el fecundo dramático Ernesto Raupach á la estampa su drama *El Tesoro de los Nibelungos.* En 1851 salió á luz la version de las dos *Eddas*, la mayor y la menor, por Simrock.

Despues de trascurridos seis años publicó Manuel Geibel su tragedia *Brunehilda*, y en 1862 salió la trilogía de Federico Hebbel titulada *Los Nibelungos*, miéntras Guillermo Jordan se ocupaba en reformar la epopeya segun el pensar y sentir moderno. Hasta la pintura se apoderó de la leyenda de los Nibelungos, adornando el palacio real de Munich pinturas referentes á ella.

El poeta más moderno que escribió un drama referente á los Nibelungos es Adolfo Wilbrandt, autor de *Krimhilda.* Pero desde Raupach hasta Geibel

ningun dramático ha logrado incorporar al repertorio aleman la más hermosa epopeya germánica. El genial Hebbel es demasiado gigantesco para nuestra escena, pareciéndose ora al terrible Hagen, ora á Sigfrido, que comprende la lengua de las aves. Y como Sigfrido tiene tambien su lugar vulnerable: el suyo se llama la escena real con sus leyes, sus límites, sus consideraciones. El Pegaso de Hebbel es un caballo alado que pasa por abismos llevándonos hácia las nubes. Hebbel no soporta por compañeros en los senderos ásperos de su poesía sino á los impávidos que no se aterran de lo originalísimo, de lo insólito.

Inspirándose en la epopeya, escribió Gerber en 1855 el libreto para la ópera de Dorn, *Los Nibelungos*, que se estrenó en el teatro Real de Berlin. Ya en 1848 escribió *Ricardo Wagner El Mito de los Nibelungos como plan de un drama*, siguiendo poco despues su drama *La Muerte de Sigfrido*. El que ya habia dado pruebas de su aficion al glorioso pasado de Alemania en sus óperas *Tannhauser* y *Lohengrin*, cuya música tan admirablemente responde á la situacion, se propuso resucitar para la escena alemana la figura ideal del emperador Federico Barbarroja, pero sus estudios le llevaron desde la Historia al tiempo de los mitos de nuestro pueblo, y más claro todavía que aquel Emperador le brilla-

ba la figura del glorioso matador de dragones, Sigfrido, en que creia reconocer la cabeza del linaje de Carlo-Magno, el abuelo ideal de los Hohenstaufen. No se contentaba con el drama mencionado, ni con otro titulado *Jungsiegfried* (El jóven Sigfrido), sino que ya en 1853 pudo remitir á sus amigos su gran poema *El Anillo del Nibelungo*, que empezó á poner en música á fines del mismo año, publicando el poema en 1862 bajo el título de *El Anillo del Nibelungo, fiesta escénica para una víspera y tres jornadas.*

Wagner es el primero que ha representado en su drama la estirpe de los Wälsungos, ántes del nacimiento de Sigfrido, dándonos á conocer á Segismundo y Siglinda; es el primero que ha representado la historia de Brunehilda, precedente al sueño encantado de que la despierta el intrépido Sigfrido despues de haber penetrado por las llamas. Wagner es el primero que ha introducido en la accion aquellas llamas míticas que atraviesa el héroe ya ántes de ser invulnerable, sólo porque no se teme. Así el ingenioso poeta ha embellecido la accion evitando la escena tan fea, de que habla el épico de la Edad Media, representando la lucha de Sigfrido y de Brunehilda en la cámara nupcial, escena que ha de ofender nuestro sentimiento moral y estético.

Consiste la originalidad, la grandiosa idea de

Wagner, en haber puesto en conexo causal el *Crepúsculo de los dioses*, que nos cuentan los cantos de la *Edda*, con la epopeya de *Sigfrido*. Así su *Anillo del Nibelungo* es una concepcion atrevida, un grandioso monumento del espíritu creador aleman. En su primer ensayo, la *Muerte de Sigfrido*, dejó á la finada Brunehilda volver á su padre el dios Wotan, pero en el *Anillo del Nibelungo* los deja perecer todos, hasta á los mismos dioses, porque tambien éstos se hicieron culpables al apoderarse del anillo.

Siguiendo el ejemplo de los cantos de la *Edda*, usaba, lo mismo que Fouqué y Jordan, de la forma más antigua del verso aleman, animando el poema, no por la rima, sino por la igualdad de la vocal inicial de las sílabas acentuadas, lo que los alemanes llamamos *aliteracion* ó *stabreim*.

El drama de Wagner es no ménos *drama literario* que *drama musical*. Pero que tiene pesadeces eternas, escenas que difícilmente aceptará el público normal de ningun teatro, parece indudable: arrastrado por su afan de ofrecernos un cuadro completo del drama germánico de los dioses y de los héroes, el poeta músico ha olvidado de vez en cuando que el drama musical ha de hablar al corazon, pues hay en *El Anillo del Nibelungo* tantos y tantos pasos en que predomina el elemento histórico, como en el coloquio entre Wotan y Brunehilda, y

otros en que abundan las reflexiones, como en el coloquio de Wotan con Mime.

El *lenguaje* del drama es un lenguaje *sui generis*, en que los unos, como Juan de Wolzogen, reconocen bellezas imponderables, y los otros, como Fernando Hiller, no hallan sino defectos estrambóticos, formas aventureras de vocablos. A mí me parece que el artista que habia de dotar al mundo de un asunto nuevo, original, rico y grandioso, ha sabido darle tambien una forma nueva, peculiar, rica y grandiosa. A mí me parece que Wagner recordaba las palabras que Goethe dijo á Eckermann: «Si fuese yo jóven y atrevido pecaria contra todos los caprichos técnicos empleando alteraciones y asonancias, segun me conviniesen, pero trataria de dirigirme luégo á lo principal y de decir cosas *tan buenas*, que todo el mundo habia de estar dispuesto á oirlo y á aprenderlo de memoria.»

Ya hablarémos de la música de *El Anillo del Nibelungo*. Hé aquí la teoría de Wagner: la música del drama musical ha de ser el medio de la expresion dramática; por eso el canto no ha de ser musical por sí mismo, sino dramático, siguiendo á las palabras del drama sílaba por sílaba. Formas musicales independientes, como el aria, el duo, el terceto, no cuadran al drama, y el coro cuadra sólo condicionalmente. Como toda la música, el canto

dramático ha de hablar al sentimiento por su modulacion armónica, pero no ha de llamar la atencion como melodía pura.

Esa teoría la ha ejecutado Wagner en su *Anillo del Nibelungo*. No hay, pues, en él melodía, sino modulaciones. Es una música que se niega á serlo, que se niega á tomar líneas y figuras musicales. Yerra Wagner al suponer que el drama musical ha de tener la misma marcha, y por consiguiente el mismo estilo que el drama literario, que sin parar corre de un momento á otro, pues la palabra hablada la *seguimos* con la mente, pero la palabra cantada la *escuchamos*.

Parece un error considerar como digno de perdicion el drama musical que existia ántes de Wagner: óperas como *Ifigenia* de Gluck, *Don Juan* de Mozart y *Fidelio* de Beethoven, no pierden nada de su impresion dramática por tener tambien mucha música. Pero no resulta de eso que cada drama musical haya de tener tanta música como las óperas citadas. Pues no hay sólo uno, sino variados géneros del drama musical. Y para *El Anillo del Nibelunjo* no podríase encontrar estilo más adecuado, más propio que el estilo severo y duro que ha inventado Wagner, refiriéndose á un mítico drama de los dioses. Pero sería falso querer extender ese estilo, ese contínuo *recitado cantante* á todas las óperas. Yerra

el mismo Wagner si siente haber esparcido demasiadas melodías sobre su particion de Tannhäuser. Ciertamente no queremos escuchar á los antiguos dioses del Norte y al representante del egoismo, el enano Alberico, entonando el lenguaje del corazon, la melodía propiamente dicha, pero aplaudimos que, á pesar de su teoría, el mismo Wagner se haya dejado arrastrar de vez en cuando al canto melódico, por ejemplo, en la bellísima escena en que Sigfrido, el Hércules del mundo germánico, forja la espada.

Lo que merece una admiracion ilimitada es la mágia de la *instrumentacion* más entretejida y rica de colorido. Trascribiré con gusto lo que dice el señor Marsillach:

«El procedimiento, imitado por todos los modernos compositores, de valerse de un mismo motivo para caracterizar los personajes ó recordar situaciones anteriores, lo emplea Wagner con una destreza y una maestría que hasta hoy no reconoce rival.

Por este medio se establece una relacion íntima entre las diversas escenas, envolviendo todo el drama en una admirable red psicológica — permítaseme el vocablo — revelándonos los sentimientos ocultos de los personajes, cuando la palabra no puede ó no debe expresarlos. La orquesta conspira magistral-

mente á este fin, convirtiéndose en una especie de equivalente del coro de la tragedia griega; así, por ejemplo, en *El Oro del Rhin*, Wotan, jefe de los dioses, ha prometido entregar á los gigantes la diosa de la juventud y de la belleza, Freya, si le construyen el castillo de la Walhalla. Cuando los gigantes acuden á reclamar el precio de su obra y los dioses saben que han de separarse de Freya, se oponen é incitan á Wotan á romper el pacto. Los gigantes exigen su paga, y Wotan vacila, *miéntras la orquesta le recuerda el pacto.*»

En *Colonia* se ha inventado el mote de *música del porvenir*, siendo el autor de aquella expresion destinada á ridiculizar el sistema de Wagner el profesor Bischoff, director de una revista musical; en *Colonia* escribió el músico Fernando Hiller en sus *Cartas á una anónima*, acerca de la epopeya de los *Nibelungos*, tan imponente y colosal como el genio que le dió vida: «Si hasta Dios en el cielo se dignase decirme *eso es bueno*, contestaria yo: «Te veneraré siempre, Padre mio, pero esta vez te equivocaste tú mismo.»

Desde *Colonia* levantaré yo mi voz, por desautorizada que sea, para celebrar la potencia creadora del *Colon de la música*, que para su famosa tetralogía construyó en Bayreuth, ciudad tranquila que no llega á 18.000 habitantes, situada al norte de

Baviera, un teatro exprofeso, colocándose la piedra fundamental en Mayo de 1872, y siendo las representaciones de 1876 un acontecimiento que no tiene rival por la pasmosa energía de un hombre extraordinario en todos conceptos, que tenía una fe inquebrantable en su buena estrella, por la concurrencia de reyes y magnates, por el concurso de los primeros artistas, por la pompa del aparato escénico. ¿Qué compositor, qué poeta ha creado tipos tan nobles, tan ideales como *Senta* y el *Holandes vagante*, *Isabel* y *Tannhäusser*, *Elsa* y *Lohengrin*, *Tristan* y *Marke*, *Juan Sachs*, *Brunehilda* y *Sigfrido*, esos caractéres de que brota un torrente de elevacion moral y que se nos van apareciendo cada vez más vivificados y depurados por un sentimiento más sublime y más puro (1)?

XLII.

Kürenberger, autor de la Epopeya de los Nibelungos.

(*Der Nibelungen Not.*)

Las cuatro mayores epopeyas que conoce el mundo son la *Iliada* y la *Odisea* de los griegos, y los

(1) La vida artística y privada de Ricardo Wagner se contará en el tomo VI de *La Walhalla*, consagrado á los grandes músicos alemanes.

Nibelungos y la *Gudrun* (1) de los germanos, aquellos dos claros, profundos y caudalosos rios de canciones que corren por los siglos, como el encanto inagotable y el orgullo eterno del pueblo á que pertenecen, abriéndose el uno, los *Nibelungos*, el camino por entre las peñas, miéntras el otro, la *Gudrun*, se desliza entre campos alegres.

La poesía de los helenos, que no se fijaba sino en el principio de la naturaleza, en su verdor, en su pompa, en sus galas, en sus armonías y perfumes, en los cielos azules recamados de oro, en los campos cubiertos de lozanas flores, era una poesía de la vida; pero la nuestra, la germánica, que estaba en relacion tan íntima y misteriosa con la naturaleza entera, considerando su principio, su continuacion y su fin; la poesía germánica, que vió la perdicion así en las fragantes y galanas flores de la primavera como en las hojas desmayadas del otoño, era una poesía de la muerte. En los tiempos más antiguos los poderes destructores de la naturaleza inspiraban al pueblo aleman un sentimiento de terror profundo y sombrío, que, gracias al dulce influjo de la reli-

(1) *La Eneida* de Virgilio no puede compararse con las epopeyas homéricas, y si los *Nibelungos* y la *Gudrun* no son hasta hoy tan célebres en los pueblos latinos como en la localidad en que nacieron, no debe perjudicar eso á su valor.

gion de la vida eterna, se templaba convirtiéndose en una vislumbre de adivinacion y de melancolía. Por eso la epopeya de los *Nibelungos* no canta ya la perdicion de los dioses germánicos, del cielo y de la tierra, pero canta, sí, la fiesta de alegría más alta que se convierte en el dolor más profundo; canta la perdicion de todo lo noble y grande que encanta el corazon humano, canta el amor delicado y la venganza sangrienta.

Pero no obstante el tono trágico que constituye el tono fundamental del poema, cuyo primero y cuyo último pensamiento es el dolor, como compañero inseparable del amor, la epopeya de los *Nibelungos*, en que por vez primera se trataba un gran asunto popular en el lenguaje del pueblo germánico, nos parece cual risueña primavera, que despues de los hielos del invierno evoca por doquier la vida más rica y florida. Aunque precedia al poema la poesía de clérigos que contiene ya algunos gérmenes de lo que despues habia de desarrollarse tan lozano, la epopeya de los *Nibelungos* es una aparicion nueva y sorprendente, inaugurando una época fecunda, importante, poética y caballeresca, la poesía peregrina de Wolfram de Eschenbach, de Walter von der Vogelweide y de centenares de caballeros que en tiempos de los emperadores de la casa de Hohenstaufen con los ecos de su inspirado canto pare-

cian hacer conmoverse los castillos desde el cimiento á las almenas. Inauguraba la época en que pulsára la lira el emperador Enrique VI, hijo de Barbarroja, y Conradino, último descendiente de los Hohenstaufen, el tiempo en que el mismo Barbarroja contestaba en versos provenzales al Conde Raimundo III de Tolosa y á los otros trovadores que en Turin le obsequiaron con sus canciones.

La epopeya está escrita en el metro más grandioso de la poesía alemana que permite el movimiento más libre, en la majestuosa *estrofa* llamada de *Nibelungos*, que se compone de cuatro versos largos teniendo una cesura en el medio. Los tres primeros versos tienen seis sílabas acentuadas, miéntras el último tiene una sílaba acentuada más. Al final de cada verso largo encuéntrase una rima. Distínguese esta estrofa por su tranquilidad y sencillez épicas y se adapta al mismo tiempo á la más variada expresion lírica, pudiendo desplegar en manos del maestro la fuerza y la suavidad, la belleza plástica, la brevedad más enérgica y la más rica vida del ánimo.

A la forma poética de la epopeya responde la lengua que se recomienda generalmente por su fuerza y frescura, aunque de vez en cuando tropezamos con repeticiones inútiles, con rimas monótonas, como *wip* y *lip*, con descripciones prolijas y frias

como las de fiestas áulicas. Pero eso lo perdonarémos de buen grado al bardo, porque la organizacion de su espíritu se dirigia hácia lo grande y trascendental, hácia la marcha de los acontecimientos y el desarrollo de los sentimientos más que hácia el esplendor vacío de fiestas. Seguramente no tiene el autor del canto de los *Nibelungos* la calma clásica de Homero, que lo pinta todo, tanto lo alegre como lo terrible, lo relevante como lo pequeño, con el mismo gozo estético, sino que su estilo es el estilo propio del espíritu germánico, el estilo característico y realista, pero aplicando éste muestra el autor una sencillez y pureza verdaderamente clásicas. Aúnanse en su estilo la objetividad y claridad del estilo épico y el lirismo. Pues lírico muéstrase el poeta al penetrarse de la impresion que hacen sobre su ánimo las escenas que ofrece á nuestra vista ricas de verdad, tono y colorido. Nada más cumplido que los caractéres de su poema: éstos no son tipos pálidos, sino individualidades animadas que estriban en la más profunda verdad psicológica; éstos son naturalezas del todo distintas y todas verdaderas, aunque sobrehumanas por su carácter, sus pasiones, su valor, su fuerza, pareciéndose á los dioses, y como éstos no parecen envejecerse, mostrando al final del poema la misma frescura juvenil que al principio. ¡Cuánta verdad de naturaleza, uni-

da á la idealidad más alta muestra el carácter de *Sigfrido*, que no teme en el combate más recio, pero sí ante la vista de una doncella, *Krimhilda!* ¡Cuán imponente es el rudo, el fiero *Hagen*, el vasallo fidelísimo que por su lealtad á sus señores deja llevarse hasta la traicion y el asesinato, teniendo algo de la grandeza sombría del primitivo espíritu germano! ¡Qué consecuente es el carácter de *Krimhilda*, la jóven delicada, la esposa apasionada, que despues de ver asesinado á su esposo lo sacrifica todo á su venganza! No tiene el autor del poema de los *Nibelungos* aquella nueva religion establecida por los trovadores, que elevaban á la mujer hasta el rango de las divinidades, haciendo del amor más bien una creencia que un sentimiento. Él se ha penetrado todavía de la antigua sencillez germánica, de las relaciones simples y naturales entre el hombre y el bello sexo. Pero ¿en qué poesía hay un amor más profundo que el de *Sigfrido* y de *Krimhilda?*

En las epopeyas como la *Iliada* y el poema de los Nibelungos no hay sólo un héroe cuyas hazañas se celebren exclusivamente, sino un mundo de héroes y de hechos heroicos. Así en la *Iliada* nos interesa tanto Héctor como Aquíles, y en el poema popular de los Nibelungos se disputan nuestra atencion las figuras de Sigfrido y de Krimhilda, de Diterico de Berna, de Hagen y de Rüdigerio. ¡Qué noble es

éste último, que viéndose puesto en el conflicto entre ser leal como vasallo y su amistad, ha de romper la fe á sus amigos, y que despues de haberse colocado del lado enemigo, les muestra su sacrificio pereciendo en la lucha segun lo habia adivinado, siendo llorado igualmente por amigos y enemigos! ¡Qué contraste tan grande entre la austeridad sombría de *Hagen* y el humor fresco de *Volker*, el que es á la par héroe y artista, hombre de la espada y del violin, figura peregrina en que la poesía toda de la vida de artista se enlaza con la grandiosa fuerza de héroe! El que jamas perdió este doble carácter, parece el precursor de aquellos trovadores que necesitaban ser valientes y caballeros, sostener y defender sus derechos y sus prerogativas, tanto con su poesía como con su lanza. Mencionarémos ademas al rey Gunther, al sabio Gernot, al blando Giselhero, al esforzado Dankwart, á la altiva Brunehilda, á la venerable Ute, madre de los reyes burgundos, á la fiel Gotelinda, al poderoso Etzel ó Atila, al héroe sin segundo Diterico de Berna y á Hildebrando.

La leyenda de los *Nibelungos* se nos presenta no sólo en el gran poema de que hablamos, sino en los cantos escandinavos de la *Edda* y en la representacion prosaica que se llama el *Saga de los Wölsungos*. Pero á la figura septentrional de los Nibelungos le

falta la unidad. Esta se encuentra sólo en nuestro *canto de los Nibelungos* (Der Nibelungen Not), que muestra la contemplacion más sublime de la idea del destino. No es ése el destino sombrío y alevoso de la tragedia helénica, sino el destino genuinamente trágico que sale del encuentro de hombres vigorosos, el destino creado por ellos propios y llevado por ellos como una necesidad de la naturaleza, de modo que al ver estallar la catástrofe cual tempestad que lo destruye todo, nos sentimos conmovidos por lo terrible de la perdicion, pero levantados al mismo tiempo por los cuadros brillantes de heroismo, lealtad y amor puestos en relieve por aquellos acontecimientos horribles. Levántase la epopeya hácia el final á la altura de la tragedia más grandiosa, sin ingresar, por lo tanto, en el territorio del drama, pues guarda la marcha tranquila propia de la epopeya. Ademas, admiramos en la de los Nibelungos la justicia poética que se manifiesta en todas las partes del poema, extendiéndose á todos los personajes, incluso Hagen.

El asunto de esta composicion prodigiosa es genuinamente germánico, reflejando á la par la totalidad de la imágen del mundo y el pasado germano: está sacado de los mitos germanos y es un recuerdo de las luchas heroicas de los germanos durante la trasmigracion de las gentes. No hay, pues, fondo

más vasto que el de los Nibelungos: entran en la escena muchos pueblos, que bajo los auspicios de Atila, rey de los hunnos, aniquilan una hueste de héroes germanos, apareciendo en medio de estas luchas de las naciones un número de hombres grandes, tanto en sus amores como en sus odios.

Pero ¿quién fué el gran poeta aleman, el *Homero germánico* á quien se debe el *poema de los Nibelungos*, esa epopeya desconocida por los siglos XVI y XVII que no sabian nada de la antigua, floreciente y vigorosa Germania, y desdeñada por el gran Federico de Prusia, pero que hizo mover las plumas de los críticos alemanes, desde Federico Enrique von der Hagen, Lachmann, Görres, Schlegel, Grimm, Uhland, Vilmar, Wackernagel, Gervinus, hasta Holtzmann, Bartsch, Zarncke y Wislicenus, y que hasta á Goethe, que sobre todo y ante todo se gozaba en la mesa homérica, le interesaba tanto, que en 1826 dijo á Eckermann: «Lo clásico, en mi concepto es lo sano. Clásicos, pues, son los Nibelungos tanto como Homero, siendo ambòs sanos y buenos.»

La *Walhalla* del rey Luis de Baviera, que respecto á la recepcion de los héroes dignos de figurar en su templo siguió los consejos y luces del historiador Juan de Müller, apasionado como el que más del *canto de los Nibelungos*, se ha contentado con

escribir en sus paredes las palabras *el autor del poema de los Nibelungos*, sin revelarnos el nombre del poeta. El mérito de haberlo descubierto pertenece al renombrado germanista *Francisco Pfeifer*, que publicó en Viena en 1862 su libro importante, *El Autor del canto de los Nibelungos*. Todos los elogios, plácemes y congratulaciones nos parecen pocos para felicitar, para dar gracias al señor Pfeifer, que nos dió á conocer el nombre de uno de nuestros mayores bardos, cuyo poema se hizo un manantial de inspiracion para pintores como Schnorr de Carolsfeld y para los dramáticos y los épicos y los músicos alemanes del siglo presente (1).

Dice Pfeifer que el autor del poema no puede ser

---

(1) El nombre de *Nibelungos* tiene una significacion diferente en la *epopeya* y en el libreto de *Wagner*. Pues los héroes de la epopeya se llaman con su nombre *histórico burgundos* y con su nombre *mítico Nibelungos*, refiriéndose el últímo á los que venció y avasalló Sigfrido, y que despues de la muerte de éste entregaron su tesoro á Krimhilda, á la cual lo arrebata Hagen, sumergiéndolo en las olas del Rhin. Pero el sentido primitivo de los *Nibelungos* es espíritus de las nieblas, moradores de *Nibelheim* ó *Nifelheim*. Significa éste el país de las nieblas, situado en el Norte ó en las cuevas. Cuando se considera á Nibelheim como el país del Norte, los Nibelungos parecen gigantes; pero cuando se lo considera como reino subterráneo, sus habitantes parecen enanos. Wagner considera á los Nibelungos como enanos, extendiéndose su reino tambien debajo del Rhin.

otro que el *caballero austriaco Kürenberger*, que florecia hácia 1140, y de quien poseemos muchas estrofas líricas, las cuales, lo mismo que los fragmentos de una poesía titulada *La Muerte de Alphart*, tienen el ritmo de la *estrofa de Nibelungos* y muestran una conformidad sorprendente con el gran poema épico, no sólo en las particularidades subjetivas de la estructura métrica, sino en la expresion y en el lenguaje. En aquel tiempo no era lícito á otro bardo, fuese épico ó lírico, usar de una estrofa que no hubiese sido inventada por él propio, de modo que Pfeifer lleva al ánimo del lector el convencimiento de que una epopeya que nació en la mitad del siglo XII habia de tener por autor al que en la misma época compuso estrofas líricas de metro igual. Que el poema épico de los *Nibelungos* en su figura primitiva (1) nació entre los años de 1140 y 1150, es indudable: lo demuestran las rimas, que tienen todas el carácter de las poesías de aquel decenio. Nada sabemos del *Kürenberger*, sino que uno de sus cantos se llama *Kürenbergers wise* (melodía ó estrofa de Kürenberger). Encontrábase el castillo de Kürenberger entre Passau y Linz (2), y de

---

(1) Parece que habia una composicion latina relativa á la leyenda de los Nibelungos, que se escribió en tiempos del obispo Pilgrim de Passau, entre 971 y 991.

(2) El Sr. Roberto Koenig, autor de la *Historia de la*

aquella estirpe hablan los documentos desde 1100 hasta á principios del siglo XIII.

El autor del *poema de los Nibelungos* revela conocimientos locales de Constantinopla, lo que hace suponer al señor Bartsch que el noble bardo tomaría parte en la cruzada de 1147.

---

literatura alemana que salió á luz en Bielefeld y Leipzic, en 1878, supone que el castillo de Kürenberger es el del mismo nombre que se hallaba cerca de Kinzingen en el Breisgau.

Hé aquí la traduccion de uno los cantos de Kürenberger:

Queja de una mujer por su amante infiel.

«Educaba yo á un halcon más de un año, y cuando lo habia domesticado como quisiera y ceñido su plumaje con oro, él se levantó muy alto y voló á otro país. Desde entónces vi al halcon volando bellísimo: tenía en su pié una cinta de seda, y su plumaje era todo oro. ¡Ojalá que Dios reuniese á los que quieren ser queridos!»

La imágen del halcon usada en esta composicion recuerda el sueño de Krimhilda de que habla el canto de los *Nibelungos*. Pues aquella jóven soñaba tambien haber educado á un bellísimo halcon que de repente le robaron dos águilas. Y cuando lo contaba á su madre, dijo ésta: «El halcon que educaste significa á un noble jóven. ¡Ojalá que Dios lo guarde!» Contesta la doncella: «¿Qué me hablais de un hombre, madre de mi alma? Quiero quedarme siempre sin el amor de caballeros. Así quiero quedarme hasta mi muerte para que el amor de un hombre no me traiga penas y amarguras.» Pero dice la madre: «No digas eso, hija mia. Si alguna vez en la tierra quieres regocijarte, lo deberás al amor. Has de ser una mujer envidiable si Dios te da por esposo á un noble caballero.»

Durante cuarenta años reinó en la filología alemana la opinion de Cárlos Lachmann (1), que suponia que la gran epopeya de los Nibelungos salió de *veinte cantos* populares independientes, siendo unidos despues por una mano poco experta. Sin duda alguna habrán existido en Alemania, en 1150, cantos populares relativos á los Nibelungos; pero si los que quieren reconocer en nuestro poema veinte cantos populares de autores diferentes, no pueden demostrarnos que la *estrofa de Nibelungos* era entónces una estrofa *popular y usada* en la poesía germánica como el exámetro en la poesía de los helenos, continuarémos diciendo que la *estrofa de Nibelungos*

---

(1) Véanse los escritos de Lachmann *La Figura primitiva del poema Der Nibelungen Not*, Berlin, 1816, y *Sobre los Nibelungos y el poema Die Klage*, Berlin, 1836. El canto de los Nibelungos concluye con una matanza horrible, con una perdicion universal. No podia el poeta terminar su grandiosa concepcion de una manera más eficaz. No obstante, otro bardo ha continuado el canto de los Nibelungos dándole un suplemento en el poema *Die Klage* (El lamento), en que Etzel, Diterico é Hildebrando aparecen buscando á sus personas queridas entre los cadáveres y dedicando á cada uno sentidas quejas. Aquel poema, contrastando con el tino del autor del canto de los Nibelungos, nos cansa por la monotonía de su asunto y no representa sino un error, un gran desacierto de quien lo concibió, pues despues de acontecimientos tan trágicos y tan inmensos carece de interes la suerte de los sobrevivientes, y su dolor nos pareceria más profundo siendo mudo que exhalado en palabras prolijas.

perteneció exclusivamente á *Kürenberger* y que éste, caso que hayan existido en Alemania cantos de Sigfrido, así como existieron cantos sobre éste en Escandinavia, los trasformó, adaptándolos al ritmo inventado por él, á la *estrofa de Nibelungos.*

El poema del mismo nombre es una obra de arte, una composicion armónica, y sólo un gran poeta pudo crearla.

El original, que nació hácia 1140, fué corregido por los años de 1170 á 1180, convirtiéndose las rimas en rimas más modernas. Pero si no han llegado hasta nosotros ni el original ni la primera correccion, poseemos el texto de ésta en lo que tienen de comun las dos siguientes trasformaciones del poema, que se hicieron á fines del siglo XII y de las cuales cada una tiene el mismo derecho á existir.

Se han conservado diez manuscritos completos del poema y diez y ocho fragmentarios, perteneciendo los tres manuscritos más importantes al siglo XII. Encuéntranse entre estos tres los dos que se descubrieron en el castillo de Hohenems, cerca de Bregenz, publicándose el uno por Bodmer en 1757. El otro llegó á manos del baron de Lassberg y se halla ahora en la biblioteca de Donaueschingen. Guárdase el tercer manuscrito en la de San Gallen.

¡Qué abnegacion tan grande! El poeta que, inspirado por el soplo divino, con su obra inmortali-

zaba y hacía imperecederas su patria y su lengua, nos ocultaba su nombre. Gracias, pues, al Sr. Pfeifer que ha sacado de las sombras del olvido al más antiguo de los conocidos trovadores alemanes, al autor del gran poema épico que nos fascina, nos magnetiza, nos conmueve, al trovador caballero *Kürenberger*, que quizá, como Volker, era á la par héroe y poeta.

XLIII.

El doctor Enrique Schliemann y las excavaciones de Olimpia.

No importa el órden de mis artículos. Cada uno es una piedra más para el templo de la *Walhalla* que me he propuesto edificar, impulsado por el amor á Alemania, madre de mis héroes, y no ménos por el amor á España que, recordando su glorioso pasado, ha de mirar sin envidia la grandeza germánica.

Hablarémos otra vez de lo que constituye una verdadera gloria de Alemania, las excavaciones de *Olimpia.* En el otoño de 1876 se verificó en la rotonda del Museo de Berlin la primera exposicion de los trofeos artísticos de Olimpia obtenidos por los alemanes en la primera campaña desde Octubre de

1875 á Mayo del año siguiente. Ahora, en el otoño de 1878, se ha procedido á la segunda exposicion que ostenta los descubrimientos de la segunda y tercera campaña, concluyéndose la tercera en Junio de 1878. La exposicion actual tiene lugar en el sitio del *Duomo nuevo* de Berlin. Quien la vea ha de sentir el calor del entusiasmo que producirán siempre las obras del arte helénico. Ya se han excavado una tras otra las figuras de los tímpanos del templo de Júpiter de Olimpia, aquellas creaciones debidas al cincel de dos contemporáneos de Fídias, *Peonio*, natural de Mende (Tracia), y el ateniense *Alkamenes*. No muestran éstas mayores estragos que los que causaron varios terremotos de Olimpia. Ahora en el *Duomo* de Berlin han procurado colocar otra vez aquellos grupos creados hace más de veinte y tres siglos. Sobre las figuras de Peonio, que se hallaban en el tímpano oriental, representando el momomento solemne que precedió á la lucha de Pélope, se ha derramado el sublime y tranquilo espíritu épico, miéntras los grupos que Alkamenes ejecutó en el tímpano occidental, figurando la centauromaquia durante las bodas de Piritoo, tienen el encanto del más animado movimiento dramático. Las figuras más sobresalientes del tímpano oriental son las siguientes: Júpiter, juez del campo; Pélope, Enomao, Mirtilo, Alfeo y Cladeo, Stérope é Hipoda-

mia; y en el tímpano occidental llaman la atencion el centauro, á quien un lapita coge por el cuello, atravesándole el pecho con su espada corta cuando quiere llevarse á una mujer; la novia Deidamia, el torso de su raptor Eurition y dos ninfas correspondientes á Alfeo y Cladeo. La palma la merecen sin contradiccion alguna en aquel tímpano el torso de Júpiter y la aparicion verdaderamente régia y matronal de Stérope; y en éste el bellísimo Apolo, una de las ninfas que recuerda las del tímpano del Partenon del gran Fídias, y la figura graciosa de Deidamia, que trata en balde de librarse del centauro.

Antes de las excavaciones de Olimpia no se conocieron sino los adornos de los tímpanos del templo de Egina, construido en honor de Minerva, y los del Partenon ateniense. Pero ya comprendemos que Alkaménes fué el escultor segundo despues de Fídias, no sólo en cuanto al tiempo, sino respecto á sus facultades artísticas. Y á qué altura se haya levantado Peonio, lo muestra más aún su figura de la Victoria, que se excavó el 21 de Diciembre de 1875, representando sus figuras la escena anterior á la lucha de Pélope. Aquella Victoria revela un sin par atrevimiento del artista, que manejaba el duro mármol como si fuese dócil barro.

Otra fecha memorable para la ciencia y el cono-

cimiento del arte helénico es el 8 de Mayo de 1877, dia felicísimo en que desde los escombros de Olimpia, desde las ruinas del templo de Juno, se sacó á la luz una obra original del gran Praxitéles, *Hermes y el niño Dionisio* (1), que se encuentra en un estado mucho más satisfactorio que la Victoria de Peonio, pues al dios de Praxitéles no le falta la cabeza divina.

Honra imperecedera del nuevo imperio aleman son las excavaciones de Olimpia. Pero nos sorprenden áun más las tentativas gloriosas, las empresas ideales de un particular que, prefiriendo la senda áspera y espinosa del descubridor á una existencia idílica, continúa llevando á cabo con inusitada energía en pro de la cultura y de la ciencia lo que hasta ahora no ha sido la mision sino de grandes naciones. Ese fenómeno, revestido con el encanto de no sé qué magia misteriosa, se nos figura el que buscaba los tesoros de Troya y de Micénas, ese fenómeno á quien la tierra abrió sus secretos de más de mil años, es el doctor *Enrique Schliemann*, hijo de Mecklemburgo, y cumple añadir, de la diosa Fortuna.

La patria no tiene otro patrimonio más valioso

(1) Aquellos nombres de dioses helénicos responden á los latinos Mercurio y Baco.

que la herencia acumulada que en el trascurso de los siglos le vienen legando sus héroes, sabios, artistas y hombres virtuosos. En aquella herencia figurarán tambien los preciosos descubrimientos de *Schliemann*, que á la edad de cuarenta hasta cincuenta años realizó los ensueños de su juventud, las aspiraciones primeras de su alma. El niño parece haber poseido la fantasía de que tánto hacen alarde los hijos del Guadalquivir, donde nacen los poetas como los azahares de sus limoneros, segun la expresion del gran Duque de Rivas.

Nació *Enrique Schliemann* en 1822 en Neobuckow (Mecklemburgo), de un padre protestante que se vanagloriaba de ser párroco en el mismo pueblo, en cuyo viejo castillo su célebre paisano, el gran traductor de Homero, *Juan Enrique Voss*, habia experimentado las penas de los preceptores. Aquel pueblo se llama Ankershagen; está situado cerca de Penzlin, próximo á la frontera de Mecklemburgo-Strelitz. Allí pasaba el hijo del cura entusiasta de Voss su infancia, aprendiendo ya cuando niño los mitos troyanos y trozos de la *Odisea* y de la *Iliada*. Ya entónces le tenía ocupado la idea de que sería él el hombre afortunado que sacase á luz los muros de Troya. Buscar tesoros: hé aquí la idea constante de su cerebro inquieto. Alimentaron sus fantasías las ruinas de una antigua torre que se hallaba en

el jardin señorial, los caracoles de piedra y las bóvedas del castillo. ¡Con qué gozo hubiera sacado de una colina vecina la cuna de oro, y de un estanque situado detras del jardin parroquial el vaso de plata que la tradicion dijo que estuviese allí escondido! Asimismo se ocupaba su fantasía juvenil de la gran tumba de no sé qué caballero antiguo que tenía fama de ser un mal genio.

Pero al jóven que no aspiraba á otra cosa más que á buscar tesoros se le acercaba de repente la dura necesidad, que no le permitió visitar la escuela de Strelitz sino hasta su año décimocuarto, obligándole á hacerse dependiente de una tienda durante cinco años y medio. Un dia, al levantar un tonel de gran peso, se lastimó el pecho, y renunciando á la carrera de comerciante, siguió el anhelo irresistible que le impulsaba hácia lo léjos. Se hizo, pues, grumete; pero el navío en que se embarcó en Hamburgo encalló en Diciembre de 1841 en la isla holandesa llamada Texel, no salvando la tripulacion más que la vida. Afortunadamente no le negaron una limosna los buenos holandeses, y en Amsterdam el jóven grumete se hizo otra vez dependiente, ascendiendo al fin á tenedor de libros, y sucesivamente lo aprendió todo, el inglés, el frances, el italiano, el portugues, el castellano, hasta el ruso, dedicándose á aprender aquellos idiomas con tanto

celo, que dos veces tuvo que cambiar su domicilio por haber molestado á sus vecinos por su método de recitar sus lecciones en alta voz.

Siendo mandado en 1846 por sus jefes á San Petersburgo, colocó allí el cimiento de su riqueza por sus empresas comerciales durante la guerra de Crimea y la guerra civil de los Estados-Unidos. En 1854 se ocupó otra vez de estudios lingüísticos, aprendiendo el sueco, polaco y neogriego, y aprovechando las lecciones de excelentes maestros, volvió al estudio de Homero, á quien habia amado ya cuando niño. En 1864 hizo un viaje alrededor del mundo, publicando tres años despues en París, en idioma frances, una descripcion amena é interesante de su expedicion, bajo el título de la *La China y el Japon.* Por fin, en 1867 visitó el teatro clásico de los cantos homéricos, y aunque en cada página de su libro *Itaca*, *el Peloponeso y Troya*, que salió en París en 1869, se muestra el autodidacto que no conoce todavía el arsenal inmenso de las investigaciones críticas sobre el divino cantor de los helenos, creyendo en la poesía homérica como en la más pura verdad histórica, como en el Evangelio, el entusiasmo del autor no puede ménos de comunicarse á los lectores. Buscar á Troya: hé aquí el anhelo del hombre, como ya lo habia sido la aspiracion del niño, y al fin fijábase en él la idea de que la colina de

Hissarlik cubriese la ciudad de Priamo. Prosiguiendo aquel pensamiento con la mayor constancia, empezó en Abril de 1870 sus excavaciones en el paisaje de Scamandro, que continuó hasta Junio de 1872, sin detenerle las fatigas, ni el hambre, ni la sed, ni los fraudes de sus guías. ¡Qué descubrimiento tan brillante recompensó los trabajos del explorador! Parecia que aquella colina escondiese en su seno una riqueza inmensa de oro y de plata, y ademas una ciudad muy antigua, ceñida de torreones y de muros peregrinos. No dudaba el descubridor entusiasta que hubiese encontrado la ansiada Troya, considerando la confirmacion de su hipótesis como el fenómeno más brillante que jamas habia visto la ciencia arqueológica. Schliemann estaba en el colmo de su dicha, y en alas de la fama volaba ya su nombre por el mundo. Pero ¡qué grande fué la desilusion cuando se publicaron en Leipzic en 1874 las tablas fotográficas de sus antigüedades troyanas! Efectivamente, aquellas tablas eran bastante malas, pero el explorador infatigable no mereció de ningun modo las amarguísimas censuras que entónces se le dirigieron. Tampoco le faltaban las calumnias, y por colmo de sinsabor, se vió envuelto en un proceso con el Gobierno turco, de que no podia librarse sino abonando 50.000 francos para quedarse con la posesion de sus antigüedades. Pero ¡qué

importaban tantas amarguras al que tenía una fe inquebrantable en la realizacion de sus ideales; una fe que le llevaba por el torrente de las críticas, así como Leucotea llevaba á Ulíses por las ondas del mar! No me detendré en describir todos los descubrimientos troyanos del insigne aleman: baste decir que lo primero que descubrió fueron inscripciones y esculturas de mármol que se hallaban en la capa alta de la colina de Hissarlik, perteneciendo á una ciudad llamada Ilion, que se fundó en tiempos del rey Creso en el siglo VII ántes de la era cristiana, pareciendo haberse destruido en la Edad Media, sin que se sepa la fecha y la causa. Pero debajo de esta ciudad existe todavía otra que tiene buenos empedrados, muros y torreones, y en ella descubrió Schliemann millares de cosas, vasos de tierra cocida, armas de piedra, bronce, marfil y huesos, alhajas de oro, de plata y de electro, en fin, variados objetos que, mostrando un cumplido ornamento lineal, habrán de pertenecer á los tiempos prehistóricos, es decir, á una época de cultura que precedió á la de los cantos homéricos. Pues las obras de arte que se describen en éstos revelan una cultura más jóven, que experimentaba ya influencias asirias. Así los descubrimientos de Schliemann, si no pueden considerarse como ilustraciones de la descripcion homérica, ofrecen un interesante material de com-

paracion. ¿Quién sabe si en efecto la antigua Troya se encontrará en el seno de la colina de Hissarlik? pero hasta hoy no se puede ni afirmarlo ni negarlo, puesto que la Iliada no ofrece nada para que se pueda determinar en el paisaje, un punto firme é inalterable donde ha de estar Troya.

No le bastaron á Schliemann los descubrimientos de Hissarlik, sino que emprendió tambien excavaciones en *Micénas*, la antigua córte de Agamemnon, y el éxito más sorprendente abonó su esfuerzo.

Micénas, la de los muros ciclópeos (1), la que Homero llamaba πολύχρυσος (rica de oro), se encuentra en el ángulo más extremo de Argos (2).

Dijo de ella Séneca:

majus mihi
Bellum Mycenis restat, ut cyclopea
Eversa manibus saxa nostra concidant.

Pausanias, que hácia los años de 170 despues de Jesucristo describió las ruinas de la gloriosa Micénas, cuando estaba inhabitada, decia: «Entre los restos del muro se encuentra la puerta de leones. Ambos,

---

(1) Las palabras *muros ciclópeos* deben su orígen al mito, que dice que los cíclopes eran famosos arquitectos. Llámanse *muros ciclópeos*, los muros de grandes piedras toscas, unidas por piedras pequeñas, ó muros antiguos, en que se ven capas horizontales de piedras toscas, entre las cuales se encuentran pequeños intermedios.

(2) Véase la Odisea III, 263.

el muro y la puerta, son, segun la tradicion, obra de cíclopes. Debajo de las ruinas de Micénas se encuentran los edificios subterráneos de Atreo y de sus hijos, donde se conservaron sus tesoros. Hay allí la tumba de Atreo y las de los compañeros de Agamemnon, que á su vuelta de Ilion fueron muertos por Egisto en un banquete. Hay allí la tumba de Agamemnon y de su conductor Eurimedon; en la misma tumba se enterraron Teledamo y Pélope. Allí está tambien la tumba de Electra. Klitemnestra y Egisto se enterraron fuera del muro, porque fueron considerados indignos de hallar su sepultura en el interior de la ciudad donde descansan Agamemnon y los que fueron muertos con él.»

Segun lo entiende Schliemann, el muro de que habla Pausanias en los párrafos citados no es el muro de la ciudad, sino el muro colosal de la acrópolis, encontrándose en ésta la puerta de leones. Por eso el entusiasta aleman que el 7 de Agosto de 1876 empezó sus excavaciones en union de sesenta y tres obreros, ascendiendo el número de éstos despues á ciento veinticinco, buscaba las tumbas en la acrópolis, y ¡oh maravilla! las encontró. «No cabe duda alguna, dice en su libro *Micénas*, que con un prólogo del célebre inglés Gladstone se publicó en Leipzic en 1878, no cabe duda que haya encontrado yo las *tumbas de Agamemnon y de los suyos*, de que

habla Pausanias, sin conocerlas más que por la tradicion.»

Descubrió Schliemann la ἀγορά (1) de Micénas, que forma un círculo, hallándose en él las famosas tumbas.

Miéntras continuaba aún excavando, dirigiendo los trabajos él y su noble esposa, los visitó el Emperador D. Pedro II del Brasil, complaciéndose en mirar, no sólo la puerta de leones por la que pasaba Agamemnon, el rey de los hombres, cuando partió para la campaña más gloriosa de los tiempos heroicos, sino los gigantescos muros ciclópeos, y experimentó una satisfaccion singular en comer con su amable anfitrion en la tesorería de Atreo, aquel misterioso edificio subterráneo que se construyó hace cuarenta siglos.

Schliemann encontró en las tumbas esqueletos cubiertos de joyas, teniendo algunos una diadema de oro. Habia siete cadáveres, cuyo rostro cubria una magnífica máscara asimismo de oro, representando el retrato del finado. Tres de las cinco tumbas contenian tesoros tan preciosos que no pudieron pertenecer sino á miembros de la familia régia. Y dice Schliemann que los matadores al enterrar los quince

(1) La ἀγορά de los griegos corresponde al foro de los romanos.

cadáveres regios con todos sus tesoros, sus armas y sus joyas, no hicieron más que cumplir una costumbre constante de la antigüedad. Segun la suposicion del Sr. Gladstone, que escribió tantas páginas de introduccion para el libro del doctor aleman, los matadores de Agamemnon, obedeciendo miras políticas, atribuyeron á los muertos el honor de la sepultura en el foro, abriendo un hueco grande y profundo en la peña. Despues el hijo de Agamemnon, Orestes, abrió los sepulcros, mandando que se quemasen los cadáveres. Pero la quema fué imperfecta á causa de la profundidad y de la falta de aire, de modo que quedaron los huesos sin quemarse. Se usaron aquellas máscaras de oro para rendir á los cuerpos destruidos la majestad de la naturaleza, ocultando los vestigios de destruccion, y aquella ofrenda abundante de armas y de joyas la dió el amor filial.

El 16 de Noviembre de 1876 escribió el descubridor afortunado al rey Jorge de los helenos: «Con inmensa satisfaccion anuncio á V. M. que he descubierto las tumbas que la tradicion de que Pausanias se hizo el eco, decia que fuesen las de Agamemnon, de Casandra, de Eurimedon y de sus camaradas, siendo muertos todos en un banquete por Clitemnestra y su amante Egisto. He encontrado en las tumbas tesoros inmensos que consisten

en objetos de oro puro. Esos tesoros bastan por sí solos para llenar un gran museo, que ha de ser el más maravilloso del mundo, y que durante los siglos venideros atraerá á la Grecia millares de extranjeros de todos los países. Trabajando sólo impulsado por el amor desinteresado á la ciencia, no pretendo yo de ninguna manera la posesion de aquellos tesoros que, con el entusiasmo más vivo, doy íntegros á la Grecia. ¡Dios quiera que ellos se hagan la piedra angular de una gran riqueza nacional!»

Aceptó el Rey la ofrenda, y los tesoros inmensos que se descubrieron en las cinco tumbas de Micénas, se hallan hoy en el gran Museo nacional de Aténas. Tambien los que no creen en la verdad histórica de la guerra troyana y en Agamemnon, no negarán que los descubrimientos del doctor Schliemann merecen llamar la atencion del mundo (1).

Remito al lector á un artículo que escribió el señor Koehler, director del Instituto Arqueológico

---

(1) Dicen los periódicos que el 9 de Octubre de 1878, bajo la direccion del Sr. Stamatakis, han empezado á hacer excavaciones en Nauplia, donde acaba de descubrirse una gran necrópolis, conteniendo cantidad considerable de tumbas labradas en la peña, dando testimonio de una época de la historia griega. precedente al reinado de los Pelopidas, y confirmando las palabras del poeta: *Vixere fortes ante Agamemnona multi.*

de Aténas, y allí hallará por sí propio observaciones juiciosas y crítica razonada.

Há poco, el incansable Schliemann ha recorrido la isla homérica Itaca, donde descubrió 190 casas ciclópeas, y el 18 de Setiembre de 1878 ha salido otra vez para la famosa *colina de Hissarlik*, donde, acompañado de 125 á 150 obreros, continúa las excavaciones, siguiéndole la fortuna como compañera inseparable de quien, apénas ha cavado la tierra con azada, viene descubriendo en ella tesoros increibles.

Segun el tratado que hizo Schliemann con la Sublime Puerta, la tercera parte de sus descubrimientos le ha de pertenecer á él, y la remitirá luego al Museo de South Kensington (Lóndres) donde se ve asimismo su coleccion troyana.

Al que extrañe que Schliemann, á quien los alemanes llamamos doctor, sin que recuerde yo á qué Universidad debe aquel título honroso, remita sus descubrimientos á un museo inglés, siendo él aleman y gran patriota, le contestarémos que á eso le habia movido la gratitud, pues las celebridades de Inglaterra le saludaron con cariño y respeto cuando su misma patria le despreciaba.

XLIV.

La emperatriz María Teresa.

Emperatrices como *María Teresa*, la bondadosa, la magnánima hija de Austria, de que hasta su adversario, el gran Federico de Prusia, decia que honraba al trono y á su sexo, son estrellas de su país, honra y orgullo de sus pueblos, genios tutelares que velarán eternamente por ellos desde el cielo.

María Teresa, madre de la patria, la princesa más grande de su estirpe, por haber sido la más humana, revelando su vida su carácter ingenuo, franco, entero y leal; *María Teresa*, que legaba á su hijo José II, segun este mismo escribió al Duque de Choiseul, «un gran Estado, ministros y generales de talentos indisputables, fieles súbditos, y una gloria que se hacía difícil á cada sucesor suyo el mantenerla», vivió una vida bastante larga, distinguiéndose tanto por sus virtudes como por la entereza de su carácter, por la bondad infinita que le era peculiar y con la que vencia á sus más encarnizados enemigos, siendo llamado su reinado *die gute alte Zeit Oesterreichs* (el antiguo tiempo felicísimo de Austria).

Hija hereditaria del emperador Cárlos VI de Alemania, *María Teresa* vió la luz en Viena el 13 de Mayo de 1717. A la recien nacida la regalaba la emratriz viuda Leonor preciadas reliquias de la *monja carmelita* Santa Teresa de Jesus, que si como escritora mística y dulce cantora del amor divino figura en primera línea entre los clásicos del siglo XVI, como santa es adorada en los altares, como mujer de gran corazon y gran virtud, como fundadora, es reverenciada por todos los que siguen su bendita regla, por los que conocen su vida ejemplar.

Nunca en Austria el sexo femenino se ha visto engrandecido, reivindicado, glorificado, como lo fué en la persona de la piadosa y sábia emperatriz *María Teresa*, que mereció un amor y respeto que el trascurso de los años no ha disminuido, y un puesto dignísimo en la *Walhalla.*

Siendo declarada heredera de la corona de los Habsburgos por la célebre *pragmática sancion*, María Teresa se casó en 12 de Febrero de 1736 con el duque Francisco Estéban de Lorena, haciéndose un idilio encantador la estancia del jóven matrimonio en el palacio de Schoenbrunn y en el bellísimo parque de Laxemburgo, y subió al trono el 20 de Octubre de 1740, nombrando co-regente á su esposo. Ya los primeros años de su reinado eran borrascosos, disputándola la sucesion al trono de los países

austriacos el Elector de Baviera Cárlos Alberto, y formándose contra ella una coalicion entre Francia, Baviera, Prusia, el Palatinado, Cerdeña, Nápoles y España. Así cada dia los relámpagos brillaban más siniestros en el horizonte del imperio. Abandonada por todos, la emperatriz, radiante de hermosura y de majestad, entró en 1741 en la Dieta de Pressburgo, refugiándose en la lealtad, en la caballerosidad, en el valor de los húngaros, y dirigió á los magnates una alocucion latina que produjo un efecto mágico: todos los semblantes revelaban el mayor enternecimiento, y toda la concurrencia escogidísima, inclinándose ante la belleza realzada por la majestad de la desventura, desenvainaba su espada prestando con el entusiasmo más ardiente el juramento sagrado: *¡Moriamur pro rege nostro!* (¡Muramos por nuestro rey, es decir por María Teresa!) (1). Si hasta entónces la emperatriz habia guardado su calma, no podia ocultar sus lágrimas al ver aquella espontaneidad, aquella explosion del amor más puro y activo. Merced á la lealtad y á la abnegacion de los magnates húngaros, que estaban dispuestos á dar su sangre generosa á la Emperatriz, sus ricos vasos de oro y plata á la Real Casa

(1) María Teresa llevaba el título de *rey* de Hungría (no de reina).

de Moneda, y si éstos no bastasen todavía, quisieron sacrificar en aras de la patria los tesoros de las iglesias, y merced á la discordia de sus enemigos, al auxilio de los ingleses y á su propia entereza, á su propio valor, á su propia fuerza, salvó María Teresa su monarquía, teniendo un *caballero* en el mariscal de campo conde Luis Andres Khevenmüller, un *amigo* en el príncipe Wenceslao Lichtenstein (1), y un segundo *padre* en el palatin Palffy. En 1745 presenció en la catedral de Francfort la coronacion de su esposo como Emperador de Alemania. Despues de concluida la guerra de sucesion á las coronas de Austria el 18 de Octubre de 1748 con la paz de Aquisgram, que privó á la Emperatriz de Parma, Piacenza y Guastala, que pasaron á España, y de Silesia y Glatz, que quedaron en manos de Federico II de Prusia; siguieron ocho años de paz, que María Teresa empleó en la reorganizacion de sus Estados, debiéndose la del ejército al famoso Conde de *Daun*, miéntras de los negocios públicos se encargó el eminente diplomático *Conde de Kaunitz*, que logró hacer de Francia la aliada de Austria. Como una de sus adquisiciones más acertadas con-

(1) *Lichtenstein* significa piedra de luz. Por eso, cuando murió el príncipe, se escribió en verso: «Ya la piedra ha cubierto la luz, pero eterna ha de ser su gloria.»

sideró la Emperatriz la de su médico de cámara Gerardo Van Swieten, que la secundaba en la fundacion de escuelas y de Academias. Ella presidió casi siempre el Consejo de Ministros, y siendo una princesa verdaderamente cristiana, visitó cada dia una iglesia ó un convento.

Para arrebatar á Prusia la bella Silesia alióse Austria el 1.º de Mayo de 1756 con Francia, no desdeñándose la Emperatriz, á pesar de su religiosidad, de escribir hasta á la favorita de Luis XV, la Marquesa de Pompadour. Entre tanto el Rey de Prusia, previniendo á los aliados, invadió la Sajonia con la rapidez del rayo. Así estalló la lucha gigantesca de los siete años, de la cual Austria, aunque perdió para siempre á Silesia, salió con la satisfaccion de haber salvado su existencia. Cuando en 1763 brilló otra vez el íris de siete colores sobre el imperio, empezó para éste una edad de oro, dedicándose la Emperatriz sólo al bien de sus súbditos. Podria decirse que la familia imperial no era más que una gran *burgesia* alemana. Como prueba de las relaciones cordiales entre los súbditos y su Emperatriz, diré que María Teresa, habiendo recibido la nueva de que á su hijo, el despues emperador Leopoldo II, le acababa de nacer en Florencia un descendiente masculino, salió del palacio volando al teatro Imperial, donde desde su palco mostró radiante de ale-

gría á la concurrencia la carta que habia recibido, exclamando gozosa en el amable dialecto vienés: *Der Poldl hat an Bubn und grad zum Bindband auf mein Hochzeitstag, der ist galant* (Leopoldo acaba de tener un hijo, precisamente en el aniversario del dia de mis bodas: hé aquí un caballero galante). Es imposible describir el júbilo del público y de los actores que siguió á las palabras de la queridísima Emperatriz. Aquel recien nacido era el despues emperador Francisco II, abuelo del emperador actual Francisco José.

El reinado de María Teresa y de su hijo José II se hizo tambien la edad de oro de la música alemana, brillando aquellas tres estrellas que se llaman Gluck, el gran maestro de la composicion musical y músico de cámara de María Teresa; Haydn, el autor de *La Creacion*, el inventor del cuarteto y de la sinfonía, el que fué á veces inspirador de Beethoven, y el inmortal Mozart.

En 18 de Agosto de 1765 perdió María Teresa al que fué á la vez su primero y único amor, su esposo el emperador Francisco I, el que habia vivido á su lado dulcificando con sus afectos las amarguras del reinar, sin tocar á los fueros ni á la direccion del reino, nombrando despues co-regente á su hijo José. Desde aquella pérdida irreparable no cesó de vestir luto. A ella se debió la abolicion de la tor-

tura y la de la servidumbre en su territorio aleman. Si consintió en la reparticion del reino de los Jagellones, la ántes tan poderosa Polonia, lo hizo á pesar suyo, añadiendo á su firma estas palabras: «*Placet* (me place), porque así lo quieren tantos y tan grandes hombres; pero cuando yo haya muerto y trascurra algun tiempo, ya verán lo que saldrá de eso.»

La ilustrada Emperatriz fué tambien la fundadora de la enseñanza popular (1); fomentó así el comercio y la industria como la agricultura, y fué modelo de madres, como era modelo de esposas.

El dia que precedió á su muerte volvió á dar las gracias al leal pueblo húngaro por haberla socorrido en su necesidad extrema, rogándole hiciera lo mismo en pro de su hijo el emperador José II, y en la noche ántes de su tránsito de la tierra se ocupó todavía de los negocios públicos y del bien de sus pueblos, contestando á su hijo que la amonestaba se concediese un poco de descanso: «¡Descansar yo, hijo mio, cuando en breves horas tengo que aparecer ante el tribunal de Dios!»

---

(1) Tiene interes el dato siguiente: En el dia cuenta el territorio austro-húngaro 29.267 escuelas, con más de tres millones de alumnos, resultando 1 por poco más de 12 habitantes, ó sea una asistencia de 8 niños por cada 100 habitantes.

El 29 de Noviembre de 1780 voló su alma á la region de la verdad. ¡ Quién no la lloraba, quién no la admiraba! Su mayor elogio eran las lágrimas, aquellas perlas del corazon desprendidas, aquellas perlas del alma, que se la ofrecieron tanto en las chozas como en los palacios.

La gran emperatriz de Austria tiene el mismo prestigio que en España Isabel la Católica, la representante más digna de la monarquia histórica, que llamarémos con Castelar una sagrada encina que abarcaba bajo su nombre dos mundos, una encina secular de la que cortaron sus lanzas los soldados de Granada, sus coronas los poetas, sus naves los descubridores de América, sus cruces los misioneros.

En la corona fúnebre que se la dedicó brillaron los nombres de Denis y de Klopstock. María Teresa no vió por fortuna la tempestad de la revolucion francesa, que derribó en el cadalso la dinastía de San Luis y la cabeza de su desgraciada hija María Antonieta, esposa del infortunado rey Luis XVI.

XLV.

Cosas bismarckianas.

Los biógrafos de *Bismarck* nos damos la enhorabuena por el riquísimo material que acaba de pro-

porcionarnos el doctor aleman Mauricio Busch en su publicacion *El Conde de Bismarck y su gente*, que contiene los que pudieran llamarse *discursos de mesa* del Conde y de sus comensales los miembros de su Estado mayor diplomático, durante la guerra franco-alemana. Como empleado de cancillería de la Confederacion del Norte de Germania, hallóse el señor Busch á la sazon cerca del canciller, escuchando los discursos más íntimos del que por sus inclinaciones patriarcales y su naturaleza enérgica recuerda á Oliverio Cromwell, asemejándose por su temperamento irascible, por su esencia tan genial como juvenil, por su inclinacion de retirarse del ruido del mundo y por sus victorias, á Aquíles. En la vida del campamento complacíase el Canciller en hablar de todo con inusitada franqueza, y á veces en las horas de la noche trasladaba el Sr. Busch al papel los discursos de mesa del estadista batallador, el cual dijo de sí propio que fué la pimienta de aquella sociedad pesada que se llamaba *Bundestag*. Puede condenarse el libro del Sr. Busch por haber nacido de una indiscrecion, *arrojando al viento de la publicidad* los menores actos de la vida de Bismarck y descorriendo todos los velos que cubrian sus sentimientos más íntimos; pero sin indiscreciones no se descubre nunca la historia contemporánea, y en aquellas palabras que se deben al impulso del

momento, en aquellos discursos que tienen lo mismo que los discursos parlamentarios del entónces Conde y hoy Príncipe, rasgos propios del folletin; en aquellos discursos que—perdónesenos la frase—*están empedrados* de anécdotas y de recuerdos de los años en que el canciller no fué sino diplomático en embrion, hombre de Estado en agraz; en aquellos cáusticos juicios críticos sobre sus contemporáneos, en aquellas efusiones de su sentimiento, se refleja el carácter de Bismarck de la manera más fiel, ofreciéndonos el cronista de aquellas tertulias al Bismarck más puro y más genuino. Es como si viésemos un retrato cumplido de Bismarck como particular, formando los rasgos del cuadro una mezcla singular de melancolía propia de todos los hombres grandes de la historia, de agudeza, de profundidad del ánimo, de orgullo ante los hombres y de humildad ante Dios, de nobleza y de cinismo. Al caracterizar á otros, el estadista se caracteriza áun más francamente á sí propio. ¡Cuánto pudieran aprender en sus discursos, no sólo los neófitos en política y los diplomáticos en estado de crisálida, sino tambien los que tienen experiencia del mundo!

No hay nada teatral, nada artificial en los discursos del canciller, que revelen aquel rasgo eminentemente positivo de los naturalistas de nuestra época que se fijan en las relacioues reales. Y quien

haya formado su gusto, segun los poetas del realismo Othon Ludwig y Turgenieff, se sentirá atraido hácia el retrato característico de Bismarck.

¡Cuán características para Bismarck son estas palabras que pronunció el 28 de Setiembre de 1870 en el palacio de Ferrières: «Yo no comprendo cómo sin la fe en una religion revelada, en Dios que quiere lo bueno, en un Juez Supremo y en una vida futura, se pueda vivir de una manera ordenada, cumpliendo con su deber y dejando lo suyo á cada cual. *Si dejase de ser cristiano, no quedaria yo ni una hora más en mi puesto.* Si no confiase en mi Dios, ciertamente no haria caso de ningun señor de la tierra. ¿Por qué debo trabajar sin descanso en este mundo, exponiéndome á sinsabores de todo género, si no me penetro del sentimiento de que por Dios tengo que cumplir con mi deber? Si no creyese en un órden divino que haya destinado á la nacíon alemana para algo bueno y grande, hubiera luégo renunciado al oficio de diplomático, ó no lo hubiera empezado. A mí no me seducen las condecoraciones ni los títulos. La constancia de que he hecho prueba durante diez años contínuos contra todo género de absurdos, la debo solamente á mi fe resuelta é inquebrantable. Si no fuese un creyente cristiano, si no tuviese la base peregrina de la religion, no hubieran visto ustedes tal canciller de la Confederacion. Mostradme

un sucesor que tenga aquella base, y yo me retiraré de buena gana. Pero estoy en medio de paganos. Diciendo eso no quiero yo hacer prosélitos, pero tengo necesidad de confesar mi fe. Quien me quita ésta me quita mi patria.»

Hé aquí una alusion mitológica: tratándose un dia de Apolo, dijo Bismarck: «Este no me ha gustado nunca. Es el tipo genuino de un frances. Es uno que no puede soportar que otro toque la flauta mejor ó tan bien como él. Tampoco me gusta que Apolo favoreciese á los troyanos. Yo me siento atraido hácia el honrado Vulcano, y más todavía hácia Neptuno.»

Merece mencion tambien lo que dice acerca de la raza germánica: «Ésta es, como si dijéramos, el principio masculino de Europa, el que fecunda, miéntras los pueblos celtas y slavos pertenecen al sexo femenino. Aquel principio se extiende hasta el mar del Norte y más allá hasta Inglaterra. Los Estados-Unidos, donde los alemanes forman lo mejor de la poblacion, son como los hijos, como los frutos de aquel principio. Éste estuvo tambien en Francia cuando allí prevalecian todavía los francos. La revolucion de 1789 era el abatimiento del elemento germánico por el celta; pero ¿qué vemos desde entónces? En España, cuando allí prevalecia todavía el elemento godo, y en Italia, en cuya parte

superior los alemanes desempeñaron asimismo un papel principal, ¿no habia entónces un régimen ordenado? Es verdad, cuando se encuentran sin mezcla los alemanes tampoco valen mucho. En cambio, son buenos, excelentes, irresistibles é invencibles cuando están unidos por la violencia, ó la ira. Si no, cada cual obra segun su capricho. A la verdad, el absolutismo manejado de una manera benévola, justa y razonable, es el mejor régimen de gobierno. Pero nos faltan los verdaderos absolutistas. Esta especie ha muerto.»

El que daba patente de defuncion al partido absolutista; muestra una franqueza que aturde en sus juicios críticos acerca de los personajes históricos del siglo. Así dice de Napoleon: «Yo lo he dicho há diez y seis años, cuando nadie queria creerlo: es tonto y sentimental. A pesar de lo que se pueda pensar de su golpe de Estado, Luis Napoleon es verdaderamente bondadoso, sensible, y, ya lo dije, hasta sentimental. No es grande su inteligencia y tampoco su saber. Le faltan, ante todo, los conocimientos geográficos, aunque fué educado en Alemania y allí estudió: tenía las ideas más fantásticas. En Julio de 1870 vaciló tres dias sin poder tomar una determinacion, y áun hoy no sabe lo que quiere. Sus conocimientos son tales, que en nuestro país no podria hacer ni siquiera el exámen de referendario.

Yo se lo dije ya al rey en 1855. No sabe cómo vamos nosotros. Cuando yo fuí ministro celebré un coloquio con él en París. Entónces dijo que en breve espacio de tiempo habria una insurreccion en Berlin y la revolucion en el país. Pero yo le contesté: *Nuestro pueblo no erige barricadas, y las revoluciones las hacen en Prusia sólo los reyes.*»

Acerca de Thiers dijo Bismarck: «Hé aquí un hombre prudente, amable, ingenioso, sí; pero para ser diplomático es tambien demasiado sentimental. Es sin duda una naturaleza más aristocrática que Favre, pero no es bueno para ser negcciador, ni siquiera tratándose de las cosas más humildes. Se deja aturdir demasiado fácilmente, revela lo que siente; en fin, se deja sondear.»

En cuanto á Julio Favre, contaron los contertulios que éste lloraba durante las negociaciones con Bismarck. «Sí, contestó éste, parecia que lloraba, y yo trataba de consolarlo. Pero cuando yo lo contemplaba más cerca estaba seguro de que no hubiese podido producir lágrima alguna. Él creia probablemente que pudiera hacerme un efecto con una *histriónica* semejante á la con que los abogados de París conmueven al público. Estoy persuadido de que en Ferrières se habia afeitado y empolvado de blanco, sobre todo la segunda vez, para representar mejor al afligido y abatido.»

Los contertulios desaparecen ante la figura de Bismarck, que se posesiona del ánimo de todos con tanto desembarazo, con tanta autoridad! Dijo de sí: «No puede decir mi hijo que su padre se haya lucrado como *alcista* ni como *bajista.* Pero un dia he jugado con la pasion más vehemente, sólo para alcanzar un fin diplomático. Era el juego de naipes llamado *quince.* Lo jugaba al hacer el tratado de Gastein con el Sr. Blome. Este habia oido decir que la mejor ocasion de conocer á los hombres era el juego *quince.* Y yo decia entre mí: ahora vas á conocerme, y jugué de manera que todos se maravillaron creyéndome temerario. Perdí unos doscientos escudos, que hubiera podido liquidar como empleados en el servicio del Rey de Prusia, pero le hice creer que era un temerario, y se dejó vencer.»

Un dia dijo Bismarck: «Un embajador puede fácilmente granjearse el cariño de los suyos. Yo lo quisiera tambien. Pero á un ministro le falta el tiempo para eso: ¡tiene que hacer y pensar tantas cosas! Por ende yo me lo he arreglado todo de un modo más militar.» En efecto, el *canciller* no aparece, hasta en la Dieta, sino vistiendo el uniforme militar.

Minima non curat prætor, podria decir tambien nuestro Bismarck. Eso lo expresa la jerigonza de los estudiantes alemanes con la frase gráfica *Das*

ist mir Wurscht que dice traducida al pié de la letra: «eso me es *morcilla*», y quiere decir: «eso me es indiferente.» Cuando en presencia de Bismarck se debatia en Versalles cómo de aquí en adelante habia de titularse el rey de Prusia: emperador aleman, emperador de los alemanes, ó emperador de Alemania, Bismarck dijo á uno de los suyos: No recuerdo en este momento cómo se llama *Wurscht* en latin.—*Farcimentum*, le dijeron—Pues bien, replicó el estadista, ese eterno estudiante *nescio quid mihi magis farcimentum esset.* («No sé cuál de esos títulos me sería más indiferente.») Para concluir diré que el dia 1.° de Abril de 1879, natalicio del *Príncipe Bismarck*, se colocará su primera estatua en Colonia, delante del Casino de la ciudad.

El monumento, debido al estatuario berlinés Mr. Schaper, se costeará con el legado de un hijo de Colonia.

XLVI.

El general prusiano Augusto de Goeben.

Suena mal en el oido de los franceses el nombre de San Quintin, que les fué doblemente fatal, por la gran victoria de los españoles capitaneados por el duque Manuel Filiberto de Saboya el 10 de Agosto

de 1557; y siendo el dia de San Quintin tambien el de los alemanes en 1871, merced á las disposiciones admirables del que hizo movimientos tácticos, dignos de nuestro Moltke, el experto *general de Goeben*, que en aquella jornada histórica, en aquel dia luminoso para la patria, se mostró heredero de los laureles españoles, recordando que aquella España en cuyos fastos brilla la gloria de Bailén al lado de la de San Quintin y de Pavía; aquella España, cuyo ardimiento y patriotismo eran la muerte del coloso napoleónico, fué la maestra de su juventud caballeresca. La generosa tierra del heroico manco de Lepanto y la del hidalgo aleman que, despues de haber sido el compañero de armas de caudillos tan bizarros como D. Leopoldo O'Donnell, D. Juan Prim y D. Antonio Ros de Olano, inmortalizó el nombre de *Goeben*, haciéndose por sus nobles hazañas uno de los primeros generales de Prusia y del mundo, el orgullo del ejército y de la nacion, el adorno del nuevo imperio germánico, están unidas, desde la juventud hasta la ancianidad del general de que voy á ocuparme, por los vínculos más estrechos, siendo Iberia el escabel de su gloria. ¿Qué es de extrañar, pues, que á mí me impulse mi españolismo tanto como mi amor á la patria teutónica á dedicar una página de la *Walhalla* al gran capitan germano amamantado con las tradiciones y con las

leyendas de España, al ilustre vencedor de San Quintin, el valiente general *Augusto de Goeben*, duro azote del frances, norte de las esperanzas germanas, á quien há pocos meses el coronado emporio del regio Manzanáres ha rendido homenaje?

El que en nuestros dias hizo su desposada (1) de San Quintin, nació en Stade, provincia de Hannover, en 10 de Diciembre de 1816; fueron sus padres el mayor de Goeben, que, en union de cinco hermanos, luchaba desde 1808 hasta 1815 en España, bajo las banderas de Wellington, contra el corso, y Juana, hija de un general hannoveriano. Así ya cuando niño escuchaba pronunciar el nombre mágico de la nacion belicosa de Pelayo, de los once Alfonsos, de los Sanchos, Fernandos, Jaimes y Ramiros, la del Cid y de Guzman, de Isabel y de Cisnéros, de Cortés y de Pizarro, la del Salado, de las Navas y Clavijo. Y aunque sus padres le destinaron al principio á los estudios, dándole una educacion esmerada en su casa y despues en el gimnasio de Celle (Hannover), su carácter y sus estudios referentes al arte de la guerra le inclinaban naturalmente al servicio militar. Miéntras los otros hijos de Hanno-

(1) Hay costumbre en Alemania de llamar á una plaza ó fortaleza sitiada la novia del general que la pone sitio, y si la toma ya entónces la plaza se convierte en la desposada del general victorioso.

ver no eran apasionados del pueblo del gran Federico, el jóven entusiasta de la profesion de las armas y de la historia de la guerra no cifró su orgullo sino en hacerse soldado prusiano.

El dia 3 de Noviembre de 1833 empezó á servir en el regimiento vigésimocuarto de infantería, en Neo-Ruppin, siendo ascendido á subteniente en 15 de Febrero de 1835. Pero retirándose del ejército prusiano el dia 7 de Marzo de 1836, tendió por el mundo una mirada ávida de nuevas impresiones y de aventuras, y entró en las filas del ejército carlista, sirviendo en lo más crudo de la guerra civil de los siete años. ¡Qué de pruebas tan variadas del destino habia de experimentar en aquella campaña el futuro vencedor de San Quintin, á quien en 1836 vemos herido y prisionero en Fuenterrabía, herido otra vez en el año siguiente en Zambrana, tomando parte en las dos acciones de este nombre, ocurrida la una el 21 de Julio de 1837, y la otra el 25 de Agosto de dicho año; herido por tercera vez en Valladolid el 17 de Setiembre inmediato, y seguidamente en el de 1838 herido de gravedad y prisionero en Sotoca; otra herida grave recibió en Teruel en 1840!

Ya en 1837 adornaron su pecho los colores amarillo y rojo de la bandera española, la más honrosa recompensa militar, la cruz de San Fernando. Fué

teniente en 1837, y finalmente teniente coronel efectivo en 1840. Agitando á la vez el acero del soldado y la pluma del historiador, bosquejó aquella guerra sangrienta en dos obras, que dió á la estampa en 1841, en Hannover, bajo el título de *Cuatro años en España* y *Los Carlistas.*

Despues de terminada la primera guerra carlista, el gobierno de Luis Felipe le ofreció en vano se alistase en la legion extranjera, que estaba á la sazon organizando, para ultimar la conquista de Argel.

El que en las campañas de 1864 y de 1866 habia de merecer nuestra mayor admiracion, el que en 1870 y 1871 con su nombre dió un talisman prodigioso á los soldados prusianos, nos inspira la compasion más profunda cuando al prisionero en la campaña carlista le encontramos algunas veces en calabozos subterráneos, y cuando en 1841, despues del convenio de Vergara, le vemos regresar á la patria, luchando con la necesidad más extrema y alimentándose con las manzanas sin madurar que encontraba en su camino. Pero ¡caprichos extraños del destino mudable! veinte y siete años despues apareció en la córte de las Españas como embajador extraordinario del Emperador de Alemania para asistir á las régias bodas, y fué condecorado con el collar de Cárlos III.

Para obtener triunfos tan brillantes, el teniente coronel efectivo del ejército carlista habia de vol-

ver el dia 26 de Febrero de 1842 á servir en el ejército prusiano como simple subteniente. Pero ya el 1.° de Abril de 1843 entró en el Estado Mayor general, ascendiendo á capitan el 3 de Abril de 1845. En Octubre de este mimo año se casó con su prima la señorita de Frese, de la cual no tuvo hijos, y que murió en 1871, en el mismo momento en que su esposo, el entónces general, subió al colmo del renombre.

En 1849 hallóse en todas las acciones y batallas que tuvieron lugar en la campaña del Palatinado y de Baden, bajo las órdenes del Príncipe de Prusia, hoy Emperador de Alemania, habiendo sido condecorado con la cruz del Aguila Roja por los servicios que prestó en aquella campaña. Por Real decreto de 22 de Noviembre de 1858 fué nombrado coronel, y cuando la morisma arrojaba su guante de hierro al pié de los muros de Ceuta, y España entera se apresuraba á recogerlo lanzando diez y siete millones de habitantes llenos de gozo el grito de *¡Guerra al moro!* despertando al ángel de las glorias hispanas que dormia desde la guerra de Napoleon en el santuario de Covadonga, el coronel prusiano de Goeben, siendo mandado á España por el Gobierno de Prusia para que luchase al lado de los españoles contra los hijos del Profeta, acompañó la terrible armada que surcaba el mar, como jefe

de una comision militar prusiana, que se componia de seis oficiales y de un médico, y asentó su planta en el suelo de Africa, donde batalló Aníbal, donde cruzaron César y Marco Antonio, donde vencieron Gonzalo de Córdoba y Pedro Navarro, donde murió el ejército del rey D. Sebastian, y donde encontró Napoleon el talisman de su fortuna. Tomó parte en aquella epopeya que se llama *Guerra de Africa*, que inspiró á todos los vates españoles, y encendió el entusiasmo patriótico y cristiano del poeta soldado D. Pedro Antonio de Alarcon.

Goeben vió pasear en triunfo el pabellon morado de Castilla, hallándose en la portentosa batalla de Tetuan, el dia 4 de Febrero de 1860, que quedará impreso con caractéres de fuego en la imaginacion de los españoles, por haberse cumplido entónces aquella profecía del gran poeta sevillano Herrera, en que se dice, despues de lamentar la derrota de los portugueses en el llano de Alcazarquivir:

Tú, infanda Libia. . . . .
. . . .
No estés alegre y de ufanía llena,
. . . .
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,
Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje,
Y Luco amedrentado al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

Se halló tambien en el combate ocurrido el 11 de Marzo de 1860 en el camino de Tánger, y en la heróica batalla de Vad-Ras, el 23 de dicho mes, donde la media-luna se hizo caña que troncha el vendabal, mezclándose el *¡hurra!* prusiano con los gritos de júbilo y de victoria: *¡Viva la Reina! ¡Viva España!*

Y no más gemirá, ni encadenada
Ni al ocio torpe á su pesar sujeta,
La noble patria que el primer poeta
Y el primer capitan brotó asombrada (1).

Despues de terminada la guerra de Africa, el bravo coronel prusiano permaneció unido al ejército español y premiado con la encomienda de número de Cárlos III, y al volver á la patria en Mayo de 1860, Prusia le recompensó tambien con una de sus más honrosas distinciones. Así como Alarcon, en su libro tan poético *Diario de un testigo de la guerra de Africa*, dió testimonio de que en España no se ha extinguido el genio que inspiraba á Garcilaso y á Ercilla, Goeben mostróse otra vez histo-

(1) Estos versos los cito por ser los de un distinguido amigo mio, D. Jerónimo Borao, rector de la Universidad de Zaragoza y senador del Reino, que acaba de fallecer en la ciudad de la Vírgen del Pilar, eden de los agarenos, jardin de las moras, cuna de nobles poetas, plantel de hidalgos. ¡Descansa en paz, amigo del corazon, inspirado cantor de la Vírgen, que pulsabas tu armoniosa lira en honor de Zaragoza y de España!

riador, publicando en 1864, en Hannover, su obra titulada *Viaje y diarios de España y del ejército español en Marruecos.*

En 1864 se declaró la guerra contra Dinamarca. Goeben se distinguió en el combate de Rackebüll y en el glorioso tránsito á la isla de Alsen, luciendo despues sobre su cuello el más noble símbolo de Brandemburgo, la órden denominada *Pour le mérite.*

Siendo ascendido en 1865 á teniente general, tomó una parte muy activa y gloriosa en la campaña de 1866, que para él no fué sino un paseo, una marcha triunfal. Basta mencionar la accion de Kissingen. Pero laureles áun más brillantes recogió en la guerra de 1870 y 1871 como jefe del octavo cuerpo del ejército, estando al principio bajo las órdenes de Steinmetz y despues bajo las de Manteuffel, y concluyendo siendo jefe independiente del primer ejército. ¡Con qué acciones tan memorables y heroicas inauguró su mando! La de Spichern (Saarbrücken) ocurrida el dia 6 de Agosto de 1870, siendo Goeben ya ántes de la batalla, el 26 de Julio, ascendido á general de infantería. Siguió la batalla homérica de Gravelotte el 18 de Agosto, aquella lucha gigantesca de ocho horas, en que el valor incomparable del octavo cuerpo del ejército frustró las tentativas desesperadas del enemigo para abrirse paso por las filas alemanas, de modo que á

los franceses no les quedaba otro medio más que el de encerrarse en la fortaleza de Metz. A Goeben le cabe la gloria de haber contribuido tambien á la capitulacion de ésta y á la rendicion del ejército de Bazaine. Empezó para el caudillo prusiano una nueva actividad gloriosa cuando el octavo cuerpo se unió con el primero, formando el llamado primer ejército, que mandó Manteuffel. Éste tenía la mision de defender al ejército aleman que cercaba á París de las operaciones enemigas en el Norte y en el Occidente de la ciudad cercada, pues el general Faidherbe, uno de los más ilustrados capitanes franceses, é indudablemente un gran organizador, estaba formando ya un ejército en el Norte de Francia, que se aumentaba con la gente que la energía de Gambetta le mandaba desde el Sur por medio de naves.

El 27 de Noviembre tuvo lugar la batalla de Amiens, que fué un triunfo señalado del primer ejército, haciendo Goeben su entrada en la ciudad del famoso Pedro *el Ermitaño* el 28 de Noviembre, capitulando el fuerte de Amiens el 30 del mismo mes. Continuando sus operaciones con la mayor celeridad y energía, entró, despues de los combates de Buchy, en Rouen, el 5 de Diciembre. Siguieron los victoriosos combates á las orillas del Hallue, cerrando al enemigo el acceso á Amiens. Con aquellas victorias se celebró la Noche-Buena

del soldado aleman en la tierra francesa. Pero el bravo general prusiano no habrá olvidado tampoco la que celebró en 1859 con sus compañeros españoles en el suelo africano, donde, segun escribió Alarcon en su famoso diario, alegres jóvenes dispusieron la cena más opípara, no ciertamente por la calidad y condimento de los manjares, sino por los nombres pomposos que los ilustraban, figurando en el *menú* arroz á la *Muley-Abbas*, salchichon á la *Bullones*, tocino de *Tetuan*, vino del *Serrallo* y pasas de los *Castillejos*.

El 3 de Enero de 1871 dirigió Goeben las operaciones de la batalla de Bapeaume, pero no fué ésta la última tentativa del ejército de Faidherbe, pues para acabar con él necesitaba Goeben alcanzar su gran triunfo estratégico de *San Quintin*, que tuvo lugar el 19 de Enero, conquistando los prusianos la ciudad y seis cañones y haciendo prisioneros nueve mil franceses. Si la victoria era una gran hazaña militar, era no ménos un gran acontecimiento político, pues la derrota total del ejército de Faidherbe echó por tierra las aspiraciones del partido de guerra frances que existia en el Norte de Francia. Así *Goeben* salió de la campaña como uno de los caudillos más celebrados y más populares de Alemania. En recompensa de la victoria de San Quintin fué agraciado con la Gran Cruz de Hierro, y el 4 de

Julio de 1875 fué condecorado con el Aguila Negra. Pocas páginas militares habrá tan brillantes como la suya; pero por grande que sea su renombre, su lema es el de siempre: *prudenter et simpliciter.*

El 23 de Enero de 1878 volvió á ver á España para asistir á las bodas de D. Alfonso XII y de doña María de las Mercedes como embajador del imperio aleman. El ilustre general, que tenia la satisfaccion inefable de escuchar las inflexiones suaves de aquella voz que hacía pensar en las armonías de otras esferas superiores á la nuestra, recordará, lo mismo que yo, los ojos arrasados en lágrimas, aquellas bodas, fijando la vista en la tumba en que habia de caer la más bella, la más cándida, la más virtuosa de las reinas malogradas, cuando áun resonaban en los aires los ecos alegres de los cantos nupciales. ¡Qué elegía tan inmensa recuerda la fecha del 26 de Junio!

Ocupando el trono de Isabel I, patrocinadora del gigante de dos mundos; teniendo en tu hogar un cielo cuyas nubes eran sonrisas, ¿cómo elevaste tus alas de rosa para volar tan pronto? ¡Alegría del pensil hispalense, encanto de Madrid, delicada sensitiva, flor fragante y purísima, sólo brillaste un dia dejando en el trono el perfume exquisito de tu virtud! ¡*Mercedes* te llamaste en la tierra, y célicas mercedes tendrás para los hijos de España!

Cuando há pocos meses apretaba yo en Coblenza, residencia actual del general de Goeben, la mano del vencedor de San Quintin, no hemos hablado sino de España y de la que todos llaman y llamarán siempre Reina angelical.

¡Ay! esta biografía de mi ilustre amigo la concluyo el mismo dia (27 de Noviembre) en que murió de apoplegía el primero y hasta ahora único biógrafo del general, el escritor infatigable Alberto Emilio Brachvogel, el inspirado autor del aplaudido drama *Narciss*, en que la eminente trágica italiana Adelaida Ristori y los grandes actores alemanes Dessoir y Davison hallaban uno de sus papeles más grandiosos.

Á Brachvogel, que llevaba en su frente la llama del genio y que tenía voluntad y aliento para defender la dignidad del coturno, se le cayó repentinamente la pluma de la mano, aquella pluma que no se consagraba sino á lo bello y á lo patriótico. ¡Ojalá que el general cuya biografía trazaba el distinguido escritor aleman disfrute todavía muchos años de la gloria alcanzada en los campos de batalla de África, de Dinamarca, de Alemania y de Francia!

XLVII.

La epopeya germánica Gudrun.

Si *El Canto de los Nibelungos* es la primera epopeya nacional de los alemanes, la segunda es *Gudrun*, que han llamado *parelia de los Nibelungos, sol segundo* de nuestra poesía épica. En los *Nibelungos*, en que vemos perecer una noble estirpe por la sed de venganza de una mujer, experimentamos á la par el encanto y el terror de la profundidad del ánimo femenino, miéntras la *Gudrun* nos cautiva con la pintura más delicada y admirable de un noble carácter mujeril, de una generosa alemana por la cual dos estirpes poderosas luchan hasta el exterminio, siendo conducidas al fin, despues de una guerra sangrienta, á la paz, reconciliadas por la generosidad de aquella mujer. La *Gudrun* es el canto clásico de la fidelidad, la fidelidad de la desposada al novio de su juventud; la fidelidad durante una ausencia larga, en medio de persecuciones y de amarguras; la fidelidad á costa de la gratitud; la fidelidad de los vasallos á su señor; la fidelidad del enemigo de ántes á su nuevo amigo en la lucha comun contra cualquier agresor.

La *Gudrun*, ese canto peregrino de paz y de

reconciliacion de profundos ódios heredados, nos traslada al mar indómito, majestuoso, inmenso, con su lecho de rocas y de arenas, con su eterno movimiento, con los soberbios rumores de sus raudas olas, con el gigante poderío de su tormenta, con sus islas y sus costas llenas de peñascos altaneros, con sus perlas nacaradas y sus bosques de corales, con sus voladoras naves. La *Gudrun*, que tiene por teatro la costa entera del mar del Norte, Frisia, Irlandia, Seelandia y Normandía, nos convida á las expediciones de los reyes del mar.

Sin embargo, el que la cantó á principios del siglo XIII, adaptando á la forma de la lengua alemana de su tiempo el poema existente ya á fines del siglo XII, no era un morador de la orilla del mar, sino un vagante bardo austriaco, que, quizá impulsado por el afan de viajar, propio de los germanos, dirigió su rumbo desde su patria montañosa al mar.

Con la misma modestia que distinguió á los grandes arquitectos de la Edad Media, nos ocultaba su nombre tambien el autor de *Gudrun*, impidiéndonos grabarlo en la *Walhalla*.

¡Gloria á nuestros emperadores apasionados de la poesía patria! Sin Carlo-Magno, que, lleno de entusiasmo nacional, mandaba recoger los populares cantos heroicos de Germania, entre los cuales se

encontraron, sin duda, los de *Sigfrido* y de *Gudrun*, Alemania no tendria probablemente estas dos preciadas perlas de su poesía épica: *la epopeya de los Nibelungos* y la de *Gudrun*. Y esta última se hubiera perdido si el emperador Maximiliano, el postrer caballero, no la hubiese conservado, pues á él se le debe el único manuscrito que existe de la preciosa epopeya nacional, el llamado manuscrito de *Ambras*, que se hallaba en la biblioteca imperial del castillo de dicho nombre en el Tirol, conservándose en el dia en Viena. Trescientos años habian de trascurrir despues de la muerte del emperador caballero hasta que fuese impreso su legado precioso, *Gudrun*, conquistando de aquí en adelante el favor de los críticos, de los poetas y de los amantes de lo bello, siendo traducido á la moderna lengua alemana en el metro del original por Simrock, Keller y Bacmeister. Está escrito en una estrofa análoga á la de los *Nibelungos*, pero los versos tres y cuatro tienenrimas de dos sílabas, miéntras los Nibelungos los tienen de una sola, y el verso cuatro tiene en su última mitad cinco sílabas acentuadas, es decir, una sílaba acentuada más que la estrofa de los Nibelungos.

Encuéntrase el tipo de la figura simpática de *Gudrun* en la *Hilde* de la *Edda menor*, que siendo robada por el rey Högni (Hagen), da orígen á una

gran batalla entre su padre y su raptor, y que despues de haber ofrecido en balde, en nombre de éste, la paz á su progenitor, despierta cada noche, por medio de un poder mágico, á los héroes finados, de modo que al apuntar la aurora vuelven al combate con fuerza renovada, continuándose la batalla hasta el *crepúsculo de los dioses*.

Pero aquellas ideas *místicas* de la Edda las ha sustituido la idea moral de *Gudrun*, mostrándonos en sus páginas, saturadas de ternura y sentimiento, la constancia y la fidelidad del genuino corazon femenino triunfando de amarguras inmensas. Algunos rasgos de la epopeya recuerdan el conocido cuento *La Cenicienta.*

Trataré de condensar en breves líneas el interesante asunto de nuestro gran poema nacional. ¡Ojalá que en mi tosca mano no se convierta en un manojo de flores artificiales, sin vida, sin aroma y sin verdadera belleza, el perfumado y fresco ramillete de hermosas y galanas flores que halaga nuestros sentidos en la *Gudrun!*

Consta de tres partes, conteniendo la tradicion de tres generaciones. Cuéntase en la primera parte la juventud del bizarro Hagen, rey de Irlandia, que se enlaza con la hermosa princesa Hilde, de India. Fruto de ese matrimonio es la que de la madre heredó el nombre y la hermosura.

En la segunda parte se refiere el rapto de la hermosísima Hilde, hija de Hagen. El rey de Frisia, Hettel, mandó á cinco vasallos suyos ganar para él la mano de la celebrada princesa. Encuéntrase entre aquellos vasallos el anciano héroe de Stormarn (Holstein), Wate, que, presentándose en la córte de Irlandia con los cabellos ceñidos de oro, trata de adquirir con su candor la confianza del rey Hagen y el favor de la reina y de su hija. Á las damas las cautiva áun más con la magia de su canto otro vasallo de Hettel, el dinamarques Horant, el *vate* verdadero, el *vate* dulcísimo, contrastando con el *Wate* rudo y bélico.

Por la tarde canta Horant en el palacio del Rey, situado á la orilla del mar; enmudecen las avecillas ante la voz melíflua del régio cantor. Y cuando en el alba vuelve á llenar el espacio con sus acentos peregrinos, las avecillas se olvidan tambien de su salva; despiertan todos los habitantes del palacio; el Rey y su esposa salen á la almena, y la régia doncella pide á su padre: «Padre del alma, mándale cantar todavía más.» Por la tarde vuelve á cantar Horant por tercera vez, y ahora canta más puro que las campanas y tan bello que á los trabajadores no les parecia que trabajasen ni á los enfermos que estuviesen enfermos; los animales del bosque dejaban su fresco pasto; los gusanos se olvidaban de

continuar su camino en la hierba verde; los peces, acostumbrados á nadar en las olas, se paraban. El bardo entona delante de la princesa el más hermoso de sus cantos, conquistando para su señor el corazon de Hilde. Ésta consiente en seguirle si le promete cantar delante de ella cada tarde y cada mañana. Contesta Horant que en la córte de su señor se encuentran contínuamente doce cantores que saben cantar todavía mejor que él, siendo el maestro de todos en el arte de cantar el rey Hettel. Entónces la princesa acompaña con placer al bardo á la nave, y apénas han entrado, se leva el ancla y navegan á toda vela, encontrándose escondidos en la nave hombres armados para custodiarla. A la orilla la recibe el rey Hettel y rodeados de flores, los héroes sientan en torno de la hermosa Hilde en tiendas de seda. Pero cuando llega la tarde, ven de repente aparecer velas en el mar: es el rey Hagen persiguiendo á los raptores de su hija. En la orilla ocurre una batalla sangrienta, ostentando los yelmos un esplendor de fuego y volando las lanzas de las manos como arrebatadas por la ventisca de las montañas. Hagen hiere á Hettel, siendo herido despues por el heroico Wate; pero accediendo á las instancias de Hilde, separa Hettel á los dos batalladores (Hagen y Wate), y Hagen se reconcilia con su hija y con Hettel, que se casa con la adorada Hilde.

Empieza la tercera parte con la historia de *Gudrun*, la bellísima hija de Hettel y de Hilde, gloria de su hogar, espejo de su alegría, superando con su hermosura á su misma madre. Muchos príncipes piden su mano: entre ellos Hartmut, el gallardo y valiente hijo del rey de los normandos, y Herwig de Seelandia (Frisia). Pero á todos los desprecia el rey Hettel. Entónces aparece Herwig delante del palacio con tres mil hombres: están lidiando los dos, Herwig y Hettel, en pelea caballeresca, hasta que se ven heridas rojas, y hasta que la hermosa Gudrun, que vió con un sentimiento mezclado de pena y de amor al gallardo mancebo batallar tan bizarro, se interpuso haciendo la paz entre su padre y su pretendiente y desposándose con éste. Despues vese Herwig obligado á emprender con su futuro suegro una campaña contra otro pretendiente, Sigfrido de Morlandia.

Entre tanto llega Hartmut con su padre el rey Luis al castillo de Hettel, lo conquista y se lleva á Gudrun y sus sesenta y dos compañeras. Hettel y Herwig, avisados por Hilde, se reconcilian con Sigfrido, y junto con éste persiguieron á los raptores, encontrándolos en *Wülpensand*, isla situada cerca de la embocadura del Escalda. Allí ocurrió una gran batalla celebrada por los antiguos cantos alema-

nes (1); entrando en el mar y llegándoles el agua hasta debajo de los brazos, pelearon los heroes, tiñéndose de rojo las olas que besaban la orilla. Al ponerse el sol mata el rey de los normandos, Luis, al rey Hettel. Escuchando nueva tan triste despues de extinguido el arrebol del crepúsculo en el cielo, el fiero Wate enciende con sus cuchilladas un arrebol nuevo en los yelmos de los enemigos. El hijo de Hettel, Ortwin, quiere vengar á su padre, y Horant á su querido príncipe, pero la noche pone fin al combate formidable. Bajo el amparo de las tinieblas huyen los normandos con su presa, las bellísimas doncellas, y Wate vuelve triste y silencioso al castillo en que entraba tantas y tantas veces en són de victoria. «¿Dónde está mi señor? ¿Dónde están sus amigos?» le pregunta asombrada la reina Hilde. —«No quiero engañaros, contesta con firmeza el anciano héroe, han muerto todos. Cuando los que ahora son todavía niños puedan manejar la espada, ha de llegar el dia de venganza; entónces muchos huérfanos, recordando la muerte de sus progenitores, la pérdida de su estirpe, tomarán parte en la campaña.»

---

(1) Por ejemplo, en el famoso y popular *Canto de Alejandro el Magno*, que el cura *Lamprecht* escribió en el siglo XII aprovechando el poema frances de un monje llamado Aubry de Besançon.

Entre tanto el rey de los normandos Luis, saluda con gozo las torres altaneras de su castillo patrio, diciendo á Gudrun: «Todo eso os pertenecerá, noble doncella, cuando acepteis el amor de Hartmut, á cuyo lado han de esperaros la alegría y los régios honores.» Pero Gudrun contesta: «Ántes de casarme con Hartmut, elegiria yo la muerte. Si en vida de mi padre me hubieran desposado con él, lo hubiera consentido; pero ahora sacrificaria yo mi vida ántes de romper mi fe.» Lleno de cólera por aquellas palabras el fiero Rey normando, coge á la doncella de los cabellos, arrojándola desde la nave á las olas. Pero el jóven Hartmut salta en pos de ella, logrando asir sus trenzas leonadas, y la salva poniéndola llena de tiernos cuidados en una barca. Al desembarcar la recibe la reina Gerlinda, madre de Hartmut. Al principio trata ésta de persuadirla con palabras cariñosas para que se enlace con su hijo. Pero en vista de la fe de Gudrun á su desposado Herwig, exclama la fiera Reina: «¡Si no quieres la alegría, experimentarás el pesar!» Y luégo empieza á realizar sus palabras crueles. Desde allí en adelante la que habia de llevar una corona ha de hacer los servicios más humildes de una criada: vese á la *ilustre fregona* limpiar con sus cabellos el polvo de los cuartos del palacio y lavar la ropa blanca de Gerlinda y de toda la córte á la

orilla del mar, así durante las tempestades como en el frio del invierno.

Pero por más que sufriese no se quebrantaba la fe de su corazon.

Al fin, despues de trascurridos trece años, mandó la reina Hilde emprender una expedicion contra los normandos, encontrándose en la armada Wate, Herwig, Ortwin y Horant.

Despues de un viaje peligroso llegan los héroes á una isla, entre cuyos árboles ven brillar á lo léjos el castillo normando. Aquel dia salió Gudrun, como siempre, para la orilla donde habia de lavar la ropa blanca, cuando vió nadar un pájaro hermoso, que estaba dotado de voz humana, y le daba la enhorabuena por la llegada de los héroes mandados por la reina Hilde para libertarla. Escuchando con gozo aquella nueva agradable, lavaba ménos que de costumbre, y por eso al volver al palacio la esperaban las invectivas de aquella loba que se llamaba Gerlinda. Ya en el alba del dia siguiente habia de caminar descalza por la nieve caida durante la noche para terminar su lavado á la orilla. Aquella misma mañana Ortwin y Herwig, que habian abandonado los suyos para explorar el país, llegaron al lugar donde la régia moza estaba lavando, temblando de frio, miéntras sus hermosos cabellos los agitaba el rudo viento de Marzo en torno de sus blancos hom-

bros y de su nítida garganta. Estaba acompañada la noble lavandera de otra régia doncella, Hildeburga, que habia de lavar tambien. Se les acercan los dos guerreros saludándolas con una cortesía á que no estaban acostumbradas desde hace tiempo. No reconociendo á Gudrun por su trabajo de criada, por su traje humildísimo y sus piés desnudos, la pregunta Ortwin por el soberano del país que así maltrata á sus mozas, y viendo á las dos lavanderas temblando, por estar vestidas sólo de una camisa húmeda, los héroes les ofrecen, llenos de compasion, su manto. Pero Gudrun lo rehusa con las palabras: «¡Guárdeme Dios que vea jamas en mi cuerpo un vestido de hombre!» Durante el coloquio, el altivo Herwig miraba de hito en hito á la hermosísima jóven que le hizo exhalar hondos suspiros, recordándole, la que no parecia sino una pobre criada, la imágen de su novia, que estaba grabada en su corazon fiel. Despues pregunta Ortwin por Gudrun, y Herwig pronuncia por casualidad el nombre de Ortwin. Entónces exclamó Gudrun: «¡Ay! si viviesen todavía Ortwin y Herwig, hubieran llegado ya desde hace tiempo para libertarnos. Yo me encontraba tambien entre las robadas: pero la pobre Gudrun ha muerto.» Estas palabras hacen caer lágrimas abundantes de los ojos de los caballeros, y para fundar su dolor profundo, mues-

tra Herwig su anillo nupcial, dirigiéndose á Gudrun: « Si estuvisteis entre las robadas, conoceréis el oro que llevo en mi dedo : yo soy Herwig, y con ese anillo me han desposado con Gudrun.» ¡Cómo brillaron entónces los ojos de ésta! y por más que hubiera querido esconder la vergüenza de su servidumbre, no pudo ménos de exclamar: «Bien conozco ese oro; ántes fué el mio; llevo yo tambien el oro que me ofreció Herwig.» Éste estrecha entre sus brazos á su noble desposada; pero así él como Ortwin, suponen que Gudrun se habia enlazado con Hartmut; pero cuando sabe que habia experimentado tantas humillaciones sólo por haberle guardado la fe, Herwig quiere llevarse inmediatamente á su querida novia, á su joya, á su ídolo. «¡Guárdeme Dios, le contesta Ortwin, de que yo robe secretamente lo que el fiero enemigo me ha arrebatado en la guerra! Ántes de robar secretamente lo que tengo que conquistar con la fuerza de las armas, dejaria morir cien hermanas mias, si la suerte me hubiese dado tantas.» Despídense, pues, los dos héroes, prometiendo que aparecerian al dia siguiente delante de las puertas del castillo, y miéntras vuelven á los suyos para preparar el ataque, Gudrun, llena á la par de alegría y de ira, arroja la ropa blanca á las olas, diciendo á su compañera: «Quien, como yo, ha sido abrazada por un rey, no

ha de continuar lavando para la fiera Gerlinda.» Así aquella tarde vuelven al palacio sin ropa del lavado. La Reina, irritada, las amenaza mandando castigarlas con férula de espinas. Y para evadir tan mal trato, Gudrun, que ya está segura de que mañana vendrán los libertadores, finge que accede á casarse con Hartmut. Ya se acerca éste para abrazarla como á novia suya; pero á eso se niega la discreta doncella: «Siendo vos un gran rey, no os cumple abrazar á una pobre lavandera como yo.» Entónces manda vestirla á ella y á las suyas de ricos trajes, y miéntras las otras mujeres lloran, se rie Gudrun por primera vez desde hace trece años.

Lloraban tambien los héroes de Frisia al escuchar las desventuras de Gudrun, contándoles Herwig y Ortwin que la habian visto lavando á la orilla del mar con el frio de Marzo. «No lloreis, dice el anciano Wate. Hemos de vengar á la Princesa tiñendo de rojo los vestidos que ella lavaba blancos.»

Brillaba todavía el lucero del alba cuando una de las compañeras de Gudrun, mirando desde la ventana hácia el mar, vió el campo todo brillando de yelmos y de escudos, miéntras desde la almena del castillo el vigía daba voces de alerta y de alarma. Empieza el combate: el rey Luis sucumbe á las cu-

chilladas de Herwig. Y ya ve Gudrun, por encima de su cabeza, la espada que, segun el mandato de la fiera Gerlinda, ha de vengar en ella la muerte del Rey, cuando interviene el generoso Hartmut amparándola. Pero despues, lanzándose al combate, ha de pelear con Wate, y en vano pide á éste Gudrun, movida por las instancias de Ortrun, hermana de Hartmut, le perdone; en vano trata el mismo Herwig, por amor á Gudrun, de separar á los dos batalladores, recibiendo él mismo un golpe magistral de parte del fiero Wate, á quien apénas los compañeros de Herwig logran arebatar á Hartmut. Siendo éste, por fin, rendido, conquista Wate el castillo y penetra en el cuarto donde está Gerlinda. La generosa Gudrun quiere salvarla; pero Wate la descubre y le corta la cabeza diciendo: «Ahora, señora Gerlinda, dejaréis de mandar lavar á la hermosa hija de mi soberano.»

Despues los héroes vuelven á la patria, al palacio de la reina Hilde, que vuelve á abrazar á la hija de sus entrañas. Toda la amargura se ha convertido en alegría; á la guerra y á la enemistad de los pueblos han seguido la paz y la reconciliacion, celebrándose á la par tres bodas, la de Herwig y de Gudrun; la de Ortwin y de Ortrun, única normanda que en país extranjero consolaba, como buena amiga, á la pobre Gudrun en tiempo de su

vergüenza profunda, y la de Hartmut y de Hildeburga, compañera fiel de Gudrun. Y cuando Ortwin dudaba todavía de que Ortrun, recordando á sus padres, pudiese enlazarse con él sin suspirar, la buena Gudrun lo resolvió todo con estas palabras: «¡Ha de ser deber tuyo cuidar de que Ortrun no tenga que suspirar nunca!»

¡Cuán bella es esta epopeya alemana, espejo de lo pasado de Germanía, apoteósis de la paz y de la reconciliacion! Quisiera echar mi pobre incienso y mis inodoras flores en el altar del gran poeta que ideó aquel poema inmortal. Pero ¿quien me revelará el nombre del que por siempre nos ocultaba el suyo?

FIN DEL TOMO QUINTO.

(ESTÁ EN PRENSA EL TOMO SEXTO.)

ÍNDICE.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

POESIAS ESCRITAS EN ALEMAN.

Un ramillete de romances españoles.	Un tomo.
Ecos de Andalucía.	Id.
Las maravillas hispalenses. . . .	Id.
Flores de Hesperia.	Id.
Siemprevivas de Toledo.	Id.
El libro de mis amigos españoles. . .	Dos tomos.
Los héroes alemanes de 1870. . . .	Un tomo.

OBRAS ESCRITAS EN CASTELLANO.

Pasionarias de un aleman-español. — Artículos acerca de la representacion de la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo en Oberammergau.

